A veces, para salvarse, hay que saltar

LA CASA DEL ÁRBOL



J.J. SILGUERO

SUMA

J. J. Silguero

La casa del árbol

SUMA

A Sergio Pérez, mi amigo gouldiano, que
me regaló media novela dándome a conocer
por primera vez la existencia de estas cabañas.
A Mario Silguero, mi hijo, que me regaló
la otra media desobedeciéndome, su más
celebrada especialidad.
Sin estos dos extremos, aparentemente
desconectados entre sí, esta novela
nunca habría tenido lugar.
Así de misteriosos son los senderos
de la creación artística.

Primera parte

Walden

Todo lo que pueda salir mal saldrá mal.

Edward Aloysius Murphy

1

—Te digo que no puede salir mal.

Cuando Alonso se ponía en plan razonable, era casi imposible discutir con él.

—Pero tú dime dónde has visto algo así Alon, porque lo que es yo no he conocido en mi vida a nadie que viva en un árbol.

—Primero que no te he dicho nada de «vivir en un árbol» —le respondió Alonso, con aparente indiferencia; pero estaba claro que le había dado vueltas, pensó Erika. Se ponía pedante cuando hablaba de algo a lo que había dedicado tiempo, como si conociese el asunto de toda la vida, y levantaba las cejas de esa forma…, igual igual que cuando tocaba su piano—. Y también te dije quién me habló de ellas, tu tío Julio, el crack de tu tío Julio. Al parecer las hay en muchos lugares, en Canadá, en Estados Unidos…, sobre todo en Estados Unidos, según me dijo. Ya sabes que él viaja mucho y las ha visto allí, y hasta ha dormido en una de ellas. A los americanos les encantan.

Erika hizo un expresivo ademán que decía claramente: «¿A los americanos? Alonso, en serio, ¿de qué me estás hablando?».

—Pero también hay algunas en España —continuó Alonso, sin perturbarse—, precisamente aquí, por el norte. No es tan raro como piensas. Es como una casa de campo, pero más original.

Hizo una pequeña pausa, y añadió:

—Podría ser nuestro lugar de escapada, nuestro «nidito», como se suele decir. Para los fines de semana, los puentes…

«Nuestro "nidito". Debo de estar soñando», pensó Erika.

—Solo te pido que imagines las posibilidades. Un lugar exclusivo, solitario, al que nadie podría acceder. Solo nosotros, tú y yo. Y Dani, claro.

«Eso es lo que más me inquieta de todo», se dijo Erika. Pero estaba demasiado asombrada como para decir nada. El mismo hecho de que Alonso Urbizu insistiese en algo, en lo que fuese, ya constituía una sorprendente novedad. Ni siquiera cuando compraron su actual vivienda lo había hecho. Pero que además lo hiciese con entusiasmo, en un asunto no relacionado con la música…, realmente constituía un acontecimiento insólito.

—En realidad es una vivienda normal —prosiguió— pero ubicada en las alturas. Tiene lo mismo que cualquier otra vivienda: agua, calefacción, luz, y también algunas cosas más. No es una casa prefabricada, para que me entiendas, sino un alojamiento especial, exclusivo.

«Una casa en un árbol».

«Tiene que ser una broma».

Pero Alonso no era propenso a las bromas, y aún menos a los disparates. Ella solía tener plena confianza en los planes de su marido, de hecho. Así que se limitó a preguntarle:

—¿Y tú crees que un sitio así es el adecuado para un niño de un año, Alon?

Solo entonces Alonso pareció vacilar un poco.

—A ver…, está claro que habría que andar con prudencia. Pero igual que aquí al fin y al cabo. Ya pondríamos buen cuidado en que aquello reuniese las condiciones necesarias de seguridad, por

supuesto. Barandillas, puertas con seguro… No estamos en la prehistoria, Eri.

«La prehistoria. Si estuviese Dani, habría alzado las orejas como un perrillo», pensó Erika, divertida. Desde que lo había visto en los dibujos no pensaba en otra cosa. Pero Dani dormía desde hacía ya rato.

—Una cabaña en un árbol… —musitó Erika pensando en voz alta —. Qué barbaridad. Nunca había oído hablar de algo así.

—Ni yo —admitió Alonso—. Y, si te digo la verdad, al principio me sonó disparatado. Pero luego Julio me contó con detalle, ya sabes cómo es, y…, no sé, me pareció increíble, idílico.

«Idílico. Sí que debo de estar soñando».

Erika trataba de imaginar lo que describía su marido, sin conseguirlo. El simple hecho de pensar en Dani deambulando por la copa de un árbol le impedía pensar en ello con una mínima claridad. Finalmente dijo:

—No sé, desde luego no lo veo claro para nada. —Alonso vaciló imperceptiblemente, pero enseguida continuó recogiendo los platos de la cena sin decir nada—. Es cierto que suena «idílico», como dices —añadió Erika, un poco arrepentida de haber respondido con tanta brusquedad, como le pasaba siempre, una brusquedad que además no sentía—, pero también un poco…, no sé, descabellado. A lo mejor también es por lo que te he dicho, que no conozco a nadie que haya hecho algo así. Incluso puede que sea solo por eso. Pero, no sé, pienso que tiene que haber inconvenientes que ahora mismo ni se nos ocurran.

Erika no paraba de estirarse y reliarse un mechón de su pelo mientras hablaba, como hacía siempre cuando estaba nerviosa o indecisa, o ambas cosas a la vez, como era el caso. Y añadió:

—Y eso que dices de construirla tan lejos de todo, en mitad del

bosque… ¿Y si le pasase algo a Dani y hubiese que llevarlo al hospital, por ejemplo? ¿Entonces qué haríamos?

—Pues lo mismo que haríamos aquí, Erika —respondió Alonso, lacónico—: coger el coche y salir pitando. Pero da igual, Eri, en serio. Si no te convence la idea, nos olvidamos y ya está. Los dos sabemos que la aventura no es lo tuyo.

Alonso le sonrió y le guiñó un ojo, dando a entender que eso último se lo decía en broma, pero Erika acusó la puyita igual, sobre todo porque era verdad. Además, era evidente que había regresado ya a su reserva habitual, lo que la hizo sentir frustrada y torpe, como le pasaba siempre. Y por si fuera poco, llevaba razón. La aventura no era lo suyo, y ella lo sabía mejor que nadie. Y eso que la atraía…, pero siempre se acababa arrepintiendo de hacer cualquier cosa que se saliese de lo habitual. Todavía recordaba la última «locura» propuesta por Alonso —que, por supuesto, no era tal, pues Alonso solía ser muy prudente—, que había consistido en ir a la nieve a aprender a esquiar. Una tontería en realidad, algo que hacía muchísima gente, y sobre lo que ella, además, había insistido en hacer. En cambio, se había pasado la mañana entera con el culo en el suelo y lamentándose de estar allí mientras los demás esquiadores la esquivaban a una velocidad de vértigo, o así se lo parecía a ella.

Al final la cuestión era siempre más o menos la misma: su patológica inseguridad. O lo que su madre llamaba su «debilidad de carácter». A su lado, Alonso parecía siempre la persona más resuelta del mundo. Y por eso mismo formaban un buen equipo, pensaba Erika. De vez en cuando —muy de vez en cuando, a decir verdad— él aparecía con alguna idea que se salía un poco de lo habitual, y ella se encargaba de perfilarla. Se podía decir que cada cual desempeñaba su papel sin estridencias, y con una maravillosa naturalidad.

Era verdad que Alonso no demostraba nunca excesiva pasión…, eso lo reservaba para su piano. Pero, ahora que ya no tocaba, quizá sería buen momento para explorar nuevos territorios.

«Una casa en un árbol, con un niño de un año cumplido. Es una locura».

El caso es que rara vez discutían, lo que para ella era importante teniendo en cuenta la familia de la que provenía. Quizá lo hubiesen hecho cuatro o cinco veces en sus cinco años de matrimonio, y en unos términos tan comedidos que ni siquiera estaba segura de que pudiese elevarse a la categoría de verdadera discusión. Y tenía que admitir que la mayor parte del mérito era de Alonso, invariablemente indiferente a todo lo que no fuese tocar.

Una vez había leído una frase que se le quedaría grabada para siempre: «Es mejor tener paz que tener razón».

Ella amaba la paz. Y Alonso también.

Coincidían en muchas cosas más, pero seguramente aquel fuese el vínculo que más fuerte los unía: esa inclinación natural de ambos por evitar el conflicto. Disfrutaban de su silencio tanto como de una buena conversación o de un buen libro, y todavía disfrutaban más si combinaban esas tres cosas.

—… los permisos?

Había dejado de escuchar a Alonso hacía un rato. Le pasaba con frecuencia últimamente, como si su cerebro necesitase desconectar de vez en cuando. Alonso le repitió:

—Te preguntaba si crees que será complicado obtener los permisos.

—Yo no sé nada de permisos, Alon —respondió Erika, de nuevo con excesiva brusquedad—. Y de cabañas en los árboles aún menos.

—Ya…, ni yo, ni idea. Pero no creo que sea tan difícil. Será como solicitar permiso para construir cualquier otra casa, digo yo, y hay

mucha gente que lo hace. Me imagino que en el bosque habrá zonas protegidas o algo así.

«El bosque».

Erika imaginaba la escena cada vez con mayor detalle, sintiendo que, a su pesar, volvía a abstraerse. Su inquietud también iba en aumento, sobre todo porque, por más que tratase de disimular, era evidente que a Alonso le entusiasmaba la idea.

«Sin gente, sin policía, sin hospitales… y encaramados en lo alto de un árbol». Desde luego aquello dejaba muy atrás cualquier otro plan que se le hubiese ocurrido hasta entonces. En cambio, Alonso parecía muy tranquilo, tan «formalito» como siempre. Y eso era lo que más nerviosa la ponía, porque sabía que hablaba en serio.

Alonso siempre hablaba en serio.

Sin saber qué decir, Erika comentó:

—Es que no me digas que no es raro, Alon…

—Pues un poco raro sí que es —contestó Alonso, y no añadió nada más.

A esas alturas ella creía saber interpretar hasta cierto punto los frecuentes silencios de su marido. Una vez había leído que los delfines se comunicaban entre sí, no a través de sus silbidos, como todo el mundo pensaba, sino mediante los intervalos de silencio que se producían entre ellos. Con Alonso pasaba más o menos lo mismo. Y ella sabía de sobra que, por mucho interés que su marido tuviese en ello, no insistiría más. Sencillamente era su forma de ser.

Pero Alonso de nuevo la sorprendió:

—Mira, Eri, a ver qué te parece: ¿por qué no hacemos alguna excursión, un pícnic o algo así, y conocemos un poco más la zona? Hay muchos parques naturales cerca de Bilbao, y no hemos estado nunca en ninguno.

«Alonso Urbizu proponiendo una excursión que no fuese al

Euskalduna».

—¿Cuántas veces no has dicho que te gustaría que hiciésemos más planes juntos? —añadió.

«Muchas. Y aun así menos de las que lo he pensado». Pero el tema no era ese. El mero hecho de pensar en pernoctar en un árbol… la perturbaba. Pero era la primera vez que veía a Alonso entusiasmado con algo que no fuese su piano, la primera, en cinco años de matrimonio, y tampoco podía dejar pasar eso por alto.

¿Cuándo habían hecho algo así juntos? Una sola vez, y, para ella, había sido inolvidable: el día que hicieron un pícnic en el Etxebarria. Y estaba segura de que para Dani también había sido inolvidable, por muy pequeño que fuese. Quizá aquello fuese precisamente lo que necesitaban los tres…

Alonso la miraba como si él mismo también estuviese un poco indeciso, pero ella sabía que aquello era una pose, lo que siempre la hacía sentir un juguete en sus manos. La perspicacia de Alonso resultaba a veces casi invasiva, por mucho que tratase de disimularlo. Pero en este caso le dio exactamente igual. Es más, deseaba hacerle ver que, si aquello fuese verdad, si esa cabaña pudiese servir para que los tres estuviesen aún más unidos, ella estaría dispuesta a encaramarse a un árbol o a tirarse por las pistas de esquí las veces que hiciese falta. Abrió la boca para decírselo, y lo que le salió a cambio fue otra pregunta:

—¿Y dices que esas cabañas están bien equipadas?

—Bien equipadas…, eso fue lo que más me asombró. Tienen lo mismo que una vivienda normal, pero muchas cosas más. Las hacen hasta con jacuzzi. —Erika alzó las cejas, realmente impresionada. «¿Un jacuzzi en la copa de un árbol?»—. De verdad, son alucinantes. Yo ni siquiera sabía que existía algo así, por eso te digo que deberíamos aprovechar la oportunidad…

—¡¿Qué oportunidad?! ¿Es que ya has visto algo?

—No, no, he trasteado un poco por internet, pero poco más. Me refería a que quizá deberíamos atrevernos un poco más. El tiempo pasa, y Dani no tendrá siempre un año. Piensa también en eso.

«Lo hago, cariño. Créeme que a menudo lo hago».

—Imagina cómo sería para él —prosiguió Alonso—, el sueño de cualquier niño. Podríamos dar largos paseos en mitad de la naturaleza, buscar animales, respirar aire puro, pescar quizá… ¡Yo qué sé! El solo hecho de no tener vecinos ya me parecería un lujo. Los tres allí solos, con las ardillitas. No sé…, creo que podría ser bueno. Que podría ser bueno *para los tres*.

De pronto, de un modo totalmente inesperado, Erika sintió que también ella comenzaba a ilusionarse con la idea.

«A veces las cosas más relevantes surgen así —pensó—, como un chispazo».

Y, al darse cuenta de ello, su corazón empezó a latir apresuradamente, como si se escandalizase ante el cambio de opinión de su dueña. Tratando de contener su propia emoción, Erika le dijo a su marido:

—Mira, Alon, hagamos una cosa si te parece: tú ve informándote, pero con tranquilidad, sin prisas. Por lo que dices te llevará algún tiempo, pues hay bastante que consultar: si se puede hacer o no, precios, lo que dices de los permisos…, en fin, no sé, todo lo relacionado. Y, mientras, vamos madurando la idea tranquilamente. ¿Qué te parece?

Alonso de nuevo guardó silencio, lo bastante largo como para que Erika volviese a pensar, por enésima vez, que su marido debía de ser la persona más reservada del mundo. Pero cuando finalmente habló su naturalidad disipó buena parte de sus inquietudes:

—Claro que me parece bien, Eri. Es lo más prudente. Además, a

mí tampoco me gustaría hacer algo así a lo loco.

Erika no pudo evitar añadir:

—Pero te ilusiona, ¿verdad?

—Más de lo que imaginas —respondió Alonso.

2

Alonso Urbizu y Erika Velasco se habían casado, hacía ya casi cinco años, en la diminuta ermita de Nuestra Señora de la Asunción, cerca de Bilbao, ciudad en la que residían desde entonces; cinco años de tranquilidad, de crecimiento laboral y consolidación personal, en los que habían tenido tiempo de tener a su hijo Dani. Cinco años felices en definitiva, se recordaba Erika a menudo, o, al menos, todo lo felices que cabría esperar dadas sus circunstancias previas.

Natural de Carmona, pequeño pueblito cántabro enclavado entre los valles del río Saja y el río Nansa, hija única, Erika se había criado en una familia descabalada y profundamente marcada por el alcoholismo y la violencia de su padre. Hasta los once años había estado convencida de que los golpes diarios, los zarandeos o los ojos morados entraban dentro del día a día de cualquier niño. Hasta que su madre, Micaela, una sombra difusa y silenciosa, se había decidido a denunciar al padre de su hija, el señor Basilio, por insistencia casi amenazante de una vecina de toda la vida, obteniendo finalmente, y tras un infierno de declaraciones humillantes e informes de todo tipo, la pertinente orden de alejamiento para su marido.

Para sorpresa de todos, el señor Basilio aceptó aquella orden con buen talante, con «deportividad» se podría decir, o al menos así es como quedaría archivado en la memoria de Erika.

Aun así, Erika ya nunca olvidaría la última vez que vio a su padre, cuando, escoltado por dos policías, acudió a su casa a recoger sus enseres personales, como tampoco olvidaría la última mirada que le dirigió precisamente a ella: una mirada confiada, astuta, repleta de rencor, una mirada que, viniendo de su padre, contenía todos los peligros de este mundo.

Aquel día Erika se encontraba de pie junto a la puerta, asida de los hombros por un policía joven, y no quería mirar a su padre. Pero le miraba, por supuesto que le miraba, mientras este recogía sus pertenencias con una dolida sonrisa esculpida en el rostro, la expresión resignada y cínica del hombre que está convencido de haber dedicado su vida entera a su familia para ser finalmente echado de su propia casa como un perro; una expresión a medio camino entre la falsa sumisión y promesas futuras mientras cargaba con deliberada parsimonia con su maleta de tela —la de color verde y cuadros grises, esa que Erika nunca había visto fuera del armario— y cuyo penetrante olor a naftalina inundaba toda la casa en ese momento.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando, inesperadamente, se acercó a ella y, agachándose hasta situarse a su altura, le dirigió aquellas terribles, inolvidables palabras:

—No te has portadu bien con tu padre, coneja. Bien sabe Dios que no te has portadu bien. Y hasta debería ponerte el culo moreneru.

El policía que le acompañaba le apretó un poquito en el hombro, solo un poquito, y su padre no añadió nada más. Se incorporó con cierta dificultad, apoyándose en su inseparable muleta, la miró por última vez con aquella abominable expresión de autocompasión y se marchó, sencillamente se marchó de sus vidas para siempre.

No dijo más, pero fue suficiente.

Su padre, acodado sobre la mesa de la cocina, con las albarcas aún puestas, llenas de barro; su muleta, un organismo casi vivo, apoyada negligentemente en un lado de la mesa, como una extensión amenazante de su propio cuerpo; el pelo grasiento y lacio, cayéndole sobre los ojos; el cuerpo abrupto bajo el grueso chaquetón de lana, como una mole compacta; la expresión ausente, lunática, prestando poca o ninguna atención a la televisión, lo que siempre era mala señal; las manos sobre la mesa, anchas y ásperas, como cortezas de árbol, con los dedos enclavijados pero inquietos, soltándose constantemente para llenar su vaso de Cacique, una y otra vez, una y otra vez; los ojos diminutos y muy juntos, contrastando vivamente con la cabezota, como ranuras sumergidas entre pliegues de carne colorada y pecosa, controlando de reojo todo lo que hacían su madre y ella, brillantes de pura malicia.

Hasta que aquellas manazas toscas, insensibles, herméticas como las de un robot, aquellas manos con las que le había visto hacer tantas barbaridades, la habían tomado inesperadamente por la cintura.

—No vayas tan rápidu, coneja.

Su aliento…, un pozo profundo de vapores alcohólicos, tamizado por los caramelos Solano que comía a todas horas.

—No vayas tan rápidu, coneja. Te estás poniendo muy guapa.

En aquella época ella no debía tener más de diez u once años.

La sonrisa estupidizada mirándola de arriba abajo; las mejillas esculpidas en caoba; la nariz amoratada y surcada de capilares reventados, con los pelos asomando por los orificios, negros y húmedos, como matojos pegajosos humedecidos por el rocío; la frente estrechísima y deprimida a la altura de las sienes, bajo el cráneo enorme, oblongo, desproporcionado.

Y, de pronto, la previsible tormenta, no por esperada menos

terrible, orientándose hacia su madre como casi siempre y estallando con grosero desconcierto, como si acabase de recordar algo indignante:

—¿Qué miraba ese aquel día? Nunca me has dicho qué miraba, so cerda.

Las ranuras ensartando a su madre con infinito desprecio, rebosantes de odio, de crueldad…, de demencia. La boca azulada, de goma, desleída hacia abajo en señal de infinito asco, como si estuviese paladeando algo repugnante.

—Yo te lo diré lo que miraba: te miraba las tetas. Esas tetas de guarra que tienes.

Su madre incapaz de hablar, avasallada ya por el terror, demasiado lenta, siempre demasiado lenta.

—Por favor…, Basilio…, la niña…

Pero su padre ya había tenido tiempo de incorporarse —una mole tambaleante de ojos sombríos bajo un chaquetón de pelo gris — y, sin escucharla lo más mínimo —y aquel detalle era lo que le había parecido lo más injusto de todo, en su mente de niña—, se había situado frente a su madre y la había escupido en mitad de la cara.

Erika se encontraba justo a su lado y parte del salivazo le cayó a ella en la boca, una mezcla infame de tabaco negro, Solano y el gusto metálico y ácido de la mucosidad, y entonces sí, deseando comenzar en realidad, su padre estampando en mitad de su cara un terrible golpe con el canto de una de sus manazas, hacia arriba, como cuando ellos se daban «chopos» en el patio del colegio, alcanzándola en pleno rostro con la aparatosidad propia de los borrachos.

—Deja en paz a la niña, sarnosa.

A partir de ahí, solo imágenes sueltas en su cabeza, como los

flashbacks de las películas: su madre sangrando por la nariz y por un oído, dos o tres platos estallando contra el suelo, su padre farfullando palabras abominables, la mayoría de ellas incomprensibles, entrecortadas por los golpes contra su madre:

—Sarnosa…, cerda… y gggrrrcaaaul…, mirándote como a una perra en celo ccgggrrra…, para follarte…, los sesos te follaba yo…

El sonotone de su madre caído en suelo, manchado con los restos de las gachas que llevaba cocinando toda la tarde; el delantal, que siempre llevaba impoluto, perdido de sangre y de saliva, y, finalmente, su propia madre desmoronándose, deshaciéndose como un muñeco de nieve que llevase demasiado tiempo expuesto al sol.

Entonces su padre había plantado una de aquellas pesadísimas albarcas embarradas en la cabeza de su madre, y ella se había tirado al suelo implorándole que por favor dejase de hacer daño a su madre mientras trataba inútilmente de levantar su pierna.

—Por favor, por favor, papito, déjala. Le estás haciendo mucho daño…, papito…

Hasta que algo había crujido bajo el cuello de su madre, y ese sonido se le quedaría grabado a fuego para siempre, tanto que, treinta años después, continuaba escuchando aquel crujido con perfecta nitidez.

Solo entonces su padre había cedido, por fin, y se había alejado de ellas para ir al baño a orinar, tambaleándose por el pasillo como si se encontrase en el interior de un barco.

La cara de su madre, cubierta parcialmente por el pelo desgreñado y gris, hinchándose por momentos y comenzando a mascullar ya las consabidas disculpas:

—Lo siento, mi niña… Lo siento tanto, mi niña…

Entonces su padre había regresado a la cocina, ya totalmente relajado, dueño de sí mismo.

Y se había dirigido a ella con toda tranquilidad, como si fuese otra persona:

—Eriuca, ¿que no ves que tu madre está sangrando? Haz el favor de ayudarla o tendré que ponerte el culo moreneru.

Desde aquel día su madre, que de por sí no oía nada bien, había perdido la audición casi por completo.

Más tarde, el testimonio de Erika sería clave para inculpar al señor Basilio. Pero, a pesar de sus amenazantes palabras de aquel último día, lo cierto es que su padre nunca más volvió a aparecer, y tanto ella como su madre estuvieron demasiado ocupadas en su propia subsistencia como para poder pensar en otra cosa.

El señor Basilio, como todo el mundo lo llamaba allí en Carmona —ganadero honrado, hombre serio y respetadísimo en el pueblo—, vendió su ganado y desapareció, sencillamente se esfumó para siempre.

De la noche a la mañana sus vidas experimentaron un notable cambio. De pasarse los días, y sobre todo las noches, tratando de apaciguar el ánimo de don Basilio, surgió de pronto un mundo nuevo ante ellas, un mundo de inusitada, desconocida libertad, aunque siempre condicionado, eso sí, por la ausencia del que hasta entonces había sido el pilar económico fundamental de la casa: el salario paterno. Erika, que siempre había sido muy buena estudiante, tuvo que dejar el instituto y buscar empleo para ayudar así al modestísimo salario de su madre, que trabajaba, cuando podía, como cuidadora doméstica de ancianos, limpiadora eventual («ya que estás aquí…», solían decirle mientras le indicaban el lugar de los productos de limpieza), modista, albarquera y lo que fuese, a pesar de tener una lumbalgia crónica que la hacía desempeñarse con más

lentitud de lo que hubiese deseado.

Pero resultó que una de aquellas vecinas le habló a Micaela de un conocido suyo que tenía una modesta agencia de seguros en Bilbao y que llevaba algún tiempo necesitando una joven aprendiz que le echase una mano. Aquel conocido se llamaba Jacinto Benavente, y, al día siguiente, una Erika de quince años cumplidos tocaba con timidez la puerta de JaBe, su agencia, ataviada con su mejor vestido.

Obtuvo el empleo, y, durante algunos años, su madre y ella disfrutaron de una relativa tranquilidad.

Jacinto Benavente resultó ser un hombre peculiar. Se presentaba siempre con nombre y apellido, y añadía invariablemente «como el escritor», con un orgullo pueril pero evidente; tenía un estrabismo acentuadísimo que, curiosamente, desaparecía del todo cuando estaba relajado —es decir, casi nunca—, y un arsenal interminable de coletillas y refranes con los que acribillaba a quien se le pusiese a tiro. Estar preocupado era su natural forma de ser. Solía decir que había tenido vacaciones una sola vez en su vida y que había sido espantoso, y temía su cercana jubilación con toda el alma. Era nervioso, vehemente, comercial por naturaleza y profundamente honrado al mismo tiempo. Solía decir que prefería ser engañado que ser desconfiado, y un cliente insatisfecho podía robarle muchas horas de sueño.

En la oficina trataba de aleccionar a su nueva administrativa, sin demasiado éxito. La timidez de Erika era casi patológica:

—Tienes que ser más agresiva, Erika, más segura. La gente viene aquí buscando precisamente eso, seguridad, y se encuentran contigo dudando de todo. Hasta cuando no tengas ni idea debes actuar con seguridad, como si supieses perfectamente de lo que te hablan; entonces me llamas, y entre los dos resolvemos lo que sea.

Lo importante de este negocio no es el producto, sino *el envoltorio* del producto. La mujer del César no tiene que ser solo virtuosa, sino también parecerlo. Si no sabes de algo, quedas con el cliente para otro día con cualquier excusa, y lo consultas luego conmigo. Hay que hacer siempre bien la gestión, Erika, ese es nuestro mayor aval. Aquí no vivimos del que viene, sino del que vuelve… Etcétera, etcétera, etcétera.

No obstante, y para sorpresa de ambos, aquella chica escuálida y callada, que parecía «a medio hacer», como le dijera Jacinto a su mujer el día que la contrató, comenzó a desenvolverse con creciente rapidez y eficiencia, trocando en poco tiempo aquella timidez en sosegada concentración frente a los papeles, trato inmaculado con los clientes y, sobre todo, lo que Jacinto más valoraba: una feroz organización.

Fácil en el trato, inteligente, diligente, Jacinto valoraba su adquisición como uno de sus mayores bienes. En cambio, su joven discípula no parecía otorgarse ningún valor, lo que para el propio Jacinto no era sino una muestra más de su valía.

En poco tiempo JaBe prosperó todavía más, y Jacinto tuvo la inteligencia de recompensarla adecuadamente, tanto a nivel económico como personal. En poco tiempo Erika se independizó de su madre y dio comienzo a su propia vida, instalándose en un pequeño apartamento en Bilbao, relativamente cerca de la oficina.

En cuanto se sintió mínimamente estabilizada, retomó sus estudios.

Dos años más tarde, con mucho esfuerzo y muchas tazas de café, Erika lograba aprobar sus exámenes de acceso y matricularse en el Grado de Medicina en la Universidad de Bilbao, carrera que siempre había querido hacer desde niña, cuando pasó tantos años de rodillas junto a su madre tratando de curar sus heridas. Erika casi

se mata en esos años compaginando su trabajo en la oficina desde las ocho hasta las tres de la tarde, comiendo cualquier cosa y en cualquier sitio (habitualmente en el autobús) y acudiendo a la carrera a sus clases en la universidad, desde las 15.45 hasta las 21.45 ininterrumpidamente, para invertir después buena parte de la noche a estudiar o a realizar los pertinentes trabajos que su carrera le requería.

Los días que tenía prácticas, sencillamente no podía comer.

Por aquel entonces Erika contaba veinticinco años, y su verdadera vida acababa de comenzar. Su desgraciada infancia, en consonancia con la docilidad y la innata modestia de su carácter, habían hecho de ella una adulta juiciosa pero profundamente insegura, y toda su persona irradiaba esa actitud reticente y un tanto expectante propia de quien aguarda que la tragedia comparezca en cualquier momento. Parecía siempre como un poco asombrada por todo, lo que generaba simpatía en los demás, especialmente en las mujeres, siempre encantadas de destacar junto a alguien tan opaco, pero que a ella, en cambio, la hacía sentir acomplejada y disminuida. Y no era capaz de evitarlo, por mucho que se recriminase por ello. Su desarrollo no había sido completo, carecía de ese legítimo orgullo que acontece en la mujer antes que en el hombre, y que instala una dignidad y una jerarquía personal en un determinado lugar, estableciendo de una vez y para siempre el rasero por el que será medido por otros. Esa toma de conciencia, esa certeza sobre la propia valía suele llegar en la adolescencia, y es indeleble. Pero en el caso de Erika, sencillamente, no había tenido lugar.

De forma inversa a su precocidad laboral, Erika había tardado en expresarse físicamente, como si su naturaleza se hubiese involucrado tanto en aquellas urgentes cuestiones que hubiese

decidido dejar para más tarde su propio desarrollo corporal. Hasta los quince años había sido una joven escuálida y desgarbada, de pelo lacio, como su padre, y lo último que un hombre hubiera hecho habría sido pensar en ella como mujer. Pero, junto con su estabilidad laboral, su cuerpo parecía haber decidido florecer, ganando peso y alcanzando su plenitud en pocos meses, como si hubiese estado contenido hasta entonces de algún modo: su piel se había estirado, sus pómulos redondeado y su pelo se había hecho lustroso. Pero todo ello se había dado del mismo modo recogido y modesto, como la discreta violeta, antes que como la escandalosa flor tropical. Los ojos, verdes y rasgados, herencia de su madre en este caso, poseían un sutil pliegue entre ellos que parecía distanciarlos de algún modo, dándole un aire aún más casto e inocente, casi pudoroso, de irresistible encanto. Esos ojos rara vez se dirigían hacia sí misma, y, cuando lo hacían, enfocaban una imagen distorsionada y descolorida.

Orientados hacia los otros, en cambio, refulgían.

Por lo demás tenía una nariz diminuta pero bien formada, la boca grande y voluptuosa y unas mejillas de niña.

Con veinticinco años Erika era una auténtica preciosidad, y el único motivo por el que no había tenido relación alguna era porque en su vida no cabía un alfiler.

Fue entonces cuando conoció a Alonso.

3

Debido a la cercanía entre el conservatorio y la universidad, Alonso tenía la costumbre de asistir con regularidad a muchos de los cursos y seminarios que se impartían en esta última, tanto porque sus créditos eran libres —lo que le venía muy bien para la obtención de su primer trienio— como por simple afición. Y fue en uno de aquellos seminarios, «Literatura del Romanticismo», donde conoció a Erika.

A diferencia de Erika, Alonso había tenido una infancia perfectamente normal, aunque, eso sí, hasta allí donde alcanzaban sus recuerdos, su vida se había entretejido siempre en torno a su piano. Su padre había sido pianista semiprofesional hasta lesionarse la mano derecha, y, como tantas veces sucede, deseó para su hijo aquello que él mismo no había podido alcanzar. Desde un principio Alonso demostró notables y múltiples aptitudes, solo que en lugar de una PlayStation o una tablet lo que tuvo a su disposición fue un piano. Al cumplir diez años, sus padres acudieron al Conservatorio de San Sebastián y tuvieron la suerte de dar con un buen profesor, don Emiliano Barreda, quien aceptó al chico a pesar de «ciertas carencias de base que habrá que corregir». Ese mismo día los tres regresaron a casa con un valioso consejo:

«No solo tiene que tocar. También ha de leer, asistir al teatro,

frecuentar los museos, adquirir toda la cultura que le sea posible. Y perseverar».

Sus padres se pusieron manos a la obra y Alonso perseveró, y, en los momentos bajos, fueron sus padres los que le hicieron perseverar. Antes de completar los estudios superiores del conservatorio, Alonso ya había ganado varios concursos importantes a nivel nacional y comenzaba a ser requerido por algunas de las más destacadas salas de concierto españolas. Entonces decidió compaginar su carrera concertística con la docente, pues los ingresos que le proporcionaban los conciertos, aunque generosos, eran irregulares, y obtuvo con facilidad su plaza de profesor de piano en el Conservatorio Profesional Juan Crisóstomo de Arriaga de Bilbao.

A los veintitrés años cumplidos Alonso ya era el profesor más joven del Conservatorio de Bilbao y tenía más conciertos de los que podía atender.

Aquel seminario resultó ser bastante más aburrido de lo que ambos habían supuesto. Hasta que el ponente —un hombrecillo calvo y con gafas, al que Erika ya había bautizado secretamente como «Gerónimo Stilton»— propuso una actividad en pareja que consistiría en la elaboración de una pequeña lista comparativa de los libros que más hubiesen impresionado a cada uno. Alonso y Erika, los únicos que habían acudido sin compañía, se buscaron enseguida y se dedicaron a elaborar aquello que el profesor solicitaba. Su sorpresa fue grande al comprobar que sus listas contenían dos coincidencias, concretamente *Los miserables*, de Víctor Hugo, y *Walden* de Thoreau.

—¿Te has copiado o qué? —le preguntaba Alonso por lo bajo, bromeando.

El resto del seminario lo pasaron cuchicheando como chiquillos,

y, al salir del seminario, Alonso insistió en acompañarla a casa.

Aquel trayecto determinó el devenir de sus vidas.

Siempre pasa lo mismo: lo más decisivo surge de lo más banal, igual que la obra de arte da comienzo con el trazo más tenue.

Lo demás llegó con la misma naturalidad —con la misma inevitabilidad, pensaba a menudo Erika—, como en las películas, como si alguien los hubiese puesto expresamente ahí al uno para el otro.

Se casaron en cuanto ella concluyó sus estudios de Medicina, y, al año siguiente, ya estaba trabajando como interna en el Hospital Universitario de Basurto.

Habían pasado diez años desde que aquella chica escuálida llamase a la puerta de Jacinto Benavente, y, cuando llegó el turno de la despedida, ambos lo sintieron sinceramente.

—Ya sabes que aquí siempre tendrás tu casa —le dijo Jacinto con torpeza—. Te deseo mucha suerte.

Los años duros habían concluido.

El nuevo sueldo de Erika, junto con el generoso salario como profesor del conservatorio de Alonso y, sobre todo, su caché como concertista, hicieron que sus vidas prosperasen con rapidez, comenzando a deslizarse vertiginosamente hacia la alta sociedad de Bilbao. Eso sí, Alonso necesitaba muchas horas diarias para tocar y enseñar, y el horario de Erika en el hospital era irregular, así que se veían bastante menos de lo que hubiesen deseado.

Para la propia Erika su marido representaba un enigma. Discreto, inteligente y reservado, muy reservado. Todo en Alonso era recogido, incluido su aspecto físico, aunque de un modo muy diferente al de ella. Aquello que en Erika era consecuencia de una natural timidez en él lo era de su introspección, pues Alonso, en realidad, no albergaba duda alguna sobre su propia valía. Se

parecían, y al mismo tiempo eran completamente diferentes. Erika dudaba de todo lo que venía de dentro, Alonso desconfiaba de todo lo que provenía de fuera. En cambio, aun no expresando gran cosa físicamente, Alonso destilaba magnetismo a su paso, con esa particular atracción que emana de aquellos que viven convencidos de que su momento terminará llegando. ¿Qué momento era ese? La fama, la grandeza. Su único empeño era triunfar en la carrera que había elegido. No exigía nada a los demás, pero se lo exigía todo a sí mismo. Obstinado, ambicioso, con una ilimitada capacidad de trabajo, Alonso ya había conseguido convertirse en concertista de éxito en muy poco tiempo. Pero anhelaba más, anhelaba la gloria. Y la veía al alcance de la mano. Después de muchos años de trabajo, Alonso, de hecho, sentía que su carrera como pianista comenzaba a despegar de verdad, sobre todo a raíz de la grabación de su último disco —el tercero en su cómputo global—, dedicado íntegramente a obras de Mompou y que estaba provocando un auténtico revuelo en el mundo de la música clásica. Eso sí, hasta entonces rara vez había tenido que dormir fuera de casa, pero, con el incremento de sus compromisos musicales y su incipiente proyección internacional, Alonso se vio obligado a ausentarse cada vez más a menudo y durante más días. Poco a poco, concierto a concierto podría decirse, fue recibiendo contratos cada vez más interesantes, inteligentemente seleccionados y promovidos por Guilo, su agente, quien le informaba de todo con exquisita puntualidad. Las mejores salas de concierto del mundo comenzaban, por fin, a reclamar su presencia.

Alonso veía llegar su sueño, y se preparaba convenientemente para recibirlo.

Pero lo que llegó fue Dani.

La paternidad supuso para Alonso lo mismo que un cargamento

de cemento para un globo que estuviese a punto de despegar del suelo. Recordaba la cantidad de veces que había oído aquello de que «los hijos te cambian la vida», y sonreía cínicamente para sí mismo diciéndose que a nadie se le había ocurrido añadir las dos palabras más relevantes:

«A peor».

El problema no era tanto el tiempo en sí de dedicación, pues, de un modo u otro, se las apañaba para seguir sacando sus siete u ocho horas de estudio diario, sino que ya no se sentía en condiciones de aprovechar convenientemente ese tiempo. El descanso de la mente y el cuerpo es indispensable para un artista, y Alonso ya no se sentía mínimamente centrado ni descansado para sostener su difícil actividad. En particular, le resultaba demoledor el hecho de no dormir bien por las noches, y tuvo unas consecuencias casi inmediatas sobre su memoria. En todo momento se sentía desconcentrado, disperso, y enseguida comenzó a resentirse su condición más decisiva a la hora de subirse a un escenario: la confianza.

Al sentirse inseguro de presentarse ante su público, dejó de hacerlo.

Prácticamente de un día para otro todos sus planes de futuro, todos sus proyectos, todo aquello por lo que había trabajado durante toda su vida desapareció, se esfumó, siendo sustituido, a cambio, por aquel ser desvalido que se retorcía a los pies de su cama.

El precio le parecía desproporcionado: renunciar al fruto de toda una vida de trabajo en el preciso momento en que se disponía a tomarlo intercambiándolo por un océano de menudencias, de trivialidades… Se sentía literalmente desalojado, desahuciado de su propia vida, como si todo lo grande, todo lo valioso que pudiera haber en él se disipase en forma de nimiedades.

Ante todo ello Alonso callaba, pero sentía que algo se le rompía por dentro. Percibía su propia fuerza interior, grandiosa, latiendo bajo un grueso manto de cenizas, y se daba cuenta de que, aunque permaneciesen todavía un tiempo, también se irían apagando poco a poco.

Y Erika, aunque consciente de gran parte de ello, ignoraba cómo debía actuar, pues Alonso no solo había dejado de tocar, sino también de leer, de hacer planes con ella y, últimamente, incluso de asistir a sus clases en el conservatorio, alegando fuertes dolores de cabeza.

Por todo ello, el día que Alonso regresó a casa con aquella insólita idea sobre una casa en un árbol, Erika, de algún modo, se sintió esperanzada.

Pero la ilusión de Alonso no respondía a los motivos que ella creía.

4

Alonso tenía especial afinidad por un pariente lejano de Erika de origen polaco llamado Julius Korzeniowski, por el cual, además de cariño, sentía una enorme admiración. Julio —nadie le llamaba Julius allí en Bilbao— tenía multitud de talentos, que se habían materializado en numerosas patentes, algunas de ellas realmente brillantes. Por ejemplo, su «valla inteligente», cuyo funcionamiento en realidad no podía ser más sencillo (como solían ser siempre la mayoría de sus inventos, por otro lado): a Julio se le había ocurrido que, introduciendo un cable y un sensor en el interior de una verja de apariencia normal, sería posible controlar, mediante unas cuantas cámaras y un simple monitor, la intrusión de cualquier persona que tan solo rozase la valla, pues el sensor era capaz de indicar el lugar exacto en el que eso sucedía. Sus ventajas eran múltiples, comenzando por el ahorro de personal que suponía a la hora de proteger grandes superficies —un solo hombre bastaba para controlar el monitor y avisar a la policía en caso de necesidad—, pero también por la precisión e inmediatez que demostraba a la hora de dar la alarma o la simple mejora de las comodidades de trabajo del vigilante, que ya no estaría obligado a deambular a la intemperie, sino que podría controlar tranquilamente el monitor desde su caseta. Recintos feriales, parques temáticos, estadios de

fútbol o de béisbol, cárceles, todos esos espacios y muchos otros se beneficiaban ya de las ventajas de su valla en diferentes partes del mundo.

Otro de sus inventos más celebrados había sido su acelerador de hierba natural, cuyo diseño, de nuevo, era fruto de un sentido común aplastante. El artefacto se concretaba en una especie de cinta transportadora en forma de acordeón (para optimizar el espacio) que se desplazaba, mediante unas argollas y rieles flotantes, portando una serie de placas de tierra de un metro por cincuenta centímetros cada una. Esas placas de tierra recibían durante su recorrido todo lo que necesitaban para que el césped (o cualquier otro tipo de hierba) creciese a una velocidad insólita: semillas, agua, luminosidad, pero de un modo acelerado, especialmente en lo referente a la luz, que era generada por rayos ultravioleta. Desde que entraba la primera placa hasta que salía convertida en césped natural transcurrían exactamente veintiún días, periodo de tiempo brevísimo en comparación con los habituales. Y sus posibilidades, de nuevo, eran múltiples a la hora de replantar con rapidez grandes superficies (campos de fútbol o de golf, amplios parques y avenidas, jardines), pero también como fuente de alimentación de ciertos tipos de ganado que solo comían un determinado tipo de hierba que garantizaba la calidad de su carne y de su leche, y cuyos pastos, hasta entonces, debían ser muy dosificados.

Julio, quien por cierto carecía por completo de estudios, era extremadamente laborioso, y sus hazañas no solo se limitaban a los planos y las patentes. En sus ratos libres había convertido un gallinero perteneciente a los padres de Erika en un coqueto apartamento de dos plantas y una alberca en un aserradero autónomo, por simple entretenimiento.

Alonso y Julio habían congeniado desde el primer día. Alonso, callado y taciturno; Julio, hablador compulsivo y extrovertido; formaban una pareja curiosa y entrañable. El mayor defecto de Julio —un defecto perfectamente perdonable, pensaba Alonso, en comparación con sus incontables virtudes— era el de mostrarse en exceso campechano con todo el mundo, incluido con aquellos a los que trataba de vender sus patentes, lo que, a veces, le cerraba puertas que debían ser tocadas con mayor delicadeza. Pero Julio era un genio, un auténtico genio, y el genio siempre se imponía, así lo creía. Alonso había tomado muchas cervezas con él, y sabía que detrás de aquella apariencia vulgar, casi simplona, habitaba una inteligencia fuera de lo común, una mente independiente y prodigiosa que no daba nunca nada por sentado, y, sobre todo, un inagotable caudal de creatividad.

Entre sus clientes se contaban numerosas empresas americanas y australianas cuyas enormes extensiones de terreno que vallar o que replantar reclamaban sus inventos cada vez más, de forma que Julio se veía obligado a viajar con frecuencia. Alonso solía ser el encargado de llevarlo y recogerlo en el aeropuerto, dado que Julio no tenía más familia en Bilbao que su sobrina Erika, y un día, a la vuelta de uno de aquellos viajes, Julio insistió en ir a tomar unas cervezas antes de ir a casa, pues decía necesitarlas como pocas veces en su vida.

—Imagina que llegué al puto Asheville o como se llame, en Carolina del Norte, después de un viaje largo de cojones, y estuve esperando casi dos horas en una oficina extrañísima, tío, diminuta, calurosa y llena de una especie de hormigas voladoras que no te dejaban en paz ni un minuto. Los muy anormales me habían dicho que tenían mucho interés en mi valla, que querían no sé cuántos metros de ella…, un disparate, y me estuvieron dando el coñazo

durante muchos meses. Y resulta que cuando por fin llego allí me empiezan a decir que no están tan seguros, que querían hablar un poco más primero… Desconfianza, te lo digo yo, desconfianza pura y dura. Y poca seriedad, tío, eso fue lo que pensé.

Julio llevaba tantos años en Bilbao que ya parecía el típico bilbaíno: rudo, apasionado de la comida y de la bebida y mal hablado, muy mal hablado. Apuró de un monstruoso trago casi todo el contenido de su jarra de medio litro, pidió otra al camarero con ese gesto universal que consiste en brindar por él y continuó con su monólogo habitual:

—El caso es que al principio no hacían más que poner pegas: que si las vallas eran muy caras, que si su tecnología daría problemas… Llegué a pensar que había hecho el viaje para nada. Pero al final bien. La valla les encantó, como no puede ser de otra forma, pues es cojonuda, y cerramos el negocio enseguida. Me bastó hablarles del dineral que iban a ahorrar en personal para que se les iluminaran los ojitos a los muy miserables. Pero es que mi valla es un inventazo, tío, y las grandes empresas empiezan a darse cuenta, que ya era hora, por cierto. Se está vendiendo bien, y mejor que se va a vender.

Julio bebía y hablaba con la ansiedad de un náufrago, y Alonso pensó que tenía allí para rato. Se alegró de haber advertido a Erika de que no le esperase despierta. La noche anterior habían tenido «fiesta» con Dani, y Alonso sentía que se le cerraban los ojos.

—Por la tarde me llevaron a visitar un bosque —prosiguió Julio, imperturbable—. Al parecer había muchos en los alrededores, y me tenían preparada una especie de cabaña en la copa de un árbol. —Los ojos de Alonso se abrieron de golpe—. Tal cual, tío, una cabaña en un árbol. Era como un bungalow o así, pero colgado en las alturas. Me quedé loco. Me dijeron que era una sorpresa, porque me

gustaba el campo y eso. Si al final los yanquis fueron majetes y todo, aunque a mí me sonó un poco a que me llamaban paleto. Me está sabiendo a gloria la puta birra, tío. Pero lo que te digo, me tocó un poco las pelotas que desconfiaran al princip…

—¿Cómo dices que era esa cabaña, Julio? —le interrumpió Alonso—. Háblame más de ella.

—Pues muy curiosa. La habían construido en un arbolaco de unos cincuenta o sesenta metros. Ya sabes cómo son los americanos, que lo hacen todo a lo bestia. Tenía una escalera de madera que ascendía en espiral en torno al tronco, desde la base del árbol hasta la entrada de la cabaña, a unos doce metros de altura.

—¡Doce metros! No jodas.

—Como lo oyes. Y me dijeron que las había más altas todavía. Molaba mucho, la verdad. El lugar era increíble, pura naturaleza. Y la cabaña tenía todas las comodidades que puedas imaginar. Ahí arriba solo se oía a los pajaritos, tío, y el puto viento, eso sí, que hacía un viento de cojones. Cuando subí hasta me asusté un poco, porque aquello se movía bastante.

—¿Se movía?

—Sí se movía, sí, aunque luego dentro te olvidabas. Tenía bomba de frío y de calor, agua caliente, televisión… Coño, si el chaval me dijo que las había hasta con sauna. Al parecer el dueño era finlandés, y el cabrón tenía buen gusto además.

—No sabía ni que existiera algo así —comentó Alonso, casi para sí mismo—. Yo creía que era algo que se hacía de vez en cuando para los niños y eso. Nunca habría imaginado que se pudiese hacer una casa de verdad en un árbol.

—Pues se puede, compadre, se puede —Julio brindó por segunda vez al camarero—, doy fe de que se puede, porque he dormido en una de ellas. Y además dormí como un bebé.

—Esa frase no tiene ningún sentido, Julius…

—Es jodido, ¿eh? Pues haber tenido el pajarito en la jaula, chavalote, que a todos los tontos os da por lo mismo. Y no me llames Julius que te meto.

Aunque no lo reflejase, en su interior Alonso se sentía deslumbrado. La cabaña que le describía Julio le parecía puro romanticismo. Estar allí arriba debía ser increíble.

Sin querer cambiar todavía de tema, le comentó:

—Sí, pero imagínate que alguien que deambule por allí quiere comprobar cuánta pasta tiene esa gente que ha decidido hacerse un casoplón en un árbol, nada menos. Te pueden dar un buen palo, ¿eh? El lugar parece perfecto para eso.

—Pues resulta que es justo al revés, compadre. Esas cabañas son de lo más seguro que he visto en mi vida. Primero de todo porque por allí no pasaba ni Dios. Tuvimos que andar mucho en coche a través del bosque hasta llegar a ellas, y yo no vi ni a una sola persona en ese trayecto. Y su acceso es mucho más difícil que a cualquier otra vivienda, precisamente por estar suspendida en el aire. Además, están bien hechas, por lo menos en la que yo estuve. El chico que me acompañó me dijo que lo primero que hacían era elegir uno o dos árboles bien gordos y bien asentados, dependiendo del tamaño que el cliente quiera para su cabaña. Como si quieres coger seis árboles y hacerte un puto palacio, para que me entiendas. La cabaña en la que yo estuve tendría unos setenta metros cuadrados y estaba en lo alto de dos árboles enormes. Antes de subir por la escalera ya hay una puerta de roble y un cerrojazo que te cagas. Entrar por los laterales tampoco se puede, porque los cables de acero que sostienen la escalera hacen también de rejas. Los yanquis son yanquis, pero no son gilipollas. Cuando subes la escalera te encuentras con una segunda puerta que da acceso a una

plataforma que rodea toda la cabaña, como si fuese una especie de terraza de madera enorme. Bueno, pues esa segunda puerta tampoco te da acceso a la vivienda, sino solo a la terraza, o sea, todavía *fuera* de la cabaña. No sé tú, pero yo no he visto en mi vida una vivienda en la que haya que pasar tres puertas para entrar. Ahora suponte que ese chorizo imaginario —un gandul por definición, no te olvides— quisiera ahorrarse el curro de forzar las dos puertas anteriores y se le ocurriese, por ejemplo, acceder directamente a la terraza mediante una escalera o algo así (que ya tendría cojones que andase por mitad del bosque con una escalera de mano de diez metros, por cierto). Pues tampoco podría, ya que su sistema es, en mi opinión, el mejor de los tres, por no disponer de cerradura externa. Esa tercera puerta, que es de cristal blindado y corredera, solo se puede abrir o cerrar *desde dentro*. O sea, cuando tú llegas, esa puerta siempre está abierta. Entonces entras y echas el seguro. Y ya no hay dios que pueda entrar ahí.

La idea fue madurando lentamente en el interior de Alonso, hasta el día en que se decidió a comentárselo a Erika. Ya habían valorado alguna vez la posibilidad de adquirir una casa de campo o algo similar para los fines de semana. Dani ya había cumplido un año y parecía cada vez más consciente de todo. Un año que Alonso tenía perfectamente contabilizado, pues era el tiempo exacto que llevaba sin poder tocar. Durante ese año había buscado soluciones de todo tipo, sin conseguirlo, pero también había llegado a la conclusión de que su retirada de los escenarios, en el momento álgido de su carrera, no era justo para nadie, ni siquiera para su propia familia. ¿No se lo reprocharían incluso algún día? Pero, sencillamente, no había sido capaz de encontrar una solución.

Y, en el preciso momento en que comenzaba a aceptarlo y a asumir su carrera concertística como algo pasado y casi olvidado,

aparecía Julio y le hablaba de esas cabañas.

Aquello podía ser la solución que tanto tiempo llevaba buscando.

5

Alonso y Erika comenzaron a dedicar los fines de semana a recorrer los diversos parques diseminados por las inmediaciones de Bilbao, aprovechando para pasear juntos, coger castañas, hacer pícnics, y, en definitiva, disfrutar de tiempo de calidad en familia. Erika estaba exultante, y sentía que, solo por eso, ya había valido la pena el simple hecho de ilusionarse con su peculiar proyecto.

Alonso le llevaba cierta ventaja. Al día siguiente de su conversación en la cocina había realizado algunas llamadas con la peregrina esperanza de que las gestiones administrativas no fuesen tan complicadas como en un principio parecían. Los organismos oficiales ya lo habían sorprendido más de una vez, para bien y para mal. Pero enseguida comprendió que no tenía sentido alguno avanzar a nivel legal hasta no tener una mínima idea del lugar exacto en el que les gustaría construir su cabaña. Lo primero sería encontrar ese lugar, si es que existía, y después ya se ocuparían de todo lo demás. Además, ambos eran conscientes de que la última palabra la tendría Julio.

Tras visitar y recorrer dos o tres de los parques más cercanos se decantaban por el Gorbeia, que además de ser el parque natural más grande de todo el País Vasco se encontraba a poco menos de una hora de coche desde su casa. El Gorbeia había sido declarado

parque natural en 1994, y en torno al setenta por ciento de su superficie estaba formado por hayedos, robledales y pinares. Sus interminables bosques extendían sus dominios a lo largo de más de veinte mil hectáreas repartidas entre los territorios de Vizcaya y Álava, y estaba custodiado por su cumbre más alta, el Gorbeia, que daba su nombre al parque. Ese pico rozaba los mil quinientos metros de altitud, y, en su cumbre, se encontraba la famosa Cruz de Gorbeia, de dieciocho metros de altura, que, de vez en cuando, atraía hasta allí a algún que otro curioso. En esas veinte mil hectáreas convivían armónicamente encinas, madroños, abetos, alisos, sauces, encantadores bosques de ribera, fresnos, álamos, coníferas de todo tipo…, pero también todo tipo de animales silvestres como ardillas, ciervos, turones, lirones y garduñas, corzos, nutrias, mirlos, águilas, halcones, buitres leonados, ranas o culebras.

A diferencia del parque vecino, el Urquiola, que había sufrido importantes modificaciones con el fin de hacerlo más accesible al llamado «turismo urbano», el Gorbeia había conseguido mantener intacto todo su encanto, entre otras cosas por la simple dejadez de sus escasísimos habitantes. Se mantenía algo de pastoreo, muy poco, la elaboración tradicional de miel y de queso proveniente de la oveja *latxa* —en otros tiempos origen del relativamente famoso queso de Gorbeia—, y cierta propensión familiar a la alfarería en algún que otro caserío aislado. Algunas chabolas y «majadas» esparcidas por el parque daban testimonio de aquella tradición pastoril ya casi extinta, mientras que la fabricación artesanal de cal, importante en tiempos pasados, había desaparecido por completo, así como la actividad profesional de los micólogos, los expertos en hongos y en setas. El parque albergaba también alguna ermita —siendo la más importante la de Nuestra Señora de las Nieves— y unos pocos refugios conocidos por los pastores, como el de Egiriñao.

Y eso era más o menos todo.

Ni restaurantes ni complejos hoteleros ni nada que se le pareciese.

Eso sí, la riqueza natural del parque era abrumadora, y su aspecto selvático y abandonado constituía, en realidad, su mayor encanto.

Desde la cascada de Gujuli se precipitaba el río Jaundia desde una altura de más de cien metros, y había un pequeño (aunque impresionante) mirador en el lado oeste. Era la zona más «turística» del parque, y también el lugar en el que los escasísimos habitantes de las aldeas circundantes paseaban de cuando en cuando o dedicaban algún domingo que hiciese buen tiempo a recorrerlo en bicicleta.

En cambio, en su lado este, el parque se mantenía prácticamente virgen, y hacia allí fue donde Alonso y Erika dirigieron la mayor parte de sus exploraciones.

A bordo de su Volkswagen Touareg, partían desde la N-240 que unía Bilbao con Vitoria, a través del Alto de Barazar. Antes de llegar a Vitoria tomaban la BI-3542 en dirección a Otxandio, y, tras recorrer unos quince kilómetros de sinuosa carretera, surgía a su derecha una especie de pista forestal por la que se internaban ya directamente en el bosque, siempre admirados con el sorprendente contraste que ofrecía el paso entre la «civilización» y la más intrincada naturaleza en tan escasos kilómetros. Árboles y más árboles franqueaban todas y cada una de las carreteras comarcales, y, en muchas ocasiones, se vieron obligados a esquivar los numerosos animales salvajes que por allí pululaban. Por supuesto se perdieron incontables veces, aunque estimaban aquellos extravíos como una oportunidad de reconocer aún mejor el lugar.

Un fresco domingo de abril, tras abandonar la BI-3542 e

internarse al azar, como tantas veces hacían, por uno de aquellos solitarios senderos que daban acceso al parque, descubrieron una pequeña abertura entre la maleza por la que el Touareg entraba por los pelos, y que en realidad se trataba de un antiguo sendero de transportadoras de cal, ya completamente en desuso. Siguiendo un impulso, y aprovechando que Dani dormía profundamente, decidieron internarse justo por allí, por pura curiosidad. Recorrieron un buen trecho en la más absoluta soledad, entre encinas, robles y hayedos. Al llegar a la altura de un centenario y majestuoso abeto rojo, decidieron doblar a la derecha y seguir conduciendo todavía durante un buen rato más, esquivando árboles y rocas y atravesando entre baches un bosque que parecía volverse cada vez más intrincado.

Avanzaban cada vez más despacio, a medida que la frondosidad del bosque les estrechaba más y más el camino. Y, en el preciso momento en que se convencían de que ya no podrían avanzar ni un metro más, el bosque se abrió inesperadamente, situándolos de pronto en un diminuto claro que parecía directamente extraído de uno de los cuentos de los hermanos Grimm, con riachuelo incluido y todo.

No habrían transcurrido más de veinte minutos desde que abandonaran la BI-3542, y apenas una hora desde que salieran de su casa en Bilbao, pero, si se lo hubiesen dicho, ninguno de los dos lo hubiese creído.

La soledad y la quietud del paraje eran absolutos.

Su impresión, de hecho, era la de encontrarse en una época pasada y remota, y la actitud silenciosa y expectante de ambos daba testimonio de la emoción que sentían.

Maniobraron hasta lograr dejar el Touareg apostado a los pies de unos madroños, cuya caprichosa forma semejaba un garaje techado

en torno al vehículo, y, aún sorprendidos de haber logrado penetrar tanto en el bosque, decidieron bajar y explorar directamente aquel desconocido Edén, dejando a Dani dormido en el coche.

La belleza del lugar era sobrecogedora.

El suelo, tapizado de hojas caídas de un rojo desleído, daba al entorno un aspecto difuso e irreal, como si todo aquello hubiese sido edificado sobre una especie de medio flotante. Había hongos diseminados por todos lados, como duendes curiosos que asomasen desde algún tipo de inframundo, y, salvo por aquel desnivel progresivo y adyacente al curso del río, el suelo parecía ser bastante uniforme, aunque distribuido en dos o tres alturas diferentes, a modo de terrazas. La pureza del aire los hacía sentir casi mareados. Lo único que allí se oía era el arrullo del agua sobre las piedras, y unos ocasionales graznidos, desconcertantemente cercanos, señalándoles su innegable condición de forasteros en el lugar.

Ascendieron despacio entre la vegetación, dejándose penetrar por todas aquellas impresiones exóticas, para descubrir, a los pocos pasos, que les aguardaba una sorpresa todavía mayor, pues lo que aquel curioso entramado de madroños franqueaba era, en realidad, la puerta de entrada al reino de los gigantes: cientos de abetos milenarios se proyectaban hacia las alturas de tal forma que el sol apenas lograba infiltrarse entre sus copas, lo que no impedía la proliferación de todo tipo de vegetación de un verde intenso a su alrededor, contrastando vivamente con el amarillo, naranja y rojo de la hojarasca.

Sin mediar palabra, los dos tuvieron el mismo pensamiento al mismo tiempo: si existía un lugar ideal para construir su cabaña, sin duda era ese.

Los siguientes fines de semana los dedicaron a repetir el mismo itinerario, y nunca, ni una sola vez, se encontraron con nadie. Les

parecía que en aquel bosque resonaba un eco salvaje, un murmullo secreto y casi olvidado, como si la vida que hubiesen llevado hasta entonces se desenvolviese en un lugar caótico en comparación. Sus sentidos parecían vaciarse y depurarse cada vez que estaban allí, y una interminable sinfonía de olores y sensaciones nuevas los acompañaba en todo momento. Caminaban, exploraban bajo la fresca sombra de los abetos, y cualquier cosa les parecía indicio de algo: una rama rota, un sendero apenas apuntado entre la maleza, un montoncito de cáscaras vacías… Pero, sobre todo, se olvidaban del tiempo, como si no existiese nada más importante que hacer en la vida que deambular entre aquellos árboles y aquellas rocas. La sensación habitual de estar en un determinado lugar «para algo» allí desaparecía por completo. Ese aire tan puro no parecía llenar solo sus pulmones, sino también sus conciencias, purificándolas, renovándolas…, y, cuando llegaban de nuevo al lunes, lo hacían reconciliados con el mundo y con ellos mismos.

Para Alonso aquel bosque representaba a Bach.

Dani, que de ordinario era más bien vaguete, allí parecía no cansarse nunca de explorar, de trepar a las rocas o de buscar animalitos.

Uno de aquellos días, Erika le dijo a Alonso:

—Fíjate que, cuando vamos a cualquier centro comercial Dani no aguanta ni dos pasos sin pedir bracitos. En cambio, aquí se pasa correteando el día entero, saltando troncos o trepando rocas como una cabra. ¿Por qué será?

—Pues ahora imagínate lo que se sentirá ahí arriba —le respondió Alonso señalando con el dedo uno de aquellos descomunales abetos—, en la copa de uno de esos chiquitines.

—Es que me sigue pareciendo imposible…

Lo pensó un poco más y añadió:

—Ya sabes que lo que más me inquieta es estar tan aislados, tan lejos de todo. Aquí no hay casi ni cobertura, Alon.

—Bastante conectados estamos ya en el mundo real. Un oasis de verdadero aislamiento, eso es exactamente lo que necesitamos. Sin gente, sin móviles…, sin nada, solo naturaleza. No sería lo mismo si te fueses cruzando con gente. ¿Te imaginas? «¡Buenos días, fulanita! Espero que haya tenido una buena noche. Anoche estuvieron sus hijos correteando por aquí. ¡Haga el favor de decirles que tengan más cuidado con la pelota, que casi me rompen una ventana!».

Erika se rio con ganas, tanto por el comentario como por la voz aflautada de Alonso.

—Eso no quitaría adoptar las medidas necesarias —añadió Alonso tomando a Dani en brazos—, o lo que hemos hablado otras veces, tener un vehículo de emergencias o algo así. Una moto pequeña quizá. Y también hay aparatos para amplificar la cobertura del móvil. Sería cuestión de mirarlo.

Tras un rato pensativa, Erika se dirigió a su marido con una determinación que la sorprendió a ella misma:

—Pues por mi parte luz verde, Alon.

Sonrió brevemente y añadió:

—Eso sí, como me arrepienta cuando me vea allí arriba, te lanzaré desde las alturas.

—Me parece justo —respondió Alonso devolviéndole la sonrisa—. En tal caso, mañana mismo hablo con Julio.

6

—Jodido —comentó escuetamente Julio.

—¿Jodido? —preguntó Alonso, descolocado—. ¿Ese es todo tu veredicto?

—No. Jodido, y caro.

Estaban en «su lugar», y Erika se había llevado a Dani a tirar piedras al arroyo, al «guagua» como decía él, para dejarlos hablar tranquilamente.

—A ver, chaval, yo te digo lo que hay. El lugar es precioso y lo que tú quieras (aunque rebuscadito, ¿eh?, rebuscadito), pero lo que queréis hacer no es fácil. Ni de coña es fácil. Ni barato. Para empezar no tengo ni idea de cómo haríamos para traer hasta aquí todo el material que necesitaríamos.

—Ya…, ya lo he pensado.

—¿De verdad lo has pensado? —Julio miraba a su alrededor casi con indignación—. ¿Y también has pensado cómo traeríamos hasta aquí la maquinaria pesada si en este bosque no cabe un puto alfiler?

—Ya sabes, Julius, que si me sacas de las teclas me pierdo enseguida.

—Ya veo, ya. Pues igual también se te daba bien ser bombero. Lo digo por las ideas.

Igualmente, Alonso sabía que aquello era parte del ritual. A

veces Julio se comportaba de un modo un tanto infantil, como si desease señalar primero todas las dificultades que había para demostrar a continuación que él, no obstante, era capaz de hacerlo.

—A ver, también te digo que esos abetos son ideales para construir una casa como la que queréis…, pero el trabajo sería descomunal. Aquí hay para un año de curro, eso como mínimo. Y lo que te digo, mucha pasta.

Alonso, que no había previsto una aprobación tan rápida de Julio, interiormente se sentía pletórico. Por primera vez el proyecto se le presentaba desprovisto de esa aura de imposibilidad, casi de absurdez que hasta entonces le había acompañado. Julio nunca se andaba por las ramas, nunca. Si le hubiese parecido inviable, lo habría dicho de inmediato.

—El grueso lo podríamos hacer mis polacos y yo —prosiguió Julio, como hablando para sí mismo—, pero luego harían falta electricistas, fontaneros…, ya sabes, todo lo demás. Y no tengas duda de que te pondrán todo tipo de pegas para venir hasta aquí a trabajar, ya te lo adelanto.

Al tiempo que hablaba, Julio deambulaba entre los árboles mirando desde varios ángulos diferentes, como si estuviese realizando complicados cálculos mentales.

«Solo le falta medir la velocidad del viento chupándose el dedo», pensó Alonso, divertido.

—Por otro lado —continuó—, aquí habría que meter materiales buenos, nobles, madera de calidad: alerce para la estructura y los interiores, quizá también para el tejado, arce revestido de castaño, que es lo que mejor aguanta la intemperie… En fin, ya se iría viendo. Nada de contrachapados ni mierdas así, para que me entiendas. Y luego, por supuesto, la madera tendría que tener un tratamiento especial para la lluvia. Acero forjado para ensamblar todo bien,

puertas y escalera de calidad, y las ventanas, claro, las ventanas…, en fin, lo que viene siendo *todo*. Mucho curro. Y mucha pasta.

Alonso escuchaba las palabras de Julio con atención reconcentrada, pero empezaba a impacientarse. Así que le preguntó directamente:

—Entiendo lo que dices, Julio. Pero… ¿se puede?

Julio miró de nuevo a su alrededor, y se tomó un buen rato antes de contestar. Finalmente respondió:

—Se puede, compadre, se puede. Con curro y pasta casi todo se puede en esta vida.

Una vez tomada la decisión, Alonso y Erika se propusieron construir la cabaña perfecta. Su diseño ya les deparó una ilusión inesperada, en el que invirtieron no pocas horas de conversaciones, estimaciones más o menos aproximadas y pura imaginación. Coincidían a grandes rasgos con el modelo inicial propuesto por Julio, aunque con algunas variaciones: la cabaña se sustentaría sobre dos enormes abetos —los «pilares maestros», los llamaba Julio—, dos colosos que ya habían elegido y que rebasaban ampliamente los cincuenta metros de altura, y sería reforzada mediante cables de acero que la unirían y afianzarían junto a otros árboles cercanos, además de sostener la escalera en el aire. El primero de esos dos abetos, en la parte frontal de la cabaña, albergaría la enorme plataforma de madera en forma de media luna que haría de terraza o de parcela suspendida, mientras que el abeto posterior sustentaría la escalera de acceso a la cabaña y su puerta de entrada principal. Les encantó la idea de Julio de construir un pequeño cobertizo en torno al segundo abeto, lo suficientemente grande como para albergar un vehículo de emergencias —previsiblemente una moto pequeña, tipo scooter—, así como sus bicicletas, las herramientas de Alonso y alguna que otra cosa más.

La escalera ascendería en espiral en torno al segundo árbol hasta una altura estimada de nueve o diez metros, aunque Julio les advirtió que, cuanto más alto construyesen la cabaña, más sentirían el movimiento al estar arriba. Igualmente, y teniendo en cuenta que la vivienda se sostendría sobre dos árboles y no sobre uno solo, el resultado debería seguir siendo bastante estable.

—Será como una casita de pájaros enmarcada entre dos árboles gigantescos —añadió, y la imagen tuvo la virtud de inundar de ilusión la expresión de ambos.

El interior de la cabaña era pura fantasía: roble, caoba, ébano convivirían de forma armónica en un espacio diáfano aunque dividido por estancias, elegantemente separadas mediante grandes tabiques de madera. El techo mantendría la forma clásica de tejado en forma de V invertida y sería reforzado de lado a lado por gruesas vigas de madera natural. Unos inmensos ventanales bordearían el perímetro de la cabaña desde el suelo hasta el techo y tendrían la función de integrarlos completamente en la naturaleza. El mayor de esos espacios, el salón, estaría presidido por el gran piano de cola de Alonso, pero incluiría también un enorme sofá —cuya orientación permitiría disfrutar tanto del piano como de las impresionantes vistas del bosque—, así como la mesa del comedor, sencilla pero elegante.

En la gran estructura de madera que dividiría el salón de los dos dormitorios insertarían, a media altura, una generosa chimenea alargada de leña, capaz de caldear la cabaña entera.

Al fondo de la cabaña, a la izquierda, instalarían un baño completo con ducha, cuyas paredes —un hexágono perfecto en tres dimensiones, de cristal opaco desde el exterior— permitirían la experiencia de ducharse literalmente entre las copas de los árboles, mientras que en el lateral derecho de la cabaña ubicarían la moderna cocina, casi minimalista, cuyos tonos wengué armonizarían

a la perfección con el resto del mobiliario.

Después de darle muchas vueltas, decidieron dejar la terraza abierta con el fin de sentirse aún más integrados en la propia naturaleza, previendo, además, que tanto el tejado de la cabaña como las frondosas copas de los árboles ya los resguardarían lo suficiente de las inclemencias del tiempo. Esa terraza tendría una superficie aproximada de treinta metros cuadrados y albergaría diferentes muebles y artículos de ocio: un cómodo sofá de tres piezas, una mesita, un par de hamacas en las que ya se imaginaban dedicando tiempo a su pasión lectora, el telescopio de Erika… Eso sí, a esa terraza solo podrían acceder a través del salón, y aquí sí que siguieron el consejo de Julio de introducir un tipo de puerta corredera como las que él había visto durante su estancia en América, «por una cuestión de seguridad», les dijo, pero que también les permitiría sacar algún metro más a la ya de por sí espaciosa terraza.

Pero antes de todo eso, mientras Julio continuaba explicándole todos los detalles del paraíso, Alonso dirigió la vista hacia las copas de aquellos inmensos árboles y se preguntó cómo se sentiría uno allí arriba, inmerso en la naturaleza, aislado de todos…, intocable. Y en ese momento, entre la brisa y el murmullo del agua, en aquel bosque silencioso e indolente, Alonso tuvo una revelación: aquel era su sitio, su lugar en el mundo. Y deseó con toda el alma que también lo fuese de su familia.

Entonces aparecieron Erika y Dani, persiguiéndose y transpirando los dos a pesar del frío día de diciembre, y, al verlos, Erika les preguntó entre jadeos:

—¿Qué tal vais, chicos? Este no se cansa nunc…

Pero no pudo terminar la frase, impresionada por lo que encontró en la mirada de su marido.

Y durante todo el camino de vuelta, mientras Alonso se dedicaba a explicarle con detalle todo lo hablado con Julio, Erika no pudo quitarse de la cabeza aquella mirada. Y no solo por lo mucho que la había impresionado encontrarla en su habitualmente impenetrable marido, sino por cómo se había sentido ella misma al contemplarla: ilusionada, feliz, consciente de que sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de repetirla.

Para bien o para mal, la suerte estaba echada.

7

La construcción de la cabaña dio comienzo a finales de noviembre, ya con los pertinentes permisos concedidos (que, en efecto, fue lo que más lo demoró), y un Julio exultante dirigiendo y llevando a cabo toda la operación.

Julio contrató a tres compatriotas suyos, y, cuando Alonso le propuso contratar más trabajadores con el fin de avanzar más rápido, se negó en redondo:

—Tres trabajadores son lo que más conviene a mi ritmo de trabajo. Con más gente ya no estoy seguro de controlarlo todo. Además, con estos tres ya he trabajado muchas veces y son tres jabatos: no hablan, no protestan y no se cansan nunca. Iremos rápido.

Por primera vez en doscientos millones de años, aquellos bosques conocieron el martillo, la sierra y el escoplo. La primera etapa de la construcción fue la más compleja y también la más lenta, tal y como les anticipó Julio. Lo más arduo fue trasladar los materiales de construcción hasta el lugar elegido, y, durante varias semanas, se dedicaron solo a eso, pues muchas de las vigas y los listones eran demasiado grandes como para que los camiones pudiesen transportarlos hasta el lugar elegido, así que tuvieron que hacerlo de forma manual durante largos recorridos.

Improvisaron un pequeño cobertizo y, día tras día, fueron apilando allí cuidadosamente todo el material.

Julio, tranquilo y minucioso de por sí, se concentraba en no cometer error alguno ni precipitarse en nada, y trabajaba a un ritmo que a Alonso, a veces, le resultaba desesperante. Como el buen marinero, los movimientos de Julio eran lentos y precisos, y no tenía inconveniente en dedicar toda una mañana simplemente a observar, hacer cálculos mentales y desbrozar finalmente un par de árboles cercanos. Pero poco a poco su ritmo de trabajo fue yendo a más, y el propio Julio, que esperaba tener que ir consultando diferentes cuestiones a medida que fuese progresando, se sorprendía en secreto al descubrir que no necesitaba consultar prácticamente nada. En efecto, era como construir una casa normal, con la singular diferencia de hacerlo sobre un firme natural, así que su mayor prioridad durante esas primeras semanas fue la de lograr la mayor consistencia posible de ese firme.

—En cuanto alcemos la escalera y la plataforma de la cabaña, el resto irá rodado —le decía un día a Alonso.

—Ya sabes que lo que más nos interesa es la seguridad, Julio.

—¿La seguridad? Pero, cabrón, si habré venido como cincuenta veces y me sigo perdiendo. Aquí no tendrías problemas de seguridad ni aunque os hiciese la cabaña sin puertas.

Otro día, mientras se dedicaba a unir un tablero con otro, le decía:

—El tema de los anclajes es importante. Usaremos anclajes flotantes, que son más caros, y les daremos una buena holgura para que el árbol pueda seguir creciendo de forma natural. Piensa que estamos construyendo sobre un organismo vivo. El árbol nunca deja de crecer, o sea, de moverse, y los anclajes vienen a ser como las articulaciones de las extremidades.

Julio se explicaba de forma entrecortada y con abundantes silencios, concentrado en su trabajo, pero tan hablador como siempre.

—Luego están los árboles en sí —continuó—. No podemos hacerlos desaparecer. Ni queremos. Así que vamos a ver si conseguimos integrarlos en la cabaña de forma armónica.

—¿Los árboles estarán dentro de la cabaña? —le preguntó Alonso.

—Sí, pero no como te imaginas. —Julio daba cada martillazo con la precisión de un cirujano—. No los puedes dejar ahí sin más, porque entrarían bichos o incluso animales más grandes, además de frío y humedad. Con el primer árbol da un poco igual, porque estará en el exterior, en la parte frontal de la casa, en la terraza. Pero el segundo abeto tiene que estar dentro. Así que lo que haremos será protegerlo con una columna de metacrilato, desde el suelo de la cabaña hasta el techo, donde saldrá de nuevo al exterior. Al principio pensé en taparlo de algún modo, pero luego me dije: ¿y por qué esconder la parte más original de la cabaña?

—Claro. Me encanta la idea —respondió Alonso.

Alonso bajó la vista y, al contemplar el tamaño de los tornillos desparramados por el suelo, le preguntó a Julio:

—Oye, ¿y el árbol no sufre con todo esto, Julio?

—Qué va a sufrir. ¡Michal! ¡Ten cuidado con ese tablero, hostia! El árbol ni se entera. De hecho, para que los anclajes agarren bien usaremos unos tornillos todavía más grandes, como de ocho o diez pulgadas. Tú piensa que el interior del árbol es de madera muy dura, lo que es cojonudo porque lo más importante para encuadrar bien la cabaña es que los cimientos sean sólidos. Pero la savia del árbol no corre por su interior, sino por la parte de fuera, la más cercana a la corteza, y el tornillo tiene apenas un par de pulgadas de

ancho, algo insignificante para el árbol. Será como picaduras de mosquito en un dinosaurio.

Durante los meses que duró la construcción de la cabaña, Alonso, Erika y Dani se dedicaron a dar largos paseos por la zona y fueron enamorándose crecientemente del lugar. Y fue así como descubrieron un delirante hayedo en el que se daba un fenómeno curiosísimo: las ramas de los árboles no crecían en horizontal, que era lo habitual, sino en vertical. Cuando Alonso preguntó le dijeron que se trataba del hayedo de Otzarreta (otros lo llamaban «de Isabel»), a orillas del Zubizabala, y su caprichosa forma se debía a la acción, en tiempos, de las podas de los carboneros.

A Erika aquellas hayas le recordaban a los ents, los seres arbóreos del bosque mágico de Tolkien.

Había muchas leyendas circulando en los pueblos de la zona. Por ejemplo, la del Basajaun —una especie de Yeti vasco que se dedicaba a velar por los rebaños de los pastores a cambio de trozos de pan, alertándolos cuando se acercaban los lobos o las tormentas —, las lamias —seres misteriosos con pies de ave que habitaban en las orillas de sus ríos acicalando sus largos cabellos con peines de oro— o los gentiles, personajes vascos mitológicos de fuerza descomunal.

Poco a poco fueron completando los mil detalles que surgen durante la construcción de cualquier vivienda. A Erika siempre le sorprendía la actitud de Dani hacia la naturaleza, y día tras día se convencía del acierto de su decisión. A medida que pasaba el tiempo la personalidad del niño comenzaba a revelar una curiosa mezcla entre el carácter dócil y complaciente de su madre y la innata reserva de su padre, lo que, en conjunto, le daba un cierto aire de madurez impropia de su edad. Y cada vez que le preguntaban allí en Bilbao: «¿Quieres que vayamos a la cabaña?», a Dani se le

iluminaba la cara y exclamaba «¡chíííííí!» invariablemente. Y una vez allí se pasaba el día correteando de un lado para otro, explorando el millón de cosas que le deparaba el bosque, descubriendo animalitos o, el que de hecho era su pasatiempo favorito, haciendo agujeros cerca del arroyo para llenarlos después con su cubito. La natural independencia de su carácter parecía saciarse allí de algún modo, pues sus padres le permitían deambular con una libertad que no tenía en los parques infantiles que frecuentaban en Bilbao, en los que no se separaban de él ni un metro. Aun así, Dani nunca se alejaba demasiado de la cabaña y evitaba el interior del bosque instintivamente.

Antes del año, tal y como había vaticinado Julio, la cabaña estaba terminada.

La llamaron Walden, en honor al homónimo libro de Thoreau, y grabaron su nombre en un pintoresco letrero de madera, entre la cabaña y el garaje de madroños.

Para Alonso y Erika ese cartel significaba «sueño cumplido».

Dani, de la mano de su padre, fue el encargado de apuntalar el último clavo frente a la exultante sonrisa de Erika, mientras que Julio, a su lado, parecía un tanto nostálgico, como le pasaba siempre que concluía un proyecto en el que se hubiese involucrado mucho. De vez en cuando comentaba:

—Ni yo mismo pensé que fuera a quedar así de bien, la verdad.

—Es obra tuya, Julio —le decía Alonso, abrazándole por los hombros—. Eres muy grande, amigo.

Y Walden, frente a ellos, parecía custodiar a todos silenciosamente, como un ídolo indiferente y soberbio. Su mera presencia en mitad del bosque ya resultaba sobrecogedora, una imposible alucinación, y el propio Alonso, que lo había visto surgir desde su primer listón, lo contemplaba una y otra vez casi sin dar

crédito. Julio había insistido siempre en talar solo lo imprescindible, y Alonso se descubría ahora ante su admirable visión de futuro, pues la cabaña comparecía perfectamente integrada en el bosque, como un inmenso nido. Las ramas y las hojas de los árboles más cercanos comenzaban ya a filtrarse entre las cuerdas de la escalera de caracol, lo que hacía que ascender por la espiral oscilante de su escalera, en torno al tronco del árbol, fuese ya una experiencia inolvidable. Su integración en la naturaleza era perfecta, y lo sería todavía más a medida que transcurriese el tiempo. Y, si algún paseante extraviado deambulase por allí, lo normal sería que ni siquiera reparase en ella, tanto por su ubicación en las alturas como, sobre todo, por ese camuflaje natural que tanto complacía a Alonso.

Pero por allí no pasaba nadie.

La impresión de aproximarse a la cabaña desde la espesura y el silencio del bosque, entre los abetos y las ardillas, con esa luz evanescente que, filtrada a través de las copas de los árboles y la vegetación, parecía otorgar al entorno un carácter mágico, casi sobrenatural…, resultaba incomparable. Si además se daba la circunstancia, frecuente, de que Alonso estuviese tocando su piano, uno se sentía invadido por una difusa sensación de misticismo e irrealidad, una impresión casi soñolienta, como si deambulase por el interior de un bosque encantado.

Pero lo más difícil no había sido conseguir esa integración natural de la cabaña con su entorno; ni tampoco la construcción en sí de la cabaña, tan atípica como indocumentada, o el mismo hecho de haber tenido que llevar hasta allí los materiales «a puro hueso», como decía Julio, y que Alonso nunca corregía porque le hacía mucha gracia. Lo más complicado, de largo, había sido meter allí arriba su piano. Aunque Julio, de nuevo, había dado muestra de su asombrosa visión de futuro al tener la previsión de introducirlo en la

cabaña *antes* que todo lo demás, lo cual, a pesar de todas las precauciones llevadas a cabo para protegerlo, había llenado a Alonso de inquietud durante largos meses.

En sus tiempos de estudiante Alonso había sido muy aficionado a leer biografías y, aún más, autobiografías. Y nunca había podido olvidar las últimas palabras de *Mientras escribo*, de Stephen King, con las que el autor concluía el relato de su vida refiriéndose a cómo se debía comenzar a escribir: ubicando la mesa de trabajo en una esquina de la habitación y no en el centro, para recordar que es el arte el que ha de estar al servicio de la vida y no al revés.

Alonso había insistido expresamente en que su piano debía ocupar el centro de la casa.

Aquel mismo día de su inauguración Alonso y Erika decidieron pernoctar por primera vez en Walden, dejando a Dani al cuidado de una vecina de toda la vida. Instintivamente todavía se sentían un tanto recelosos de que Dani pasase allí toda la noche, a pesar de haber revisado mil veces todo lo concerniente a la seguridad. La terraza estaba guarnecida con una barandilla de metro y medio de altura, y el interior de la cabaña era sencillamente inexpugnable tanto para salir como para entrar, gracias a un robusto pestillo de seguridad para niños, tan eficiente que a ellos mismos les resultaba difícil de accionar.

Así que regresaron a Bilbao a dejar a Dani, y, tras una breve parada en el Eroski para hacer acopio de lo que les pareció más imprescindible —algo para cenar esa noche y para el desayuno del día siguiente, tres o cuatro artículos de baño que Erika tomó improvisadamente y una botella de champán que Alonso tomó más improvisadamente aún, teniendo en cuenta que ninguno de los dos acostumbraba a beber—, se encaminaron, exultantes, hacia su particular oasis.

Se sentían un poco como dos adolescentes que se dispusiesen a pasar su primera noche juntos. Al llegar a Walden ya atardecía, y un sol rojizo se derramaba entre las copas de los árboles como una sustancia casi palpable. Las sombras de los abetos se hacían más alargadas, con esa singular languidez tan propia de los primeros días de primavera o los últimos del invierno. Esa intensidad bermeja del sol que contrastaba vivamente con el verde imposible del bosque, la vegetación vaporosa, que parecía levitar desde la misma base de los árboles, los sonidos crepitantes, el rumor del arroyo a sus espaldas…, todo ello parecía contribuir a dar al entorno un aspecto definitivamente onírico e irreal, como si hubiesen sido teletransportados a un mundo de fantasía.

Aparcaron en su garaje de madroños y, durante un rato, se dedicaron a contemplar la silueta de Walden entre los árboles, sin decir nada.

Finalmente se tomaron de la mano y se encaminaron, sobrecogidos, a su nuevo hogar.

Con la caída de la tarde el bosque parecía revelar una vida que hasta entonces no habían conocido, como si todos sus habitantes quisieran dar testimonio de su presencia al mismo tiempo. A su paso las chicharras callaban, pero retomaban enseguida su canto a sus espaldas, y los diversos coros de ranas parecían celebrar con entusiasmo la proximidad de la noche.

Los intrusos eran ellos, y no eran los únicos en saberlo.

Mientras que Walden, frente a sus ojos, permanecía inmune a todo, robusta y soberbia, contradiciendo con su insólita presencia algo aparentemente imposible: que una vivienda humana pudiese sustentarse en lo alto de un árbol.

Comenzaron a ascender por la oscilante escalera de madera sintiéndose más intrépidos y emocionados que nunca por el mero

hecho de ser la primera vez que lo hacían solos. La impresión de contraste entre naturaleza y confort nunca les pareció mayor que cuando Alonso cerró la puerta a sus espaldas y trocó milagrosamente aquel bosque salvaje por las comodidades de una vivienda moderna. El olor a resina fresca los inundó, intensificado por esa sórdida impresión de desnudez que prevalece en los lugares aún deshabitados. El mobiliario, por completo de madera, el sordo rumor que rodeaba Walden, interrumpido de cuando en cuando por los crujidos de la casa, pero, sobre todo, la ligera oscilación de la cabaña sobre los árboles, reflejada por un exterior que parecía balancearse a través de sus ventanales, les transmitía la sugestiva y vertiginosa sensación de encontrarse en el interior de un barco.

Dejaron las bolsas de la compra en la entradita, atravesaron el salón y volvieron a salir al exterior a través de la puerta corredera.

Y recorrieron su terraza despacio, envueltos por el abismo, acechados por lo infinito, casi temerosos de que sus pisadas pudiesen hacer que todo aquello se desvaneciese en cualquier momento.

Se apoyaron en la barandilla y se dedicaron a contemplar el bosque milenario.

Y así permanecieron durante largo tiempo, hasta que aquel sol de plomo fundido fue dando paso, imperceptiblemente, a un misterioso magenta opaco entre los árboles, como si una descomunal vidriera de color se interpusiese entre ellos y aquella catedral natural. Desde abajo, un manto azulado comenzó a inundar todo ante sus ojos, como una crepuscular marea que subiese y subiese. Cuando aquellas dos simas finalmente se encontraron la sensación fue única, inolvidable. La ilusión de encontrarse en un barco en alta mar se hizo más intensa que nunca, rodeados de abismos y de misterios, pero también inexpugnables, inalcanzables

habitantes de las alturas.

No experimentaron temor alguno, sino solo un vago y reverencial estremecimiento.

Apenas hablaron esa noche. Pero, después de cenar, Alonso se acercó a su piano y tocó para ella la que de hecho era su pieza favorita: la «Melodía» de Gluck-Sgambatti. Después se trasladaron al sofá, siempre sin hablar, y se buscaron enseguida, emocionados, nerviosos como dos chiquillos.

Y allí mismo, arrullados por el canto de los últimos somormujos, se hicieron el amor como si fuese la primera vez.

Luego Erika se fue quedando gradualmente dormida en los brazos de Alonso, hipnotizada por el incandescente fulgor de la chimenea y el ocasional crepitar de las astillas entre las brasas.

Pero Alonso no miraba la chimenea.

Miraba su piano.

Los ojos entornados, la mandíbula apretada, la boca contraída…

Su semblante no denotaba tranquilidad alguna.

8

Con la consolidación de su particular Leteo, Alonso se sumergió en su piano con la ansiedad de un condenado a muerte al que hubiesen indultado inesperadamente.

Todos los días realizaba el trayecto de Bilbao hasta Walden en menos de una hora, nervioso, ansioso por llegar, y antes de las ocho de la mañana ya estaba allí. Se tomaba el café en la terraza de la cabaña, siempre impresionado ante la belleza y la quietud del lugar, y se pasaba tocando las siguientes seis horas sin interrupción. La acústica de Walden resultaba un tanto opaca, así que pronto se decidió a quitarle la tapa a su Steinway con el fin de obtener un sonido más limpio y directo. La sensación se hizo envolvente de inmediato, mágica, como si se encontrase en el interior del tarro de las esencias. A media mañana paraba unos minutos, tomaba un puñado de cereales o cualquier otra cosa como un autómata, mirando a través de las cristaleras de la cabaña sin ver nada, y enseguida retomaba su estudio, con una intensidad redoblada.

Sentía un vigor casi ingobernable, una percepción afilada como un bisturí y la cabeza llena de rayos.

Sobre las dos o las tres de la tarde volvía a parar para comer algo, lo que fuera, y después se obligaba a dar un paseo por el bosque de una hora, repasando una y otra vez en su cabeza todo

aquello que, a su juicio, no terminaba de funcionar. Sobre las cuatro de la tarde ya estaba otra vez frente a su piano, sediento como un náufrago, y ya no paraba de tocar hasta que caía la tarde.

No prestaba atención alguna a cuanto le rodeaba y todavía menos a los incontables asuntos que dejaba pendientes allí en Bilbao, y que cada día iban en aumento. Tocaba, y nada más. Se vaciaba día tras día persiguiendo sombras, en una búsqueda incansable e imposible por reproducir la interpretación perfecta, esa que siempre había tenido clara en su cabeza —ahora se daba cuenta —, pero no en sus dedos.

Entre otras cosas sentía una enorme curiosidad por saber hasta dónde podía llegar. Nunca, ni siquiera cuando vivía solo, había trabajado con esa intensidad, con esa concentración hermética y perfecta. En Walden no solo no había nada que pudiese distraerlo, sino que aquel sordo murmullo del bosque se le antojaba la caja de resonancia ideal, el lugar donde cada nota parecía reposar como la joya en su estuche de terciopelo.

Solicitó una excedencia en el conservatorio y descubrió que ya nada podía detenerlo.

Le sorprendió constatar el poco nivel que había perdido durante esos abominables meses de travesía por el desierto. Sus dedos quizá estaban algo más lentos, más torpes…, pero los recuperó enseguida mediante su tiránica práctica. Psicológicamente, en cambio, se sentía más fuerte que nunca, y le parecía que, en realidad, todo había sido oportuno, necesario. Había tenido que verse privado de su piano para comprender su verdadera necesidad, y, ahora que, por fin, podía dedicarse de lleno a él, su concentración sin fisuras le permitía involucrarse de lleno en su interpretación, alcanzando por fin ese «algo más» que nunca había encontrado: su magnanimidad artística, la rutilante libertad de aquel a quien ya no ata convención

alguna.

Tocaba, tocaba y, de cuando en cuando, vislumbraba su grandeza futura. Sus logros pasados no eran nada comparados con lo que estaba por venir. Alonso descubría un estadio aún más elevado que el de alcanzar sus más ambiciosas metas: saber que las alcanzaría. Sentía con nitidez esas certezas que experimentan unos pocos elegidos, como rayos en una tormenta, y se estremecía.

Tenía un plan y se limitaba a cumplir con él: renunciar a todo y regresar a los escenarios.

Y nada podría detenerlo.

Alonso Urbizu se sentía invadido por una felicidad desconocida.

Lejos de la civilización, sumergido en su monomanía, Alonso daba rienda suelta a su infinito potencial. Sentía que bullía y levitaba a cada minuto, se disolvía y finalmente se derramaba con la indescriptible impresión de vencerse a sí mismo, dirigido por ese narcótico capaz de convertir al más lúcido de los hombres en un sonámbulo, y al sonámbulo en un fluido.

El arte.

Era perfectamente consciente de estar haciendo algo extraordinario.

Pronto también lo sería el mundo.

Sobre las diez de la noche un hombre del todo derrengado regresaba a casa. Dani y Erika siempre dormían cuando él llegaba.

Y, al día siguiente, el proceso se repetía de forma idéntica. Día tras día, semana tras semana.

Pronto comenzó a contemplar aquellos desplazamientos como una inmensa pérdida de tiempo, así que se decidió a pernoctar también en Walden.

A pesar de su ensoñación, Alonso era vagamente consciente de estar abandonando a su familia, pero entendía que se trataba del

consabido peaje que debía pagar. Ya les compensaría pasando más tiempo con ellos, los fines de semana por ejemplo.

Entonces comenzaron los conciertos, y Alonso empezó a ausentarse también los fines de semana.

Pero un inesperado suceso vino a interrumpir su perfecta felicidad de aquellos días.

9

Micaela Ceballos no había tenido tanta suerte en la vida.

Diminuta, mínima más bien, seca, más dura que la madera con la que fabricaba sus albarcas, más resistente que dura, la madre de Erika representaba uno de los últimos eslabones de una estirpe de mujeres históricamente maltratadas tanto por la naturaleza de sus trabajos como por la violencia de sus maridos.

Se había casado con Basilio Velasco en la minúscula ermita de San Antonio Abad, hacía ya casi treinta años, con el mismo vestido que llevara su madre otros treinta años atrás, y tres o cuatro conocidos como únicos testigos. Ni convite ni celebración ni nada que se le pareciese. Una boda pobre y sin gracia, de trámite, en la que fuese entregada por su tío Idelfonso, su único familiar, quien la había criado desde niña ante la ausencia de sus padres, ambos fallecidos en un accidente de coche.

Ya por entonces Basilio tenía cierta fama en el pueblo de ser ganadero honrado y hombre serio, y tener cierta fama en un pueblo es lo mismo que serlo. Micaela podía contar con los dedos de la mano las veces que había visto sonreír a su futuro marido, y, con la idealización propia de la edad, había tomado erróneamente aquella seriedad por timidez. Así que se le ocurrió darle una sorpresa su noche de bodas. Echó mano a los pocos ahorrillos que tenía —

Micaela nunca había cobrado nada por trabajar en la casona de su tío Idelfonso, salvo alguna que otra propineja de vez en cuando— y se atrevió a comprarse un conjunto de noche, un pequeño picardías de encaje color berenjena que, además de bonito, le parecía que daba algo de gracia a su escasez de caderas y total ausencia de pecho. Temerosa de que algún vecino pudiese reconocerla, tuvo que alejarse cuatro pueblos en autobús para poder comprarlo y lo llevó bajo el vestido de boda durante todo el día soportando estoicamente el picor que le producía, pero animada por la secreta alegría de hacer feliz a su marido.

Cuando el recién constituido matrimonio despidió a los cuatro invitados y entró por primera vez a la alcoba de la casona de Basilio, fría como un molusco, Micaela le pidió con un hilo de voz que aguardase en la cama para ir a cambiarse. Aquello hizo visiblemente poca gracia a Basilio, ya de por sí poco aficionado a las sorpresas, pero se limitó a sentarse sobre el taburete de mimbre del dormitorio y aguardar.

Micaela tardó en regresar. Estaba tan nerviosa que no acertaba con la cremallera del amarillento vestido de novia, y, cuando por fin consiguió desprenderse de él, volvió tan envarada que parecía que se le hubiese olvidado caminar. Se plantó ante Basilio como pudo y, por el momento, no fue capaz de hacer nada más, mientras su marido la miró largamente de arriba abajo. Micaela ya tenía alguna idea de la falta de tacto de los hombres del pueblo, pero, aun así, las palabras de Basilio la tomaron totalmente por sorpresa:

—Pues para esto ya tengu yo el prostíbulo de San Pedro.

Micaela sintió que se le subía toda la sangre a la cabeza con tanta violencia que, por un momento, temió desmayarse. La escasa dignidad que le quedaba se escurrió por un sumidero invisible, y lo único que acertó a responder fue:

—¡Ah!

Basilio farfulló algo más, algo incomprensible, volvió a vestirse y se marchó de casa sin dar más explicaciones, regresando cinco horas más tarde con tal borrachera que Micaela tuvo que guiarle para que pudiese llegar al dormitorio. El señor Basilio, como ya comenzaban a llamarle en Carmona, se limitó a dirigirle una sonrisa estúpida mientras Micaela lo ayudaba a desvestirse, justo antes de caer redondo sobre la cama, de donde ya no se movió hasta la mañana siguiente.

Esa fue su noche de bodas.

Aquello tampoco perturbó en exceso a Micaela. Los hombres del pueblo frecuentaban la tasca, eso era así, comenzando por su propio padre, quien, de hecho, y hasta el día de su muerte, había sido el más popular de casa Beltrán. Como también frecuentaban, qué duda había, otros lugares mucho menos decorosos mientras la mujer honesta permanecía en casa.

Ya lo decía la sabiduría popular: «La mujer casada, la pierna quebrada y en casa».

O también: «A la mal casada, dela Dios placer, que la bien casada no lo ha menester».

Y hasta la famosa trova popular de Carmona hacía referencia al lugar de expansión de los hombres:

Ya entra el pastor en el pueblo,
al ganadu da un silbatu,
las vacas bajan muy gordas,
y muy lucidos los jatos.
Y se meten en la tasca,
a beber unos vasos,
el perru con sus carranclas,

se sienta al pie de su amo.

Máximas como estas siempre están vigentes en los pueblos, y todo el mundo les otorga gran importancia.

Su vida continuó más o menos como siempre, solo que en lugar de su tío ahora debía cuidar de su marido. El trabajo en una casona es duro, y deja poco o ningún espacio a los pensamientos inquietantes: sembrar, arar, ordeñar, separar la paja del grano, preparar la comida, mantener limpia la casona, planchar, zurcir, comprar, regatear, elaborar quesos, fabricar albarcas… Micaela desayunaba cada mañana mojando pan duro en la leche sin hervir de sus propias cabras, y no había cogido un catarro en cuarenta años. Después se pasaba las dieciséis horas siguientes trabajando (en invierno llegaban a ser veinte) sin quejarse nunca de nada, entre otras cosas porque no tenía a quién quejarse. En realidad se consideraba afortunada de tener un marido casi tan trabajador como ella, en aquel pueblo en el que abundaban los borrachines y los holgazanes, tal y como le había advertido siempre su madre.

Su día de mayor expansión era los jueves, jornada de mercado en Torrelavega, donde se encontraba con la Tina, vecina del pueblo de San Pedro, el más cercano a Carmona, y vecina también de tenderete, con la que se pasaba el día hablando sin parar desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. La Tina era tristemente famosa en la comarca por ser una de las pocas mujeres que se había atrevido a separarse de su marido, y no había nadie en Carmona que no la hubiese mirado alguna vez con condescendencia, incluida Micaela. En cambio, la propia Tina solía contar maravillas:

—Si lo llego a saber, me quito a ese inútil mucho antes de encima, Mica. No te haces a la idea, solo acordarme de lo que he aguantado a esa bestia, que olía igual que un buey… Etcétera,

etcétera.

A Micaela las palabras de la Tina la escandalizaban y la distraían a partes iguales, y hasta la hacían sentir un poco aventurera por el simple hecho de escucharlas.

Aparte de eso, era su única amiga.

Pero cuando Basilio se enteró de la compañía que frecuentaba su mujer decidió que ya había llegado la hora de establecer ciertas pautas de comportamiento conyugales. Aquello no era raro allí en Carmona ni en el resto de los pueblos de la comarca, y se llamaba «ocuparse de las cosas de casa», o también «poner a la mujer en su sitio», tarea imprescindible para cualquier hombre, y similar a la de reconducir a los críos o a los animales. Incluso en la taberna, ese purgatorio de todos los pueblos, salía de vez en cuando el tema con naturalidad, y nadie alzaba una ceja ante comentarios del tipo: «Pues no llego ayer reventau del campo y me encuentro la cena fría. Me tocó poner a la Berta en su sitio». En realidad todos ellos estaban convencidos de venerar a su mujer, y, salvo esos momentos puntuales —que, a su vez, eran aceptados por ellas como algo inevitable, desagradable pero necesario, como tantas otras obligaciones domésticas—, la mayoría de los matrimonios de Carmona se consideraban bien avenidos. Lo malo fue que Basilio se enteró en la taberna y de boca de uno de sus más ilustres parroquianos, el Zacarías, un borrachín del todo echado a perder, que disfrutaba ya de una parca jubilación y que, literalmente, vivía en casa Beltrán, lo que empeoró todavía más las cosas.

—Yo que tú me andaría con ojo, que dicen que la Micaela y la Tina son íntimas.

Quince minutos más tarde Micaela era sacada a puntapiés de un sueño derrengado, recibiendo a continuación tantos golpes que ya no pudo salir de casa hasta tres días después.

Ahí concluyó su amistad con la Tina.

Hasta ese momento las palizas de su marido se habían limitado a ocasiones muy puntuales, lo que no mitigaba su temor, pero al menos lo explicaba: un gasto de dinero excesivo, unas albarcas deformadas y, por lo tanto, invendibles, un comentario inadecuado en público… Pero después de aquella memorable noche —que le dejaría para siempre su característica cojera—, y, tal y como suele suceder, se abrió la veda. A Basilio se le soltó la mano cada vez más, y no solo en las ocasiones puntuales.

Esa terrible frontera, una vez traspasada, tiene un principio, pero no un final. Lo atroz no acostumbra a regresar a su redil. Para ciertas naturalezas, ser irrefrenable es ser libre.

Basilio era una de esas naturalezas.

Por si fuera poco, con esa tendencia de la simpleza a degenerar en obsesión, en la mente de Basilio se había introducido la idea de que la Tina y su mujer se burlaban de él a sus espaldas. Y aquella idea se repetía una y otra vez en su mente, especialmente cuando bebía, es decir, con frecuencia. Sus palizas se hicieron cada vez más frecuentes y sus motivos más nimios, hasta desembocar en ese pantano lúgubre y carente de fondo: sin motivo alguno.

La costumbre es algo vertiginoso, aplastante. Justifica todos los ánimos, normaliza todas las barbaridades. Lo disparatado puede hacerse cotidiano; lo intolerable, rutina. Su repetición, que el bruto convierte en hábito, es capaz de transformar esa tenebrosa montaña en una sombría llanura por la que resulta cada vez más fácil deambular. El undécimo bofetón es el más desolador, pero es menos doloroso que el primero, y desvela menos. La naturaleza humana es capaz de reponerse a casi todo, siempre que permanezca en movimiento. Así, las personas más voluntariosas son también las primeras en levantar la cabeza que acaba de ser pisada. Entonces se

opta por el camino que parece más tolerable, el de la resignación, y la enfermedad se agrava.

Esa degeneración voluntaria, esa abominable inercia desemboca en insensibilidad, y es el sustrato más bajo al que puede llegar el ser humano.

Dejarse llevar, hacer como los demás; no hay nada más natural ni más peligroso. La historia rebosa de ejemplos sobre ello, y muchos se preguntan, con la subjetividad del tiempo, cómo tantas personas consintieron las atrocidades perpetradas por solo unos pocos.

La respuesta es unánime: porque lo hacían todos.

La primera paliza parece el fin del mundo, y así es como debería ser, pero, para sorpresa de quien la recibe, al día siguiente vuelve a amanecer, y las labores lo aguardan. Entonces comparece el personaje más elocuente de todos, el de la razón, amparado por un recuerdo que al día siguiente resulta difuso, y el resto acontece solo: se barema lo aberrante, se sopesa lo inconcebible, se encaja la pieza del modo que sea y se continúa adelante.

Además, la conciencia también desea tomar ese atajo y tiene sus propios medios para hacer llegar su mezquina pregunta:

«¿De verdad vas a echar todo a perder por algo que tiene la magnitud de un instante?».

Cuando hay hijos de por medio, esa pregunta se formula en un tono mucho más escandalizado.

La introspección tampoco favorece la determinación. Esa infernal noche de duermevela también es un digestivo ideal. La voluntad pierde fuerza con la meditación, se descompone, se desintegra. A cambio, lo cotidiano ofrece el abrigo del refugio y da menos vértigo que lo desconocido, por espantoso que sea. Además, a la luz del día todo resulta diferente, como si la noche incluyese algún tipo de

matiz enajenado que desapareciese durante el día: se busca la falta propia y se encuentra, se sopesa el conjunto en una siniestra balanza y se conviene el precio, lo cual, sumado a las disculpas del día siguiente, termina por cerrar el negocio. Pero, sobre todo, se valora no ser la única a la que le ha sucedido, y esa idea consuela mucho.

La conciencia de quien sufre y se humilla siempre es insegura; no resiste el consenso mayoritario.

Todo esto supone una actitud consolidada en los pueblos, donde muchas mujeres acostumbran a barrer y meter bajo su alfombra todo tipo de barbaridades, y a menudo sucede que tras un océano de atrocidades no habita mucho más que un «a Fulanita también le ha pasado».

Micaela conocía a muchas del pueblo que corrían la misma suerte, y Basilio también, y ese conocimiento tenía mucho peso para ambos. Esos dos extremos se reúnen con frecuencia: lo indeciso y lo inflexible.

Su conjunción, a menudo, da lugar a lo execrable.

Un día, según salía por la puerta de la tasca, Basilio oyó a un vecino decir a sus espaldas en tono de broma, sin mala intención: «Ahí va uno que tiene hora de llegada», y, al llegar a casa, según salía Micaela a recibirle con el delantal todavía puesto, le dio tal paliza que estuvo a punto de hacerla perder un ojo.

Había otro aspecto en el que se compenetraban a la perfección: ambos aborrecían ser señalados, así que cada cual se dedicaba a interpretar su papel. Que la mujer del César sea honrada aquí es algo totalmente irrelevante —pues, de hecho, rara vez no lo es—. Lo único que importa en los pueblos es parecerlo. El modo de tratarse en público, la forma de pasear los domingos, si se va a misa o no, si se tiene algún trabajador a cargo…, todo eso y mucho más se

encuentra bajo inspección permanente, lo que da lugar a una suerte de intimidad pública que, al cabo de unos años, puede llegar a ser agotadora. Igualmente se carga con ello, pues el instinto de acecho del pueblo es incansable, y su juicio es temido por todos.

Muchos comparan esa histérica convivencia con una «gran familia», lo que no deja de tener mucho de verdad.

Pero una familia que se detesta.

Aquí, la mirada ajena perturba más que la propia. La opinión privada no tiene tanto peso como la opinión pública. El concepto conyugal es menos relevante que el juicio del vecino que más se desprecia. Lo valioso, así, es sacrificado en aras de lo superficial, de lo mezquino. Las conversaciones durante las comidas giran en torno a temas ajenos, y los temas propios se evitan deliberadamente. Es más, si a uno se le ocurre sacar un tema personal en la mesa, los demás se sentirán confundidos, así que se toman todo tipo de medidas para preservar esa intimidad, por ejemplo, no hablar jamás de ello en familia. Y nada provoca tanta inquietud como esa nube que siempre amenaza sobre una casa honrada: ser despreciado por aquellos a los que más se desprecia.

La consecuencia de todo ello es la hipocresía y el aislamiento que prevalece en los pueblos.

A Micaela le angustiaban mucho menos los golpes de su marido que la sola idea de que pudiesen hablar de ella. Tampoco tuvo nunca el supuesto paliativo de recibir una disculpa por parte de Basilio, ni nada que se le pareciese. Se lavaba con agua fría antes del amanecer, cumplía con sus cotidianas labores y, a las dos de la tarde en punto, tenía el plato de comida para su marido, hubiese pasado lo que hubiese pasado la noche anterior. Y pobre de ella si no lo tenía.

El control de Basilio sobre Micaela era absoluto.

No se ama mientras se menosprecia.

Basilio despreciaba profundamente a su mujer.

La despreciaba por su ignorancia, por su silencio y por su sosez. Le parecía que cargaba con un muerto. Además, se consideraba estafado. No había encontrado bajo sus faldas lo que había imaginado, y, como si se tratase de una vaca tudanca, estaba seguro de haber hecho una mala compra. Para él, Micaela no era tanto una persona como un recipiente en el que vaciar sus instintos y sus desdenes. El respeto, la estima, la consideración, todo aquello que no podía tomar con su mano le resultaba inexistente, y no tenía para él mayor valor que lo que escuchaba en misa las pocas veces que iba. Y tenía otro motivo de peso para detestarla. Antes de casarse, Basilio había contado con que Idelfonso cedería buena parte de su bien nutrido patrimonio como dote, teniendo en cuenta que Micaela llevaba trabajando gratis para él toda la vida. Pero Idelfonso, persuadido de que la manutención de Micaela había compensado ampliamente sus años de trabajo, no solo no había dado cuenta alguna de ello, sino que su regalo a los recién casados había sido el más pobre de todos.

También en eso el señor Basilio se sentía engañado.

Para compensarlo la golpeaba, y estaba convencido de obrar con justicia.

Físicamente era terrible: enorme, pesado como una viga de hierro, colosal. Un animal, un tarugo que una vez había reventado de una patada un testículo a su perro por alejarse demasiado jugando por el campo. Un borrico injertado en un gorila. Cerrado en todos los sentidos posibles y quisquilloso al mismo tiempo, aquel bruto tenía visos de dama ofendida, y, una vez que el tosco polígrafo de su resentimiento registraba una actividad indeseable por parte de Micaela, era implacable. Entonces no había espectáculo más penoso:

ella, diminuta, de huesos frágiles como los de un pajarito; él, inmenso, descomunal… y cruel.

Por lo demás, carecía por completo de sentido del humor, gruñía en lugar de hablar y no hablaba si no era absolutamente necesario.

El hombre reserva para la mujer lo mejor y lo peor de sí mismo. Es el resultado de la confianza conyugal, donde se relajan todas las cadenas y aflora lo que realmente habita en cada uno. Pero bajo aquel grueso manto de respetabilidad de Basilio lo único que habitaba era lo abyecto. Su naturaleza acomplejada había hecho de él una especie de oso amaestrado por sus instintos, peligrosa mezcla de la que solo podía salir el engendro. El efecto del alcohol, amalgamado con la ferocidad que habitaba en su interior, hacían de Basilio un ser ingobernable y despiadado. Cuando estaba sobrio no era más que apático, inerte. Nunca, ni siquiera de novios, llevó a Micaela a bailar, al cine de Torrelavega ni nada que se le pareciese. Se limitaba a plantarse delante de la televisión y apurar cerveza tras cerveza, viendo el deporte que fuera. Rara vez reía, y en las escasas ocasiones en las que lo hacía era terrible, pues lo hacía breve y violentamente, frunciendo el entrecejo al mismo tiempo, con la nariz arrugada como la de una fiera.

Tenía dos rostros bien diferenciados: el público y el privado. No había hombre más solidario en Carmona, vecino más atento ni ganadero más honrado. No conocía el regateo. «Mi trabajo tiene un precio, yo no», solía decir; tampoco la envidia o el rencor, y no miraba nunca hacia otro lado cuando un vecino lo necesitaba, como hacían muchos otros. Era recto y tolerante al mismo tiempo, y sabía tratar a Micaela en público. Ni una sola vez le levantó la voz delante de nadie, y aún menos la mano. Dejaba su desenfreno para la intimidad, como si todo ese pesado traje de probidad se aflojase y cayese al suelo de puertas para adentro, poniendo al descubierto su

verdadera naturaleza. Y solo Micaela era testigo de ello.

En el pueblo todos le tenían por un buen hombre.

Con el tiempo sus palizas fueron siendo cada vez peores, hasta que, temiendo quedar inválida en una de ellas y dejar a su hija sola con su padre, Micaela al fin se decidió a denunciar.

Desde entonces, no había vuelto a saber nada de él.

10

Micaela seguía acudiendo todos los jueves, de ocho de la mañana a tres de la tarde, al mercadillo de Torrelavega, donde vendía, o intentaba vender, los productos que elaboraba el resto de la semana en su casona. Desde la marcha de Basilio, Micaela había tenido que asumir el gasto únicamente con su huerto, sus cabras y sus gallinas, cosa que en realidad le había resultado fácil, teniendo en cuenta que su consumo de luz y de calefacción eran mínimos y que ella misma se nutría como un pajarito. Su huerto la alimentaba, sus cabras y sus gallinas la vestían, y la excedencia de ambos le daba para cubrir sus pequeños gastos diarios y hasta para alterar su habitual menú de verduras con alguna trucha del Saja de vez en cuando. Además, su hija le enviaba dinero con regularidad.

Erika había insistido muchas veces en que se fuese a pasar alguna temporada con ellos, pero Micaela siempre se negaba. Sus animales y su huerto la necesitaban, decía, y la mera idea de vivir en una ciudad moderna bastaba para hacerla sentir angustiada.

Pese a su frugal alimentación, Micaela contaba con una reserva de energías casi ilimitada. Mantenía sus dieciséis horas de trabajo al día y se desempeñaba al mismo tiempo como ama de casa, granjera, modista, maestra quesera y tendera competente.

Sus ratos de ocio los dedicaba a la fabricación de sus albarcas.

Las albarcas son el calzado cántabro tradicional de los ganaderos y los agricultores desde tiempos inmemoriales, muy útiles para aislar los pies del frío, la humedad y el barro, y habituales en todo el valle de Cabuérniga. No por nada Carmona era conocida como «la flor de los albarqueros». Pero son laboriosas, difíciles de fabricar y caras. Su popularidad había decaído mucho en los últimos tiempos, y, de hecho, Micaela pocas veces lograba vender un par en el mercado de Torrelavega, pero, cuando lo hacía, el beneficio que le reportaba su venta equivalía a una semana de trabajo en la casona.

Para su fabricación solía hacer uso de los árboles de los alrededores, ya que las albarcas se elaboran íntegramente con madera. Empleaba el abedul siempre que podía, pero tampoco le hacía ascos a la alisa, al avellano, al nogal, al arce o a la haya, y cuando salía por la puerta de la casona, armada con un hacha que era casi más grande que ella, seguía entonando el tradicional «¡voy por tajos!», aunque ya no hubiese nadie que lo escuchase.

Como muchas personas que han vivido siempre acompañadas, Micaela tenía la costumbre de hablar sola habitualmente.

Ponía mucho cuidado en cortar la leña en cuarto menguante, cuando la savia del árbol iba hacia las raíces, lo que disminuía la humedad en la madera y la hacía mucho más resistente, y tenía una habilidad especial para dar al primer tajo una forma favorable. Ya en la casona lo trabajaba con la azuela, lo vaciaba con un viejo barreno y, por último, lo pasaba a la legra, donde seguía trabajando con él sin descanso, lijando, desastillando, desbastando, hasta dejarlo a su gusto. Le gustaba trabajar las albarcas «en verde», incluso cuando las decoraba. Tras su barnizado final, las dejaba secar de pie y a la sombra durante varias semanas, tal y como establecía la tradición más purista, e introducía en su interior algunos tacos de madera para que no se deformasen. Finalmente añadía los tres tarugos del

tacón, y las albarcas quedaban terminadas.

Como las fabricaba sin prisa y con cariño, sus albarcas eran muy apreciadas. Ella misma también las usaba, y tenía un par para diario y otro, mucho más nuevo y bonito, para los días festivos.

Ahí concluía la coquetería de Micaela.

Un ventoso jueves del mes de abril, más o menos al tiempo que Erika se cambiaba de ropa en el vestuario de su hospital tras una jornada agotadora y llena de imprevistos, Dani terminaba de colorear una de sus fichas en el colegio y Alonso se sumergía más y más en su piano al amparo de Walden, Micaela regresaba del mercadillo mucho antes de lo acostumbrado. El motivo no era habitual: antes del mediodía ya había conseguido vender todos sus productos. De haber estado la Tina, con quien había vuelto a establecer relación, se habría quedado haciéndole compañía hasta las tres de la tarde y habrían regresado juntas. Pero ese día, cosa rara, la Tina no había acudido al mercadillo.

Comprendiendo que ya no tenía ningún sentido permanecer allí, Micaela recogió su tenderete en pocos minutos, compró allí mismo algunas pocas cosas de las que tenía necesidad —harina, pienso para los animales y algo de fruta— y se encaminó de regreso a casa.

Tomó el autobús hasta el barrio del Sotozoo, como hacía siempre, cruzó el pequeño puente del río Quivierda (o el Merdero, como lo llaman allí), que corría ese año casi seco por encima de sus guijarros, y comenzó el empinado ascenso hacia el barrio del Pirujo. A medio camino se cruzó con la Gregoria, matriarca de la casona más grande y más antigua de Carmona y ama y señora de cada uno de los movimientos de los vecinos del pueblo, que volvía en ese momento de buscar unos cuantos palus de avellano del prao en ese momento. Comentaron lo raro que parecía que la Tina no hubiese acudido aquel día al mercadillo, y la Gregoria, con su habitual

conocimiento de causa —que se podía cifrar con bastante precisión en un veinte por ciento de verdadera información y un ochenta por ciento de pura fantasía—, la informó detalladamente de que «la Tina había tenido que irse a la capi a hacerse unos análisis porque llevaba ya unas semanas encontrándose no muy bien y cada vez más cansada y eso también era porque echaba en falta al Genaro por mucho que dijese que no y porque viviendo ella sola ya se le estaba cayendo la casona encima además de que el Genaro tampoco levantaba cabeza desde entonces y que no había derecho después de toda una vida dedicada a su casa…».

La interminable diatriba de la Gregoria podía haberse prolongado durante horas y, en circunstancias normales, Micaela la habría escuchado con gusto, pero llevaba todo el camino pensando que aún no había ordeñado a las cabras y que debían estar a punto de reventar. Así que se deshizo de la Gregoria como pudo y continuó su andadura apretando el paso hacia su casona. Además se orinaba, lo que hacía su paso aún más rápido del acostumbrado.

Fue dejando atrás el pequeño parquecito infantil, el barrio del Piruho (en el más genuino dialecto de Carmona) y los balcones atestados de coloridos geranios, hasta que llegó al punto más alto de Carmona, desde donde, tras hacerse llano durante unos cuantos metros, junto al bosque de eucaliptos (los ocálitos), el camino descendía de nuevo. Su casona se encontraba algo más retirada de las demás, en la zona que allí llamaban la Huente de la Sierra, a orillas del Pirujo, justo donde ya comenzaban los verdes prados del valle del Nansa.

Los pasitos cortos y desiguales de Micaela, reconocibles desde lejos por su característica cojera, porfiaban con los mugidos ocasionales de las vacas tudanca y los ruidosos pájaros carpinteros sobre los eucaliptos. Pocos metros antes de llegar a su casona, se

sorprendió al encontrarse en el sendero a la Cani, su perrita, que comenzó a menear la cola deslavazadamente y a retorcerse sobre sí misma nada más verla, como hacía siempre. Micaela levantó la vista y se recriminó en silencio por haberse vuelto a dejar entreabierta la puerta del corral, aunque también podía ser que la propia Canita la hubiese abierto con el hocico. Ya la había visto hacerlo otras veces, aprovechando que la puerta del cercado encajaba mal. Tomó nota mental para arreglarla en cuanto pudiese y se encaminó de nuevo hacia la entrada principal.

Nada más entrar dejó las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina y se dirigió directamente al baño. La casa estaba helada a pesar del mes en el que se encontraban, y se le ocurrió que, en cuanto diese de comer a las gallinas y ordeñase a las cabras, quizá pondría un rato la estufa.

Entonces reparó en que también se había dejado la luz del dormitorio encendida y el armario abierto de par en par, y, ahora sí, se recriminó con mayor severidad. La luz estaba cara en Carmona.

«¿Estaré ya perdiendo facultades?», se preguntó.

Así que, antes de ir al baño, se dirigió al dormitorio a apagar las luces, siempre seguida por Canita.

Las cabras ya habían notado su presencia y las sentía protestar a sus espaldas, reclamándola. Apagó la luz del dormitorio y fue a cerrar las puertas del armario cuando, a medio camino, sintió que la puerta del dormitorio se cerraba suavemente a sus espaldas.

Por unos desconcertantes instantes Micaela se encontró completamente a oscuras, en mitad de la estancia. Hasta que una furibunda respiración, junto a la puerta de entrada al dormitorio, la hizo comprender que no estaba sola.

Una ráfaga de viento helado barrió todo su pensamiento, aunque, por el momento, no sucedió absolutamente nada. El

inesperado resuello tan solo estaba ahí, contrapunteando impaciente el tictac del reloj de la mesita de noche, al tiempo que las cabras seguían solicitándola con insistencia a un millón de kilómetros de distancia.

Hasta que el dueño de aquella respiración accionó de nuevo el interruptor de la luz, revelando aquello que Micaela más temía en el mundo.

El señor Basilio estaba allí.

Si Micaela no hubiese perdido el sentido del olfato en una de sus memorables palizas, quizá habría podido percibir el aroma dulzón de los Solano o el olor agrio de la cerveza que nunca lo abandonaba, como una nube que lo siguiera a todas partes.

Canita sí lo había olido, pero Canita no sabía hablar.

El señor Basilio llevaba una de sus albarcas de los domingos en la mano, con los tarugos hacia fuera. Al reparar en ello, el contenido de la vejiga de Micaela se derramó flojamente entre sus piernas, inundándola con una lejana sensación de calidez.

El pelo lacio, la mirada fija, la nariz amoratada…

El señor Basilio sonreía de oreja a oreja.

11

El teléfono sonó en el preciso momento en que Erika terminaba de prepararse para regresar al hospital y Dani apuraba sus últimas cucharadas de puré. Tenía prisa, siempre tenía prisa cuando recogía a Dani, pero se había propuesto hacerlo al menos dos días por semana, aunque ello le supusiese tener que comer cualquier cosa de pie y llegar al trabajo de los nervios y con el tiempo justo para cambiarse. El deseo de autonomía de Dani era cada día mayor, lo que hacía que se empeñase en comer él solito «como un mayor», demorándola todavía más. Lo cierto es que no tenía necesidad alguna de andar así, al tener contratado en la guardería el servicio del comedor, pero era como si, desde que Alonso había vuelto a tocar, sintiese un permanente exceso de responsabilidad respecto a Dani, como si tratase de compensarle de algún modo… dedicándole todo el tiempo que era posible, «por los dos», aunque incluso a ella misma aquel razonamiento le pareciese bastante absurdo.

«Absurdo e injusto», pensó.

Y, aun así, no conseguía sentirse enojada con Alonso, sino solo triste y un tanto desamparada, como si sobre su ánimo sobrevolase una permanente impresión de pérdida.

Por muy justificados que fuesen sus motivos…, lo único cierto es que Alonso se estaba perdiendo a Dani.

Y Dani se estaba perdiendo a su padre.

Al ver que se trataba de un número desconocido optó por no coger el teléfono, pero luego recordó que esperaba una llamada del hospital para confirmar la cita de las vacunas de Dani, así que, al tiempo que terminaba de ajustarse las botas y limpiar la boca a Dani, se las apañó como pudo para descolgar.

—¿Diga?

—Hola, Eriuca. ¿Sabes quién soy?

El deje recogido y como fatigado de Carmona era inconfundible. Y la forma directa de hablar, casi grosera, también.

—Pues… no —respondió Erika, pero nada más terminar de decirlo ya sabía quién era.

—Pues que soy el Idelfonso, el tío de tu madre, la Micaela.

Se produjo un expectante silencio en el que Erika trató de visualizar el rostro de su interlocutor, sin conseguirlo. Sabía perfectamente quién era Idelfonso, y, de hecho, le sorprendió no ser capaz de ponerle cara en ese momento, teniendo en cuenta que el pueblo en el que se había criado no superaba los doscientos habitantes. Pero no era la primera vez que le pasaba. Era como si su subconsciente hubiese decidido borrar por su cuenta todo lo referente a Carmona y su traumática infancia, con todos sus protagonistas incluidos, y las escasísimas ocasiones que había hecho algún esfuerzo por recordar algo más le habían provocado la abominable impresión de que le deslizasen un pañuelo lleno de inmundicias por el cuerpo.

En algún lugar remoto de sí misma Carmona seguía ocupando un sustrato tenebroso y sombrío, acechado por tormentosos nubarrones y habitado por seres peligrosos y furtivos. Incluso su mismo nombre le seguía produciendo escalofríos, una retorcida impresión de soledad, de frío

(«un laberinto, un laberinto de hielo»),

y la inquietante certeza de que podía suceder algo terrible en cualquier momento.

En todos aquellos años apenas había regresado a Carmona, salvo para ver a su madre alguna vez (bastante menos de lo que debía, se recriminaba a menudo) o realizar algún que otro trámite puntual. Y, desde luego, no mantenía el menor contacto con ninguno de sus antiguos vecinos, y aún menos con su padre, de quien, de hecho, nadie había vuelto a saber nada.

Solo le quedaba su madre… y la difusa certeza de querer dejar atrás una infancia que era mejor olvidar.

En cambio, al parecer, todo ello permanecía intacto en algún lugar profundo de su interior, una cueva recóndita y siniestra en la que nunca penetraba el aire fresco ni la luz del día, y en cuya gruesa compuerta un cartel medio caído rezaba: MEJOR NO ENTRAR.

Y ahora, de pronto, esa voz gutural, familiar y ajena al mismo tiempo, esa voz ignorada hacía solo un minuto, volvía a abrir de par en par esa puerta atrancada y llena de telarañas, infiltrándose con facilidad entre sus arraigados cimientos adultos para hacerla consciente de un intervalo de tiempo que parecía haberse dilatado en su ausencia de un modo inconcebible.

¿Era posible que llevase más de… quince años sin escuchar esa voz?

Y tanto que lo era. Y más todavía.

Pero había algo más…, algo aún más inquietante y que, de algún modo, apelaba a esa región intermedia entre la niña que fue y la niña que, al parecer, seguía siendo; como si, a pesar de la edad que figurase en su DNI, prevaleciese una suerte de jerarquía inamovible e ilógica, un orden paralelo que la ubicase una y otra vez en el lugar que realmente le correspondía, y donde desempeñaba el mismo

papel de siempre. Así, ese difuso proyecto llamado «Erika» al que había dedicado tanto tiempo y que, hasta hacía un momento le parecía más o menos fiable, se tambaleaba ahora volviendo a hacerla sentir exactamente eso, una niña, una niña insegura, vulnerable, que acababa de descubrir algo sorprendente: bastaba un guijarro para que el fantasma del tiempo se desvaneciese en tenues ondas.

O una llamada de teléfono.

Tras un rato de espera, Erika finalmente contestó, y, al percibir su propio tono de voz, inseguro, cándido, *infantil*, su estupor se incrementó todavía más.

—Idelfonso…, sí, claro que sé quién eres. ¿Sucede algo?

Pero su desconcierto duró poco, pues las palabras de Idelfonso barrieron de un plumazo todas aquellas novedades sobre sí misma.

—Pues sí que sucede, Eriuca. Que tu padre ha matadu a tu madre. Eso es lo que sucede.

12

Alonso Urbizu estaba satisfecho.

Una vez tomada su difícil decisión, los frutos no se estaban haciendo esperar. En el transcurso de unos pocos meses las salas más prestigiosas del mundo volvían a reclamar su rutilante presencia. El mundo no se había olvidado de él, y su agente volvía a tener más ofertas de las que realmente podía gestionar. Pero había una diferencia fundamental, y es que ahora se trataba de conciertos mucho más importantes que los de antes. Pues, para su sorpresa, resultó que su inesperada ausencia de los escenarios había funcionado como una especie de acicate para todos aquellos que habían seguido su fulgurante carrera desde el principio (y que también eran bastantes más de los que pensaba), y, sin él mismo saberlo, su regreso había provocado un encendido debate. Se decía de todo, y casi todo inventado: que si, tras ganar el prestigioso Reina Elisabeth de Bélgica, teniendo el mundo musical a sus pies por así decir, Alonso Urbizu, no sintiéndose aún satisfecho consigo mismo, había decidido encerrarse para seguir estudiando; que si no había sido capaz de encajar su refulgente éxito y había optado por desaparecer durante un tiempo; que si había caído en una profunda depresión de la que le había costado recuperarse…; todo ello sencillamente motivado por haberse negado a dar explicaciones

sobre el abandono de su actividad concertística. Y, como ahora tampoco se había molestado en confirmar ni desmentir nada, aquellos rumores y muchos otros se avivaban por sí solos.

A la crítica, en cambio, no le quedaba más remedio que hablar de él, a pesar de saltarse todos y cada uno de los protocolos habituales y demostrar una desconcertante indiferencia hacia su importante influencia. Incluso los artistas más consolidados dedicaban su tiempo y su dinero a obtener el favor de la prensa especializada. Pero Alonso Urbizu, para horror de su agente, se mantenía decididamente al margen.

Lo único que le interesaba era tocar.

Lo demás le traía sin cuidado.

En realidad, para él no había diferencia. Ya desde el inicio de su carrera, cuando ganó todos aquellos importantes concursos, había tomado la decisión de mantenerse al margen del inevitable ruido mediático para poder concentrarse de lleno en su actividad. Rara vez leía las críticas de sus conciertos (salvo cuando alguna persona de su entorno cercano, habitualmente Erika, se las señalaba expresamente), pues, en las contadas ocasiones en las que lo había hecho, solo le había servido para sentirse desazonado e incomprendido, sin aportarle nada a cambio. Si la crítica era mala, se preocupaba; si era buena, se lamentaba: «¡No entienden nada!», decía, así que le parecía que siempre salía perdiendo.

Además, consideraba que aquella gente no tenía nada que enseñarle.

Pero ahora el mundo comenzaba a hablar de él de verdad.

Recluido en Walden, concentrado sobre sí mismo y sobre su piano, el potencial artístico de Alonso se desataba. Un dominio absoluto del instrumento, en combinación con un ingobernable deseo de llegar siempre al fondo de la obra, y una imaginación de

niño, todo ello tamizado y dirigido por una mente independiente y del todo original que nunca daba nada por sentado. Parecía capaz de hacer todo lo que se podía hacer frente a un piano y algunas cosas más todavía. Pues allí donde otros encumbrados pianistas se mostraban invariablemente cautos, en aquellos pasajes en los que sus límites técnicos —y, por lo tanto, su prestigio— más se comprometían, ya fuese por su latente dificultad o por su riesgo acrobático, instándolos a frenar, Alonso aceleraba todavía más, lo que generaba una terrible inquietud entre todos los presentes, que comenzaban a revolverse, incómodos, sobre sus butacas. No obstante, y de un modo casi milagroso, Alonso no solo salía siempre airoso de todos ellos, sino que transmitía la inequívoca impresión de que *justo así era como debía interpretarse*. Tocaba minuto a minuto, nota a nota por así decir, decantando un fascinante Edén que parecía encontrar su razón de ser en el preciso momento de su creación. En esos sublimes momentos, el público se sentía rebajado al nivel de furtivo voyeur que no tuviese más derecho que el de sentirse sencillamente agradecidos de estar allí. La misma presencia de ese público era algo a todas luces secundario para el artista, o insignificante más bien, quien parecía tan absorbido por su instrumento como para reparar siquiera en su anodina presencia. También en eso el contraste de Alonso respecto a otros pianistas de renombre era enorme, siempre atentos y complacientes con su público y prestos a conceder todas las propinas que fuesen necesarias, estableciendo así un asombroso paradigma propio: Alonso podía ignorar al respetable.

Pero ellos no podían ignorarle a él.

El resultado era que ese público agotaba las entradas de sus conciertos mucho antes de que estos se celebrasen. De hecho, el mismo día que salían a la venta, largas colas en torno a los

auditorios anunciaban sus próximos recitales con bastante precisión, algo insólito en el mundo de la música clásica. Además, y a diferencia de lo que sucedía con otros famosos artistas, en sus conciertos apenas había reventa.

Nadie quería perderse al gran Alonso Urbizu.

Muy en parte, ese público se componía de un número creciente de pianistas que trataban de averiguar cómo hacía Alonso lo que hacía, y a muchos de ellos se los podía ver estirando el cuello desde sus butacas. La prensa especializada, de hecho, se refería a él como «el pianista de los pianistas», ya que muchos de los milagros que realizaba frente a su piano solo resultaban apreciables para los pianistas profesionales.

Ninguno de ellos se marchaba defraudado a casa, sino todavía más intrigados.

Mientras que el gran público se sentía sencillamente apabullado y seguro de estar presenciando algo único, histórico. Solo más tarde, aún exhaustos tras haberse enfrentado a una fuerza de la naturaleza, trataban de comprender la magnitud de lo que acababan de escuchar, pues, durante el concierto, se sentían siempre a merced del artista, inmersos en una suerte de sesión de hipnosis colectiva. Esos sonidos imposibles permanecían en su ánimo hasta mucho más tarde, como si de un narcótico se tratase, un veneno cuyo antídoto se encontrase precisamente allí, bajo las manos de aquel hombre. Y todos tenían la sensación de regresar de estrambóticos lugares en los que sus baremos hubiesen sido trastocados de algún modo.

Sin ellos saberlo, Alonso ponía a su alcance lo que tanto necesitaban. Les ofrecía la verdad…, pero no se la resolvía.

De eso ya se encargaban ellos solitos.

Ese mundo apenas entrevisto cobraba forma en el interior de cada uno de ellos, dando lugar, en cada caso, a un universo

exclusivo, orgánico…, único, un universo que, de algún modo, todos ellos ya habían intuido antes. Y no había manera de penetrar en tan recóndito lugar que no fuese el artístico; no existía atajo para eso.

En cambio ahí estaba, como un imposible milagro.

La música, la más abstracta de todas las artes —sin imágenes, sin palabras—, tenía mayor influencia sobre sus vidas en ese momento que cualquier otra, excitando aquello de lo que rara vez tenían constancia en el mundo ordinario.

Su insospechado potencial.

Todos lo sentían, pero ninguno lo entendía, lo que excitaba todavía más su curiosidad. Y todos estaban convencidos de que aquel hombre era precisamente quien les ofrecía su acceso. Pero no era así. Alonso se limitaba a señalarles la puerta, como mucho los acompañaba hasta su entrada. Pero accedían ellos por su cuenta.

Accedían a sus conciencias.

¿Cómo había conseguido Alonso hacer todo eso?

Trabajando.

Sus días transcurrían idénticos unos a otros. Amanecía en Walden y anochecía en Walden. Entretanto, tocaba. No había nada más.

Pero después de sus conciertos, cuando dejaba de sentir el tumultuoso hormigueo en los aledaños del auditorio y un silencio sordo y pesado descendía como un telón de acero sobre el escenario…, Alonso encaraba de nuevo su piano y seguía tocando hasta altas horas de la madrugada: arreglando, corrigiendo, puliendo incansablemente. De hecho tenía estipulado por contrato poder hacer uso de las instalaciones hasta el día siguiente de sus recitales, y, más de una mañana, el personal de limpieza se llevaba una sorpresa al acceder al recinto y encontrarse con un hombre tocando en mangas de camisa, exhausto.

El propio Alonso estaba convencido de que su desmesurado trabajo adquiría todo su sentido frente a su público. Su ideal consistía en poder convertirse él mismo en un instrumento, un medio, y, si en algún momento sentía que lo lograba, le parecía que ya no eran sus manos las que tocaban, sino que algo tocaba a través de él, proyectándolo hacia fascinantes lugares de los que ni él mismo tenía conocimiento alguno. En esos sublimes momentos se convertía en un espectador más mientras la música fluía, inédita y hermosa frente a su vista y la de los demás, como una fuente inagotable de luz y de belleza.

Su mayor aspiración siempre había consistido en tratar de ser digno de la música, y, en efecto, había encontrado el modo de lograrlo.

No estando.

Alonso había hecho de esa desaparición el fundamento mismo de su interpretación, sus cimientos y su ideal. Los medios técnicos ya no atañían tanto al público ni tampoco a él, y cuando no conservaba recuerdo alguno de su concierto podía estar seguro de haber tocado bastante bien.

Y Alonso Urbizu rara vez recordaba nada.

Pero tantas veces, mientras trabajaba sin descanso frente a un auditorio abarrotado o una habitación vacía, en Walden o en el Carnegie Hall de Nueva York, y sentía todo su ser en ebullición, como si se hubiese aproximado tanto a su ideal que pudiese comenzar a arder en cualquier momento, se admiraba tanto ante lo que acontecía que se deslumbraba a sí mismo, como si un foco descomunal lo apuntase directamente a la cara.

La grandeza que intuía tras ese deslumbramiento impulsaba su ambición artística hasta lo desmesurado.

Ignoraba hasta dónde podía llegar, y, al mismo tiempo, anhelaba

saberlo. Un vigor desconocido, primitivo, lo impulsaba cada día. Su concentración tenía el diámetro y la intensidad de un rayo láser. Fuera de ese reducido haz de luz, nada existía.

¿Qué pretendía alcanzar?

Ni él mismo habría sabido decirlo, pero intuía su proximidad, y se estremecía. Su aspiración carecía de expectativas y, por lo tanto, de meta de llegada, lo que la impulsaba todavía más. Cuanto más bebía de ese salado mar, más sed padecía. Todos creían que su carrera alcanzaba su cénit, pero solo él conocía la verdad: aquello no había hecho más que empezar.

Entonces sonó el teléfono.

Era Erika.

13

Dos horas más tarde Alonso y Erika aparcaban a los pies de la casona de Micaela, que comparecía en ese momento —borrosa y difuminada a través de una llovizna fina y persistente— rodeada por la práctica totalidad de los vecinos de Carmona.

El perímetro de la vivienda estaba acordonado por una cinta de plástico de color amarillo y negro —«Igual igual que en las películas», pensó Erika— y un coche de policía se encontraba negligentemente aparcado en la cuneta.

Descendieron de su vehículo entre un sordo murmullo y se dirigieron directamente a la puerta de entrada.

Erika trataba de no mirar a ningún lado, pues reconocía casi todos los rostros allí reunidos, pero no pudo evitar que su vista se cruzase por un momento con el de la Gregoria, situada en primera fila como era de esperar, en actitud expectante, casi reconcentrada.

«Solo le faltan las palomitas», pensó, y tuvo que contener una sonrisa que, dadas las circunstancias, habría resultado del todo inapropiada.

Pero es que no se sentía mal…, al menos por el momento; no se sentía alterada ni descompuesta, casi ni triste, lo que en realidad tampoco la sorprendía. Sabía que más tarde sí lo estaría y que toda esa acumulación de nervios encontraría su puerta de salida, como lo

hacía siempre, previsiblemente en forma de lágrimas. Pero por el momento se sentía bastante bien, y esa era una de las razones por las que era un buen médico, pensó, pues su ánimo era capaz de aplazar sus emociones para el momento más oportuno.

Además, a su lado tenía a Alonso, y su firmeza e impasibilidad habituales la arropaban como una cálida manta.

Un policía alto y demacrado, una variedad poco frecuente en Cantabria, los acompañó al interior de la vivienda, rogándoles que no tocasen absolutamente nada. El murmullo se incrementó por un momento, hasta que el agente volvió a cerrar la puerta a sus espaldas. Erika volvió a mirarlo de reojo, admirada de que un desconocido se encontrase en el interior de su casa.

«Parece un espárrago con uniforme», pensó ahora, y esta vez tuvo que hacer un auténtico esfuerzo por no reírse.

Solo entonces se dio cuenta de lo nerviosa que en realidad estaba.

Todo estaba igual que siempre, y, al mismo tiempo, completamente diferente. Era como si la distancia temporal o, mucho más probablemente, la prolongada ausencia paterna le hubiesen otorgado a la vivienda una indefinible cualidad humana. No dejaba de ser el clásico *déjà vu*, pero tamizado por una novedosa impresión de luminosidad, de suave alegría. Y adivinaba a su madre con facilidad en esa tenue claridad, tan tenue como ella misma, pero llena de dulce significado: un discreto visillo, embelleciendo una mesita que llevaba ahí desde mucho antes de que ella naciera; flores hechas con miga de pan y coloreadas a mano; pequeños trabajos de carpintería…, hasta los diminutos ramilletes de hojas secas diseminados con buen gusto por diferentes lugares de la estancia llevaban el inconfundible sello de su madre. Le parecía que no había un rincón descuidado, un estante sin ordenar o un mueble colocado

sin esmero, y, de un modo pueril, se sintió orgullosa de que todos aquellos desconocidos deambulasen por una casa tan acogedora.

¿Cuánto hacía que no visitaba a su madre? Ni siquiera podía recordarlo. Demasiado tiempo en cualquier caso, y, en ese momento, también supo cuánto se lo reprocharía a sí misma más tarde. Por mucho que, durante todos aquellos terribles años, la una hubiese sido el único sostén de la otra, su madre y ella nunca habían estado tan cerca como habrían debido. Era como si todas las barbaridades vividas juntas las hubiesen unido y separado al mismo tiempo, furtivas pasajeras de un barco caótico que se topasen en cubierta de cuando en cuando, entre las olas y el viento, mirándose de reojo, compadeciéndose la una de la otra…, pero solas, en definitiva, cada una resistiendo el temporal como buenamente podía. Todo ello, de algún modo, las había aislado para siempre.

«Aisladas»… Esa era la palabra.

No obstante, ella sí había creído estar unida a su madre, y, durante un tiempo, la fuerza de esas ligaduras incluso le había llegado a parecer consistente.

Pero cuando el temporal no cesa… las ataduras se aflojan, o, más bien, se afloja la persona entera.

El sufrimiento tiene sus estrategias: retiene los recuerdos aprovechables, pero se deshace a cambio de aquellos que le perjudica, como hace el estómago con los alimentos. Las vivencias positivas también alimentan, los recuerdos felices también son un nutrimento…, pero ese paraíso está negado a los que viven aterrorizados ante la inminencia de una llave que se introduce en la puerta.

Sin alegría, el recuerdo se desvanece.

Tantas veces había pensado que el miedo podía ser peor que la realidad, incluso aunque la realidad fuese ya de por sí aterradora.

Mucha gente se cerraba puertas a sí misma de antemano, ya fuese por limitaciones verdaderas o imaginarias, incapacidades o complejos, pero, a cambio, se les abrían muchas otras. El temeroso se encontraba todas cerradas a cal y canto. O, mejor dicho, él mismo era una puerta cerrada, y no podía haber nada más triste que aquel a quien no cerró la naturaleza, sino el influjo de otro ser humano.

Y mientras avanzaba por ese opresivo pasillo que tantas veces recorriera de niña, esa impresión de desdoblamiento, que había dado comienzo con la llamada de Idelfonso, parecía incrementarse con cada paso. Era como avanzar somnolienta por el escenario vacío de una película de terror, entrevista hace muchos años, antes de quedarse dormida. Una pesadilla, la pesadilla de una niña escuálida, ojerosa, demasiado encorvada y retraída para su edad…

Hasta que comenzaban a retumbar los golpes en la cocina…

¿Cómo había soportado todo aquello? No tenía ni idea. Pero había algo que sí sabía: ya nunca escaparía de ello. Por mucho tiempo que transcurriese, por muy civilizada que se volviese su vida, su influjo *perduraría*. Porque aquello había sucedido de verdad, y lo que sucedía de verdad la acompañaba a una para siempre. Sus cicatrices permanecerían tan frescas como el primer día, inherentes a ella, como el color de su piel. Pues nada determina el devenir de una vida como las vivencias de la infancia.

Y esa película tan mala se había rodado precisamente allí…, entre aquellas paredes que, ahora, parecían haber sido despojadas de una apretada mortaja.

Solo que esta vez su verdugo la había vuelto a ceñir para siempre.

En el camino de vuelta a casa sí lloró, y lo hizo durante la mayor parte de las dos horas de trayecto que separaba Carmona de Bilbao

mientras Alonso conducía silencioso a su lado y Dani dormía en su sillita. Su vida entera se desplazaba en ese coche. Pero no solo lloró por la muerte de su madre, sino, sobre todo, por aquello que su padre les había arrebatado a las dos, ese vínculo sagrado que se establece entre una madre y una hija, y que ella apenas había tenido ocasión de intuir.

También tuvo tiempo de maldecir a su madre por permitir que una niña se criase en semejante lugar. Luego evocó su recogida figura, apocada, autonegada de antemano, un fantasma desteñido arrastrando siempre unas cadenas demasiado pesadas para ella… y solo sintió lástima ante una vida que concluía sin haber comenzado.

A su lado Alonso permanecía tan impasible como siempre, lo que Erika le agradecía de corazón. Su rostro, tenuemente iluminado por el resplandor verdoso de las luces del tablero del coche, solo reflejaba ese aire de estar pensando en sus cosas que nunca le abandonaba.

Pero en cuanto ella se tranquilizó mínimamente, poco antes de llegar a Bilbao, Alonso le susurró:

—Oye, Eri, me gustaría decirte algo si estás mejor.

Erika asintió con la cabeza.

—He estado pensando… Creo que tú y Dani no debéis volver a quedaros solos, eso está claro, al menos por un tiempo. Lo que pasa es que aún me quedan cuatro conciertos para terminar la temporada y, ya sabes, me gustaría cumplir mi contrato. Los conciertos en sí me dan igual, pero hay muchas personas implicadas a las que haría una buena faena si ahora me quito de en medio.

—Claro…, lo entiendo —respondió Erika en un susurro, quien comenzaba a sentirse más cansada de lo que había estado en su vida.

Alonso cedió el paso a un tráiler enorme, y las luces

intermitentes del camión parpadearon levemente sobre el rostro inescrutable de su marido. En ese momento Erika sintió un afecto tan grande por él que casi comenzó a llorar de nuevo, aunque logró controlarse.

El camión giró, inundándolos por un momento de un azul fantasmal, y regresaron de nuevo a su penumbra anterior.

Alonso continuó:

—Pero con tu padre por ahí suelto… no podéis quedaros solos. ¿Por qué no nos vamos los tres a Walden? Allí podría seguir tocando, y, al mismo tiempo, estaríamos juntos. Ya estamos casi en mayo. A Dani le queda poco de cole, y a ti te darán permiso por lo de tu madre. Y, si no, te lo pides igual. El 23 de junio es mi último concierto de la temporada, y los cuatro que me quedan hasta esa fecha son en España. En Walden estaríamos seguros. Y estaríamos juntos.

Erika miraba a su marido mientras hablaba, tratando de descubrir alguna emoción en sus palabras, sin conseguirlo. Todo lo que decía era tan sensato y razonable como siempre. No obstante, ella le conocía lo suficiente como para intuir que había algo más. Pero estaba tan cansada…

Finalmente acertó a responder:

—OK, Alon… Claro, me parece bien. Decide tú por mí. Lo que decidas me va a parecer bien.

Calló por un momento y añadió con un hilo de voz:

—¿Y después qué?

—Después… se acabó.

Incluso a pesar de su agotamiento, el tono tajante de Alonso impresionó a Erika.

—Dejo los conciertos —añadió—. Retomaré mis clases y volveré a casa. Seremos otra vez una familia normal, nada más. Y nada

menos.

La miró fugazmente y añadió:

—No se puede hacer dos cosas bien al mismo tiempo, Eri.

—¿A casa?

—A casa. Donde *debo* estar.

Alonso imprimió un énfasis especial a la palabra «debo», pero solo lo exteriorizó con una mayor tensión en las manos que sostenían el volante. Y no dijo nada más.

El resto del camino lo hicieron en silencio mientras una lluvia triste y monótona repiqueteaba sobre los cristales, adormeciéndola cada vez más. Sus pensamientos y sensaciones entraban y salían confusamente de esa región intermedia que separa el sueño de la vigilia y en la que, tan a menudo, parece posible resolver los problemas más complejos. Pero allí ya no había nada que resolver. Y, solo cuando Alonso entró al garaje de su casa y la lluvia se interrumpió de golpe, Erika comprendió que se había quedado dormida.

Abrió los ojos sin variar de posición, recostada sobre su costado izquierdo en el asiento de copiloto, con las rodillas abrazadas contra el pecho, y su mirada se encontró de nuevo con las manos de su marido sobre el volante. Esas manos hermosas, grandes, esas manos *sabias*, que tantos prodigios realizaban sobre un escenario… sostenían el volante con tanta tensión que hacía resaltar la blancura de sus nudillos, incluso en la oscuridad.

Pero, cuando Erika dirigió su mirada hacia el rostro de su marido, no detectó cambio alguno.

Su propio recuerdo parecía haberse desleído durante el sueño, como pasaba siempre. En cambio, al despertar, este pareció solidificarse de nuevo, y Erika volvió a sentirse aplastada ante la escueta nota que habían encontrado sobre la cama de sus padres, al

lado del cadáver de su madre descuartizada.

Solo tres palabras.

LUEGO VAS TÚ.

Segunda parte

Erika

Llévame a la noche del río Yeniséi,
donde se levanta el tronco del pino hasta rozar una estrella,
ya que no tengo sangre de lobo y solo quien es mi semejante puede
volverse también mi asesino.

Ósip Mandelshtam

14

Estaba terminando de recoger las migas del mantel y los restos de la cena

(«… que no se me olvide mañana podar un poco las ramas de la escalera, que nos van a comer, y bajarlas luego a la trituradora; la maldita puerta corredera sigue chirriando, menos mal que ya se desliza mejor; hice bien en insistir a Alonso en que la engrasara antes de irse, que ya casi ni podía moverla; quedan pocas bolsas de basura, acuérdate también de que hay que comprar sin falta…»)

cuando oyó el clic de la puerta corredera.

Al principio se sobresaltó un poco, a pesar de haber oído ese sonido infinidad de veces, habitualmente después de cenar y haber acostado ya a Dani; un chasquido preciso y hermético, que asociaba inconscientemente a una de tres cosas, las tres muy placenteras: el inicio de una buena película, la continuación de un buen libro o relaciones íntimas con Alonso; un sonido seco y quedo a la vez, similar al de una astilla que saltase en la chimenea, precedido de un breve rumor deslizante, como de pista de bolos.

Erika levantó la cabeza y se encontró con el rostro de Dani al otro lado del cristal, cómicamente manchado de yogur, mirándola con esa expresión socarrona de haber hecho una gracia que a ella tanto le gustaba.

Dani había empujado la puerta, la *bien engrasada* puerta corredera. Y la había cerrado.

La había cerrado.

Por un momento no reaccionó. Se quedó inmóvil donde estaba, con los platos de la cena todavía en las manos, y permitiendo que aquellas dos ideas tan pintorescas se fuesen aproximando poco a poco.

Dani había cerrado la puerta.

Y ella estaba en el lado que no debía estar.

Su sonrisa se fue diluyendo gradualmente, al tiempo que las palabras de Alonso volvían a cobrar vida en su cabeza, como si de pronto se encontrase allí mismo, junto a ella. En realidad hacía solo un rato que lo estaba, con su ropa habitual de ir a Walden —vaqueros y jersey grueso de lana, invariablemente—, agachado junto a la puerta y armado con un frasco de 3 en 1 comprado una hora antes en la gasolinera.

«Ahora mucho cuidado, Eri. El seguro de la puerta siempre levantado si salimos a la terraza».

Dani también debió notar algo, porque su pícara expresión se fue transformando en una mirada llena de curiosidad hacia ella. Pero enseguida volvió a sonreír y comenzó a golpear alegremente el grueso cristal blindado con su manita regordeta.

Tum, tum, tum.

El cristal apenas vibró con sus manotazos.

«Espera, espera un maldito segundo. Esto no puede ir en serio».

La había encerrado.

Y estaba *sola*.

Sin apartar la vista del cristal, Erika retrocedió sobre sus pasos como si lo hiciese ante una fiera dormida, dejó los platos sobre la mesa de la terraza y se aproximó de nuevo a la puerta corredera.

Sentía la cabeza vacía, en blanco, y un vago malestar comenzando a ascender desde la boca del estómago, acompañado de un aleteo inquieto y desigual en el pecho. Los ojos de Dani —los soñolientos ojos de Dani— seguían clavados en ella, tratando de comprender en qué consistía el nuevo juego.

Igualmente Erika se tomó su tiempo, como si pretendiese crear expectación ante un público imaginario. Sentía que necesitaba un mínimo margen psicológico antes de intentar abrir esa puerta. Afianzó sus pies descalzos sobre el suelo de madera al tiempo que una súplica interna y silenciosa comenzó a repetirse una y otra vez en su cabeza, como un estribillo desquiciado:

«Por favor, por favor, por favor…».

Y empujó con todas sus fuerzas.

La puerta ni se inmutó. Ni siquiera concedió ese medio centímetro que solían conceder todas las puertas correderas. Permaneció impasible, sin más, un imperturbable muro transparente.

El estribillo cambió radicalmente de letra:

«Joderjoderjoder…».

Aquello tenía que ser una estupidez. Una cosa tan nimia no podía trastornarla tanto. Dani llevaba ya un rato bailando sobre una pierna y otra —Dani seguía llevando pañal, pero siempre que podían lo sentaban «a hacer pis como los mayores», tratando, de momento en vano, de que se fuese acostumbrando poco a poco—, y ella misma estaba deseando cepillarse los dientes y tumbarse un rato en el sofá. La sangre había comenzado a acumularse en su estómago y sentía esa cálida modorra que siempre la invadía después de cenar. Su único deseo era acostar ya a Dani y relajarse un poco frente a la tele.

En cambio, Dani seguía mirándola cándidamente desde el otro lado de la puerta.

«Esto es una tontería. No tengo más que pedirle que me vuelva a abrir, igual que me ha cerrado».

Imposible. Ese cerrojo especial «para niños», que Alonso se empeñó en poner. «Por si nos descuidamos, Eri, y a Dani se le ocurre salir a la terraza. No olvides que estaremos a nueve metros del suelo». La razón de ser de ese seguro era precisamente la de impedir que Dani pudiese abrirlo.

De pronto, Erika perdió la paciencia, agarró el pasador de la puerta con las dos manos y comenzó a tirar de ella con todas sus fuerzas y sin miramiento alguno, hacia un lado y hacia el otro, hacia dentro y hacia fuera, empujando no solo con los brazos, sino con todo el peso de su cuerpo. Pero la puerta no solo no cedió lo más mínimo, sino que le dio una impresión de mayor robustez todavía, como si hubiese tratado de agitar una columna de mármol.

Apoyó su cabeza contra el cristal y trató de pensar en algo, lo que fuera.

Desde abajo, Dani la miró asombrado. Nunca había visto a su madre tan agitada.

«Por el amor de Dios, esto no puede estar pasando. Estoy completamente sola con un niño pequeño, a nueve metros del suelo. Y no tengo la menor idea de cómo volver a entrar. Ni la más remota. Pero tiene que haber alguna forma, joder, tiene que haberla. Es solo una puerta de cristal. Piensa. Solo eso. Piensa, piensa, piensa».

En ese momento fue Julio quien compareció inesperadamente en su cabeza, con su extraña entonación de polaco bilbaíno:

«Estáis metiendo lo mejor que hay, chavales. El cristal blindado penetra como diez centímetros en sus jambas. Para echar esa puerta abajo habría que tirar la cabaña entera».

Aquellos dos personajes, Julio y Alonso, parecían los protagonistas de los teatros infantiles que iba a ver con Dani los

sábados por la mañana al centro cultural, aclarando con sus intervenciones los acontecimientos de la obra. Solo que en este caso no requería aclaración alguna.

«Tranquila, Eri, tienes que estar tranquila. Es solo una puerta. Tiene que haber una forma sencilla de entrar. Tiene que haberla. Solo que tienes que pensar un poco más. Pensar… un poco más».

«Estáis metiendo lo mejor que hay, chavales».

Dani seguía mirándola con curiosidad, pero comenzaba a impacientarse. Sus ojos preguntaban con claridad:

«¿Qué estás haciendo, mami?».

Erika le devolvió la mirada, sin verle, y Dani volvió a sonreír y a golpear el cristal, esta vez con menor intensidad.

Tum, tum.

El curso de sus pensamientos parecían haberse enrocado en una órbita inalterable.

«¿Qué hago? Dios mío, ¿qué puedo hacer?».

Finalmente, desencantado por el retraso del juego, Dani comenzó a caminar hacia su derecha, hacia la otra puerta.

«¡La otra puerta!».

La idea surgió como un fogonazo, pero se desinfló por sí sola enseguida. Rara vez usaban esa puerta, si es que la habían usado alguna vez. Lo más normal es que ni siquiera se moviese. Igualmente, Erika se desplazó a su izquierda y, tal y como hiciese con la primera puerta, apoyó ambas manos sobre el cristal, hizo acopio de la escasa fe que pudo reunir en ese momento y empujó con todo el peso de su cuerpo hacia el lado contrario.

La puerta permaneció inmutable, por supuesto, pero en este caso no solo le dio una impresión de imperturbabilidad, sino también de indiferencia.

—¡Mamáááááá!

La vocecita de Dani sonó terriblemente apagada a través del cristal, casi como si la llamase desde otra casa, y Erika sintió por primera vez cómo el pánico se aproximaba a ella a pasos agigantados. Sus pensamientos comenzaban a atropellarse unos a otros, y cada vez le resultaban más difíciles de gobernar.

«Tienes que calmarte y pensar con frialdad, joder. Dani está bien. Piensa en eso. Acaba de cenar, y no hace tanto que le has cambiado el pañal. Tienes tiempo, tienes todo el tiempo del mundo. No le va a pasar nada porque llore un poco, ¿no? Cálmate y trata de valorar las opciones que tienes, igual que haces en el hospital. Alonso estará llegando ahora a Oviedo, si es que no ha parado a comer algo. Su concierto es mañana, creo que dijo que sobre las siete. Solo tienes que llamarlo…, pero el móvil está dentro, por supuesto. Dios, es una pesadilla, tiene que ser una pesadilla. Entonces ¿qué? Se te tiene que estar escapando algo, algo esencial. Si no, esto pasaría a menudo. Claro que no todo el mundo acostumbra a dormir sobre un maldito árbol a nueve metros del suelo. Pero todo eso da igual, Eri. Tienes que buscar algo, una idea, lo que sea».

Erika levantó la cabeza y miró a través del cristal, tratando de ignorar las llamadas de Dani, que comenzaban a ser angustiosas. El sol comenzaba a declinar, y dentro se veía cada vez menos. En cuanto cayese la noche el interior quedaría completamente a oscuras.

«A Dani le da miedo la oscuridad».

Sacudió la cabeza con fuerza, como si pudiera apartar aquel pensamiento de un modo físico, ahuecó las dos manos para usarlas como pantalla y se apoyó contra el cristal, tratando de aguzar su vista todo lo posible. Su mirada planeó desesperadamente sobre la mesa del comedor, el piano de Alonso, el sofá… y aterrizó sobre la

encimera de la cocina.

Allí estaba el maldito móvil, justo al lado de la caja de pizza congelada Di Mamma que acababan de cenar.

¿Sería una utopía tratar que un niño de su edad desprotegiese el móvil y pulsase el botón de rellamada? Seguramente sí. Pero algo le decía que debía actuar sin pensar demasiado. Dani era muy obediente, y Alonso siempre llevaba el móvil encima. En cuanto lo cogiese no tenía más que desgañitarse a llamarle…

«Esto es una locura. No puede estar pasando».

—¡MA-MÁÁÁÁÁÁ!

Con cada llamada de Dani, Erika sentía que sus nervios se tensaban una vuelta más.

—Dani, cariño. —Sentía tal nudo en la garganta que apenas podía hablar. Pero además debía alzar mucho la voz para que Dani pudiese oírla a través del grueso cristal—. Escúchame, mi niño. Vamos a hacer un juego. Vamos a hacer un juego superdivertido.

Aquello era absurdo. Dani ni siquiera la estaba mirando, y se mostraba cada vez más enfadado.

«Por favor, por favor, Dios mío. Que no coja ahora una rabieta».

—Dani, escúchame. ¡Dani! ¡Te digo que te va a encantar! Y te voy a dar un premio si me haces caso. ¿Qué me dices? ¿Quieres un premio o no? Un juguete PRECIOSO. Solo tienes que hacer una cosa. ¡DANI! ¡ESCÚCHAME, POR FAVOR!

Erika golpeó el cristal sin poder contenerse, lo que tuvo la virtud de cortar en seco el incipiente llanto del niño, quien no estaba acostumbrado a la violencia de su madre. Erika aprovechó el desconcierto de Dani para insuflarle su plan atropelladamente:

—Mira, Dani, el juego es así: tienes que ir a la cocina, allí, a la mesa de la cocina, y coger el móvil de mamá. Solo eso. Luego me lo traes y te digo cómo sigue el juego. ¿Qué te parece?

La aflicción regresaba al rostro de Dani, y en ese instante Erika estuvo segura de que sus nervios finalmente fallarían. La noche se le echaba ya encima. En quince o veinte minutos no se vería nada en absoluto.

Erika ya gritaba:

—¡Si lo haces, tengo un juguete para ti, mi niño! ¡¿Te acuerdas del caballo que me dijiste ayer que querías?! ¡¿Cómo se llamaba, Dani?! ¡¿CÓMO SE LLAMABA AQUEL CABALLO?!

—¡¡¡PÍ… RÍÍÍÍÍÍT!!! —exclamó Dani, enfadado y agotado al mismo tiempo.

—¡¡¡Ese!!! ¡¡¡Ese, mi príncipe!!! ¡¡¡Spirit!!! ¡Te daré un Spirit! ¡Tengo un Spirit para ti! ¿Qué me dices? ¡¿Lo quieres o no?!

—CHÍÍÍÍÍÍ —gritó Dani.

—¡¡¡Bien, mi niño, muy bien!!! Pero tienes que hacer justo lo que te voy a decir, ¿vale? Vas allí, a la cocina, y coges mi móvil que está encima de la mesa. Solo eso. Y lo traes. ¿Sí, mi niño? ¿Sí?

—¿… china?

Su voz era apenas un murmullo a través del cristal, y Erika debía aguzar el oído al máximo.

—¡Sí! A la cocina. Eso es.

Dani por fin se encaminó hacia donde su madre le decía, obediente, como siempre, a pesar del enfado y de lo cansado que debía estar. Erika casi no podía creer que hubiese logrado contener una rabieta de su hijo, algo que solía ser imposible una vez que empezaba. Aún tenía «lengua de trapo» como decía Alonso, pero lo entendía todo y, de hecho, le solía gustar que le encomendasen «misiones». Y cada vez que le decían: «Dani, cariño, ¿a que no vas a la cocina y me traes un plátano?», «Dan, ¿podrías recoger tus juguetes solito?» o «Príncipe, ¿me ayudarías a poner la mesa?», la respuesta solía ser invariablemente «sí», cuando Erika había

observado en otros niños de su edad, o incluso más mayores, mucha mayor apatía, sobre todo a la hora de recoger sus juguetes. Pero en ese momento, cuando lo vio dirigirse a la cocina subiendo y bajando los hombros por el disgusto, con su oscilante pañal bajo el pijama de la Patrulla Canina, ilusionado por el caballo que no le iba a poder dar…, Erika, de nuevo, estuvo a un paso de venirse abajo. A esas horas ya no se aguantaba ni él, y, de hecho, hacía ya un buen rato que debía estar dormido.

Dani alcanzó la cocina, estiró su manita sobre la encimera y tomó el móvil con facilidad, y, ya con él en la mano, regresó de nuevo hacia la puerta corredera.

Los pensamientos seguían entrando y saliendo de la cabeza de Erika de forma más o menos arbitraria.

«Hace unos minutos tu mayor preocupación era decidir qué película ibas a ver cuando acostases a Dani. Ahora, tu vida entera depende de que un niño que aún come potitos sea capaz de hacer una llamada por teléfono. Es más que increíble. Es demencial. ¿Qué se supone que vas a hacer si no lo consigues? Estamos en peligro, en peligro real. Es viernes. Alonso todavía tardará dos días en regresar. Su concierto es el sábado por la tarde, así que mañana también hará noche en Oviedo. Y la mañana del domingo se la pasará tocando su piano, lo sabes de sobra, pues no se salta su estudio matutino por nada del mundo. Eso significa que no volverá hasta el domingo por la tarde… por lo menos. Si esto no funciona, no sé qué vas a hacer, de verdad que no lo sé. No puedes estar dos días enteros así, eso está claro. Dani no puede estar dos días enteros así. Tienes que atenderle, darle de comer, cambiarle el pañal…, pero mejor no pienses en eso ahora, o te volverás loca. Concéntrate solo en ese teléfono».

Dani regresó a la puerta corredera y se la quedó mirando muy

serio, dejando bien claro que ya no quería jugar más.

Lo que quería era su caballo.

Y Erika, haciendo un esfuerzo extraordinario, alzó la voz todo lo que pudo y trató de explicar a Dani con las palabras más simples posibles lo que tenía que hacer:

—Lo has hecho genial, cariño, ya casi lo tenemos. Lo que tienes que hacer ahora es muy fácil: solo tienes que apretar el botón del móvil, ese grandote que está en el medio.

Dani ejecutó lo que su madre le pedía, aunque de mala gana. La pantalla se iluminó.

—¡Muy bien! Ahora un poco más difícil. Tienes que pasar tu dedito por encima de la pantalla. Como si lo acariciases. ¿Entiendes? —Gracias a Dios su móvil no requería de clave alguna, sino que se trataba únicamente de deslizar el dedo. Aun así estaba claro que aquello no iba a ser fácil—. Pero por el lado del cristal, mi niño, si no, no funciona. Así no…, le tienes que dar la vuelta. —Dani le daba la vuelta, pero lo ponía bocabajo en lugar de por el lado de la pantalla, y Erika sentía que su ansiedad aumentaba por momentos, haciéndola cada vez menos dueña de sus actos. «Se supone que esta es la parte fácil…»—. No, mi niño…, escúchame, por favor. Por el lado de la Torre Eiffel no. Por el otro lado. El del cristal. Le tienes que dar la vuelta. ¡Eso es! Bien, cariño. Ahora le tienes que dar otra vez al botón grandote de antes y lo acaricias enseguida. Al móvil le gusta mucho que lo acaricien, Dani…

Un par de veces Dani logró que la pantalla se iluminase durante un par de segundos, pero enseguida volvía a apagarse al no deslizar el dedo con la velocidad suficiente. Por si fuese poco, en una de las ocasiones en que consiguió iluminarlo Erika pudo entrever que apenas le quedaba batería, como casi siempre.

Pero es que Dani lo estaba haciendo de mala gana…, golpeando

el cristal más que acariciándolo, y era evidente que en cualquier momento se negaría a seguir intentándolo.

—No tan fuerte, Dani…, con toda la mano no, mi niño…, es pequeñito…, solo con el dedo… —Erika comenzaba a ver vidrioso a través de sus lágrimas, un prisma de Danis con el móvil en la mano, y sentía su propia voz apagándose cada vez más. Dani ya ni siquiera la oía, aunque seguía palmoteando sobre el teléfono, como un chimpancé manipulando una tablet.

—… solo con el dedito, Dani…

Y, en el preciso momento en que Erika tiraba la toalla, Dani, de un manotazo casual, desprotegió el móvil.

El éxito fue tan rotundo, tan inesperado, que, por un momento, Erika no pudo hacer nada. Se quedó literalmente petrificada mientras otro Dani, morenito y risueño, vestido únicamente con un bañador de tiburones, comparecía en el fondo de la pantalla de su teléfono.

La inyección de adrenalina que Erika recibió en ese momento la reactivó como una descarga eléctrica.

—¡¡¡ESO ES!!! ¡¡¡ESO ES, MI NIÑO!!! ¡¡¡Lo has hecho MUY BIEN!!! ¡¡¡Vas a tener un SUPERPREMIO!!! Ahora, mira, ¿ves el circulito ese verde de la pantalla? Le tienes que dar ahí con el dedito.

En realidad había tres círculos verdes en la parte baja de la pantalla del móvil: el icono de llamadas, el del WhatsApp y el de los SMS. Erika sentía el éxito al alcance de la mano, pues lo más difícil ya estaba hecho. Ahora solo era cuestión de que Dani pulsase el icono verde de llamada, luego el de rellamada y…

Pero la paciencia de Dani se terminó justo ahí. El niño dejó caer los brazos con desidia y, con ellos, también el móvil; se frotó los ojos con rabia y se puso a llorar de puro agotamiento.

—¡¡¡NO QUE-RO MÁÁÁS!!!

En los últimos minutos Erika creía haber experimentado las emociones más intensas de su vida, como si se encontrase en una disparatada montaña rusa y no pudiese hacer mucho más que agarrarse con todas sus fuerzas. Pero, de algún modo, había conseguido resistir. En cambio, cuando Dani dejó caer el móvil sobre la alfombra, sintió que finalmente perdía los papeles.

—¡NI SE TE OCURRA TIRAR EL MÓVIL ASÍ, DANI, JODER! ¡¡¡NI SE TE OCURRA TIRARLO!!!

Dani la miró con auténtico espanto, y Erika sintió que esa montaña rusa descendía en picado ante la contemplación del terror de su hijo.

«Como no consigas esto sí que vas a descender. No le estás pidiendo que atraviese el puto desierto. Es darle a un botoncito. Ya descansará después. Descansará hasta que reviente».

Por algún tipo de milagro divino el móvil había quedado desprotegido sobre la alfombra del salón y bocarriba. Pero en breves instantes volvería a bloquearse por sí solo…

Dani seguía mirándola aterrado, y el labio inferior le temblaba descontroladamente. Sin darle tiempo a reaccionar, Erika le gritó:

—¡DANI, ES MUY IMPORTANTE QUE AHORA HAGAS LO QUE TE DIGO! Ya no tienes que coger el móvil ni tampoco acariciarlo, ¿vale? ¿Ves los circulitos de color verde que hay en la pantalla? —Dani, para su infinito regocijo, por fin parecía atender a sus indicaciones con una mínima atención, y asintió con su cabecita de rizos—. Vale, pues tienes que tocar con el dedo el circulito que está ABAJO DEL TODO. Ese que tiene como una orejita de color blanco en el centro. No, ese no. Justo el de al lado. ¡Ese! Solo tienes que poner el dedito encima.

Dani señaló prudentemente el círculo que le decía su madre, sin llegar a tocarlo. Su voz era apenas un murmullo a través del cristal.

—¿Ete?

—¡Sí! ¡Ese! Justo ese. Pon tu dedito encima una sola vez.

Su hijo puso el dedo sobre el lugar indicado cuando la pantalla ya comenzaba a ensombrecerse, y, de inmediato, se abrió el listado con las últimas llamadas.

La montaña rusa ascendía de nuevo, esta vez de un modo casi incontrolable. Lo tenía. Casi lo tenía.

La primera llamada no servía. Decía simplemente «cuna» y era el de la chica con la que había contactado por Wallapop para ofrecerle la cuna de Dani y a la que había llamado por la tarde de camino al pueblo mientras Alonso, conduciendo sonriente a su lado, la llamaba «usurera» por lo bajo. La siguiente era el número de información de Vodafone al que había llamado esa misma mañana para solicitar que no saltase el buzón de voz cuando comunicaba. La tercera rezaba simplemente «Alonso», y esa era la única que importaba.

Dani seguía aguardando instrucciones con buena disposición, lo que era mucho más habitual en él. El momento crítico de cansancio había pasado, al menos por el momento. Ahora sí estaba segura de conseguirlo. Dani no tenía más que volver a pulsar en el lugar indicado, y, en cuanto Alonso descolgase, ponerse a gritar como una loca. En un par de horas como mucho Alonso se reuniría de nuevo con ellos, y todo aquello quedaría como una simple anécdota…

Sin previo aviso, la pantalla del móvil parpadeó, se tornó completamente negra —salvo por el logo de Samsung, en brillante color blanco en el centro de la pantalla— y, tras una brevísima vacilación, se apagó completamente, con apática indiferencia.

La batería. Se había agotado la batería del móvil.

Dani levantó la cabeza y la miró, intrigado, y ahora sí, y sin esperárselo ni siquiera ella misma, Erika comenzó a gritar.

Dani retrocedió de inmediato y se cayó de espaldas al tropezar con la alfombra del salón. Pero ni siquiera entonces Erika pudo dejar

de gritar, presa finalmente de un ataque de nervios.

Sobre las copas de los árboles, la brisa nocturna comenzaba a mecer suavemente Walden.

15

Dani, por fin, se había quedado dormido.

El intervalo de tiempo entre que el móvil se apagase y a Dani le venciese el sueño había sido, sin duda, el más largo y penoso de su vida. También ella se había serenado bastante, aunque aún sentía muy desconfigurado su propio cuadro emocional. Estaba muy decepcionada consigo misma, y hasta le costaba reconocerse. En el hospital siempre se había sentido orgullosa de su autocontrol y serenidad durante las situaciones de mayor tensión, pero ahora reconocía haber estado al borde del colapso nervioso, y eso sin que a Dani le hubiese pasado realmente nada. Dani no se merecía el modo en que le había tratado, y, en algún lugar de su conciencia, le había quedado una abominable impresión de vacío, casi de pérdida, como de haber ensuciado algo que, hasta entonces, se mantenía impoluto. Y también creía haber entrevisto esa misma impresión en los ojos de su hijo. Su deber, su obligación más ineludible, era la de transmitirle serenidad, confianza. En cambio, había perdido completamente los papeles. Por si fuera poco no había servido para nada, y ella se consideraba sobre todo una mujer práctica. Pero ya habría tiempo de acomodar todo eso. Ahora la prioridad era otra.

La prioridad era entrar.

Lo bueno es que tenía toda la noche por delante. No debían de

ser más de las diez o las once, y, por fin, podía pensar con cierta serenidad, algo que con Dani llamándola a gritos al otro lado de la puerta le resultaba inviable.

Le parecía imposible invertir toda la noche en ello y no dar con la solución.

Lo primero que debía hacer era evaluar la situación con objetividad «clínica». Pues, más que confundida, se sentía desorganizada, sobrepasada por la situación. Por un momento se le vino a la cabeza Paco Pantín, su profesor de Microbiología de segundo, que siempre repetía:

«Primero análisis objetivo; segundo, interpretación. Pero la clave siempre está en el repaso».

Repasaría, las veces que fuese necesario.

Tenía dos días por delante, quizá uno y medio si Alonso se decidía a regresar el domingo por la mañana, cosa poco probable. Debía hacerse a la idea de no contar con él hasta el domingo por la tarde-noche. ¿Cómo iba a estar dos días así? Imposible. El simple hecho de no poder ir a darle agua a Dani si se la pedía dentro de unos minutos le parecía inconcebible. *Tenía* que atender a Dani. Así que sentarse a esperar a que Alonso regresase quedaba del todo descartado.

Se lamentó de no ser como esas parejas que se llamaban cada quince minutos. Ellos podían estar dos días sin llamarse perfectamente, y los fines de semana en los que Alonso tenía concierto, todavía más.

Se encontraba a nueve metros del suelo, ese era otro dato bastante objetivo, ni uno más ni uno menos, y por allí no pasaba un alma, así que desgañitarse a dar voces tampoco tenía demasiado sentido.

«¿Y si encontrase el modo de bajar hasta el suelo?».

Eso quizá sí sería posible. Al fin y al cabo estaba rodeada de árboles, vías de comunicación directa con la tierra. Y no era lo mismo bajar que subir.

«¿Y de qué te serviría llegar al suelo? Seguirías sin tener las llaves. Solo que, en lugar de una puerta impidiéndote el acceso a Walden, pasarías a tener dos».

Cierto también.

Pero podría ir en busca de ayuda.

No obstante…, la sola idea de dejar solo a Dani y marcharse de allí también le parecía inconcebible. Si no le quedase más remedio, lo haría, por supuesto que lo haría. Aunque, bien pensado, ¿cómo se marcharía? Al no tener las llaves de Walden tampoco tendría acceso al cobertizo donde estaba la scooter. Ni siquiera tenía las llaves de la propia scooter. Aquella idea era absurda. Su supuesto seguro de vida le resultaba tan inaccesible como el resto de Walden. La única opción era marcharse andando. Y, teniendo en cuenta que se encontraban en lo más recóndito del Gorbeia, podría pasar horas caminando sin encontrarse con nadie.

Todo ello sin contar con que podría perderse, claro…

Erika parpadeó repetidamente, asombrada. Por primera vez desde que llevaban yendo a Walden se daba cuenta de no estar para nada segura de conocer el camino de regreso a la civilización. Siempre conducía Alonso, pues ella aprovechaba los trayectos entre Bilbao y Walden para repasar informes del hospital, para hacer llamadas o para dormir. Los viajes en cualquier medio de transporte le producían una somnolencia casi invencible desde siempre. Y solo ahora comprendía que no tenía la menor idea de hacia dónde debía caminar en caso de lograr bajar. Lo que sí sabía era que el camino de vuelta estaba lleno de recodos, de marcas inventadas por ellos, de curvas, y lo único que recordaba desde su ventana de copiloto

era ver árboles y más árboles. Si incluso el propio Alonso, el paradigma de la previsión y el método, se desorientaba a menudo, sobre todo en el trayecto de vuelta. Y el Gorbeia era inmenso, realmente inmenso. Se internaría cada vez más en el interior del bosque, se extraviaría. Podría tirarse días enteros por ahí perdida sin encontrarse con nadie. Los tres habían hecho muchas excursiones al parque y siempre les había impresionado la absoluta soledad del lugar. Lo raro, lo *excepcional*, era encontrarse allí con alguien. De hecho, que ella recordase eso solo les había sucedido una vez, cuando se encontraron con aquellos dos senderistas a los que precisamente tuvieron que ayudar porque se habían perdido.

Erika no daba crédito. ¿Cómo podían haberse desentendido así de algo tan básico, tan primordial, con un niño pequeño? ¿Cómo podían ser tan irresponsables? Pero el motivo estaba bastante claro: nunca se habían imaginado que su vida y la de su hijo pudiese depender de ello.

Era terrible, era todo terrible. Marcharse era inviable; quedarse, imposible. Tenía que entrar, realmente era la única opción, tenía que encontrar el modo de entrar.

Pero Walden había sido diseñado expresamente para ser inexpugnable.

Sus pulsaciones volvían a acelerarse, pues era consciente de no estar dando con la solución. Miró a través del cristal, en busca de cualquier idea. Allí estaba Dani, en el clásico «tan cerca y tan lejos», profundamente dormido sobre la alfombra del salón, como un perrillo.

No debía despertarle por nada del mundo.

Pensar, eso era lo único que podría sacarla de allí antes de que tan estúpido imprevisto pudiese convertirse en una experiencia traumática para ambos.

Se volvió de espaldas a la puerta corredera y comenzó a buscar a su alrededor, aunque ya era noche cerrada. Tenía que haber algo allí que pudiese usar para entrar. La terraza abarcaba todo el frontal de Walden por su lado norte, una enorme plataforma de madera, en forma de media luna, de unos treinta metros cuadrados que, a su vez, servía para dar equilibrio a la cabaña, según el ingenioso diseño de Julio. En principio, aparte de la puerta corredera, no existía ninguna otra forma de acceso al interior de la cabaña desde ese frontal. Los grandes ventanales que tanta luz natural aportaban al interior se encontraban en el lateral izquierdo, absolutamente lejos de su alcance. Pero, aunque hubiesen estado allí mismo, pensó, le habría dado lo mismo, pues estos también estaban insertos en la estructura de la cabaña y no tenían posibilidad alguna de apertura, ni siquiera desde dentro.

Walden se sostenía sobre dos inmensos abetos. El primero de ellos estaba ahí mismo, atravesando el mismo suelo de la terraza y volviendo a proyectarse hacia las alturas a través del tejado de Walden. Mientras que el segundo abeto se encontraba en el interior de la cabaña, junto al piano de cola de Alonso.

Ese segundo abeto… quizá fuese el único medio de acceso directo al interior la cabaña. El problema era que a Julio también se le había ocurrido, así que lo había aislado convenientemente con unos enormes paneles de policarbonato, desde el suelo hasta el mismo techo de Walden.

«Estáis metiendo lo mejor que hay, chavales».

Si esos paneles tuviesen algún punto débil, un resquicio cualquiera…, pero lo dudaba. Lo dudaba *mucho*. Sabía bien cómo trabajaba Julio, y sin duda se habría encargado de sellarlos a conciencia. Claro que tampoco perdería nada por asomarse ahí arriba y echar un ojo…

El mero hecho de imaginarlo ya le provocó un vacío en la boca del estómago. Pero enseguida pensó que lo más probable es que tuviese que subir a inspeccionar antes o después, aunque por el momento no tuviera ningún sentido. Era noche cerrada, y no se veía prácticamente nada, así que las posibilidades de caerse se multiplicarían por diez, por lo menos.

«Pero antes de todo eso… piensa, piensa un poco más. Tiene que haber alguna forma. ¿Alguna rendija? ¿Algún respiradero? ¿La chimenea?».

La chimenea.

Podría ser…, pero pasaba un poco lo mismo. Hasta que no subiese no podría hacerse una idea, y para eso necesitaba luz.

No le quedaba más remedio que esperar al día siguiente.

«¿Esperar hasta mañana sin hacer nada? Imposible. Antes de que amanezca tengo que tener ya perfectamente claro lo que voy a hacer, y no solo subir "a ver qué me encuentro". Tienes tiempo, joder, tienes tiempo de sobra. Tú solo piensa, piensa, piensa».

La mesa de la terraza, robusta y pesada, de madera buena y rematada en su base y en sus junturas con mucho hierro forjado. Pero apenas podía moverla sobre la terraza, cuanto menos utilizarla para cargar contra el cristal blindado. Además, aunque pudiera hacerlo, el resultado sería más que dudoso.

«… lo mejor que hay, chavales».

Las sillas, en cambio, parecían mucho más ligeras. Aunque, por eso mismo, también inútiles para cargar contra la puerta.

Junto a la puerta corredera se encontraba el armario de madera, lleno hasta los topes de juguetes de Dani, algo de leña en su balda inferior y utensilios para la chimenea. Y poco más. O nada más, mejor dicho.

Descartó su contenido y continuó revisando.

En la esquina más alejada de donde ella se encontraba, a su derecha mirando hacia el exterior, vislumbró la silueta de su venerado telescopio: un Zeiss Harpia 95 que le había costado una auténtica fortuna y que descansaba sobre su trípode bajo una gruesa funda de lona azul.

«¿Y qué demonios vas a hacer con un maldito telescopio?».

Absolutamente nada.

Desechó el telescopio y siguió adelante, sintiendo que su desesperación aumentaba un poco más a cada minuto.

«Qué voy a hacer, Dios mío… No tengo ni idea de qué voy a hacer…».

Con el sofá pasaba lo mismo que con la mesa, era grandote y pesado, pero imposible de manejar por sí misma.

«Y si pudiese hacer algún tipo de rampa con la mesa y proyectar después el sofá contra la puerta…

¿Y cómo se supone que vas a subir el sofá a esa supuesta rampa, si casi no puedes empujarlo por el suelo?».

Justo a la derecha de la puerta corredera vislumbró las dos hamacas de tela, regalo de Solange, su compañera peruana de prácticas, oscilando suavemente con la brisa nocturna. Aquellas hamacas siempre le habían parecido una auténtica maravilla, trenzadas a mano, rematadas con aquellos preciosos flecos…, pero, en su actual situación, las auténticas maravillas carentes de utilidad habían perdido todo su encanto para ella.

Y eso era más o menos todo.

Entretanto, la noche seguía avanzando.

«Una rampa… ¿Has dicho de hacer una rampa? ¿Por qué no fabricas un globo aerostático, ya que estás?

»Se te tiene que estar escapando algo…, algo básico. Las mejores soluciones siempre son las más sencillas».

Comenzaba a sentir algo de frío. Con la caída de la noche y el torbellino de emociones se había destemplado. Entonces se le ocurrió revisarse a sí misma. Llevaba puesto su pijama azul de franela, su favorito cuando estaban en Walden, con la cara de Snoopy ocupándole todo el pecho y el número 1978 debajo, que, casualmente, era su año de nacimiento.

«¿Pulseras, collares?».

Nada de nada, se lo quitaba todo en cuanto llegaba a Walden, aunque resultaba bastante ridículo imaginarse forzando aquella puerta inexpugnable con sus pendientes de plata.

En unas horas se despertaría Dani, esa era la única realidad, un niño con pañal que aún no sabía sonarse los mocos solo, y, cuando eso ocurriera, ella seguiría allí, aislada, incapaz de darle ni una sola de las muchas cosas que iba a necesitar. Tendría el pañal a reventar, de pis o de algo más, reclamaría su biberón matutino, ese que se tomaba siempre con tanto gusto; si es que no la llamaba antes para pedirle agua, claro…, y ella no podría darle nada de todo eso ni tantas otras cosas que iba a necesitar. Ni siquiera podría tocarle. Solo mirarle, eso sí, porque el sádico cósmico que la había encerrado allí se había ocupado de disponer entre ellos una puerta transparente, para no perderse detalle.

Era increíble, intolerable, pero era exactamente lo que iba a pasar si no se le ocurría algo antes.

Y eso no estaba sucediendo.

Quizá había descartado demasiado rápido la posibilidad de descender y buscar ayuda… En ese caso, ahora estaría perdiendo unas horas preciosas. Pero es que se imaginaba en tierra, caminando y caminando hasta desfallecer, internándose cada vez más en el bosque… Se le vino a la cabeza lo que les sucedía a algunos buceadores descuidados que, al profundizar en su inmersión

y dejar atrás las aguas claras, llegaban a encontrarse envueltos por la más completa oscuridad, un abismo líquido de tinieblas, para comprender, aterrorizados, que ignoraban completamente la ubicación de la superficie, pues esta podía encontrarse hacia su cabeza o hacia el lado contrario…

«Basta, no te puedes permitir también el lujo de divagar. Puede que aquí tampoco sepas dónde está la superficie, pero te vas a tener que decidir igual».

Lograr descender de algún modo y encontrar un camino, o a una persona, desde luego parecía la opción más razonable. Y quizá eso era exactamente lo que debía hacer.

El problema era…

«Que no me quiero marchar».

Exacto. No quería marcharse. Incluso dejando a un lado que no tuviese la menor idea de cómo bajar del árbol o el camino que debía tomar después, sencillamente no veía posible marcharse y dejar allí solo a Dani. El mero hecho de imaginar que Dani se despertase y comenzase a llamarla a voces y ella no estuviese allí… le resultaba demasiado insoportable. Estando allí al menos podría hablarle, acompañarle o tratar de darle instrucciones básicas. No, desde luego que marcharse no era una opción. De ningún modo.

«OK. Entonces ¿qué?».

Esperar.

Erika caminaba cada vez más deprisa sobre el suelo de la terraza, sintiendo que su angustia volvía a descontrolarse. Contempló una de las enormes vigas de madera que unían el suelo de la terraza con el tejado y cuya función, según Julio, era tan solo decorativa, y pensó histéricamente: «¿Y si las arrancase y las utilizase como ariete?». Pero enseguida pasaba a otra cosa. Sus ideas entraban y salían a toda velocidad de su cabeza sin

permanecer lo suficiente como para profundizar en ellas, y, por eso mismo, estaba segura de estar pasando muchas cosas por alto. Se encontraba en ese estado de ansiedad en el que se desea tanto hacer algo que finalmente no se hace nada, y era consciente de no estar avanzando en realidad. Todo vaguedades, pero ni una sola idea buena. Y el tiempo seguía pasando.

A su alrededor el bosque había comenzado ya su sinfonía nocturna habitual, sin que ella se hubiese dado ni siquiera cuenta de ello. Croar de ranas, ulular de búhos, y, sobre todo, el estridente canto de las chicharras. ¿Cuántas cosas no se le estarían escurriendo sobre ese maldito manto de angustia que sentía? Solo pensaba en cosas rebuscadas, y estaba segura de que, cuanto más se obcecase en encontrar la solución, más se alejaría de ella.

Volvió a alcanzar el telescopio de la esquina y, tras valorar de nuevo su inutilidad, continuó recorriendo la media luna que conformaba el balcón de Walden, acariciando con su mano la superficie irregular de la barandilla de ramas de madroño. Era noche cerrada, y ni siquiera se alcanzaba a ver el suelo, sino solo el contorno de los árboles a su alrededor. Se sentía como un astronauta en su nave, deambulando por el espacio infinito, o el navegante en mitad del océano, rodeado de abismos, y, no por primera vez, se encontró pensando en lo claustrofóbico que era realmente ese lugar.

Entonces se topó con algo en lo que no había reparado hasta entonces: el columpio.

Nunca le había gustado aquel trasto, por mucho que a Alonso le apasionase, seguro que también por eso no había caído antes en él. Un mamotreto hortera y descomunal, con forma de huevo prehistórico, pendiendo flojo desde su grotesco soporte, sujeto por una cadena.

«Una cadena».

La idea zigzagueó por un momento sobre su cabeza como una caprichosa mariposa, amenazando con desaparecer con la misma facilidad con la que había surgido, pero esta vez Erika tuvo la paciencia de esperar a que se posase. Como recompensa, obtuvo un chispazo.

Una idea.

Hasta ese momento solo había valorado la posibilidad de entrar ella. ¿Por qué no tratar de hacer justo lo contrario, sacar de allí a Dani? Dani era mucho más pequeño, eso era evidente. Si pudiese atarlo de algún modo a esa cadena…, quizá podría intentar sacarlo por el hueco de la chimenea.

«¿Y de qué te serviría reunir contigo a Dani?».

De nada. Seguirían sin poder bajar. Los dos atrapados en la terraza en lugar de ella sola.

Pero se estaba acercando a algo, y se daba cuenta.

«¿Y si le pidiese a Dani que se echase las llaves de Walden al bolsillo?».

El rostro de Erika se iluminó.

Dani llevaba puesto su pijama favorito, el de la Patrulla Canina, con su capucha de orejitas y todo. Pero no tenía bolsillos. Casi ningún pijama de niño los tenía en realidad. Pero es que ni siquiera era un pijama como tal, sino uno de esos monos de cuerpo entero, con pies incluidos, que llamaban «buzos».

¿Y si le pidiese que se echase las llaves dentro del buzo, por la abertura del cuello…?

«¿El hueco de la chimenea, Eri…? Tienes que estar de broma. Te sigue cegando el deseo de reunir a Dani contigo. Además, por ahí no entra Dani».

De inmediato, casi solapándose con aquel último pensamiento,

un nuevo chispazo, esta vez deslumbrante.

«¿Y por qué sacar a Dani, pudiendo sacar solo las llaves?».

«No podría ser más fácil. Bastaría con pedirle que pusiese las llaves en algún recipiente pequeño, una cesta o algo así. Y luego pedirle que anudase de algún modo la cadena con la cesta… ¡No! ¡Se la mandas ya atada! Le mandas la cadena con la cesta ya anudada».

Lo tenía. Ahora sí, lo tenía.

El corazón comenzó a retumbarle de nuevo en el pecho, pero esta vez de pura alegría.

Lo tenía. Estaba segura.

Bastaría un recipiente pequeño, cualquier cosa. Un trapo atado con un poco de habilidad, un pañuelo… El hueco de la chimenea era real, y la cadena también lo era. Estaba justo ahí, frente a ella. Solo había que introducirla por el hueco de la chimenea, con la cesta ya atada. Y pedirle a Dani que pusiera ahí las llaves.

Un juego de niños.

Por primera vez en muchas horas Erika sintió eclosionar en su pecho un sentimiento de verdadera alegría. Pero ni siquiera entonces se permitió disfrutarla. Había pasado demasiado miedo. Lo que sí hizo fue respirar profundo, y una impresión aún más intensa que la anterior se impuso, con maravillosa calidez. Esta vez la reconoció enseguida: alivio.

Lo había pasado realmente mal. Pero lo tenía, vaya si lo tenía.

Ahora había que subir ahí arriba para poder materializarlo.

16

No había razón alguna para precipitarse, pues tenía por delante muchas horas. Se sentía relativamente bien, y la temperatura era buena, una apacible noche de finales de junio. Pero, sobre todo, se alegraba de tener por fin algo que hacer hasta que llegase el nuevo día.

De hecho tenía bastante trabajo: en primer lugar debía extraer toda la cadena del columpio, lo que quizá no fuese tan fácil como esperaba; luego comprobar que su longitud fuese la adecuada o añadir extensiones en caso necesario.

«Las hamacas podrían valer para eso, aunque cuanto más estrecha sea la "cuerda" mejor, menos posibilidades tendrás de que se te enganche por el camino».

Finalmente tendría que unir de un modo funcional la cadena con la «cesta», que aún tenía que decidir cuál iba a ser. Y lo más difícil de todo: explicar a Dani lo que tenía que hacer. Ah, sí, y subir ahí arriba sin matarse, eso también, demasiadas variables como para que no surgiesen dificultades en el camino, así que más le valía estar preparada para todo.

Pero se sentía optimista, y algo le decía que debía aprovechar ese impulso antes de que el viento volviese a cambiar de dirección.

Lo conseguiría. Estaba segura.

¿Por dónde empezar?

«¿Qué tal por las llaves?».

Erika pegó un respingo y se acercó de inmediato a la puerta corredera para mirar a través del cristal. Como era de esperar no se veía absolutamente nada, un agujero de silenciosa oscuridad en el que, a duras penas, lograba distinguir la sombra informe de Dani sobre la alfombra. Pero se tranquilizó enseguida. Recordaba a la perfección haber dejado las llaves donde siempre, en el cenicerito de madera con forma de hoja de roble, al lado de la chimenea. Y lo recordaba porque, justo antes de cenar, Dani se había puesto pesado con que le sacase el delfín transparente del llavero para jugar con él.

¿Había vuelto a dejar el manojo de llaves en el mismo sitio?

Sí, lo había hecho.

Así que dejó de mirar y se dedicó a valorar cuál podría ser la cesta que ataría al extremo de la cuerda.

«Y qué más da, cualquier cosa, siempre que sea pequeña y maleable para que no se enganche con nada por el interior de la chimenea. Un trozo de tela valdría, una prenda cualquiera… Haces con ella un saquito, y listo. Pero tiene que estar bien hecho, para que las llaves no se salgan. Un calcetín quizá… ¡Eso es! ¡Un calcetín!».

Una nueva oleada de alegría la inundó, y esta vez Erika se dejó invadir por ella sin reservas. De pronto todo encajaba con maravillosa naturalidad: chimenea, cadena, calcetín; como un conjunto de piezas aisladas que, combinadas entre sí, daban lugar a un puzle completo. Se sentía ya dentro, esa era la verdad, y hasta se permitió sonreír al imaginar la cara que pondría Alonso cuando le contase la aventura.

«Desde luego puedes dormir tranquilo, cariño —le diría—.

Walden es inexpugnable, vaya si lo es. Tanto como esas antiguas fortalezas medievales que requerían la voluntad del monarca para poder acceder a ellas. Solo que, en este caso, el monarca no ha cumplido aún los tres años».

La idea amplió su sonrisa todavía más.

«Sacar a Dani por la chimenea… Dios, qué ocurrencia. Definitivamente debía estar trastornada. Pero un calcetín entra por cualquier sitio. Eso no puede fallar. Tienes la cadena, tienes el saquito, estás dentro. Si lograste que un niño de pañales desbloquease un móvil, conseguirás que introduzca unas simples llaves en un calcetín. Y no necesitas más. Solo tienes que tener cuidado al subir ahí arriba. Pero ahora venga, tienes que espabilar. Hay mucho que hacer».

Se palpó los calcetines para confirmar su existencia, y, ante aquel gesto involuntario, Erika sonrió por tercera vez en la oscuridad. Debía cuidarse de un exceso de euforia, pensó. No hacía ni una hora que había pasado más miedo que en el resto de su vida, y ese terror, de hecho, había debido quedar registrado en algún lugar de sí misma, para siempre. Puede que su instinto primario se hubiese desarrollado más en ese breve lapso de tiempo que desde que permaneciese durante un tiempo indefinido mirando atónita aquel predictor, con las bragas por los tobillos. Desde entonces, sus preocupaciones no habían debido ser muy diferentes a las de cualquier otra madre, ese común «tratar de hacerlo bien» que, de algún modo, las emparentaba a todas. Pero la cotidianidad del día a día, tan ausente de verdaderos peligros, relajaba su función más importante: la de la supervivencia. Y acababa de recibir un curso acelerado en la materia, vaya si lo había hecho, y más eficaz que todas las recomendaciones juntas de su pediatra.

Tampoco debía olvidar que la Erika descontrolada de hacía solo

un rato aún debía seguir por ahí…, al acecho, agazapada en cualquier lugar. Esa perturbada, cuyo solo recuerdo le infundía pavor, esa Erika desconocida e impotente, que casi había sentido odio hacia su hijo por no hacer lo que le pedía.

«Ya habrá tiempo de encajar todo eso. Ahora tu prioridad ha de ser la de no cometer ningún error más. Si lo consigues, podrás abrazar a Dani cuanto antes. Concéntrate en esa imagen».

Erika se acercó al columpio prácticamente a tientas, pues la oscuridad de la noche parecía haber alcanzado su punto álgido, y comenzó a explorarlo con sus manos, a lo alto y a lo ancho. No hacía más de cuatro o cinco meses que Alonso y ella habían montado aquel trasto allí mismo, sobre la terraza de Walden, y esperaba que no le costase demasiado esfuerzo recordar los detalles, a pesar de su patológica incompetencia en la materia. Aquel armatoste no solo era inmenso y tosco, sino también incómodo. Uno se sentaba en su interior a medias, ni tumbado ni sentado, lo que lo hacía tan fastidioso para leer como para echar una siesta. La prueba era que no lo usaban nunca, y, a cambio, ocupaba una buena porción de la terraza. Pero estaba claro que no lo habían sabido valorar con justicia, pensó. De aquel trasto iba a depender la vida de su hijo, nada menos.

El «huevo» en sí, el asiento, le resultaba del todo inútil. Pero justo encima del huevo se encontraba la cadena del columpio, y hacia allí debía dirigir toda su atención.

Recorrió con sus dedos su soporte en forma de grúa, áspero y sinuoso, en forma de signo de interrogación, y, estirando los brazos tanto como pudo, lo inclinó con cuidado sobre un lateral, tratando de no hacer el menor ruido. A pesar de su tamaño resultaba sorprendentemente ligero, al estar construido con mimbre y aluminio. Volvió a dejar el columpio de pie y continuó descendiendo

por el cuerpo del soporte hasta que su mano derecha se topó con la manivela, encargada de subir o bajar el huevo a gusto del usuario, otra función cuya utilidad tampoco había logrado comprender nunca.

Entonces le asaltó un pensamiento terrible:

«¿Y cómo voy a sacar la cadena del columpio si no tengo herramientas?».

La caja de herramientas de Alonso estaba en el cobertizo, por supuesto, lo que para ella suponía lo mismo que si se encontrase en la misma luna. Pero enseguida recordó que aquel trasto no las necesitaba, y hasta se apareció en su imaginación el pintoresco vendedor del Leroy Merlín que les endosó el mamotreto, un tipo alto y encorvado, que al hablar miraba alternativamente a un ojo y al otro a una velocidad desconcertante.

«Estos chismes son todos "autosuficientes". Solo necesitáis espacio, eso sí. Hay que unir los tubos entre sí hasta que hagan clic, manteniendo siempre la cadena en el interior de ellos. Y ya está. No os llevará ni quince minutos. Pero, si lo hacéis entre dos, mejor».

Ese nuevo sobresalto volvió a recordarle que tenía que espabilar. Aún no había hecho nada, nada de nada, y lo que tenía por delante no parecía sencillo.

Accionó la manivela en su dirección, esforzándose de nuevo en hacer el menor ruido posible. Sería terrible despertar ahora a Dani y que comenzase a llamarla a gritos en mitad de la noche. La manivela extraía la cadena del soporte poco a poco, y el huevo comenzó a descender con lentitud, hasta quedar oscilando suavemente a unos veinte centímetros del suelo, el límite de su recorrido. Erika miró hacia arriba tratando de calcular la longitud de la cadena con la que podría contar, aunque apenas lograba distinguir el extremo del columpio en la oscuridad. Dos metros largos, dos y medio quizá… contando con la cadena que pudiese quedar en el interior del

soporte; menos, en cualquier caso, de lo que necesitaba. Incluso alargando el brazo todo lo que le permitiese la boca de la chimenea, requeriría al menos metro y medio más de cuerda.

«Parece que sí que tendrás que echar mano de esas hamacas al final».

Por lo visto sí, pero con una sola bastaría. Uniría la hamaca con la cadena del columpio, para prolongar la longitud de su cuerda, y luego se quedaría ella con el extremo de tela. De esa forma lo único que recorrería el interior de la chimenea sería la cadena de metal, lo que además facilitaría su descenso debido a su propio peso.

«Perfecto».

Pues ya tenía algo más que hacer: desanudar una de las hamacas de su soporte.

Dejó el columpio donde estaba y se aproximó de nuevo a la esquina más cercana a la puerta corredera, a su derecha, donde reposaban las dos hamacas. Estaban anudadas a dos gruesas argollas negras que, a su vez, parecían soldadas a un soporte de metal clavado a la pared de Walden. Las hamacas partían en paralelo desde sus argollas hacia el bosque, separándose entre sí a medida que avanzaban: la de Alonso —pintada a mano con gruesas rayas verdes y rojas que ahora apenas se adivinaban— terminaba apuntando al garaje de madroños de Walden, sobre la barandilla de la terraza, mientras que la suya —rayas azules y amarillas— concluía sobre uno de los postes que unían el suelo de la terraza de Walden con su tejado. El tramo de cuerda que las ataba a su argolla tendría unos treinta centímetros en cada extremo y también podría serle de utilidad, aunque sus nudos parecían realmente fuertes.

Comenzó por la hamaca de Alonso, cuyo primer nudo le pareció al tacto un poco más accesible que los otros tres, pero le supuso auténticos esfuerzos conseguir aflojarlo mínimamente. Tras un buen

rato de forcejeos y tirones cada vez más desesperados, por fin, consiguió desatarla de su argolla. Dejó el extremo de la hamaca con cuidado sobre el suelo de la terraza y trató de hacer lo mismo con el nudo del otro lado, pero le resultó sencillamente inabordable, incluso ayudándose de los dientes. Entonces probó con su propia hamaca, pero el resultado resultó todavía más frustrante que con la de Alonso.

Estaba segura de que solo con la cadena no bastaría, así que regresó de nuevo a la primera, sintiendo que la ansiedad volvía a corroerla por dentro. Se rompió dos uñas, se rasgó las encías hasta hacerlas sangrar, pero, al fin, logró liberar del todo la hamaca de Alonso de su soporte.

Entonces se sentó allí mismo con ella, se recostó contra la pared y comenzó a enrollarla tratando de hacer algo parecido a un tubo de lona. Pensó que, al tratarse del extremo que sostendría ella, en principio no penetraría demasiado en la propia chimenea, pero podría ser importante que ese extremo tuviese cierta consistencia para «empujar» la cadena en caso de necesidad, por si se quedaba trabada en su recorrido debido al hollín, por ejemplo.

Enrolló varias veces la hamaca sobre sí misma hasta conseguir darle la forma cilíndrica deseada, colocó la rodilla sobre ella y la anudó utilizando los preciosos flecos que la adornaban, no sin sentir cierta lástima por maltratarla de aquella manera.

Arrinconó su «tubo» junto a la puerta corredera y se dispuso a desatar la otra hamaca del modo que fuese, pues de pronto le parecía que una sola sería insuficiente.

El problema era lo cansada que estaba. Y la sed que tenía. Ocho de cada diez noches que pasaban en Walden cenaba ensalada. Ensalada de pasta, ensalada mixta, ensalada César… Pero esa noche no. Justo esa noche tenían que haber cenado una estúpida pizza,

cogida a última hora en el Eroski mientras se decía a sí misma que por ese día ya no haría absolutamente nada. Menos mal que Dani había apurado su vaso de agua durante la cena.

«Así tendrá el pañal cuando se despierte…».

Ahora no debía pensar en eso. Ni tampoco en la sed que tenía. Ya bebería después, bebería hasta hartarse.

«Es psicosomático, Eri, y lo sabes. Tienes sed porque no puedes acceder al agua, así de sencillo. Así que concéntrate en el verdadero problema».

Con la segunda hamaca tardó mucho más, pues su sopor iba en aumento. Se sentía mentalmente extenuada, como le pasaba siempre tras una gran emoción o una prolongada discusión, y esa tarde había tenido de ambas cosas en dosis más que generosas. También percibía, con vaga preocupación, que, desde que había dado con la supuesta solución, su ánimo se había relajado mucho, y su cuerpo le pasaba ahora factura por las emociones vividas.

Sus dedos seguían trabajando en la oscuridad, palpando, presionando, tratando de aflojar mínimamente…, pero los ojos se le cerraban solos.

Quizá rendiría mejor si descansaba un poco. Además, se lo había ganado.

Un instante después despertaba sobresaltada, sintiendo el pelo incómodamente húmedo y el bullicio de los pájaros sobre su cabeza.

Principiaba a amanecer.

17

¡Se había quedado dormida!

Erika sintió tal descarga de adrenalina que todas sus extremidades se expandieron al mismo tiempo, como un resorte.

«Joderjoderjoder…».

Le parecía del todo imposible que hubiese pasado ya toda la noche, pero así era.

Se precipitó sobre el columpio, aún muy desorientada, y a medio camino se arrepintió y regresó de nuevo hacia la puerta corredera.

Dani seguía dormido, prácticamente en la misma posición del día anterior, solo que ahora le podía ver a la perfección.

En ese preciso momento decidió que la segunda hamaca podía esperar. Tenía que subir cuanto antes. Dani se despertaría en cualquier momento, y aún ni siquiera había extraído la cadena del columpio.

«Cómo he podido ser tan estúpida. En cuanto se despierte me reclamará, y se suponía que debía tenerlo todo resuelto para entonces. Corre, no te lamentes, acelera, acelera todo lo que puedas».

Erika tardó menos de un minuto en separar el huevo de su soporte, extremando sus precauciones para no hacer ruido. Era tan ligero que ni siquiera necesitó tumbar el columpio sobre el suelo

como pensaba hacer, sino que simplemente lo alzó a pulso con ambas manos y, con una mezcla de suerte y habilidad, logró desengancharlo del muelle que lo unía con su soporte en pocos instantes.

Dejó el huevo sobre el suelo, junto a la barandilla de la terraza, y se dispuso a abordar el soporte.

Su estructura se componía de tres gruesos tubos unidos entre sí mediante un sistema que Erika conocía bien y que asociaba inconscientemente a los asientos de las bicicletas antiguas o los carritos de la compra: unos diminutos botoncitos de metal, accionados por un muelle, que se introducían en los pequeños agujeros del tubo.

Volvió a accionar la manivela del soporte en su dirección para asegurarse de haber extraído todo su contenido, tomó la cadena en sus brazos como si se tratase de una culebra metálica y, ahora sí, tumbó el columpio sobre su lateral para poder maniobrar mejor.

Aunque todavía se notaba bastante aturdida, sentía que se iba centrando poco a poco. Quizá ese sueñecito no le había venido mal después de todo. Además, ya tenía mucho avanzado. Recordó el tiempo que le llevó desanudar la hamaca y se alegró de haberlo hecho antes de quedarse dormida, pues ahora no tendría tanta paciencia. Estaba helada, eso sí. Tenía las manos entumecidas y la ropa húmeda le incomodaba, pero casi que se alegraba de ello. El frío contribuiría a espabilarla del todo.

Comenzó por el primero de los tubos, el más alto de los tres con forma de U invertida, presionando el botoncito de metal y deslizando suavemente. Era el tramo más difícil debido a su curvatura y tardó un buen rato en realizar esa simple operación en su afán por no hacer ruido, pues el roce del metal contra el tubo le parecía estrepitoso. A continuación procedió del mismo modo con el

segundo tubo y luego con el tercero, hasta lograr liberar la cadena casi del todo, que ya solo permanecía unida con el pie de su soporte y su manivela.

El conjunto esparcido sobre el entarimado parecía una especie de caña de pescar primitiva. Separó las carcasas del tambor de la manivela con facilidad, dejando al descubierto el rudimentario sistema que accionaba la cadena y que, por cierto, era idéntico al que unía su otro extremo con el huevo, solo que en pequeña escala: un muelle con ganchos en sus extremos, que hacía de unión entre ambos.

No tuvo más que desengancharlo y separar la cadena de la manivela. Un instante después, ya tenía la cadena completa en su poder.

Ante el éxito de la operación que presuponía más complicada, Erika volvió a experimentar una cálida oleada de euforia. Pero esta vez, en lugar de confiarse, lo que hizo fue acudir a la puerta corredera a echar un nuevo vistazo. Dani seguía exactamente igual, en el mismo sitio y en la misma postura, lo que, por primera vez, la inquietó un poco. Quizá estaba un poco más encogido, un poco más encorvado…

«¿Tendrá frío?».

Lo dudaba. Dani era más bien caluroso, y en el interior de la cabaña la temperatura solía ser agradable a esas horas. No era el momento de buscar fantasmas. Estaba resultando más sencillo de lo que había imaginado, y ahora, a la luz del día, le seguía pareciendo que el plan, en su conjunto, no podía fallar. Se sentía bastante bien, serena y despejada, y casi había terminado con los preparativos. La algarabía del bosque, a su alrededor, la animaba como un público entregado, y Erika comprendió que su simpatía hacia el columpio también había variado mucho desde la jornada anterior. Aquel trasto

era su aliado en realidad, un gigante torpón pero de buen corazón, y casi sintió un poco de lástima de verlo así, desparramado por el suelo.

Entonces recordó lo que venía ahora y, de pronto, su montaña rusa interior se precipitó hasta alcanzar una velocidad vertiginosa, intolerable.

«No, amiga, no. Esto aún no ha terminado. De hecho lo realmente divertido está a punto de empezar. Es la actividad estrella del parque, ¿no lo sabías?: consiste en subir ahí arriba sin matarte».

Ante la inminencia del momento, Erika sintió cómo el estómago le ascendía bruscamente, como si de verdad se encontrase en una trepidante atracción de la feria. Dejó la cadena donde estaba y se incorporó con lentitud, sintiendo ya un incipiente vértigo. Con la luz del día todo parecía muy diferente, como pasaba siempre, pero esta vez no era para mejor. Se alejó de la puerta corredera hasta alcanzar la barandilla de Walden y, al contemplar la altura a la que se encontraba, le pareció sencillamente absurda la mera idea de trepar a ningún sitio.

El barco en mitad del océano volvía a ser lo que en verdad era: una casita incongruentemente ubicada en la copa de un árbol, a nueve metros de altura.

«Es una locura».

Por un momento se sintió tan sobrepasada que barajó dejar todo como estaba, encogerse sobre sí misma y aguardar a que regresase Alonso.

Luego recordó a Dani… tambaleándose como un borrachito mientras se dirigía hacia la mesa de la cocina, con los hombros del pijama convulsionando arriba y abajo por el disgusto, y, sencillamente, supo que lo haría. Y si tuviese que precipitarse desde esos nueve metros por ahorrarle un solo día de angustia también lo

haría. Porque aquello no tenía nada que ver con el sentido común en realidad, sino con un instinto que escapaba completamente de su control.

Al darse cuenta de ello, se sintió mucho más tranquila, casi en paz.

Decidió ponerse en marcha cuanto antes. Desde la barandilla, trató de contemplar el conjunto de su peculiar vivienda con cierta perspectiva, y le pareció que lo hacía por primera vez. El tejado de Walden cubría buena parte de la terraza, con su forma tradicional en forma de flecha que apuntaba al cielo. Pero, por más que miraba arriba y abajo, no encontraba la forma de abordarlo desde ese frontal. En sus extremos, en cambio, allí donde los vértices remataban la forma de media luna de la terraza, el tejado parecía algo más accesible, a pesar del ligero retroceso que supondrían esos treinta o cuarenta centímetros respecto a las paredes de Walden.

Sí…, no había duda. Ese era el lugar por el que debía ascender. Podría aprovechar, además, la barandilla y hasta la propia pared de Walden para apoyarse y alzarse sobre el tejado. Incluso las argollas de las hamacas le podrían servir de puntos de apoyo.

Decidida a no perder ni un minuto más, Erika tomó una de las sillas de la terraza y se aproximó como una autómata al vértice derecho de la media luna, allí donde, hasta hacía solo unas horas, reposaban las dos hamacas en lugar de solo una. Se aferró a la barandilla, obligándose en todo momento a no pensar en nada, pero el simple gesto de mirar hacia arriba tuvo la virtud de provocarle una aleteante estampida de pájaros en el estómago.

Con férrea disciplina, forzó a su pie derecho a alzarse sobre la silla y le pareció que se trataba de una extremidad completamente ajena a ella, ortopédica.

«Pero… ¿qué estás haciendo…? ¿Subir ahora mismo? No llevas la

cadena contigo ni la has atado al saquito… ni le has explicado nada a Dani».

Erika volvió a retirar aquella pierna de palo de la silla y se aproximó de nuevo a la puerta corredera, temblando de arriba abajo. Y miró a través del cristal.

Dani no estaba.

Se quedó petrificada.

Pero un instante después, por puro acto reflejo, se precipitó contra el cristal olvidándose por completo de su existencia y estrellándose contra él con terrible violencia. Le pareció como si una bomba hubiese estallado en el interior de su cabeza, seguido de un fuerte olor a rancio, como de frutos secos pasados. Y aún tuvo tiempo de enfadarse consigo misma al pensar que aquel estruendo, sin duda, habría despertado a Dani.

Después todo se puso negro.

18

«Queda-quédate tu bicicleeeta…».

No…, no era así.

«Deja-déjame tu bicicleta, óyeme y déjame tu bicicleeeta…».

Tampoco.

… tum, tum, tum…

Dios…, cómo le dolía la cabeza…

«Sube-súbete a tu bicicleeta…».

… tum, tum, tum, tum…

Esos golpes, o pálpitos más bien, ahogados, urgentes, parecían cuñas que se abriesen paso hasta ella a través de las aguas agradables que la envolvían, introduciéndose, a la fuerza, entre las rendijas de su cabeza. Quería reaccionar a ellos, evitarlos de algún modo, pero algo le decía que era mejor ignorarlos, mejor pensar en cosas más importantes. Por ejemplo, en recordar la letra de aquella estúpida canción.

«¿Lleva-llévate tu bicicleta…?».

… tum, tum, tum…, máááá…

Cada pálpito tiraba un poco más de ella inevitablemente, hacia la superficie, hacia esa sábana brillante que tanto se asemejaba a una mortaja.

¿Qué le aguardaba allí arriba? No tenía ni idea.

Pero seguía ascendiendo, ascendiendo… hasta que las tibias aguas se fueron haciendo cada vez más claras, y también más frías.

«¿Dónde estoy?».

«Estás en Walden».

«Y necesitas ayuda».

«Estás… atrapada. Y Dani también».

El nombre de su hijo rasgó definitivamente la superficie de aquel onírico mar con la pulcritud de un escalpelo, como en esas pesadillas en las que uno se despierta casi indignado ante la magnitud de un detalle que luego resulta insignificante.

Estaba despierta, sí, pero le resultaba imposible abrir los ojos.

Aquella luz blanca era el problema, la sábana rutilante. Le parecía que, si se forzaba a abrir los ojos, los calcinaría ante la intensidad de esa luz. Así que optó por no hacer nada por el momento. Permaneció sencillamente inmóvil, con la peregrina esperanza de que aquella absurda situación se resolviese por sí sola.

—¡Ma-máá!

Pero la voz de Dani la angustiaba cada vez más, y volvía a disparar sus pulsaciones, que se concentraban ahora en un lugar muy concreto: su frente. Era como si cada bombeo de su corazón se atorase al pasar justo por ahí, como si alguien estuviese pisando su manguera interna precisamente en ese tramo, provocándole un dolor pulsante y angustioso.

Aunque no podía ver, al parecer sí podía moverse. Así que se atrevió a adelantar su mano derecha hacia el doblez de la manguera, lentamente, temiendo con toda el alma lo que se pudiese encontrar allí.

Lo que al final palparon sus dedos no fue tan malo. Fue peor.

Un desnivel picudo, un escalón grotesco de carne, hueso y pelo deformaba el inicio de su cuero cabelludo hasta hacerlo irreconocible

al tacto, sobre el ángulo izquierdo de su cabeza. Una depresión palpitante, chillona, grosera…, como si le hubiesen aplicado sobre la frente una de aquellas prensas que usaba Julio y se la hubiesen apretado sin piedad, hasta que el cráneo había cedido.

Erika comenzó a gemir, y la doblez le devolvió un latido feroz a cambio.

Retiró la mano de la frente y sintió que sus dedos se trababan entre sí, pegajosos.

«Joder…, ahora sí tengo un problema».

El pánico estaba otra vez allí, implacable, inmanejable, una especie de vértigo en la boca del estómago y en la mente, como en esos sueños en los que una se precipitaba al vacío, pero sin despertar; como si unas manos invisibles le agitasen la cabeza violentamente, a un lado y a otro.

Al mismo tiempo, los golpes y las voces de Dani volvían a ser tan angustiosos como en la jornada anterior, todos los demonios desatados al mismo tiempo.

… TUM, TUM, TUM… MA-MÁÁÁÁÁÁ…

«Esta agonía no va a terminar nunca. Se prolongará indefinidamente hasta que reviente, o hasta que me tire por la terraza».

El cruel trinomio —voces-pulsación-frente— parecía conectado entre sí de algún modo, y con cada nueva vuelta Erika sentía como si recibiese una inyección de adrenalina. En cambio, seguía sin poder ver, y su ansiedad no hacía más que aumentar. Además ignoraba el tiempo que llevaba inconsciente, aunque empezaba a sospechar que bastante, a tenor de la laxitud que sentía en las extremidades. Trató de apretar los puños y los sintió sin fuerza, impotentes.

Tenía que moverse, tenía que activarse del modo que fuera, pero era sencillamente incapaz de abrir los ojos.

«¿Y si me he quedado ciega?».

A veces pasaba, por eso los golpes en la cabeza eran tan peligrosos. ¿Cómo se llamaba aquel paciente? Benavente. Como su primer jefe. Carlos Benavente. Sordomudo de nacimiento, portero semiprofesional de fútbol… Buen chico, muy humilde. Entró inconsciente a la UCI tras golpearse la cabeza contra el poste de la portería, y por mucho empeño que puso el cirujano fue imposible devolverle la vista, adquiriendo desde entonces la inusual condición de sordomudociego…

«Basta, Eri. Nada de divagaciones. Dani te necesita. Dani te necesita siempre».

Como si se hubiese sentido aludido al pensar en él, la puerta volvió a retumbar a su lado, esta vez con desconcertante cercanía.

… ¡¡¡TUM, TUM, TUM!!!…

«Ayuda…, necesito ayuda…».

De las incontables palizas que su padre le había propinado a su madre hubo una que se le quedó grabada para siempre, en la cual su madre había rodado literalmente por el suelo —«con el cuello flojo, igual que una gallina»— sin emitir un solo quejido, en su más genuino estilo habitual, golpeándose finalmente la cabeza contra una de las vastas losas de formica de la cocina. Su madre era más dura que el granito, y se recuperó de aquello con relativa rapidez, pero Erika ya nunca olvidaría el ruido que hizo su cabeza al golpear contra el suelo. Un espantoso «croook», sordo pero sustancioso, como si alguien fracturase el caparazón de una tortuga de un martillazo.

Ese era exactamente el sonido que había oído dentro de su cabeza justo antes de perder el conocimiento.

«Fractura de cráneo, mi niña, ese es su nombre técnico. Y sus consecuencias son imprevisibles, como ya sabes, siendo una de las

más frecuentes precisamente la ceguera…».

«Por favor…».

Tenía que abrir los ojos, tenía que abrirlos del modo que fuera.

Lo intentó de nuevo, poco a poco esta vez, con idéntico resultado. Pero es que no se trataba de una cuestión de voluntad, sino que más bien parecía como si hubiese extraviado los controles que conectaban su cabeza con sus párpados, su itinerario neuronal.

Probó otra vez, y otra más, y otra. Hasta que, por fin, al cabo de muchos penosos intentos, un haz de luz, tenue, pero inconfundible, se filtró entre sus párpados abotagados, obligándola a entrecerrarlos enseguida de nuevo.

«Gracias a Dios…, gracias…, GRACIAS».

Un instante después probó de nuevo, tratando de no «enfriarse», y, aunque no logró ampliar la esperanzadora rendija, esta tampoco se redujo. La impresión no podía ser más opresiva. Era como si tuviese la cabeza en el interior de una bombilla y una escafandra puesta al mismo tiempo, demasiado ceñida a la altura de la frente. Siguió intentándolo una y otra vez, y poco a poco, siempre poco a poco, la rendija de luz se fue haciendo cada vez más reveladora. Con cada nuevo intento se obligaba a soportar la hiriente intensidad de la luz durante más tiempo, igual que cuando le pedía a sus pacientes que aguantaran un poco más el dolor, o cuando dio a luz a Dani y su matrona le instaba a resistir un poco más. Y, gradualmente, como siempre pasaba, su tolerancia se fue haciendo mayor, aunque sin permitirle abrir todavía los ojos del todo.

Entretanto, los golpes y las voces de Dani habían cesado por completo, lo que la inquietaba mucho más.

Su mano regresaba constantemente al escalón de su frente, como si no terminase de dar crédito.

«Ya sabes dónde se te quedará atascado el cepillo a partir de

ahora».

El caso era… que no se sentía mal del todo, aunque incluso a ella misma le resultase incomprensible.

«Cuando estoy débil es cuando estoy fuerte».

«¿De dónde era eso?».

«Concéntrate, Eri. Hazlo por mí y encontrarás la fuerza para salir de esta. ¿Crees que serás capaz?».

—Sí…, seré capaz —se respondió a sí misma en voz alta. Y, aunque su propia voz le sonó forzada y ajena, la reafirmó todavía más en aquella insólita impresión: no se encontraba tan mal como creía.

Forzó todavía un poco más, y la sábana rutilante se fue transformando en algo reconocible gradualmente

(«el techo…, es el techo de la terraza…»)

y blanquecino en sus extremos, como una fotografía sobreexpuesta.

«Así es como debe sentirse un recién nacido».

En efecto, debía de ser tarde, incluso cabía la posibilidad de que fuese *bastante tarde*. El sol estaba ya muy alto, y la sensación era la de que el mediodía hubiese quedado atrás hacía ya un buen rato.

«Imposible…».

Desde luego se sentía como si llevase varias semanas convaleciente.

Aguardó aún un poco más mientras su objetivo visual interno terminaba de enfocarse y optimizar sus parámetros de luz y de color, apoyó la mano derecha al lado de su cuerpo con la idea de tratar de incorporarse, pero, al sentirla húmeda y tibia, la retiró de inmediato.

«Si esto es mi propia sangre…, entonces sí estoy jodida, por muy bien que me encuentre».

Buscó a tientas cualquier otro lugar que estuviera seco mientras

sus ojos terminaban de adaptarse a su radiante realidad, hasta que finalmente lo encontró. Tomó aire profundamente, se concentró e intentó incorporarse por segunda vez, pero a medio camino sintió tantas náuseas que tuvo que regresar otra vez a la misma posición.

«No estás tan mal, y lo sabes… Cuando estás débil es cuando estás fuerte… No estás tan mal, Eri».

«Salvo que sea la clásica euforia del accidentado, claro…».

Sin dejarse pensar a sí misma, Erika se impulsó de nuevo con todo su cuerpo, ayudándose esta vez también con la cabeza, y, de algún modo, consiguió quedarse más o menos sentada sobre el suelo de la terraza, frente a la puerta corredera.

Y allí estaba Dani.

Tenía la cabecita apoyada contra el cristal, con infinita desidia, las manos colgando a los lados… y el pijama de la Patrulla Canina completamente empapado.

El ánimo de Erika descendió a las catacumbas.

Resultaba bastante evidente que el pañal se había desbordado. Igualmente, Dani se encendió como una bombilla nada más verla, y aquello fue lo que más la entristeció de todo. Estaba despeinadito, como lo estaba siempre cuando se acababa de despertar, con los finos ricillos ensortijados como un nido, y en ese momento Erika hubiese dado media vida por poder abrazarlo.

Después dirigió su vista a su lado y, en parte, lo que sintió fue alivio, aunque desde luego tampoco era la mejor señal: la viscosa sustancia sobre la que había apoyado su mano no era sangre, sino vómito.

Había vomitado, pero no lo recordaba.

«Lleva-llévame…, sí, por favor, llévame donde sea».

Dani le estaba diciendo algo, pero ella no quería oírle. Ella solo quería irse en su bicicleta.

«Otra vez no, por favor. De verdad que no puedo empezar otra vez con esto».

—… á… pa…

Convencida de que el globo palpitante de su cabeza estallaría en cualquier momento y desparramaría todo su contenido sobre la terraza, Erika trató de forzar la voz y logró preguntarle:

—¿Qué…, mi niño…?

—¿… amá pupa…?

Le señalaba la frente. Claro. Ni siquiera se le había ocurrido taparse la herida. En el mundo normal, ese en el que una abría la puerta y se reunía con su hijo para darle el desayuno, cada vez que se había hecho el más mínimo corte se lo había ocultado, para no asustarlo. En cambio ahora Dani debía estar contemplando la viva imagen de Frankenstein ensangrentado, y ella ni siquiera había caído en ello. Pero ya daba igual. Ya daba todo igual. Ya irían al psicólogo los dos. Después de ir al neurocirujano, claro.

En realidad su objetivo no había cambiado lo más mínimo: subir al tejado de Walden.

Porque aún tenía que subir.

En algún lejano lugar, la Erika prudente y recalcitrante, tan henchida de sentido común como siempre, volvía a insistir en que aquello era una locura y que la única alternativa lógica y razonable, la única alternativa *madura* no era otra que la de aguardar a que Alonso regresase y no jugarse el tipo por los tejados. Pero ahora todavía mucho más, con un traumatismo cuyas consecuencias ni siquiera podía conocer. Pero, de pronto, sentía que surgía otra Erika, una Erika a la que comenzaba a darle todo igual, subversiva, rebelde, que no solo no estaba de acuerdo con la frígida, sino que además le resultaba bastante repelente.

Esa Erika se indignaba ante la mera idea de permanecer un

minuto más sin hacer nada.

Hasta aquel estúpido golpe, ella tenía un plan. Era un buen plan, recordaba todos sus detalles y le seguía pareciendo que no podía fallar. Y lo único que se interponía entre su plan y ella era su propio miedo. Ya estaba casi todo hecho, y le había supuesto un enorme esfuerzo. Lo único que tenía que hacer ahora era subir de una vez, tomar las llaves y entrar a su casa. No, claro que no iba a dejar a Dani empapado, sin agua y sin comida hasta el día siguiente.

La nueva Erika se incorporó, o más bien se irguió, fortalecida por esa nueva oleada de determinación, y, mirando fijamente a Dani, alzó la voz tanto que se sorprendió incluso a sí misma:

—Escúchame, Dani, escúchame bien. Tienes que hacer una cosa más por mí. Tienes que ir allí, a la mesita de la entrada, y coger las llaves del delfín. Solo eso. Si lo haces bien, mamá podrá entrar y curarse la pupa. ¿Lo entiendes? Y también podré darte tu biberón…

Nada más decirlo se dio cuenta del error, pero ya era tarde. Le había traicionado el subconsciente. Hasta ese momento Dani la estaba escuchando con expectante atención, ya fuese porque finalmente había comprendido que tenían un verdadero problema o porque, de algún modo, percibía esa nueva aura de autoridad de su madre, nacida de la desesperación en realidad. Pero, al escuchar la palabra «biberón», el rostro de Dani se contrajo y, sin dejarla terminar, comenzó a gritar contra el cristal como el niño que de hecho era:

—¡NOOO! Berón ¡YAAA!

La prensa hidráulica de su cabeza dio una vuelta más, algo que un minuto antes Erika no hubiese creído posible, y, durante unos abominables instantes, estuvo convencida de que vomitaría de nuevo, pero logró controlarse.

—Por favor, Dani… —Erika se sentía a punto de comenzar a llorar

a su vez. Si Dani no cogía las llaves, ella no podría hacer nada. Su voz volvía a convertirse en un susurro inaudible, como en una pesadilla recurrente, y no era capaz de hacer nada por evitarlo. Nada.

«Lo único que quiere es su biberón. Pero yo no se lo puedo dar, sencillamente. Igual que con lo del caballo».

—Hazlo por mí, cariño… Necesito que ahora hagas esto por mí…

La frígida aprovechó la coyuntura para arremeter de nuevo:

«¿Por qué te empeñas en pasar por esto? No tiene sentido. Has hecho todo lo que estaba en tu mano, no puedes reprocharte nada. Lo que sí puedes hacer es matarte intentándolo. Entonces ¿de qué te serviría? No solo dejarías solo a Dani un rato más, le dejarías sin madre. Es mejor esperar, no hacer nada. Hacerle compañía, solo eso».

Su mirada descendió de nuevo al buzo empapado de Dani… y sintió que una rabia irracional la invadía.

«No es justo».

«Cuando estoy débil es cuando estoy fuerte».

Sintió llegar una nueva náusea, pero esta vez la arrinconó sin miramientos.

Su cuerpo respondería, por el sencillo motivo de que no consentiría ninguna otra cosa.

Y, por primera vez en su vida, Erika dio la espalda a su hijo y se dispuso a ejecutar la última parte de su plan.

19

«Qué poderosa es la mente humana, y qué poco se ha estudiado su influencia sobre el cuerpo físico en realidad, a pesar de las evidencias. Hay pacientes que mejoran de un día para otro de un modo inexplicable ante una buena noticia, ante una promesa sin cumplir, ante un hijo al que no se piensa dejar solo; ante un estímulo poderoso, en definitiva, como si nuestra naturaleza fuese capaz de decidir cuándo abandonar este mundo, al menos en ciertos casos, y redefinir su propio itinerario más allá de razonamientos lógicos o evaluaciones ajenas. Metástasis que remiten de un modo incomprensible, desconcertando a sus oncólogos, pacientes a los que se "desenchufa" y, sin embargo, terminan saliendo adelante… Y al revés, al revés también sucede, siendo la más común encontrar personas sanas que enferman hasta morir ante la pérdida de un ser querido. Una vez leí acerca de un paciente diagnosticado con un cáncer terminal que se recuperó milagrosamente al conocer que había ganado el Euromillón. Cuando la lógica se agota comienza la especulación interna de cada uno, que es inescrutable. Esa especulación tiene fuerza…, tiene una fuerza asombrosa. Todos esos pacientes que se niegan a aceptar las evidencias y que, en cambio, terminan "ganando" están ahí, existen, y quizá tengan mucho que enseñarnos. Sin hablar de los curanderos, acupunturistas o

iluminatis de todo tipo. Y no hay un solo paradigma científico que sea capaz de explicar esto, ni uno solo. Para "el gran público", como diría Alonso, no hay medias tintas: lo que no pertenece al mundo de la ciencia lo hace al de lo milagroso, y quizá sea en esa simpleza donde radica su fuerza. Al fin y al cabo, lo que nosotros llamamos "regresiones espontáneas" ellos lo llaman "curaciones milagrosas", otra palabreja más. Pero es que funciona, incomprensiblemente funciona, al menos en un elevado número de casos. Y, por más que la ciencia continúe destruyendo "milagros" cada día —las cifras están ahí, la religión y las supersticiones han destruido más vidas a lo largo de la historia que el cáncer y la guerra juntos—, eso no quita que siga habiendo demasiados casos inexplicables por resolver. Los pacientes imponen sus reglas, por mucho que los médicos meneemos la cabeza a un lado y a otro con condescendencia.

»¿Acaso no tienen los enfermos de cáncer su propio santo, san Ezequiel Moreno, decorando sus habitaciones cuando reciben terapia? Muchos se aferran a esa fe con una intensidad que asusta, y dan lugar a una incontestable evidencia científica, por cierto: la fe y la sugestión son capaces de sanar el cuerpo físico.

»Qué poco se ha estudiado todo esto con cifras reales, estadísticas, curvas exponenciales…, todos esos casos se archivan sin más, y nadie parece tener nunca tiempo, ni interés, para investigar un poco más sobre ello.

Si salgo de esta, quizá pueda hacerlo yo misma».

Había decidido que primero resolvería su parte y dejaría el papel de Dani para el último momento. Aún tenía que unir el calcetín con la cuerda y terminar de preparar bien todo el material, lo que todavía podría llevarle un buen rato, y le parecía mejor invertir ese tiempo ahí abajo, acompañando a Dani, que haciéndole esperar indefinidamente junto a la chimenea. Su cabeza volvía a funcionar

con cierta fluidez y se alegraba por ello, pero también se sentía bastante incapaz de dejar de divagar.

«Aquí te tienes a ti misma, con tu carrera y tu doctorado, toda tu vida convencida de no poder dar un solo paso sin tomar un café, y resulta que lo único que necesitabas para ponerte a trepar por los tejados era que la vida de tu hijo dependiese de ello. Estímulos, estímulos, los seres humanos funcionamos gracias a ellos. Voy a subir, vaya que si voy a subir, aunque sea lo último que haga en esta vida. Solo tengo que mantener la moral alta y las manos ocupadas. Esa es la clave».

Erika se descalzó los dos pies, tomó la cadena y se dispuso a dar comienzo a la última parte de su trabajo. Se sentía más segura caminando descalza que con los calcetines puestos, y con aquel solazo sobre su cabeza ya no sentía frío alguno, sino más bien al revés. Dani había comenzado a golpear el cristal de nuevo hacía un rato, pero ella se negaba tercamente a mirarlo. Le afectaba demasiado hacerlo, y sabía que iba a necesitar hasta la última partícula de sus energías, unas energías que, tarde o temprano, se agotarían.

Hasta la fecha, nunca había tenido que hacer mayor acopio de voluntad como la que necesitó para dedicarse a trabajar con minuciosidad mientras su hijo la reclamaba literalmente a golpes. Y, cuando la vocecita apagada de Dani se fue convirtiendo de nuevo en llanto, Erika identificó algo deleznable en algún lugar de sí misma, algo abominable, pero ni siquiera entonces vaciló, sino que continuó trabajando con la determinación de un fanático.

De cuando en cuando se repetía en voz alta:

—Cuando estoy débil es cuando estoy fuerte.

Y seguía confeccionando su saquito, con infinita paciencia.

Su cabeza parecía haberse convertido en un callejón de una sola

dirección. No sentía el cansancio, el hambre ni la sed; tampoco se detenía a valorar si se deshidrataría todavía más bajo aquel sol de justicia. Si hubiese caído un rayo a su lado, no se habría inmutado. El desprecio de las exigencias del cuerpo otorga una fuerza insondable.

Erika se sentía poderosa.

Cuando finalmente logró enganchar el calcetín con la cuerda, los lloros de Dani ya habían cesado por completo. Era prácticamente una obra maestra de ingeniería. Había logrado forrar la primera argolla de la cadena con parte del tejido elástico del calcetín, lo que le había resultado relativamente fácil y le había llevado poco tiempo. Pero después había tenido que repetir la operación con las otras dos argollas, tratando de formar entre ellas una especie de triángulo elástico que serviría como abertura del saquito, lo que le dio mucho más trabajo del esperado. Esa abertura tenía que ser lo más perfecta y funcional posible, pues, de no ser así, temía que Dani se frustrase y terminase abandonando. De hecho, todo lo que estuviese en su mano debía ser perfecto, pues era plenamente consciente de no tener ya margen de error. Su saquito estaba tan bien hecho que el liviano peso del calcetín ya hacía que la abertura se cerrase ligeramente, aun siendo todavía accesible. Con el peso de las llaves se cerraría del todo, lo que impediría que las llaves se perdiesen por el camino.

En algún momento mientras trabajaba se palpó la frente distraídamente, comprobando que la brecha ya había dejado de sangrar. Le seguía pareciendo sorprendente sentirse más o menos bien. Aquel escalón de carne y hueso era digno de figurar en la casa de los horrores.

Finalmente aseguró los elásticos sobre las argollas, cortó los sobrantes con los dientes, comprobó por enésima vez la

maniobrabilidad del saquito y, solo entonces, se encaró de nuevo a la puerta corredera para llamar a Dani.

Era la parte que más temía, la de ponerse a explicarle cosas a Dani otra vez, un niño pequeño que debía estar tan sediento y hambriento como ella, irritado por el pañal y a saber cuántas cosas más. Desde luego no iba a ser fácil. Además, el grado de atención de un niño de su edad era muy corto, y ella iba a necesitar explicarle varias cosas a la vez, comenzando por hacerle coger las llaves, algo que ya antes se había negado a hacer. Estaba comenzando a barajar mentalmente las diversas opciones de coacción de las que disponía, sintiéndose miserable por ello, cuando compareció Dani tras el cristal.

Tenía el pañal tan abultado que los corchetes del buzo se le habían desabrochado. Parecía una especie de insecto de gran tamaño —«no tan grande, de hecho»— que arrastrase pesadamente su abdomen por el suelo. Como no le quedaba otra, caminaba balanceándose a los lados como a caballo, y en una de aquellas oscilaciones Erika pudo entrever, con infinita angustia, la cruel irritación que le estaba provocando el roce del pañal en el interior de sus delicados muslos. El mismo rostro de Dani era la viva imagen de la desolación, pero también del extravío, y en ese momento Erika supo, sencillamente supo, que la mayor carencia que su hijo estaba padeciendo era la del cariño de su madre.

De sus manitas pendían flojamente las llaves de Walden.

La había oído…, finalmente sí que la había oído, y había obedecido, como hacía siempre. Y mientras ella ignoraba sus voces y su llanto él se había encaminado a hacer lo que su mamá le había pedido, quizá persuadido de que el motivo por el que no le hacía caso era por no obedecerla.

«Un niño extraordinario…».

Engulló como pudo el nudo de esparto de su garganta, contuvo las lágrimas que pugnaban por salir, decidida a no desperdiciar ni una molécula de hidratación, y lo arrinconó todo en el mismo lugar siniestro de antes.

A cambio, el robot autómata que ahora la dirigía exhortó de nuevo a su hijo, con voz de hierro:

—Dani, escúchame bien. Lo has hecho genial, pero ahora vas a hacer otra cosa por mí. Tienes que ir allí, a la chimenea —ahora sí, Dani miraba hacia donde ella le indicaba—, y te voy a echar por ahí este saquito. —Erika le mostró el extremo de su cadena, agitándolo como unas campanillas—. Entonces tendrás que meter esas llaves en este saquito, *dentro* del calcetín. ¿Lo entiendes? Si lo haces bien, podré entrar; si no, me quedo fuera. ¿Lo entiendes, Dani? Dime si lo entiendes.

Dani se había agachado con aquella actitud tan propia de los niños de su edad, en cuclillas y con las manos en las rodillas, como si estuviese contemplando un hormiguero, y la escuchaba atentamente. Cuando le terminó de explicar, levantó las llaves con su puñito y apuntó con ellas al calcetín.

—Defín… ¿ahí?

—Sí, mi niño…, aquí dentro.

Erika tragó un segundo nudo casi indigerible y abrió un poco más el calcetín, para que su hijo pudiese verlo bien. El elástico funcionaba a la perfección.

—Dime, Dani, ¿lo entiendes? ¿Lo harás por mí?

—Chí.

Había comprendido.

Ahora tenía que subir lo más rápido posible.

Erika introdujo el extremo de su cuerda, es decir, el calcetín, por la parte baja de su camiseta y la extrajo de nuevo por la abertura

del cuello. Fue tirando de la cuerda y reliándosela en torno al torso y a la cintura por debajo de la camiseta, entremetiendo finalmente la parte de arriba del pijama lo más profundo que pudo dentro del pantalón. Aseguró todo el conjunto, apretando el cinturón de tela del pijama —«aquí tengo un poco más de cuerda»—, y se dirigió directamente al vértice de la terraza.

«Cuando estoy débil es cuando estoy fuerte».

«Puedo hacerlo».

La silla aún reposaba junto a la barandilla, pero al verla Erika comprendió cuántas cosas habían cambiado desde entonces. También recordó haber pensado en llevarse la otra hamaca para atarla al vértice del tejado y poder utilizarla más veces como «escala», pero eso ya había quedado muy atrás. Tenía que salir bien a la primera, sin más, así que no tenía ningún sentido cargar con más peso. Y estaba convencida de que lo lograría. En pocos minutos estaría cambiando a su hijo, casi como si no hubiese pasado nada. Para Dani, la mayor novedad habría sido la de haber dormido sobre la alfombra, como un perrillo. Para ella…, una lección inolvidable.

Se obligaba en todo momento a mirar únicamente a los objetos implicados, como si aguardase cola para subir a una atracción vertiginosa y se concentrase solo en la persona que tenía delante, decidida a montar, sí, pero impermeable a todo lo demás. Por un instante se imaginó a sí misma vista desde abajo, envuelta en una cadena de columpio de la que colgaba un calcetín de Kukuxumusu a un lado de su cuello, como un estrafalario complemento; desaliñada, ojerosa, ensangrentada… y dispuesta a trepar como fuese al tejado de una cabaña a nueve metros de altura. Y, de nuevo, se sintió invadida por una vertiginosa oleada de irrealidad. Era sencillamente imposible que la noche anterior hubiese estado allí mismo comiendo pizza con su hijo, riéndose por los mordiscos que Dani le daba a su

porción «como los del Rey León», y planificando la excursión que harían al día siguiente al Otzarreta.

«Nada de divagar».

Erika apoyó con firmeza su pie izquierdo sobre la silla y se agarró con la mano derecha al saliente de madera de la esquina de la cabaña, en una posición forzada pero que, esperaba, favoreciese su siguiente paso. Y, de un solo impulso, alzó su pie derecho hasta la barandilla de la terraza, con plástica naturalidad, quedándose por un momento más o menos estable sobre ella. El peso de la cadena no era excesivo y, de algún modo, contribuía a afianzarla mejor sobre sus pies. Aun así tragó saliva. Desde esa nueva perspectiva la altura sobre el bosque resultaba realmente impresionante.

La idea era hacer una especie de zigzag sobre la pared de Walden, como si de una salamanquesa se tratase, aprovechar la elevación de la argolla más cercana, que ya había demostrado de sobra su consistencia, e impulsarse sobre la propia pared de la cabaña alzándose finalmente —así lo esperaba— sobre el tejado de Walden. Así que el siguiente paso era clave.

Erika apoyó el pie izquierdo descalzo sobre la argolla de la hamaca y, dispuesta a no pensar demasiado en lo que hacía, trató de aprovechar su inercia para impulsarse hacia el lado contrario, como si tratase de ejecutar una extravagante coreografía sobre la vertical de la cabaña. Pero cuando basculaba hacia la derecha la argolla giró sobre sí misma bajo su pie, desequilibrándola y haciéndola pisar de nuevo sobre la barandilla desmañadamente. El gesto fue tan violento que la hamaca se le desató de la cintura, y, por puro acto reflejo, Erika soltó la mano izquierda sobre la que se apoyaba echándosela hacia atrás en un involuntario intento por aferrar la hamaca, haciendo que el lado izquierdo de su cuerpo pivotase sobre su pie derecho, es decir, desde la barandilla hacia

fuera, hacia el exterior de la cabaña, como una enorme bisagra humana.

Durante unos instantes eternos su cuerpo entero osciló sobre el vacío del bosque, como una bailarina o una acróbata que estuviese realizando un arriesgado ejercicio, y en ese intervalo de tiempo Erika estuvo segura de que ya no regresaría de nuevo a la terraza. Sentía lejanamente su corazón bombeando como los pistones de un trasatlántico, y por un fugaz momento valoró sencillamente la posibilidad de soltarse, sin más, y acabar de una vez con aquel suplicio.

Pero no se soltó… y poco a poco, casi de mala gana, su centro de gravedad fue regresando de nuevo hacia el interior de la terraza, con angustiosa lentitud. Cuando lo hizo del todo Erika se aferró al poste de la terraza como lo haría un náufrago con su tabla de salvación, y permaneció asida a él durante un buen rato, con los ojos cerrados y sintiendo vagamente que se había orinado encima.

Hasta que la apagada vocecita de Dani la sacudió de nuevo, como una descarga eléctrica:

—¡Ma-máá!

Sin soltar su poste Erika gritó con todas sus fuerzas, sintiéndose otra vez próxima a sufrir un ataque de histeria:

—¡¡¡YA VOY, DANI, YA VOY, YA VOY, YA VOY!!!

Pero sucedió algo nuevo a cambio. Hasta ese momento Erika había sobrellevado su pánico como una especie de rama doblada al límite que estuviese siempre a punto de romperse. No obstante, ante el terror que acababa de experimentar, Erika sintió que esa rama finalmente se rompía, lo que, de algún modo, la liberó.

La fanática retomó definitivamente el mando como si no hubiese sufrido más que un brusco bandazo, recordándola, con frío pragmatismo, que si se demoraba más Dani sencillamente perdería

el interés y se iría.

Sin darse tiempo a reflexionar nada más, Erika se entremetió de nuevo el extremo de la hamaca en el pantalón, reforzándola esta vez con el elástico de las bragas —«Mis malditas bragas mojadas»—, se agarró con más fuerza todavía al ángulo de la terraza y, apoyando de nuevo el pie izquierdo sobre la argolla —y asegurándose esta vez de que esta se encontrase perfectamente recta—, se desplazó hacia el lateral derecho justo igual que lo había hecho antes, pero asegurándose esta vez de no soltar sus puntos de apoyo por nada del mundo.

De un solo pero firme impulso sobre la pared, Erika se encaramó sobre el tejado de Walden con solvente eficacia.

Estaba arriba. Casi no podía creerlo, pero estaba arriba.

No habían debido transcurrir más de unos pocos minutos desde que Dani recibiera sus instrucciones, y, por tercera vez en las últimas horas, Erika experimentó una violenta explosión de euforia y el casi incontenible deseo de ponerse a gritar a pleno pulmón. En cambio afianzó aún más sus piernas sobre el tejado de Walden y se dispuso a emprender su ascenso con toda la concentración de la que fuese capaz. El tiempo de disfrutar de las cosas había quedado atrás hacía mucho tiempo.

«Continúa. Espabila, so estúpida. Dani te está esperando. No te distraigas por nada del mundo. Ya casi lo tienes. Vamos, Eri. Ya casi lo tienes».

Comenzó a ascender sobre las tejas de Walden, sintiéndose bastante desconcertada al notar tan cerca las ramas de los árboles. El tejado entero estaba tapizado por una especie de líquenes negros, pequeñas porciones de musgo, a modo de islas, y grama seca diseminada por todos lados. Pero ella veía todo eso de reojo, como un funambulista contemplaría las cabezas de la gente desde las

alturas. Caminaba encorvada, como si cargase con un peso enorme, pues temía con toda el alma poder escurrirse o que alguna teja se soltase, y se prevenía constantemente de la posibilidad de que cualquier cosa la asustase y la hiciese tropezar, por ejemplo una ardilla. A pesar de su esfuerzo de concentración, era incapaz de evitar desdoblarse, y volvía a contemplarse a sí misma avanzando sobre un tejado a nueve metros del suelo, una mujer de treinta y dos años que nunca se había atrevido a montar ni en la noria de la feria. Se sentía al mismo tiempo piloto y pasajero de su propio cuerpo, equilibrista y público, y esa doble ubicación la hacía sentir aún más intrépida.

A medio camino sintió algo de humedad en su frente. Al palparse comprobó que era sangre. Se limpió la mano distraídamente sobre el pijama y continuó ascendiendo.

A medida que se aproximaba a la parte alta del tejado se fue atreviendo a levantar la cabeza, comenzando a fijarse ahora en los detalles de la propia chimenea. Estaba construida íntegramente en ladrillo, rematada y sellada en su base por una especie de goma o de plástico duro de color gris azulado, y parecía mucho más grande y ancha que vista desde abajo. Pero la base de la chimenea daba igual. Lo único que importaba era su otro extremo, la salida del humo, que en principio parecía bastante alta, aunque también podía tratarse de un efecto óptico debido a la posición de inferioridad en la que se encontraba. En cualquier caso no estaría del todo segura hasta no encontrarse junto a ella.

Antes de subir ya se había fijado en que la boca de la chimenea estaba rematada por unos gruesos bloques de cemento, cuatro o cinco por lo menos, como inmensos anillos cuadrados apilados unos sobre otros. Pero también se había percatado de que entre esos bloques existían unas rendijas de unos cinco centímetros de anchura

por lo menos, diseñado así, sin duda, para que el humo de la chimenea pudiese salir.

«O también, por qué no, para que una madre desesperada pudiese introducir un calcetín atado a una cadena, no tengas duda. Ya sabes que Julio piensa en todo».

Temiendo escurrirse e irse finalmente abajo, Erika pasó de caminar encorvada a hacerlo a cuatro patas.

Hasta que, por fin, alcanzó la altura de la chimenea.

En efecto era alta, pero aprovechando la pendiente del tejado, que continuaba por su otro lado, y estirando bien los brazos, esperaba poder alcanzar su primera rendija sin mayor problema.

Se abrazó a la chimenea con ambos brazos, como había hecho hacía solo un rato con el poste de la terraza, y comenzó a rodearla poco a poco, sintiendo oleadas de vacío en el estómago. Por algún motivo, el hecho de aferrarse a algo «terrestre» incrementaba su impresión de vértigo. En cuanto alcanzó su extremo opuesto se sintió mucho mejor, casi a salvo, amparada por el ángulo de unos cuarenta y cinco grados que se formaba entre el tejado de Walden y la propia chimenea.

Se medio sentó sobre ese ángulo y comenzó a desenrollarse la cadena, extremando sus precauciones más que nunca.

«Mira que si se me cae ahora hasta abajo…».

Aseguró la cadena con cuidado a sus pies y se incorporó lentamente a inspeccionar la chimenea.

Eran cinco los bloques de cemento que remataban la chimenea, encajados unos sobre otros como en el juego de construcciones de Dani, y las rendijas que se formaban entre ellos eran aún mayores de lo que le había parecido desde abajo, de unos siete centímetros de anchura al menos, espacio más que suficiente para poder introducir y extraer su saquito sin mayor problema.

«Perfecto».

Se agachó de nuevo como una convaleciente, tomó el extremo de la cadena con el calcetín colgando, lo revisó por enésima vez y, sin entretenerse más, comenzó a introducirlo con emoción por la rendija que se formaba entre los dos primeros bloques, estirando los brazos sobre su cabeza.

Su corazón volvía a latir con fuerza, pero esta vez de pura emoción. La cadena cumplía su misión a la perfección, traqueteando ligeramente sobre el cemento y devolviéndole tintineantes sonidos metálicos al rozar con el tubo interior de la chimenea, que también debía de ser de metal. Casi podía visualizar a Dani, unos metros más abajo, preparado para cumplir con su misión como un agente secreto. Entonces solo restaría volver a tirar con cuidado y…

El descenso de la cadena se interrumpió de golpe.

Erika tragó saliva.

«Mierda…, joder».

«¿Qué pasa?».

Era como si la cadena hubiese topado con algo sólido, como si hubiese llegado ya al fondo de la chimenea.

«Imposible. No he soltado más que cuatro o cinco brazadas de cadena. Se ha debido atascar con algo».

«¿Una abrazadera? ¿Un saliente de la chimenea?».

Se imaginaba su interior como algo roñoso, lleno de accidentes y protuberancias. Erika trató de mover la cadena a un lado y al otro, pero, cada vez que intentaba hacerla descender, la cadena se interrumpía en el mismo lugar.

«Esto es absurdo. El conducto tiene que estar abierto por fuerza. De lo contrario no saldría el humo. Se ha tenido que atascar con algún estúpido saliente».

Lo intentó varias veces más, tirando de la cadena y

balanceándola suavemente a un lado y a otro mediante el escaso margen que le permitía la rendija. Probó también a subirla hasta arriba del todo y soltarla después al vacío. Pero la cadena se detenía siempre a la misma altura.

«Mierda, joder, MIERDA. LA PUTÍSIMA MIERDA. ¿Tiene que ser todo así? ¿No puedes ponérmelo fácil alguna vez? ¡¿NO ME VAS A DEJAR RESPIRAR UN MALDITO MINUTO?!».

Armándose de infinita paciencia, Erika extrajo del todo el calcetín por la rendija, poniendo buen cuidado en que no se enganchase al sacarlo. Entonces se le ocurrió probar por alguna rendija superior, cosa que a ella misma le pareció absurda, pero a veces las cosas absurdas funcionaban. Solo que en esta ocasión no fue así. El descenso de la cadena volvía a interrumpirse en el mismo lugar.

Volvió a tirar de la cadena hasta extraerla del todo, probó en otra rendija, esta vez del lateral de la chimenea, con algo más de esperanza, pero el resultado era siempre el mismo: a las cuatro brazadas y media exactas, la cadena se detenía.

Finalmente, extrajo la cadena y el calcetín de la chimenea, y, con ellas en la mano, se preguntó qué demonios iba a hacer ahora.

Tenía que ser una tontería. Lo más seguro es que hubiese algún tipo de cerco bordeando el tubo de la chimenea, una arandela de refuerzo, alguna mierda así. El tubo tenía que estar hueco por fuerza, eso estaba claro. Puede que un saliente, una argolla…, podía ser cualquier cosa, algo que bordease el tubo y que ella no pudiese salvar balanceando únicamente la cadena a un lado y a otro.

«¿Y si el tubo hace alguna curva?».

No. El tubo no hacía ninguna maldita curva, y lo sabía porque cuando estaba abajo ya se le había ocurrido esa idea y se había fijado expresamente en que el casete de la chimenea comparecía en perfecta línea recta respecto al tubo del tejado.

«Si quieres averiguarlo, no te queda otra que mirar en su interior».

La ansiedad volvía a corroerla. Dani llevaba ya demasiado rato esperando, y si se marchaba de la chimenea ya no podría hacer nada. Igualmente, dejó la cadena a sus pies y se incorporó de nuevo con el fin de palpar con sus propias manos aquellos enormes bloques de cemento. ¿Qué función tendrían aquellos estúpidos mamotretos? Ninguna, seguramente solo estética. No parecían estar pegados entre sí, sino solo apilados, encajados y afianzados por su propio peso, que, eso sí, debía ser enorme. Estiró los dos brazos cuanto pudo y tanteó el más alto de ellos, el que hacía de tapadera. Era de cemento, como los demás, pero tenía el doble de grosor, y su forma era muy similar al taburete que usaba Dani para alcanzar a lavarse las manos en el lavabo. Tampoco estaba encajado como los otros, sino únicamente apoyado sobre la base plana del bloque sobre el que reposaba.

Quizá podría empujarlo y tratar de hacerlo caer…

El problema era que apenas alcanzaba, y aún menos podía hacer fuerza. Probó dando unos breves pasitos hacia atrás, en busca del punto más alto posible. Se medio recostó contra la chimenea sobre su hombro izquierdo y empujó como pudo el bloque más alto con el canto de su mano. Ligeramente, apenas un par de centímetros, la tapadera se desplazó.

«Bien. Es posible moverlo. Aún puedes hacer algo».

Eso sí, pesaba una barbaridad. ¿Cómo los habrían subido hasta allí arriba? Pero es que apenas alcanzaba, incluso de puntillas y con el brazo completamente estirado.

«Podrías bajar de nuevo y traer una silla».

No, no iba a bajar de nuevo y traer una maldita silla. Casi no había podido subir ella sola, como para hacerlo cargada de un

mueble. Y había otra cuestión: volvía a sentirse mareada, aunque ya no sabía si era por el vértigo, el golpe en la cabeza, la sed o el esfuerzo que acababa de realizar. El caso es que, por primera vez desde que diese comienzo aquella Odisea, sentía que las fuerzas comenzaban a fallarle.

Tenía que ser ahora.

Trató de colocarse ligeramente mejor, afianzó como pudo los dos pies sobre el tejado y volvió a empujar con todas sus fuerzas, tratando de volcar sobre su brazo derecho algo del peso de su cuerpo. Renqueante, como de mala gana, la tapadera se movió un poquito más, quizá dos o tres centímetros.

«Hará un ruido espantoso contra el tejado al caer. Dani se asustará».

«¿Y qué demonios importa eso ahora? El problema no es ese. El problema es que aún te queda bastante para tirar la tapa, y ya casi no llegas».

Descansó un momento, se intentó colocar un poquito mejor y repitió la operación, pero esta vez no logró moverlo ni una sola pulgada. El mismo hecho de haberlo desplazado hacía que ahora alcanzase peor y que no pudiese ejercer fuerza alguna. De hecho, apenas lo rozaba ya con la punta de los dedos.

La ansiedad le impedía de nuevo pensar con claridad, lo que, unido al terrible esfuerzo que acababa de realizar, hacía que se sintiese cada vez más mareada.

«Si te desmayas, ya puedes olvidarte de todo. Y Dani también se puede olvidar. Ni siquiera estás atada».

Si pudiese empujarlo más, solo un poquito más…, su propio peso haría que se desequilibrase del todo. Pero no podía, sencillamente no alcanzaba. Y llevaba ya un buen rato sin avanzar. Dani ya había debido abandonar el casete de la chimenea, decepcionado por una

nueva mentira de su madre…

En un arrebato de rabia, pero también de inspiración, Erika se agarró al hueco de la chimenea que acababa de formar y, sin pensar en lo que hacía, saltó hacia arriba con todas sus fuerzas. Sus piernas vacilaron un instante, pero de algún modo logró apoyar los pies sobre el cuerpo de la chimenea.

«¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? LOS BLOQUES NO ESTÁN PEGADOS, SE TE VAN A CAER TODOS ENCIMA».

Pero no se cayeron. Y, pataleando desesperadamente como un gato que hubiese caído en una piscina, Erika logró encaramarse a la boca de la chimenea.

Eso sí, el dique que contenía la presión sobre su cabeza finalmente cedió desparramando su contenido de exquisito dolor, y en ese momento Erika estuvo segura de que se desmayaría. Antes de que eso sucediese, se aferró con todas sus fuerzas a la chimenea tratando de encontrar un lugar de relativo equilibrio, situó su centro de gravedad en la boca de esta, incrustándose el cemento entre las costillas, y, cerrando los ojos, se dispuso a resistir del modo que fuese.

Y así permaneció durante un tiempo indefinido mientras diminutas motas brillantes desfilaban frente a sus ojos, como si estuviese en el interior de un demencial caleidoscopio.

Apenas podía respirar, y sus manos aullaban en el extremo de sus brazos como si se las hubiese desollado y descoyuntado al mismo tiempo, cosa que era posible que hubiese sucedido. La presión del cemento sobre sus costillas era sencillamente insoportable.

Cuando estimó que no podría aguantar ni un segundo más, varió ligeramente de posición y, para su sorpresa, comprobó que no solo no se había desmayado, sino que aquella náusea de caballo parecía

remitir de mala gana, como una abominable ola que ya comenzase a alejarse.

Solo entonces se atrevió a abrir los ojos de nuevo.

Desde aquella nueva perspectiva el tejado resultaba sorprendentemente inclinado. Trató de enfocar mejor la vista, a través de una nube de lucecitas brillantes, y lo primero que vio, junto al lateral de la chimenea, fue la ovejita blanca de su calcetín de Kukuxumusu.

Se había dejado la cadena abajo.

Trató de gritar, pero solo consiguió que su aliento se escapase flojamente entre sus costillas, como un globo desinflado.

No podría repetir aquella hazaña, de eso estaba segura. Lo pensó mejor y comprendió que tampoco hubiese logrado subir de haber tenido que cargar con la cadena.

Se acomodó como pudo sobre el escaso medio metro cuadrado que la sustentaba y empezó a empujar la tapadera de cemento como si estuviera descubriendo una misteriosa cripta, sujetándose con la mano libre al canto de la chimenea. Y así, poco a poco, fue desplazándola hasta más o menos la mitad de su recorrido.

Tomó aire y, con un último y derrengado empujón, la losa de cemento se precipitó por fin sobre el tejado de Walden.

El ruido no fue tan fuerte como esperaba, y resultó relativamente amortiguado entre la entusiasta algarabía del bosque. Un sordo «trunk», que rompió un par de tejas al caer a plomo junto al pie de la chimenea, seguido de un deslizante siseo de fricción de piedra. Por último, tras unos instantes de expectante silencio, un discreto «suish» penetrando más abajo, entre la maleza del bosque.

Mucho más abajo.

Le pareció oír la voz de Dani en el momento en que el bloque se deslizaba por el tejado, pero no estaba segura.

Entonces apoyó las manos sobre el cerco de cemento de la chimenea, acomodó las rodillas en sus laterales y fue retrocediendo poco a poco, a cuatro patas, como un perrito que tratase de olisquear una madriguera. Hasta que, por fin, pudo mirar en el interior de la chimenea.

Al principio no vio nada, y un olor desvencijado a piedra vieja, resina y ceniza la inundó. Se le vino a la cabeza el protagonista de «El testimonio de Randolph Carter», de Lovecraft, que había leído hacía poco.

«¡¡¡Warren!!! ¡¡¡No creerás lo que estoy viendo!!! ¡¡¡Coge tus cosas y huye!!! ¡¡¡Huye ahora que todavía puedes!!!».

Se inclinó un poco más sobre sus brazos delanteros, dos ascuas palpitantes unidas a su cuerpo, e introdujo la cabeza en aquel agujero de acre oscuridad, ladeándola ligeramente para permitir que entrase algo más de luz. Y así, con los ojos muy abiertos, extrayendo a duras penas ocasionales bocanadas de aire entre aquel pozo angustioso y sombrío, forzó la vista todo lo que pudo, aguardando con paciencia a que sus ojos se fuesen acostumbrando a la oscuridad.

La sensación no podía ser más extraña ni más opresiva, un abismo subterráneo ubicado a nueve metros de altura. La cualidad de la luz parecía convertirse ahí abajo en algo mucho más revelador…, en algo casi sobrenatural.

Ahí abajo estaba su hijo…

Su hijo.

Y ella estaba dispuesta a llegar hasta él a dentelladas si era preciso.

Pero quizá no hiciera falta tanto. Bastaría con deslizar un ridículo calcetín de Kukuxumusu hasta sus manitas.

La Providencia tenía caminos misteriosos, desde luego.

Por fin, poco a poco, como emergiendo de aquella oscuridad ponzoñosa y enrarecida, comenzaron a dibujarse los perfiles del tenebroso conducto: un tubo de metal, en efecto, completamente cubierto de hollín, numerosas abrazaderas rematadas por una especie de alambres retorcidos en sus extremos, descollando en la fétida gruta como una especie de vegetación metálica, y… algo más.

Erika retiró un poco más la cabeza, lo justo para permitir que entrase algo más de luz en aquella cueva de Aladino, hasta que pudo ver el motivo por el que la cadena se detenía en su descenso: a menos de dos metros de oscuridad comparecía la silueta de algo sólido, cubierto de una espesa capa de hollín, con estática indiferencia.

«¿Una tapa?».

«Imposible… El humo…».

No, no era una tapa. Sino una rejilla.

Una rejilla con unos barrotes tan gruesos como los dedos de su mano.

«No…, por favor…».

Los barrotes estaban entrecruzados entre sí como una inmutable red de hierro, y entre ellos no entraría ni una chapa de Coca-Cola, cuanto menos un manojo de llaves.

Erika permaneció mirando la rejilla como si hubiese sido hipnotizada, incapaz de pensar en nada, de sentir nada. Hasta que la vocecita ahogada de Dani ascendió suavemente desde el corazón de las tinieblas.

—¿Yaaa, mami? ¿Yaaa?

La rejilla comenzó a desdibujarse entre sus lágrimas con la misma precariedad con la que había surgido, como si todo aquello no hubiese sido más que un espejismo.

«No es justo».

Cerró los ojos sin poder contestar a su hijo, y una lágrima ácida le devolvió un apagado «plink» más abajo.

«No es justo…, no lo es».

Sin abrirlos, Erika comenzó a golpearse la frente con el dorso de la mano.

Una y otra vez, una y otra vez.

20

De algún modo que nunca supo, Erika se las arregló para regresar desde lo alto de la chimenea, el punto más elevado de Walden, hasta su aborrecida terraza.

Descendió de un salto sobre el tejado, un juego de niños comparado con hacerlo a la inversa, orinó a un lado con indiferencia y comenzó su descenso sin pensar en nada y sin tomar precaución alguna. Lejos del envaramiento con el que había subido antes, sus movimientos resultaban ahora sencillos y eficaces. Si alguien la hubiese visto desde abajo, pensaría que deambulaba por los tejados con frecuencia. En realidad no sabía ni lo que hacía; se movía por inercia, con los ojos entrecerrados y sin apoyarse en nada. No veía nada, no sentía nada. Andaba igual que respiraba: sin ser consciente de ello.

Su calcetín oscilaba a un lado y a otro por encima de su hombro, como un complemento burlón y estrafalario de su no menos pintoresco atuendo. En su ascenso se había cruzado con una babosa de un tamaño sorprendente y recordó haber pensado que, aunque la bajada posiblemente resultaría aún más difícil que la subida, el tintineo de las llaves de Walden en su bolsillo le otorgaría un ánimo renovado. Pero al volver a cruzarse con la misma babosa lo que pensó fue que ahora conocía un aval mucho mayor que el de la

alegría.

El de la indiferencia.

En alguna región intermedia entre su consciencia y el estado semicatatónico en el que se encontraba, Erika sabía que nunca se perdonaría por aquello. Había fallado. Había fallado como madre. Y, aunque ahora mismo apareciese Alonso por el sendero silbando una de sus piezas favoritas de Schubert (algo que, de hecho, podría suceder en cualquier momento), aunque de pronto compareciese por allí un guardabosques despistado y solícito, intrigado por la estampa de cuento que evocaba Walden en mitad del bosque, o si, de algún modo inimaginable, su terrible situación se resolviese por sí sola, ella sabía que nunca se lo perdonaría.

Dani no se merecía lo que estaba pasando.

Alcanzó la esquina por la que hacía un rato había subido con tantas dificultades (¿cuánto hacía de eso?, ¿quince minutos?, ¿dos horas? No sabría decirlo), se dio la vuelta y se descolgó con facilidad hasta la barandilla de la terraza, apoyando su mano derecha sobre el tejado y aferrándose con la izquierda a su ya conocido poste.

Todos aquellos objetos desfilaban ante sus ojos en rutinario orden inverso, como una pesadilla recurrente que se proyectase hacia atrás: el tejado, el poste, la barandilla, la argolla… Cuando finalmente descendió los peldaños de la silla, sin tan siquiera agarrarse, y dejó caer descuidadamente la cadena sobre el entarimado de madera, Erika comprendió que la persona que acababa de descender era muy diferente a la que había subido.

Se acercó penosamente al más aborrecido de todos aquellos objetos, la puerta corredera, y miró en su interior.

Creía ser ya insensible a todo, pero cuando vio a Dani se apartó instintivamente a un lado antes de que él la viese a ella. No le alteraría más de lo imprescindible, al menos hasta que regresase

Alonso. Y no solo por Dani, sino también por ella misma. Ignoraba el estado de su sistema nervioso, pero esa era una incógnita que no tenía la menor intención de despejar por el momento, suponiendo, por ejemplo, que Dani se le acercase lloroso a la puerta y le empezase a pedir agua a gritos. Así que se apostó a la derecha de la puerta corredera y se dispuso a contemplar a su hijo sin otra aspiración que esa por el momento.

Dani seguía agachado junto a la chimenea, de espaldas a la puerta corredera, y por eso él no la había visto a ella. Parecía entretenido en algo, seguramente el llavero de Walden, ese llavero por el que ella hubiese dado media vida con gusto. De ordinario Dani se comportaba así, se entretenía con cualquier cosa. Allí en Bilbao le bastaba darle un táper, un puñado de tierra y dos palos para que no hubiese niño en toda la mañana. En eso se parecía mucho a Alonso, se olvidaban del mundo entero cuando se concentraban en algo.

Parecía tan pequeñito a través del cristal, tan desvalido…

Cómo añoraba abrazarlo, solo eso. Rodear a Dani con sus brazos y atraerlo hacia sí. Abrazar a Dani era como hacerlo con un osezno, o un koala, algo calentito, dulce y mullido. Dani era más bien gordito y, por mucho que ella lo achuchase —cosa que, según Alonso, hacía hasta el hastío—, Dani no protestaba nunca. Pero es que en sus treinta y dos de vida ella no había conocido sensación comparable a esa, sencillamente. Arropar a un Dani recién bañadito en su diminuto albornoz, llevárselo al sofá… y abrazarlo. No necesitaba nada más.

Su primer beso era una experiencia aburrida en comparación. Su primer orgasmo una sosería.

Pues, más allá de ese complejo entramado de horarios, hobbies y rutinas que la gente solía llamar «vida ordinaria», Erika tenía la impresión de haber llegado desde hacía ya casi tres años a una

incomparable isla, un oasis apartado y exclusivo —más solitario e incomprendido que otros, sin duda, de ahí su exclusividad—, que, desde entonces, la acaparaba por completo.

Su nombre era «maternidad», y, para ella, no existía nada parecido en el mundo.

Y nadie que no hubiese pasado por ahí podía tener la menor idea de lo que esa palabra significaba, especialmente aquellos que se entretenían formulando las preguntas más ociosas, y también las más estúpidas:

«¿Y cómo se sobrelleva todo eso? No sé cómo podéis».

«¿Dices que no has dormido más de dos horas en toda la noche? ¿Y cómo aguantas?».

«Ser madre debe de consumir mucho tiempo, ¿no?».

Mucho tiempo no; todo, más bien. Pero era lo mejor de la vida, lo único que le daba un mínimo sentido. A su lado, sus sentimientos hacia sus seres queridos, incluso sus sentimientos hacia Alonso, resultaban anecdóticos. Había gente que decía que se trataba de «sentimientos diferentes», pero no era así. El amor siempre es amor, y no puede ser otra cosa más que amor, solo que en este caso su intensidad variaba tanto que, en efecto, parecían sentimientos diferentes.

Pero es que se decían tantas tonterías… Como aquello de que ser madre era «un acto de generosidad». Un acto de egoísmo más bien. Pues para ella no existía felicidad mayor que la de verle feliz a él, sencillamente. Y en realidad a eso se reducía todo.

Por otro lado era como si Dani y ella estuviesen indisolublemente unidos, pero de un modo inmaterial al mismo tiempo, desprendido…, hermoso. Aunque esa palabra también resultaba pobre para definirlo.

Sublime…, eso era. Era un sentimiento sublime.

Hasta la llegada de Dani, su experiencia vital —al igual que la de cualquier otra persona, suponía— había girado siempre en torno a la misma órbita: la suya propia. Pero era como si, de pronto, eso hubiese pasado sin miramientos a un rotundo segundo plano. Como materializar ese ideal que ella había deseado más de una vez: volver a empezar de nuevo, contemplar el mundo por primera vez y desde el principio, pero con su experiencia de adulto. De forma que cada vez que Dani descubría algo, o se asustaba, o se ilusionaba, ella disfrutaba o padecía todo eso redoblado, contenía el aliento y creía descubrir en cada gesto y en cada reacción de su hijo el auténtico significado de esa palabra.

Sublime.

Y su olor era sublime; y esos pliegues que hacían sus pantorrillas a la altura de los muslos debían ser definidos como sublimes. Y sus pies…, ¿qué podía decir de sus pies? Esos mazacotitos compactos, como las piezas rectangulares de su Lego, pero mulliditos…

No, desde luego no había conocido el verdadero significado de esa palabra hasta conocer a Dani, de eso estaba segura. Y se preguntó si todas las madres tendrían la misma percepción de sus hijos. Suponía que sí, en cambio ella creía ser perfectamente objetiva al pensar en ello.

La naturaleza era sabia, de eso no había duda, diseñaba a sus crías para ser veneradas por sus padres, dado que no existía mayor aval que el del amor. Toda esa experiencia previa que, hasta entonces, incluía emocionantes viajes, bailes, salidas con las amigas, libros entretenidos… quedaba muy atrás respecto a esos tres segundos que Dani había empleado en decirle por primera vez: —«Te-ero, mami».

El mundo volvía a estar recién pintado, pero ahora, además, se daba cuenta de ello, lo que lo convertía en algo mucho más

apasionante, y mucho más completo.

Su primer baño, sus primeros pasos, la mirada de inmenso orgullo que le dirigió la primera vez que se llevó él solito la cuchara de puré a la boca… Todo nimiedades en realidad, tonterías, pero que él las convertía en acontecimientos únicos, inolvidables. Los cumpleaños, la Navidad, los Reyes Magos, el Ratoncito Pérez…, todo eso y mucho más pasaba a través de su mirada impoluta y llegaba a ella convertido en algo extraordinario, emocionante, como un viaje largamente aguardado en el que los acontecimientos superasen por mucho todo lo planificado. Sus primeros pantalones de vestir tipo chinos, su gesto de infinito asombro la primera vez que Alonso le sacó una moneda de la oreja…, pero también sus anhelos y sus pequeñas decepciones —pequeñas, porque también él era pequeño —, sus éxitos y sus fracasos diarios. Todo eso lo experimentaba ella a través de sus ojos, todo lo gozaba, y todo lo sufría.

Estaban todos equivocados. La maternidad no era para valientes, ni mucho menos para generosos.

La maternidad era para conscientes.

Tenía varias amigas que recibían algún tipo de psicoterapia, pero, casualmente, se trataba siempre de mujeres sin hijos. Los hijos te ponían en tu sitio, te quitaban las tonterías para dejarte a cambio lo que de verdad importaba, salvo en los casos de egoísmo supremo, claro. Ella misma, hasta la llegada de Dani, siempre había dormido mal, lo que muchas noches, sobre todo cuando sabía que al día siguiente la esperaba un día duro y cargado de guardias, llegaba a ser desesperante. Cualquier cambio en su rutina habitual hacía aún más difícil su descanso, y llegó un momento en que se creía del todo incapaz de poder dormir si no era en su propio colchón y con su almohada y ataviada con sus tapones para los oídos y su antifaz. Y, a pesar de todo eso, dormía cada vez peor. Al quedarse

embarazada su inquietud en ese sentido fue grande, advertida por alguna que otra amiga —con cierto placer sádico, según le pareció— de que aprovechase para dormir todo lo que pudiera, porque, después, ya se podía olvidar. Y al principio fue así, en efecto. Pero al cabo de un tiempo su naturaleza se reorientó, se *adaptó*, como pasaba siempre, trocando su insomnio crónico en una admirable capacidad para dormirse en menos de un minuto y en el lugar que fuera. Una cuestión más de simple supervivencia, como tantas otras. Había pasado de tener toda la noche para dormir a disponer de breves intervalos para hacerlo, y cuando los tenía se dormía de inmediato, vaya que si lo hacía.

Por otro lado, ese supuesto sacrificio que consistía en tener menos tiempo para irse de compras, o para quedar con alguna amiga, le parecía irrisorio en comparación con el universo que su hijo le regalaba cada día, o cada minuto más bien. Pero también le parecía justo. ¿No lo habían hecho antes también por ella? La naturaleza, más que sabia, era ecuánime, reponía con justicia aquello que una ya había disfrutado antes.

Se le vino a la cabeza Claudia Turpín, compañera de facultad del último año de carrera, con la que había cultivado una relativa (muy relativa, a decir verdad) relación de amistad.

«Qué cosas nos depara la mente. Y en qué momentos».

No hacía ni un año que, sin saber cómo ni por qué, se encontró manteniendo con ella una conversación casi surrealista tras cruzársela casualmente nada más dejar a Dani en la guardería. Al verla ojerosa y dispersa, su antigua compañera no solo de facultad, sino también de alguna que otra puntual (y casi siempre decepcionante) salida nocturna, se animó a formularle la inevitable pregunta, con su habitual desparpajo impostado:

—Pero, tía…, y ¿compensa?

Sobre todo recordaba su mirada, esa mirada condescendiente, piadosa, como de secreta astucia… La misma que había sentido tantas veces dirigida a ella desde que era madre, y proveniente siempre de mujeres sin hijos, por cierto. Esa mirada de *lástima*.

La boba de Claudia Turpín, que con sus treinta y tres añazos seguía viviendo en casa de sus padres, donde no se hacía ni la cama.

«Pues sí que compensa, "tía". Más de lo que imaginas».

El curso de su divagación se interrumpió de golpe, pues en ese preciso instante Dani se dio la vuelta y ella se apartó de su campo visual de forma instintiva.

«Si hubieses tenido estos mismos reflejos cuando sentiste el traqueteo de la puerta ahora no estarías así».

Dani no había soltado las llaves, y, por un momento, a Erika se le pasó por la cabeza la idea de explicarle el modo de introducirlas en la cerradura de la puerta principal. Pero la descartó enseguida. No empezaría otra vez con eso. Dani parecía tranquilo ahora, y no volvería a alterarlo con penosos ruegos ni complejas instrucciones. Ni hablar. Lo dejaría tranquilo mientras estuviese bien y esperaría a que pasase el tiempo, solo eso. Además, era una idea estúpida. Aunque lo lograse, ¿de qué le serviría? Aún le quedaría otra puerta por abrir, y el manojo de Walden tenía muchas llaves. Sin contar con que Dani ni siquiera alcanzaba la cerradura, claro, o que ella misma no tenía forma de bajar del árbol…

¿Qué solía decir Alonso en esos casos?

«Lo que funciona no se toca».

Era su frase favorita cuando ella se preguntaba si debía despertarle o no para tomarle la temperatura, por ejemplo, si había estado malito durante el día o cuando sospechaban que podía tener el pañal empapado de pis. En esos momentos Alonso siempre

parecía tener las ideas mucho más claras que ella y hacía uso de esa frase con frecuencia.

«Si está dormido, no le despiertes, Eri. Lo que funciona no se toca».

De pronto se sintió furiosa contra Alonso. Todo aquello era culpa suya en realidad. A ella jamás se le habría ocurrido construir una casa en lo alto de un maldito árbol, eso para empezar, con un niño de la edad de Dani y alejados del mundo entero.

Qué falta de sentido común, qué irresponsabilidad…

«¿Y qué importa ahora el reparto de culpas?».

Nada. Pero es que no tenía la menor idea de lo que podía hacer ahora esa era la verdad, excepto esperar a que el tiempo pasase lo más rápido posible. No dejaba de ser irónico. Hasta el día anterior la mera idea de sentarse a aguardar a que llegase Alonso le había parecido intolerable. En cambio ahora valoraba la suerte que había tenido en realidad. Alonso podía haberse ausentado durante mucho más tiempo. ¿Cuántas veces no se marchaba cuatro o cinco días durante sus giras de conciertos? Sobre todo cuando tocaba fuera de España. Y, en ese caso, sí que se podían haber dado por perdidos. Solo llevaban un día así, menos de un día a decir verdad. Pronto llegaría de nuevo la noche, y Dani se dormiría hasta la mañana siguiente, y para entonces Alonso ya estaría de camino. O eso esperaba. Así que ahora tocaba tener paciencia y tratar de no hacer ninguna estupidez más.

La puritana, finalmente, había vencido.

De pronto sintió un agudo retortijón; se acercó a la barandilla y vomitó con derrengada facilidad, solo bilis y saliva, pues al parecer ya no había nada más que vomitar. Pero no se sintió mejor después de hacerlo, sino aún más debilitada. Sus náuseas parecían ser de naturaleza emocional, pues cada vez que miraba a Dani sentía un

escalofrío enfermizo en el pecho, como si unas patitas peludas se estuviesen dedicando a hurgar por ahí dentro.

«Tiene que comer algo… y sobre todo tiene que beber. Un niño de su edad se deshidrata enseguida».

A ella misma le resultaba cada vez más difícil pensar. Su propia reserva de energías también se agotaba, y, por más que miraba furtivamente a través del cristal en busca de cualquier idea, se daba cuenta de que su cabeza ya no estaba trabajando bien. Además, la escasa información lúcida que le llegaba resultaba desalentadora: la nevera estaba casi vacía, pues solían llevarse la comida justa para el fin de semana, a veces ni eso (nunca había podido olvidar aquella historia que le contó su madre sobre una vecina que se dejó comida olvidada en su casa de campo y no volvió a ella hasta al cabo de mucho tiempo, y, cuando lo hizo, unos gusanos como su dedo pululaban por toda la casa). Ni a Alonso ni a ella les gustaba cocinar, así que solían acercarse siempre a Zeanuri a comer algo o comprar cualquier cosa. Que ella recordase, en la nevera había una lasaña congelada —que a Dani le encantaba y que se suponía que habrían comido ese día los dos—, una enorme lechuga en su funda de plástico, que compró aun sabiendo que sobraría más de la mitad, algo de leche y los adorados potitos de Dani, junto con algún que otro yogur. Pero Dani no alcanzaba al picaporte de la nevera ni tenía fuerza para abrirla. En el armarito de la despensa podría haber alguna cosa más…; alguna lata de atún, palomitas para el microondas, tres o cuatro botes de especias… y poco más. Nada, en cualquier caso, de lo que Dani pudiese abastecerse por sí solo.

Y con los grifos pasaba más o menos lo mismo. De por sí eran difíciles de accionar, pero, sobre todo, se encontraban lejos del alcance de Dani.

«Difíciles de accionar, pero no imposible».

La puritana le resultaba recalcitrante. Era una sosa, además de una pedante, pero, en esta ocasión, Erika no pudo sino agradecer su rápida comparecencia:

«Ah, ¿sí? ¿Y cómo se supone que llegaría a ellos? Acercando una silla al lavabo o al fregadero de la cocina, ¿no? ¿Quieres que Dani se caiga desde lo alto de esa silla, se haga daño de verdad y no puedas atenderle? Entonces quizá sí que conozcas el significado de la palabra "desesperación"».

OK. Entendido.

Entonces ¿qué?

Entonces nada.

Esperar.

Pero su vista seguía planeando por encima de la estancia en busca de cualquier cosa aprovechable, como si se tratase de un dron ajeno a su voluntad. Se topó por enésima vez con la caja de pizza congelada Di Mamma sobre la repisa de la cocina y volvió a constatar que de nada le servía, teniendo en cuenta que los restos de la cena estaban allí fuera, con ella.

Entonces pensó que ella misma tampoco había probado bocado desde el día anterior, y, si no quería que el próximo desmayo fuese el último, debería obligarse a comer algo. Al fin y al cabo en las últimas horas solo se había dedicado a llorar, gritar, vomitar, descalabrarse, perder el conocimiento o deambular por los tejados, por lo que quizá sí que le vendría bien reponer algo de energía, a pesar de las náuseas.

Erika se acercó a la mesa casi con resignación, contempló los tristes restos de la cena —tres o cuatro escuálidas cortezas de pizza resecas y seguramente en mal estado después de llevar todo el día al sol— y tomó la más pequeña de ellas, con la actitud de quien se dispone a tomar una medicina. Pero constató que no tenía saliva con

la que abordarla, así que la dejó de nuevo donde estaba y tomó a cambio el vaso de plástico de los Super Wings de Dani, que se encontraba junto a su lata vacía de Mixta de la noche anterior. Apuró su contenido de un minúsculo trago —apenas un dedal de agua caliente lleno de pececitos de pan y jamón—, sintiendo cómo sus papilas se contraían e inflamaban con precipitada ansiedad, ávidas de una sensación que concluyó nada más empezar dejándola profundamente insatisfecha. A continuación tomó la lata de Mixta y la sostuvo inclinada sobre su boca durante un buen rato, rebuscando con su lengua por el interior de su abertura como un oso hormiguero, y solo entonces volvió a acercarse la reseca corteza a la boca, recordándose que debía comerla despacio si no quería vomitarla.

La corteza se fue disolviendo poco a poco entre sus entumecidos labios, y Erika tuvo que mirarla un par de veces para asegurarse de no estar comiendo el cartón de la caja en realidad.

Tragarla fue como tratar de engullir una áspera piedra de silicio.

En ese momento volvió a comparecer Dani al otro lado del cristal.

Esta vez Erika no se dignó a moverse del lugar en el que se encontraba. Llevaba ya un rato percatándose de que su agotamiento parecía desembocar en una peligrosa apatía. Alguna vez le había pasado (aunque no de adulta, que ella recordase), y lo había visto a menudo en sus pacientes. Era como si la conciencia optase por desconectarse ante la acumulación de acontecimientos abominables. Como si no diese abasto y se volviese «pasota».

Pero la atención de Dani no parecía dirigirse hacia ella. Había encontrado algo y…

¿Se reía?

«Claro, porque en la casa del árbol todo son risas».

A pesar de su agotamiento, Erika se sintió admirada. Una vez más Dani se dedicaba a resolver el problema por sí solo, al menos la primera parte del problema. Junto con el llavero de Walden, que no soltaba en ningún momento —si su madre le había dicho que era importante, podía estar segura de que no las soltaría—, llevaba algo más, algo que Erika reconoció enseguida: media barrita de chocolate Toblerone, a las que su marido era prácticamente un adicto. Aquellas barritas solían ser el motivo de las escasísimas discusiones que tenían, pues Alonso tenía la irritante costumbre de dejárselas olvidadas en los lugares más dispares de la casa.

Dani levantó la cabeza y, al darse cuenta de que su madre le estaba mirando, se echó la barrita a la espalda instintivamente, como hacía siempre cuando le pescaba haciendo algo indebido.

«El chocolate le dará sed», saltó la puritana de inmediato.

Pero le dio del todo igual. Por nada del mundo le impediría comer. Prácticamente había descartado ya conseguir entrar antes de que llegase Alonso, así que ya se ocuparía de su sed después. Se estaba acostumbrando a improvisar, algo que nunca se le había dado bien, pero en la casa de la risa no quedaba otra; en Treeland el que no bailaba se quedaba fuera.

—¿Qué tienes ahí, ladronzuelo? —le preguntó Erika alzando la voz, pero sonriendo al mismo tiempo.

Dani vaciló un instante, pero enseguida le mostró su alijo.

—Calete.

Su instinto de obediencia era tan fuerte que no se le ocurría echárselo a la boca sin el permiso materno, a pesar del hambre que debía sentir.

—¿Tienes hambre, mi niño? —Erika sentía que la voz se le quebraba, pero no por eso dejó de sonreír.

Dani asintió, y Erika le dio permiso moviendo tristemente la

cabeza.

«Come, Dani. Come, mi niño, te aseguro que tienes todo mi beneplácito».

Dani tardó apenas unos segundos en devorar la minúscula barrita de chocolate, y Erika sintió que le alimentaba más a ella que a él. Dani era muy comilón, lo que solía ser motivo de bromas entre Alonso y ella. Cuántas veces no se habían reído recordando aquel día en que, jugando con la plasti, le había dicho a Dani:

—Te voy a hacer un perrito para que lo saques a pasear. ¿Vale? ¿Quieres que te haga un perrito grande o pequeño?

Dani lo pensó un momento, y respondió con convicción:

—Calente.

Al recordar aquello, la sonrisa de Erika desembocó de pronto en una risa desconocida y explosiva, una especie de ladrido corto y seco.

«Estupendo, por lo visto ya he comenzado a volverme loca».

Tras comerse la chocolatina Dani se limpió distraídamente con la manga del pijama (como se limpiaban todos los niños, pensó Erika con cierta histeria, moviendo la cabeza en lugar de aquello con lo que se limpian), y lo único que consiguió fue extenderse el chocolate por toda la cara.

Estaba segura de que protestaría y pediría más, pero, de nuevo, Dani la sorprendía, mirándola sonriente con la boca churretosa y desapareciendo momentáneamente de su vista, solo para volver a aparecer enseguida.

«¿Qué está haciendo?».

Se escondía detrás de la cortina, se asomaba y se escondía otra vez.

Le parecía imposible, pero estaba jugando.

Los niños eran asombrosos…, una fuente inagotable de

enseñanza. Llevaba todo el día solo, sin comer, sin beber, sin dormir su siesta y empapado hasta arriba, pero en ese momento le apetecía jugar, y jugaba. La barrita de chocolate le había sabido a gloria y estaba contento. Y lo reflejaba con la misma espontaneidad con la que se había reído al encontrarla. No eran como ellos, tristes adultos, no se cohibían ni desperdiciaban su tiempo filtrándolo todo a través de la razón. Había comprendido que, por algún motivo, no podía salir de Walden ni su madre entrar, un misterio más proveniente del mundo de los adultos al fin y al cabo, así que ¿para qué preocuparse? Cuando tuviera sueño se dormiría sin más. Los niños eran como el sabio del cuento: cuando comen, comen; cuando duermen, duermen; cuando juegan, juegan. Y ahora le apetecía jugar.

Para ellos el mundo debía de ser una aventura continua, una ininterrumpida sucesión de acontecimientos más o menos asombrosos. Su miedo también era muy diferente, y desaparecía enseguida, como si algo los instase constantemente a no desperdiciar ni un minuto.

Claro que el verdadero miedo llegaba después.

En una de sus apariciones Erika observó que el pañal comenzaba a desbordarse, y, de nuevo, sintió aquel escalofriante insecto hurgando en su pecho.

«Si al menos se durmiera pronto… Por favor, diosito, haz que se duerma pronto de puro aburrimiento. Solo te pido eso».

Pero Dani parecía especialmente activo y curioso en ese momento. No paraba de deambular por la casa y se situaba una y otra vez fuera del alcance de la vista de Erika, lo que acrecentaba su ansiedad. Ella también seguía recorriendo con su mirada el interior de la casa, pero lo hacía ya más por inercia que otra cosa, deteniéndose cada vez con menos fe en los lugares clave, como

cuando reconocía a un paciente por el que sabía que ya no se podía hacer nada: la puerta principal, las ventanas sin rejillas, tan tentadoras y tan fuera de su alcance al mismo tiempo… Y su vista se detenía una y otra vez en el mismo punto, atraída por un imán invisible: el seguro de la puerta corredera.

Contempló la boca de la chimenea y no pudo menos que lamentarse.

«¿Una rejilla? ¿Por qué motivo, en el nombre del Señor, se le había ocurrido a Julio colocar una rejilla en el interior de una chimenea?».

«Para evitar que entren animales, sin duda, ardillas o incluso ratas».

Entonces vio por el rabillo del ojo que Dani se agachaba a mirar algo, con la misma actitud reconcentrada con la que antes había atendido a sus instrucciones.

El cubo de la fregona.

«Agua, por supuesto. Eso era lo que buscaba. Y por cierto que la acaba de encontrar».

La idea la golpeó con inesperada violencia.

«Pretende beber el agua sucia de la fregona».

La puritana recalcitrante que habitaba dentro de ella —«no tan dentro, no tan dentro como te gustaría»— ya estaba abriendo la boca para hablar, escandalizada, pero la nueva Erika, la desconocida, aquella que mejor había comprendido que sus opciones iban a depender, sobre todo, de su capacidad de adaptación, ni siquiera se sorprendió, y hasta se sintió complacida.

Su hijo estaba demostrando tener bastantes más recursos que las dos Erikas juntas.

«Las posibilidades de que consiga encontrar agua por otros medios son remotas. Además, ¿no bebe también algo de agua sucia

cuando lo bañas? Esa agua no le matará. No beber puede que sí lo haga».

Otra vez se sentía a bordo de una disparatada atracción de feria, ajustándose ya la barra protectora, una de esas en las que, a los pocos segundos de comenzar, ya no sabías ni dónde estabas. De nuevo todo comenzaba a girar, a acelerarse, a precipitarse.

No obstante, su voz interior se mantuvo firme: «Déjale beber».

Esta vez Dani ni siquiera le pidió permiso. Se agachó con avidez y se inclinó sobre el cubo rojo Vileda al tiempo que el cubo comenzó a inclinarse sobre él.

La frígida todavía hizo un tímido intento:

«¿De verdad vas a permitir que tu hijo beba de esa agua?».

—Sí —respondió Erika en voz alta—, de verdad lo voy a permitir. —Y añadió, con infantil satisfacción—: Y tú no vas a poder impedirlo.

«Lo que funciona no se toca, Eri».

«Lleva-llévame en tu bicicleta…».

Dani permaneció inmóvil durante unos instantes, haciéndole comprender que ya debía estar bebiendo, y, en ese breve intervalo de tiempo, Erika se sintió casi bien, en paz. Hasta que sucedió lo inevitable: el cubo de la fregona se inclinó con mayor velocidad hacia él, desequilibrándose y escapándose de sus manos.

Erika trató de avisarle, pero, sencillamente, no llegó a tiempo, y todo el contenido del cubo de la fregona se desparramó sobre él.

Entonces sí, tras un instante de muda sorpresa, Dani comenzó a llorar a pleno pulmón, empapado de arriba abajo.

Y al ver a su hijo así, calado hasta los huesos de agua sucia, desconcertado, aterrorizado…, Erika también comenzó a llorar, un llanto inconsolable y derrengado que manaba desde lo más profundo de su corazón.

21

En el preciso instante en que Dani alcanzaba, a duras penas, el agua sucia de la fregona, Alonso pulsaba las notas finales de su último concierto de la temporada.

La ovación que se desató en ese momento en el fastuoso Teatro Campoamor de Oviedo fue atronadora, y Alonso Urbizu, como tantas veces, tuvo que comparecer una y otra vez ante un público completamente entregado, enfervorecido de hecho, mil quinientas almas puestas en pie aún incrédulas ante lo que acababan de presenciar.

Años después esa noche se consideraría histórica, uno de los acontecimientos pianísticos del siglo, pero mucho antes de que eso sucediese todos los allí presentes ya se habían convencido de no haber presenciado nada igual en toda su vida.

Para el propio Alonso aquel tampoco era un concierto más, aunque por motivos muy diferentes. No solo se trataba de su último concierto de la temporada, sino de su carrera entera, aunque nadie hubiese sido capaz de imaginarlo ese día viéndolo entrar y salir con calma del escenario. Incluso se detuvo entre bambalinas a charlar tranquilamente con un conocido y, durante unos minutos que a muchos se les hicieron eternos (sobre todo a su interlocutor), pareció olvidarse de que aquel atronador homenaje, que no cesaba,

se dirigía precisamente a él. Los técnicos de sonido, jefes de sala y demás profesionales se miraban entre sí sin saber muy bien qué hacer, mientras que el resto contemplaba su impasibilidad en respetuoso silencio, secretamente impresionados ante la indiferencia de aquel hombre hacia la gloria.

Incapaz de soportar por más tiempo la tensión, el conocido se atrevió a señalarle que aquel escándalo se debía a su persona, a lo que Alonso respondió con perfecta tranquilidad:

—Los escucho perfectamente.

En efecto, aquella orgía le resultaba a Alonso por completo indiferente, y lo único que deseaba era que se extinguiese por sí sola de una vez para poder marcharse. Y no era por un sentimiento de superioridad, como muchos pensaban, ni por falsa modestia, sino más bien por todo lo contrario. Jamás había sido capaz de entender el fervor que provocaba su profesión, pues, en su fuero interno, no se consideraba a sí mismo más que un medio, un mero conducto entre el compositor y el público.

El motivo por el que el público reverenciaba al medio era algo que escapaba completamente a su comprensión. Y esa noche más que nunca.

Así que se dispuso a afrontar el trámite con la resignación acostumbrada, consciente de que su compromiso con el respetable aún no había concluido. En efecto, pocos minutos después el público se agolpaba en la puerta de su camerino decidido a prolongar su éxtasis todo lo posible, ya fuese en forma de autógrafos, de selfis o incluso de alguna palabra robada al gran hombre, mientras que el propio Alonso, también como siempre, se dedicaba a atender a todos ellos con amable aunque distante disposición. Eso sí, observaba de reojo a todos aquellos extraños que aguardaban una cola interminable solo para estrecharle la mano un momento o para

hacerse una foto con él… Todos esos rostros sonrientes que parecían no querer perderse un solo detalle de sus gestos o de sus palabras, que, de hecho, lo contemplaban de hito en hito con una especie de arrobo extasiado y secreto, como si todos ellos conociesen algo sobre su persona que él mismo ignorase…

Se encogía de hombros y seguía firmando.

También le parecía reconocer algo mezquino en aquella actitud de la gente. Siempre se lo había parecido, algo miserable, como si pretendiesen sacar toda el agua del pozo que les fuese posible antes de regresar de nuevo a sus vidas ordinarias; como si todos ellos considerasen que su entrada les daba derecho a algo más que a la música.

Pero él no era una máquina de dar felicidad a los demás.

Cuando, por fin, todos aquellos desconocidos se marcharon a casa, Alonso volvió a quedarse tan solo como lo estaba siempre.

Esa era la paradoja.

Pero a Alonso la soledad nunca le había molestado.

Y tampoco es que fuese indiferente a la influencia del gran público, no se trataba de eso. De hecho tenía una especial estima por esa energía que la gente le proporcionaba, y hacía uso de ella con regularidad. Un auditorio repleto constituía una incomparable caja emocional de resonancia, capaz de amplificar y transmitir el contenido de la música de un modo apasionado, contagioso…, vivo. Había grabado muchos discos en estudio y en cada uno de ellos había echado en falta esa sensación, y por ese motivo prefería mil veces sus grabaciones en público a las enlatadas, aún con las imperfecciones y deslices propios del directo que pudiesen contener. Le parecían más nobles, más sinceras, pero, sobre todo, mucho más urgentes.

En cambio la parte social del asunto no le interesaba lo más

mínimo, y aun menos la parte «circense», esa a la que tan aficionados parecían otros colegas suyos y cuyos encantos, por lo visto, a él le pasaban completamente desapercibidos. Los famosos conciertos de Navidad, los encuentros extramusicales de cualquier tipo, tan frecuentes en los últimos tiempos, los eventos populistas o divulgativos le dejaban tan frío como un témpano, así como esos baños de masas a los que con tanta naturalidad se prestaban otros artistas, y que a él le agotaban y le aburrían a partes iguales. Le habían insistido mil veces en que asistiese a aquellos eventos y muchos otros, y rara vez había aceptado. Y no porque los desdeñase o los despreciase, como tantos críticos malintencionados se empeñaban en señalar con aquella afición por la salsa rosa de la que no escapaba ni siquiera la música clásica, sino por simple desinterés. Muchos de los que promocionaban aquellos eventos, colegas de profesión mayormente, le parecían gente interesante de hecho, personas de las que se podía aprender, pero siempre le había parecido descompensado eso de tener que dejar de estudiar para ir a parlotear con cualquiera de ellos.

Una vez le habían invitado a comparecer en un conocido programa de televisión y había huido de inmediato, espantado.

Pero es que, más allá de la propia música, todo le parecía pueril y prescindible. Claro que la gente hacía cosas incomprensibles continuamente…, como aquella ocasión en la que un chico le estuvo aguardando durante horas en la puerta del auditorio, sentado sobre un desangelado banco con un frío que cortaba y acompañado tan solo de su programa de mano. Debían ser las dos o las tres de la madrugada cuando él por fin abandonó el auditorio, y sentía la cabeza como si estuviese llena de humo, como le pasaba siempre cuando llevaba literalmente todo el día tocando. Entonces aquel joven se le acercó, exultante y aterido, con la cara roja y exhalando

una nube de vaho a su paso, para «saludarle y a felicitarle por el concierto». Lo único que él deseaba era marcharse al hotel de una vez y descansar, pero se esforzó como pudo en corresponder al desconocido con las habituales palabras de cortesía, intuyendo vagamente, y con creciente impaciencia, que aquel chico quería decirle algo más, pero no se atrevía a hacerlo. Hasta que, por fin, tras un prolongado silencio, el joven se le acercó un poco más y le susurró con torpeza y de corrillo las palabras que, sin duda, ya tenía preparadas de antemano:

—Es usted mi ídolo, desde siempre. Solo quería hacérselo saber y decirle que decidí hacerme pianista al escuchar sus discos. Y darle las gracias por cada uno de sus conciertos.

Aquel joven apasionado y torpe le inspiraba una vaga simpatía, aunque también una inconfundible tristeza. Así que, a pesar de su cansancio, y aun temiendo dar pie a prolongar todavía más la situación, Alonso no pudo evitar preguntarle:

—¿Cuántos años tienes?

El chico respondió de inmediato:

—Diecisiete, señor.

—Diecisiete años…, ¿y qué haces aquí a estas horas? —le volvió a preguntar Alonso, con sincera curiosidad.

—Lo que le he dicho… —El chico parecía ahora un tanto descolocado. No esperaba preguntas, sino respuestas, y, ¿por qué no?, una *masterclass* improvisada del gran Alonso Urbizu sobre las claves del éxito, a las tres de la madrugada, y en mitad de la calle.

Sacar más agua del pozo.

—Quiero ser como usted.

Pero la simpatía de Alonso ya se había esfumado, así que le respondió sin piedad:

—En tal caso, harías mejor en irte a estudiar.

Y así terminó la conversación. Alonso volvió a estrecharle la mano enguantada y se marchó directamente al parking del auditorio, sin volver la vista atrás ni una vez.

Debía ser el único pianista del mundo que se sentase a estudiar tras sus conciertos, pero, para él, esa fase de su trabajo era la más provechosa de todas, cuando podía corregir en caliente todo aquello que, a su juicio, no había funcionado frente al público como debía hacerlo y todavía se sentía enchufado a la música, por así decir. En esos instantes le parecía encontrar con naturalidad ese estado creativo que, en circunstancias normales, solo acontecía a costa de largas horas de trabajo, y no siempre. Era el momento clave, cuando el agua comenzaba a hervir y aparecían cosas que antes no se mostraban, aunque siempre hubiesen estado ahí. El agujero de la partitura se ensanchaba hasta lo vertiginoso, permitiéndole acceder a regiones desconocidas, increíbles…, inimaginables.

En esas sagradas ocasiones, Alonso había experimentado las sensaciones más intensas de su vida, y también las más felices.

Pues, habitualmente, le parecía que todo lo que rodeaba a su profesión era como el encuentro con aquel chico: inexacto, confuso, dependiente estúpidamente de minúsculos gestos, de triviales banalidades, cosas que, de ordinario, nada tenían que ver con lo que uno sentía en realidad.

Sutilezas insignificantes, malentendidos ridículos…

Quizá ese fuera el mayor milagro de la música, que te trasladaba directamente al contenido real de las cosas, a su esencia secreta, sin que esta fuese influida o modificada en modo alguno por las torpes y prejuiciosas palabras, y aún menos por la engañosa apariencia de un gesto o una fisonomía más o menos agraciada. En la música no existían las medias tintas. De hecho, no tenías escapatoria: te sentías de un determinado modo de inmediato, sin filtros y sin poder

hacer nada para evitarlo. Esos sonidos invisibles se introducían en el subconsciente de cada uno para trasladarlo inmediatamente a una emoción concreta, una impresión evocadora y urgente, en la que cada uno de ellos, veletas en manos del artista, podía verse desplazado al lugar más inesperado.

En cierta ocasión, de estudiante, había escuchado decir al gran pianista Sviatoslav Richter que su ideal consistía en tocar detrás de un biombo, y, al comentarlo con sus compañeros del conservatorio, estos habían torcido el gesto o se habían reído abiertamente. A él, en cambio, le había parecido una idea admirable.

Pero es que había tanta tontería en el mundo de la música clásica… El público, en su mayor parte, ni siquiera acudía al auditorio porque amase la música, sino por cuestiones estúpidas y extramusicales. Las mujeres a lucir sus joyas y sus vestidos, los hombres a mantener las apariencias, y todos a parlotear, siempre a parlotear. Hacía mucho que el recital en sí se había convertido en un acto social, o quizá lo había sido siempre, pero desde luego, para él, la mayor parte del evento sobraba. Conocía a muchos pianistas que se dedicaban incluso a departir con el público durante sus conciertos, lo que ya le parecía el colmo.

Por eso sentía tanta estima por esas horas en las que permanecía tocando solo hasta altas horas de la madrugada, impulsado aún por la adrenalina del directo, pero a solas consigo mismo. La pesca que arrastraba a su orilla en esas horas se convertía, así, en la materia prima de su siguiente concierto.

Pero esa noche no se quedaría a estudiar.

Ya no tenía sentido.

Así que permaneció en su camerino aguardando a que, junto con el público, fuese desapareciendo también esa sorda algarabía que la gente dejaba siempre en su cabeza, ese resonante silencio.

Entonces comprendió que tampoco tenía ya ningún sentido pernoctar en Oviedo, así que tomó el teléfono y marcó el número de Erika para avisarla de que regresaría a Walden esa misma noche. Pero Erika tenía el teléfono apagado.

Tomó sus enseres personales, atravesó en silencio el impresionante escenario Campoamor de Oviedo y, tras despedirse cortésmente del vigilante de seguridad, salió al exterior por la puerta de atrás del auditorio.

Y comenzó a caminar.

El mundo real le había decepcionado, esa era la verdad. Era vulgar, predecible…, carecía de fuerza. Nunca había encontrado en él la cuarta parte de lo que habitaba en la más anodina composición de Schubert, especialmente cuando llegaron los supuestos «grandes momentos», esos de los que todo el mundo hablaba: amor, matrimonio, hijos. Aunque aquello de no identificarse con lo que llenaba a todos los demás tampoco era nuevo para él. Ya en sus años de estudiante le resultaba bastante incomprensible ese ideal de «pasarlo bien» del resto de sus compañeros, que se reducía a pasar juntos un fin de semana en una casa rural, por ejemplo.

La vida real le aburría, le aburría profundamente. Carecía de recorrido, eso era. Tarde o temprano siempre se terminaba.

¿Qué le aguardaba a partir de ahora?

No tenía la menor idea.

Hasta entonces había evitado formularse esa pregunta haciendo uso de la férrea disciplina a la que tan acostumbrado estaba, en un esfuerzo por salvaguardar su recta final de conciertos y poder concentrarse solo en ellos. Pero la temporada había concluido, y ya no había nada más que salvaguardar.

Salvo, quizá, a sí mismo.

Puede que el mundo artístico no fuese tangible, pero había

tenido mayor trascendencia en su vida que cualquier otra cosa. Nada había promovido tanto su crecimiento como ese ingobernable deseo de saber más, de ser más…, de sentir más. El mero hecho de que ese mundo perteneciese a la invisible esfera de lo imaginario daba lo mismo.

«La imaginación tiene sobre nosotros más imperio que la realidad».

La cita era de Jean de la Fontaine, el escritor favorito de su madre, y en ese momento Alonso sintió que no podía estar más de acuerdo con sus palabras.

La imaginación, la ilusión, la *ficción* eran el motor de la humanidad, no su complemento. Puede que no fuesen tangibles, pero desde luego su influencia permanecía. Al fin y al cabo cualquier viaje era mejor como ideal, también el viaje interior. La realidad siempre parecía tamizada por motivos casuales, caprichosos, por ejemplo por cómo se sintiese uno en un determinado momento, y él estaba convencido de que pasaban más cosas en una sola página de Mozart que en todo un mes relacionándose con los demás. Y se inclinaba ante esos momentos como lo que *realmente eran*: los acontecimientos más significativos de su vida.

En cambio ahora debía abandonar su estancia en el país de las maravillas para ingresar de nuevo en el apacible reino de los cuerdos, junto a todos esos que llamaban felicidad a formar una familia, pagar una hipoteca y celebrar alguna barbacoa de vez en cuando. Ese mar, ese océano de trivialidades y tonterías, esa descomunal pérdida de tiempo y desperdicio de energías que desembocaba, con el tiempo, y en el mejor de los casos, en hijos desagradecidos y egoístas, adolescentes desdeñosos que se dedicarían a hacer sus propias vidas lo antes posible, para dejar a sus padres otra vez solos y agotados. Y lo sabía de buena tinta,

porque exactamente así era como lo había hecho él.

A nivel personal la paternidad le había decepcionado por completo.

¿Y qué otro nivel existía, sino el personal?

Los balbuceos de su hijo eran pobres frente al más somero discurso de Beethoven, esa era la verdad, por muchas tonterías que dijese la gente.

En cambio ahora debía sacrificar su carrera artística, aquello en lo que creía por encima de todo y a lo que había dedicado su vida entera, en virtud de lo irrisorio, de lo insignificante.

Era terrible. E injusto.

Desde aquel trayecto de vuelta a casa en el que se sintiese obligado a tomar tan abominable resolución, desde ese mismo momento en que le comunicara a Erika su terrible decisión, ya había tenido esa impresión de injusticia, de desproporción. No obstante sus palabras habían contado con el visto bueno de Erika, lo que le confundía todavía más.

Pero Erika no le había exigido nunca nada…

No, había hecho algo bastante más eficaz que eso: guardar silencio.

«Vamos…, eso no es justo».

Quizá lo fuese o quizá no, pero ella sabía perfectamente lo que significaba la música para él, y no dijo nada.

Guardó silencio.

Siempre se habían sentido cómodos compartiendo ese silencio, como una especie de barbecho en el que se acomodasen con naturalidad sus relaciones como pareja, su confianza. Era como en la música, donde el silencio también resultaba más elocuente que cualquier sonido, y también se trataba de un recurso habitual dentro del negocio, donde el sutil objetivo de todos los implicados —

empresarios sin escrúpulos, patrocinadores, agencias— no era otro que el de generar todo el dinero posible. En ese peculiar universo, esos eternos sonámbulos que eran los artistas siempre habían sido las víctimas predilectas. Contratos de doble rasero, promesas veladas, medias verdades… Al inicio de su carrera había caído en todas aquellas trampas y muchas otras, hasta que se decidió a contratar un buen agente (que también se llevaba su buen porcentaje, por cierto). Pero no les guardaba rencor por aquello. Siempre lo había entendido como una parte inevitable de su profesión, un eslabón más de aprendizaje, en definitiva, y, en ningún caso, como algo personal. Además, el mundo de la clásica era particularmente cínico e hipócrita, allí donde la apariencia y el buen gusto convivía en conflicto permanente respecto a algo tan poco elevado como el dinero.

Qué poder tenía ese silencio…, qué fuerza tan sibilina, qué fabuloso método de coacción. Lograba su objetivo sin hacer un ruido, dejando en manos de su interlocutor los más deplorables pensamientos sobre sí mismo, y también los más desconfiados. No entregaba nada a cambio, solo recogía.

Pero ese mismo silencio, proviniendo de Erika, le desconcertaba.

«Te recuerdo que veníais de enterrar a su madre, asesinada a manos del pirado de su marido. Quizá no era el mejor momento para sutilezas».

Cierto…, pero ¿y después? Pasaron semanas, meses, y nunca volvió a decir nada al respecto.

Guardó silencio.

Quizá podrían haber encontrado una solución entre los dos, una alternativa…, al fin y al cabo él hubiese preferido mil veces que le reprochase todo, que le llamase mal padre, mal marido, que le insultase, antes que esa mirada de mártir hacia abajo mientras

aclaraba los platos.

«¿Una alternativa? Por favor, si ya ni siquiera convivías con ellos. Se te había ido de las manos, esa es la verdad».

No, desde luego que Erika nunca le había exigido nada. Había hecho algo mucho más eficaz que eso: hacer que se lo exigiese él mismo.

Tampoco le había exigido nunca tener un hijo que no deseaba, y ahí estaba Dani.

«Eso tampoco es justo, joder».

Pero, por más que trataba de evitarlo, su cabeza regresaba a lo mismo una y otra vez, como una mosca rebotando contra un cristal: esa abominable impresión de haber sido engañado por la persona menos autorizada a hacerlo en el mundo.

Además, su sacrificio estaba bastante claro. En cambio, ¿dónde estaba el sacrificio *de ella*?

Pero todo eso ya daba igual. Desde luego que sabía lo que le aguardaba a partir de ahora. Hipotecas y barbacoas, por supuesto; y llevar al crío al puto Disney alguna vez, por qué no. Claro que eso sería muy excepcionalmente…, pues su poder adquisitivo también variaría mucho a partir de ahora. Sin los ingresos provenientes de los conciertos y los discos, la cosa cambiaba drásticamente. Se acabaron los viajes exóticos, los restaurantes de lujo y, por cierto, el colegio privado de Dani. Su nivel de vida se esfumaría en dos días. Pero, eso sí, estarían los tres bien juntitos, en amor y compañía, como decía su madre.

Alonso sonrió agriamente para sí mismo al evocar a su madre.

Tendría que retomar sus clases…, algo que aborrecía con toda el alma cuando estaba alejado de las salas de concierto, y mantenerse con su más que humilde salario de profesor. El sostén familiar, de hecho, pasaría a ser el salario de Erika, que tampoco era para tirar

cohetes, por cierto.

Su sonrisa se esfumó.

«Ellas siempre ganan, Alonso».

La cita era ahora de su padre, con su tono circunspecto incluido.

«Ellas siempre ganan, de un modo o de otro. Siempre ganan».

Ni siquiera cambiaría nada que atrapasen mañana al loco de su suegro, porque, de hecho, no se trataba de eso. Porque nunca se había tratado de eso en realidad. Erika no concebía una vida así, sencillamente, una vida tan… inusual, y era capaz de anteponer sus caprichos de mujer a cualquier otra cosa, como hacían todas, incluida la carrera artística de su marido.

Alonso caminaba cada vez más deprisa sin ser ni siquiera consciente de ello, como si pudiese anticiparse a todo eso y evitarlo de algún modo. Y un sentimiento comenzaba a imponerse sobre todos los demás, un sentimiento oscuro, poderoso…

Resentimiento.

Se sentía utilizado.

«¿Por qué lo permites?».

Incapaz de responder a su propia pregunta, Alonso alcanzó su coche, dejó sus partituras, su ramo de flores y su portatrajes Roncato sobre el asiento trasero y se acomodó en su asiento de conductor.

Y se encaminó hacia Walden, deseando no llegar nunca.

22

Las siguientes horas fueron las más largas de su vida.

Dani no solo no se durmió, sino que permaneció llorando durante horas enteras, días, semanas. Lloró tanto que Erika terminó por perder la noción del tiempo, pero también su percepción espacial y hasta la lógica, si es que algo así había existido alguna vez. Había momentos en los que no sabía ni dónde estaba, y todo parecía haberse reducido a esa mínima expresión, a ese recogido punto en el que toda su angustia convergía pero al que de ningún modo podía acceder.

Dani.

Todo lo demás se fue escurriendo gradualmente, diluyendo en torno a ese objetivo inalcanzable hasta desaparecer por completo: pensamientos, sensaciones, necesidades…, sustituido a cambio por un estremecimiento insoportable y feroz.

No hay angustia como la de la madre que ve sufrir a un hijo sin poder hacer nada.

Erika padecía horriblemente.

En cierta ocasión se preguntó: «¿Llevo así desde ayer?», pero enseguida desechó la idea, convencida de su imposibilidad.

Ella también lloraba sin ser consciente de ello, imploraba, y a veces gritaba. Se sentía en todo momento naufragando a la deriva

de Dani sobre una balsa sin timón y sin rumbo, un trozo de madera en mitad del océano a expensas de los caprichos de la marea y el viento.

De cuando en cuando, por pura desorientación, regresaba fugazmente a su delirante realidad, pero volvía a extraviarse enseguida, espantada.

Dani solo lloraba, lloraba desconsoladamente, calado hasta los huesos, hambriento, sediento, con el pañal convertido en una bolsa informe bajo sus piernas laceradas. Alguna vez Erika aún intentaba encontrar palabras de consuelo o de ánimo para su hijo, pero su voz tampoco respondía ya a su gobierno, y solo conseguía emitir palabras incoherentes, balbuceos.

En cierto momento Dani se acercó a ella y apoyó su cara contra el cristal, derrengado, abotagado de tanto llorar, dejando un reguero de lágrimas y mocos sobre el cristal. Y, a su vez, Erika apoyó su cara contra la suya, como si pudiesen tocarse de algún modo. Y la angustia de tenerlo ahí y no poder alcanzarlo la hizo sentir más próxima a perder el juicio de lo que se había sentido nunca.

Físicamente no sentía nada, solo vacío, y un extraño apelmazamiento en su percepción, como si estuviese recluida bajo un puñado de trapos. Le parecía que podía mantenerse así de forma indefinida. No había vuelto a beber, comer ni orinar desde hacía horas, y no sentía necesidad alguna de hacerlo, como si los encargados de transmitir tan prosaica información se hubiesen desactivado temporalmente. Tampoco sentía dolor en la frente, náuseas o malestar de ningún tipo. Solo sentía sueño, una somnolencia casi invencible, y deseaba con toda el alma dejarse arrastrar por esa inercia que tanto tiraba de ella.

Pero no podía dejar solo a Dani.

Hasta que, por fin, el propio Dani también se fue apagando poco

a poco, como una vela desbordada y consumida, adoptando gradualmente su posición predilecta sobre la alfombra: culito arriba como el de un perrito juguetón y la cara vuelta hacia ella, casi irreconocible de tanto llorar.

Mirándola sin ver nada, contemplándola sin entender nada…

Solo entonces se permitió irse ella también. Y así, poco a poco, se fueron quedando los dos dormidos al mismo tiempo, dos partes separadas de un mismo cuerpo contemplando, cada una de ellas, aquello que más amaba en el mundo.

23

Alonso llegó a Walden poco antes de las dos de la madrugada.

Aparcó en su particular garaje de brezos y madroños, detuvo el motor de su Volkswagen después de dejarlo «resollar» un poco, como acostumbraba a hacer, y descendió de su vehículo amparado por la linterna que siempre llevaba en la guantera del coche, entre la habitual algarabía nocturna.

Erika y Dani dormían desde hacía horas.

La imponente estampa de Walden en mitad del bosque siempre le impresionaba, pero enmarcada por la quietud de la noche todavía le impresionaba más. Walden podía ubicarse en la copa de un árbol, pero también parecía hacerlo en el interior de un cuento de fantasía. El efecto era mágico, delirante, sobrenatural. Y cada vez que se acercaba a su cabaña, como en ese preciso instante, excitado ante la perspectiva de trepar a la copa de un árbol y dormir allí, volvía a experimentar el mismo sentimiento que creía haber dejado ya muy atrás: la emoción de un niño.

Walden era su verdadero sueño cumplido. Nada podía alcanzarlo ahí arriba…, nada.

Solo la vida.

Caminó despacio entre aquella vegetación vaporosa hasta alcanzar la escalera de madera, apagó la linterna y comenzó a

ascender por sus peldaños, ligeramente húmedos por el rocío nocturno. Pero tuvo que encenderla de nuevo enseguida, sobresaltado al vislumbrar entre las sombras una forma enorme y grotesca en el tercer escalón. Resultó ser un sapo descomunal, casi deforme, que, al parecer, había decidido abandonar temporalmente su círculo de confort para curiosear un poco.

«Te comprendo, compañero».

Lo sorteó con cuidado y continuó ascendiendo.

¿Cómo había llegado a esa situación?, ¿a lamentar que su propia familia lo estuviese aguardando en casa? Lo ignoraba, pero hacía ya tiempo que se sentía como si caminase envuelto en una bruma que no le permitiese ver ni oír nada, casi ni respirar. Ningún artista, esos egoístas supremos, estaba preparado para tener una familia. Ahora lo sabía.

El corazón no daba para todo. Ni la logística.

Nunca le había parecido mal cometer errores. Al fin y al cabo ese era el material del que estaban hechos los éxitos, y las grandes interpretaciones. Salvo que se tratase de un error fatal.

Cuando alcanzó el tramo más alto de la escalera volvió a apagar la linterna, extrajo cuidadosamente su llavero del bolsillo e introdujo la más larga de las llaves en la cerradura de Walden. Erika solía quedarse dormida en el sofá del salón viendo cualquier película, y, de ser así, no quería despertarla. Lo más gracioso era que ella aseguraba siempre que le encantaba el cine, pero él nunca, o casi nunca, la había visto aguantar más de quince minutos viendo una película sin quedarse dormida, sobre todo después de cenar.

Empujó suavemente la puerta principal y la volvió a cerrar a sus espaldas, sin hacer el menor ruido.

Dejó el ramo de flores en el jarrón de cristal con forma de tulipán de la entradita, donde las dejaba siempre, y avanzó por la

estancia en penumbra, tenuemente amparado por la luz de la luna.

Entonces fue cuando vio a Dani.

Su hijo estaba acurrucado allí mismo, sobre la alfombra del salón, hecho un ovillo como si tuviese mucho frío y aparentemente dormido.

Alonso se quedó petrificado.

Lo primero que pensó fue que Erika se habría quedado dormida olvidándose de acostar al niño, pero enseguida constató la imposibilidad de la idea. Levantó la vista un poco más y su vista se topó con otra forma humana tumbada sobre el suelo y recogida sobre sí misma, al otro lado de la puerta corredera.

Erika.

Durante unos instantes Alonso no pudo hacer absolutamente nada, solo tratar de que su cerebro lograse traducir aquellas grotescas imágenes. Cuando lo consiguió, comprendió que había dejado de respirar, y necesitó hacerlo repetidamente.

Su primer impulso fue el de precipitarse hacia ellos.

El segundo fue el de esperar.

Y Alonso nunca se dejaba llevar por el primer impulso.

El carácter complejo de Alonso Urbizu poseía un rasgo que lo diferenciaba. En los momentos de mayor tensión, allí donde otros se precipitaban a tomar decisiones y actuar, él acostumbraba a detenerse y pensar con frialdad. En los conciertos le pasaba lo mismo. Había pianistas que poseían un enorme talento pero acusaban la presión del público, del jurado o de sus propias expectativas, lo que les hacía precipitarse. Alonso, en cambio, era capaz de encontrar su propio espacio, aislarse en él como la oruga en su capullo y definir lo que quería hacer en cada momento. El resultado era que parecía tener una disposición diferente del tiempo, como si pudiese detenerlo a su antojo y tomar de él la cantidad que

necesitase, rara habilidad que, además, le permitía ver más cosas que a los demás. Y había dedicado su vida entera a desarrollar esa capacidad.

Al mismo tiempo poseía dos afluentes claramente diferenciados: en uno era capaz de los más altos vuelos, se inclinaba ante la verdad y la belleza y tenía lo sublime como ideal. El otro era mucho más tenebroso y estaba familiarizado con los suburbios del ser humano, sus connivencias y sus atajos, y echaba mano de uno o de otro según sus necesidades de cada momento. Además, sabía reconocer un instante de inspiración y tenía la paciencia necesaria para aguardar a que este se revelase por sí solo.

Alonso contempló la dantesca escena y, por el momento, no hizo nada.

Luego pensó que habían debido de asaltarlos, pero todo parecía estar en perfecto orden, no había señal alguna de violencia y la puerta no había sido forzada. Lo único que no estaba en orden era la insólita ubicación de su mujer y de su hijo.

Miró de nuevo a Erika, literalmente derrumbada al otro lado de la puerta corredera, y, al levantar un poco más la vista, reparó en que el seguro infantil de la puerta estaba echado. Y en un instante lo comprendió todo.

Entonces sí, soltó sobre el suelo su portatrajes Roncato, que aún no se había descolgado del hombro, y avanzó hacia ellos a grandes pasos.

Pero, en ese preciso momento, Dani cambió de postura, sobresaltado, sin duda, por el ruido del portatrajes al caer, y, a su vez, Alonso también se detuvo de golpe, como si le hubiesen disparado.

En cierto modo así era.

Un fogonazo. Una idea.

«¿Qué habría sucedido si no llego a aparecer?».

Debía ser cosa de todos los días…, un despiste absurdo, un olvido tonto, y todo se acabó. ¿No había leído que los accidentes mortales más frecuentes eran los domésticos? Un cortocircuito, un fuego olvidado…, cualquier cosa podía ser fatal, y más si no había quien te ayudase. De hecho él no pensaba regresar hasta el día siguiente, pero ¿cuántas veces no había ofrecido tres o cuatro conciertos consecutivos en otras tantas ciudades y se había ausentado durante una semana o incluso más días? Solo en la presente temporada, al menos ocho o diez veces. Teniendo en cuenta que mantenía una media de unos doscientos conciertos por año, se podía decir, sin faltar a la verdad, que vivía más tiempo en los hoteles que en su propia casa.

«¿Qué habría sucedido?».

Su segunda vertiente respondió por él sin vacilar.

«Que habrían muerto».

Aquella idea era terrible, pero no dejaba de ser eso mismo, una simple idea, un pensamiento casi ocioso. Nada, todavía.

Pero en ese momento Alonso sintió cómo una luz irreverente y poderosa, proveniente de las regiones más remotas e inexploradas de sí mismo, se aproximaba a él a toda velocidad, como si lo hiciese sobre un reguero de pólvora, alumbrando a su paso un sendero prohibido e intransitado, un sendero completamente nuevo. Y experimentó una invencible curiosidad por saber dónde desembocaba esa luz.

«Podría no haber regresado esta noche, y esto se habría resuelto por sí solo».

La luz crepitó, se inflamó haciendo chisporrotear sus pupilas y, finalmente, se desparramó sobre su pensamiento consciente, como una llamarada en una estancia llena de gasolina.

«De hecho…, aún podría no regresar».

Aquel segundo pensamiento era mucho más terrible que el primero y fue precedido de violentas contracciones, anunciando de forma inconfundible la germinación de un nuevo ser. El hipócrita amoral que habitaba bajo la comedida apariencia de Alonso se estremeció, sopesó con minuciosidad todas las circunstancias dadas, asegurándose de su fiabilidad y, finalmente, se descubrió.

Los ojos que miraron de nuevo a su mujer y a su hijo fueron terribles.

La bruma se disipó, y Alonso se sintió admirado ante el asfixiante peso que había sobrellevado hasta entonces, experimentando un alivio feroz.

Desechó todo lo demás y se embriagó de él.

Ya sabía quién era.

Por un momento se le vinieron a la cabeza aquellas charlas ociosas con sus amigos del barrio en las largas tardes de verano y sonrió en la oscuridad.

«Si pudieras apretar un botón y hacer que muriesen millones de personas desconocidas, pero hacerte rico a cambio, ¿lo harías?».

Pero él no tenía que apretar botón alguno. De hecho, no tenía que hacer absolutamente nada.

Solo desaparecer.

«Porque te quiero, te abandono…».

Sus pupilas volvieron a encenderse, esta vez con perfecta comprensión, y, detrás de ese fuego, Alonso identificó algo sorprendente, identificó el mal. Y, por un momento, sintió terror de sí mismo.

Pero no…, aquello no era el mal. Ni siquiera podía considerarse egoísmo (un egoísmo que, de haber sido así, habría resultado más que justificable teniendo en cuenta el demostrado por ella cuando…

guardó silencio). No, no podía serlo, pues existía una diferencia fundamental entre ellos dos.

Él no solo estaba pensando en su propio interés.

Pues ¿qué pasaba con todas esas personas que le seguían por todo el mundo, todos esos miles de desconocidos cuyo itinerario vital, como ellos mismos le hacían saber mediante sus cartas o de viva voz, dependía de su actividad artística? Todos ellos le repetían una y otra vez cuánto había influido su música en sus vidas y cuánto la necesitaban. ¿Debía anteponer a todos solo por dos personas? ¿Sería razonable que un médico sacrificase a miles por salvar solo a dos? Ese médico, con razón, sería considerado un monstruo. Y él también era un médico, solo que lo que él curaba era aún más importante, al dirigirse al interior del alma humana y no a su simple envoltura.

Convenciones impuestas, prejuicios colectivos…, nada de eso tenía que ver con él, ahora lo comprendía. El consenso no significaba nada, pues, como decía Borges, podía ser el consenso *del error.* De hecho despreciaba todos esos criterios volubles y caprichosos, pues eran los mismos que en otras culturas y en otras épocas podían decretar la validez de la endogamia o del canibalismo, para luego, años más tarde, escandalizarse por eso mismo.

Él era una fuerza. Un hombre libre.

Un artista.

Y la vida ordinaria no tenía nada que ver con él.

Pertenecía a una aristocracia natural que no dependía de códigos morales, convenciones impuestas ni consensos mayoritarios. El orden moral establecido por otros no tenía validez para él.

¿Qué necesidad tenía de aceptarlos?

Su pregunta no era retórica, sino rabiosamente literal, y, desde algún lugar de su tenebrosa conciencia, Alonso se respondió a sí

mismo con toda el alma.

«Ninguna».

Es más, si aquello hubiese sido el mal, también habría aceptado el pago, habría sido malvado. Pero aquello no era el mal. No podía ser el mal algo que beneficiaba a tantos.

«Ellas siempre ganan».

«Esta vez no».

Alonso permaneció sumergido en las sombras, casi desleído, durante un tiempo indefinido. Sus ojos ahora estaban turbios, como si tras ellos habitase un muro infranqueable, y sus pupilas dilatadas al máximo, y no solo por el efecto de la oscuridad.

Una impresión de profundo bienestar lo invadía. Era el momento más importante de su vida, y se daba perfecta cuenta de ello.

De pronto se sobresaltó, pues Erika comenzó a convulsionarse quedamente.

Alonso lo comprendió enseguida: estaba llorando.

No sintió la más mínima lástima.

«¿Sintió ella lástima cuando… guardó silencio?».

Aquello ya no era de su incumbencia. Habían tratado de manipularle, pero la Providencia le había puesto a su alcance una nueva oportunidad, y debía aprovecharla. No abandonaría sus conciertos, no retomaría sus clases. Lo único que retomaría sería esa vida que le había sido arrebatada. Pasaba de perderlo todo a tenerlo todo, y no tenía que hacer nada a cambio, absolutamente nada. Solo desaparecer.

Todo encajaba, como en una fuga de Bach.

Cuando aquella idea alcanzó el fondo de su conciencia, Alonso se desconectó.

No había visto nada. No sabía nada.

No había estado allí.

Aguardó pacientemente a que Erika volviese a retomar el sueño, sin mover ni un solo músculo. Cuando lo hizo, recogió su portatrajes del suelo, con sumo cuidado esta vez, y comenzó a retroceder despacio hacia la puerta, alejándose tanto de ellos como de aquella vida abominable que le exigía semejante sacrificio en virtud de lo irrisorio, de lo banal.

Abrió la puerta sin hacer un solo ruido.

Y se marchó.

24

En su camino de regreso a Oviedo, Alonso no pensó en nada, sino que se dedicó a escuchar a todo volumen y con auténtico deleite el que era, de largo, su concierto favorito: el segundo de Brahms, en la magistral interpretación de Emil Gilels.

Llegó a su hotel pasadas las cuatro de la mañana. Solicitó en recepción la tarjeta de la suite que, al fin y al cabo, tenía reservada, e indicó que se quedaría un par de noches más.

La habitación le pareció extraordinariamente confortable y acogedora.

Y durmió como hacía años que no dormía.

Tercera parte

Alonso

La mejor forma de predecir el futuro es crearlo.

Peter Drucker

25

El laberinto de cristal se hacía cada vez más enrevesado, como esos agotadores trabalenguas mentales que se formulaba a sí misma de niña y que retorcía en su cabeza hasta que ya no era capaz de continuar.

«Yo sabía que ella lo sabía; y ella sabía que yo sabía que lo sabía; por lo tanto, yo sabía que ella sabía que yo sabía que lo sabía…».

Todo era de cristal, un imposible universo helado atestado de aristas brillantes en el que no se podía aferrar nada.

«Abrazafarolas…, pellizcacristales…».

Sus muros congelados no parecían ser frágiles, sino todo lo contrario.

Erika quería correr, en cambio, se obligaba a caminar con cuidado. Todo parecía

(«peligroso»)

inestable, escurridizo.

Tampoco tenía muy claro si estaba buscando a alguien o si alguien *(algo)* la buscaba a ella.

Lo único que sabía era que debía salir de allí cuanto antes.

Entonces comenzaron a retumbar de nuevo los golpes, sordos, urgentes…

Tum, tum, tum, tum.

Y sus pulsaciones volvieron a dispararse.

No parecían provenir de cerca, sino

(«de dentro»)

de un lugar indefinido, y hacían vibrar el suelo por el que caminaba como si un balón de baloncesto rebotase sobre un entarimado de madera.

Aquellos inmensos corredores de hielo parecían desdoblarse una y otra vez, como un espejo infinito, recodo tras recodo, pasillo tras pasillo. En cambio, sus senderos se hacían cada vez más cortos, y Erika estaba segura de estar acercándose al corazón del laberinto.

«Camina más rápido, no te caigas, sobre todo no te caigas. Sé prudente, pero no dejes de caminar».

Algo le decía que, en caso de caerse, ya no podría levantarse. Los golpes se hacían cada vez más audibles. Fuera lo que fuese esa cosa, por fin se acercaba. Hasta que, a pocos pasillos de distancia, apareció una silueta humana, muy difuminada aún tanto por la distancia a la que se encontraba como por los cristales que los separaban.

«¿Alonso?».

«¡La había encontrado!».

La silueta llevaba algo en la mano, y los golpes parecían partir precisamente de ahí, aunque su sonido llegaba hasta ella unos instantes después, como retardados, un objeto pesado y robusto

(«¿un bastón?, ¿una muleta?»)

que le resultaba vagamente familiar, con el que golpeaba una y otra vez el suelo como… un jugador de hockey que tratase de intimidar a su oponente con su *stick*.

En cuanto la figura reparó en ella, los golpes contra el suelo se redoblaron, exultantes, y la silueta comenzó a avanzar hacia ella a

enorme velocidad, como si lo hiciese sobre patines.

Erika aún no podía distinguir sus facciones con nitidez, desdibujadas a través de los cristales como una acuarela mojada, pero le desconcertaba la actitud que creía adivinar en su rostro, una expresión decidida y enfadada a la vez, como si su dueño se sintiese obligado a cumplir con un ineludible deber, con una penosa obligación.

La silueta se dirigía hacia ella sin disimulo alguno, imperturbable, imparable.

De pronto, al doblar una de aquellas innumerables esquinas, Erika lo perdió de vista. La silueta sencillamente desapareció, y, durante un prolongado espacio de tiempo, no volvió a saber nada más de ella ni a sentir sus golpes, volviendo a quedar de nuevo sola y en silencio.

«Otra vez no…, no quiero volver a estar sola».

Erika trató de gritar, llamarle de algún modo, pero aquel silencio sepulcral y místico la contenía, como si todo pudiese hacerse pedazos con solo alzar la voz.

«¿Por qué estaba enfadado…?».

Entonces, de la nada, la silueta surgió de nuevo, y, con ella, la mariposa inquieta de su estómago comenzó a aletear otra vez. Había avanzado mucho, pues ya solo la separaban de ella dos o tres pasillos, y, al verla, los golpes contra el suelo se reanudaron con frenética emoción.

La silueta volvió a desplazarse

(«a deslizarse»)

hacia ella a toda velocidad, tan rápido que Erika apenas podía distinguirla a través de los cristales. Pero ahora sí que había una diferencia: ya no parecía enfadado, sino todo lo contrario, feliz, eufórico.

«¿Y de qué te extrañas? Claro que está feliz. Y tú también deberías estarlo. ¡Por fin te ha encontrado!

»Lo único que…, que esa persona…».

No era Alonso.

Sino tu padre.

La inconfundible figura de su padre avanzaba por el pasillo con imparable determinación, directamente hacia ella.

Erika se sintió paralizada por el terror.

Al llegar a su altura, el señor Basilio se detuvo y se dedicó a mirarla fijamente, con torva curiosidad, a solo dos o tres pasillos de distancia. El pelo grasiento, encrespado de pura excitación, los ojos desencajados…, y comenzó a golpear el suelo de nuevo con su muleta con enloquecido entusiasmo, a toda velocidad, como un perro enorme y grotesco meneando el rabo sin control.

Inesperadamente, rasgando de arriba abajo aquel silencio reverencial, su padre comenzó a gritar, babeando de euforia:

—¡TE LO DIJE! ¡TE LO DIJE, CONEJA DE MIERDA! ¡¡¡TE DIJE QUE LUEGO IBAS TÚ!!! ¡¡¡Y TE VOY A PONER EL CULO MORENERU, YA LO VERÁS!!! ¡¡¡TE PONDRÉ EL CULO MORENERU!!! ¡¡¡TE PONDRÉ EL CULO MORENER…!!!

Sin terminar la frase, la grotesca figura hizo algo que llevó el terror de Erika al borde del paroxismo: como si considerase que había perdido demasiado tiempo en informarla, comenzó a correr súbitamente, aullando de júbilo, sin dejar de golpear el suelo con su muleta, como una bestia que por fin alcanzase a su presa. Dobló casi cayéndose las dos esquinas que los separaban y se precipitó sobre ella gritando:

—¡¡¡AHORA VAS TÚ!!! ¡¡¡AHORA VAS TÚ!!! ¡¡¡AHORA ES CUANDO VAS TÚ!!!

Erika despertó gritando, pero sin emitir un solo sonido.

Tenía el vello del cuello y el nacimiento del pelo completamente

erizado, como una fiera acorralada, estaba empapada en sudor y había cerrado con tanta fuerza los puños que se le habían clavado las uñas sobre las palmas de las manos, haciéndolas sangrar.

Por unos desconcertantes instantes su terror se enlazó con la realidad al constatar que seguía oyendo los golpes fuera de su sueño, aunque enseguida comprendió que se trataba de los latidos de su propio corazón.

«Dios… DIOS… Qué pesadilla tan horrible».

Abrió los puños y experimentó un liberador alivio al sentir que las uñas se le desincrustaban de la carne. Después permaneció un buen rato sin moverse, esforzándose por lograr que sus pulsaciones recobrasen su ritmo normal de nuevo.

Sentía todo el cuerpo pegajoso y entumecido, como aquella vez que se pasó una semana entera de acampada, durmiendo en la playa y aseándose en los baños públicos.

Como si, en efecto, su pesadilla se prolongase en el mundo real, lo primero con lo que se encontró al abrir los ojos fue con otro muro de cristal: el de la puerta corredera. Al parecer había dormido allí mismo, encogida sobre sí misma, y le dolían todos los huesos del cuerpo, aunque no tenía consciencia ni recuerdo alguno de haberse quedarse dormida.

Solo recordaba los ojos de Dani.

Pero ahora no quería pensar en eso.

Se acercó un poco más y miró a través del cristal, pues, con la luz del día, la puerta corredera se convertía en un espejo a cierta distancia. Y enseguida encontró a Dani, dormido en la misma posición de la noche anterior.

No había cambiado de postura en toda la noche…

«No seas ridícula. No lleváis aquí tanto tiempo como para eso».

«Los niños resisten menos que los adultos…».

Como en la jornada anterior, le parecía increíble que ya fuese de día. Pero esta vez era domingo, gracias al cielo, gracias al Altísimo ya era domingo, y eso significaba que Alonso aparecería en cualquier momento.

¿Podía ser que llevasen así apenas dos días? Desde luego aquello le pasaría factura psicológica. Jamás había sufrido tanto, de eso estaba bastante segura, y eso que su existencia previa tampoco había sido idílica precisamente. Pero ni siquiera el difuso recuerdo de su infancia le infundía tanto pavor como el que había pasado esos dos días.

«AHORA ES CUANDO VAS TÚ...».

Qué pesadilla, por Dios, aunque no muy diferente, a decir verdad, de la realidad de aquellos días. Y eso que su padre rara vez la tomaba con ella, en eso tenía mucha suerte. Su madre parecía tener la exclusiva de ese privilegio. Por eso también le había impactado tanto encontrar aquella nota.

«LUEGO VAS TÚ».

Pero ahora ya daba igual. El único que estaba a punto de aparecer por allí era Alonso, y solo pensar que en breve podría atender por fin a Dani, darle de beber y de comer, quitarle ese abominable pañal… bastaba para hacerla sentir más feliz de lo que se había sentido en su vida.

Aunque aún podía quedar un buen rato para eso.

«Las cosas siempre pasan por algo».

Esa era la frase favorita de su madre, al menos la que decía con más frecuencia, junto con su inseparable:

«Pero, hija…, eso todo el mundo lo sabe».

Solo que no era verdad. Con demasiada frecuencia las cosas no pasaban «por algo», sino por nada en absoluto. Y, por muy convencida que estuviese su madre de que al orden universal le

importaban muchísimo sus miserables andanzas —por ejemplo, que se hubiese olvidado de levantar el jodido pestillo de la puerta antes de salir a cenar—, seguía sin ser verdad, por el sencillo motivo de que ni siquiera existía un orden universal. Todo era fortuito, casual, caótico. La felicidad o la catástrofe entraban o salían de la vida de cada uno en cualquier momento, y un descuido cualquiera podía poner en peligro la vida de tu hijo, sin más. Era aterrador. Casi podía oír una voz maligna reproduciendo aquella cantinela infantil que siempre le había parecido estúpida y cruel, incluso de niña.

«Aaah…, se siente. ¿Te olvidaste de levantar el pestillo? Peor para ti. No esperes piedad, porque no la habrá. Debiste poner más cuidado. Te caíste al agua, una pena, porque el barco ya empieza a hacerse pequeñito, pequeñito… mientras tú braceas inútilmente. En el mundo real las cosas funcionan así. Nadie se dignará a echarte un salvavidas, por poco que les costaría».

Y en eso consistía, a grandes trazos, ser adulto, y más concretamente ser madre: no perder nunca de vista el puto barco.

Podía imaginar a la perfección el titular, ocupando quizá un par de minutos al final de los telediarios:

«Una madre y su hijo mueren encerrados en su particular vivienda, ubicada en la copa de un árbol».

Y también podía ver a todos esos miles de desconocidos meneando la cabeza a un lado y a otro con condescendencia, y hasta escuchar sus comentarios:

«Si es que…, a quién se le ocurre».

No, las cosas no siempre pasaban por algo. Otra tontería más de los pueblos al fin y al cabo, fruto de la ignorancia y la superstición. Las cosas pasaban porque sí. Y todavía pasaban más porque sí cuando una la cagaba.

Y esa era la única verdad universal que ella había conocido.

¿Qué motivo había, en el nombre del Señor, para que su hijo tuviese que pasar por esto?

«Pero, hija…, eso todo el mundo lo sabe».

«Pues hay algo que también sabe todo el mundo, mami: si salgo de esta, no vuelvo a Walden ni atada».

Aunque, bien pensado, aquella sensación tampoco era nueva, la de la culpabilidad. De hecho, ¿había conocido un solo día, en su breve experiencia como madre, en el que no se hubiese sentido culpable por algo? Estaba bastante segura de que no. Ese estigma vergonzoso que parecía amenazarlas solo a ellas, ese temor abominable del que ninguna hablaba pero que parecía acecharlas en todo momento y que se concretaba en esas tres aterradoras palabras: ser mala madre. Ese terror parecía estar ahí desde el principio, comenzando con las enfermeras del parto hasta llegar a sus escasas amigas actuales. Incluso desde antes, desde aquella matrona hombruna y desconcertantemente directa, que sacudía la cabeza con desdén ante cada pregunta que ella le formulaba, haciéndola sentir la última de la fila en el reparto del instinto maternal. Pasando por su pediatra, por supuesto, las profesoras de infantil, las enfermeras sin hijos, que, por algún desconocido motivo, se sentían autorizadas a regañarlas… Todas ellas, siempre mujeres, parecían encargarse personalmente de asegurar y fijar ese temor de cualquier madre primeriza con aparente placer, como partícipes desdeñosas de una suerte de conspiración universal.

Ser mala madre.

Incluso había llegado a tener una certeza increíble en alguna ocasión: que la aconsejaban mal *queriendo*. Era difícil entenderlo de otro modo, al observarlas a ellas mismas haciendo todo lo contrario a lo que aseguraban que había que hacer o (lo que ya le parecía el colmo) aconsejándola *lo que a ellas les había ido mal*.

Y todas compartían ese insólito patrón común: tenían clarísimo lo que había que hacer en todo momento, incluso las más inexpertas, lo que no dejaba de ser curioso teniendo en cuenta la cantidad de veces que la tajante seguridad de las unas se contradecía con la tajante seguridad de las otras. Poco importaba. Todas sabían lo que había que hacer. Todas.

Menos ella.

¿Se había sentido preparada alguna vez para ser madre? O, más bien, ¿existía eso de «sentirse preparada» para algo tan… impredecible?

Aun así, siempre le había parecido importante escucharlas, aunque ni ella misma habría sabido decir por qué.

«¿A ti cómo te gusta dormir? Acompañada, ¿no? Pues a tu hijo igual. ¿Y se lo vas a impedir?».

«Tiene que aprender a dormir solo desde el principio. Acostúmbrale a dormir contigo, y ya no querrá otra cosa. Le harás un niño miedoso e inseguro».

«¿Vas a permitir que se pase la noche llorando porque echa de menos a su mamá? Ten por seguro que él está aterrorizado».

«Hay que dejarles llorar por la noche. Es lo mejor para que se acostumbren. Método Estivill. ¿No lo conoces?».

Pues no, no lo conocía.

O el clásico entre los clásicos:

«La leche de fórmula está bien. Pero, claro…, no es lo mismo».

Todo ello proferido con el inconfundible tono de lo evidente, de lo incuestionable, y avalado siempre por las palabras más poderosas de todas:

«Es lo mejor para él».

Convenciones indiscutibles, recomendaciones severas que, no obstante, parecían variar de un año para otro, incluso referidas a

temas tan serios como el de las vacunas; hábitos perniciosos (el del chupete seguía siendo el más popular, esa trampa mortal de bocas deformadas y desarrollos adictivos que ella había tenido la inmensa fortuna de evitar, ya que Dani nunca había mostrado el menor interés en él), desarrollos cognitivos inadecuados, en función de ciertas habilidades que, al parecer, todos los niños debían adquirir precisamente al mismo tiempo; estándares incorrectos, percentiles desviados…

Y todas ellas —principales o secundarias, vecinas con hijos o sin hijos, lo mismo daba, nuevas y pintorescas «amigas» del grupo de preparto que ahora también accedían a su casa mediante los grupos de WhatsApp, compañeras de trabajo…, incluso la desconocida de turno que la abordaba en la cola de la pescadería mientras trataba de comprar y dormir a Dani al mismo tiempo— parecían compartir ese mismo objetivo común.

Hacerla sentir mala madre.

Y lo peor de todo es que solían conseguirlo.

Erika cerró los ojos con fuerza y los masajeó con las yemas de los dedos, como si pudiese evitar así la intromisión de más pensamientos externos, pero sabía que no lo lograría. Se sentía demasiado dispersa.

Sobre ella, la algarabía del bosque se desplegaba una mañana más: pájaros, cigarras, incluso ardillas pasando de un árbol a otro con sorprendente agilidad. Se acordó de su golpe y se palpó el escalón de su frente con los dedos. Parecía estar cicatrizando bien, pues ya casi no le dolía, aunque, muy en parte, seguía sintiéndose tan indiferente como el día anterior, y esa indiferencia comenzaba a preocuparla. No se encontraba mal anímicamente, sino que era más bien… simple apatía, como si, después de todo, no se estuviese tan mal en aquella terraza.

«¿Síndrome de Estocolmo con tu terraza? ¿No estarás perdiendo de verdad la cabeza?».

No, no lo creía. Lo que sí que tenía claro era que cualquier cosa era mejor que Dani gritándola al otro lado de la puerta. Por eso no le parecía mal que siguiese durmiendo.

Alonso, en cambio, dormía muy poco, y se despertaba siempre pronto…, pero también daba lo mismo. No se saltaría sus horas de estudio por nada del mundo, así que unas cuantas horas más de espera no se las quitaba nadie.

Maldijo su piano, y no por primera vez.

En realidad siempre había tenido sentimientos encontrados hacia su piano…

«¿Sentimientos encontrados? Por favor, es odio, puro y simple odio. ¿A quién quieres engañar? Le prenderías fuego sin dudarlo».

Pero no, no era odio exactamente. Era demasiado absurdo sentir odio hacia aquel estúpido armario empotrado. Se trataba de algo más impersonal y más escurridizo a la vez, como la esposa engañada que no siente tanta animadversión hacia la amante de su marido como hacia su influjo. ¿Cuántas veces no había pensado que se trataba de una adicción como cualquier otra, por muy revestida de trascendencia que se encontrase? Y, por lo tanto, como pasaba con todas las adicciones, algo que escapaba a su control.

Había observado incontables veces a su marido frente a su piano y nunca le había parecido que su actitud revelase placer alguno, más bien al revés. Esos gestos espasmódicos, como si estuviese siempre a punto de aferrar algo, esas repeticiones obsesivas, compulsivas, la tremenda tensión que reflejaba la expresión de su rostro… solo revelaban sacrificio, angustia, *sufrimiento*.

En ese rostro desencajado habitaba mucho más que concentración.

Una devoción ensimismada, una entrega absoluta…

«El interior de un fanático».

Y, si alguna vez, por el motivo que fuera, ella lo interrumpía un instante —algo que, en realidad, no sucedía prácticamente nunca—, Alonso, que de ordinario no se perturbaba por nada, podía llegar a dar un salto sobre su taburete de puro espanto. Entonces acontecía algo terrible: Alonso permanecía en silencio mirándola fijamente con los ojos muy abiertos, desconcertado…, atónito. Y, por muy importante que fuese lo que le tuviese que decir en ese momento —por ejemplo, recordarle una cita médica de Dani—, ella se sentía invariablemente fuera de lugar, como si le hubiese hecho regresar de lejanas latitudes para hablarle de algo insignificante. Era como interrumpir la cuenta de un obsesivo compulsivo. No decía nada, pero su mirada hablaba por él, haciéndola responsable de aquel ultraje.

Y lo que habitaba tras esa mirada… no le gustaba nada.

No es que fuese como lo de su padre con la bebida, claro, pero esa impresión de fugitiva ausencia, de evasión…, sí que era exactamente la misma.

Aunque por quien más le dolía era por Dani, y por el propio Alonso, que, quizá sin ser consciente de ello, se estaba perdiendo algo que ya no regresaría. Era evidente que, para su marido, pasarse una tarde haciendo croquetas de plastilina o castillos con el Lego no era más que una simple y descomunal pérdida de tiempo, como si no encontrase nunca contraprestación por ello. Por supuesto, las gracias de Dani también le pasaban desapercibidas. Si estaba solo con él, algo que rara vez sucedía, le ponía dibujos o le daba la tablet directamente y volvía a sus partituras, incluso aunque no estuviese tocando. En muchos sentidos era como si Dani ya no tuviese padre, aunque más doloroso aún, por tenerlo delante de él.

Frente a Alonso también había una puerta corredera, y, sobre las maravillas que hubiese al otro lado de esa puerta, solo tenía constancia él.

Dani, por supuesto, ya estaba más que acostumbrado a convivir con aquella sombra ausente y silenciosa que era su padre, pero ella no lo estaría nunca. Alguna vez había pensado que, con el tiempo, Dani también iría perdiendo interés en él, pero no era así para nada, con esa cualidad tan caprichosa del amor que tantas veces parece elegir a quien más lo desdeña. Dani lo prefería abiertamente a él, ya fuese a la hora de levantarlo de la siesta —algo que siempre le costaba mucho— o para leerle un cuento antes de irse a dormir, que era una de las mínimas cosas que Alonso hacía alguna vez con él. A ella no le importaba, todo lo contrario, pero le dolía que el cariño de Dani hacia su padre no fuese correspondido. Dani era muy sentimental, igual que ella misma, y, de vez en cuando, durante la comida, se abrazaba a la pierna de Alonso con todas sus fuerzas y le decía: «Te-ero, papi», mientras que Alonso, sin prestarle atención alguna, seguía tamborileando sobre la mesa el pasaje pianístico que estuviese trabajando en su cabeza en ese momento.

Frente a su piano, en cambio, era la viva imagen de la devoción. Toda su pasión, toda su vitalidad, todo Alonso estaba ahí.

Para todo lo demás, parecía siempre indiferente o distraído.

Erika se había reprochado mil veces esos pensamientos y muchos otros, diciéndose a sí misma que Alonso era así y que su forma de manifestar su cariño no tenía por qué ser la misma que la de ella. Hasta que comenzó a percibir también su malestar hacia su simple presencia…

Su divagación se interrumpió al captar por el rabillo del ojo algo de movimiento en el interior de Walden: Dani acababa de cambiar de posición, y Erika volvió a preguntarse cómo lo iba a hacer para

aguantar las próximas horas.

Pero las horas fueron pasando, una a una, largas, pesadas, tediosas… y llegó un momento en que comenzó a dudar también sobre si, al fin y al cabo, no se habría equivocado en el recuento de las horas y de los días. Su cabeza llevaba ya demasiado tiempo sin funcionar bien. Quizá se equivocó cuando perdió el conocimiento, tras darse el golpe en la cabeza. Si de verdad era domingo, Alonso tenía que haber llegado ya.

Y se sentía tan dispersa…

La difusa somnolencia del día anterior la acechaba de nuevo, y solo deseaba dejarse ir de una vez, sin más, dejarse arrastrar por esa misteriosa embriaguez que tiraba de ella hacia algún lugar remoto. Conocía esa embriaguez, la había visto en muchos de sus pacientes al recibir una noticia pésima, o, más frecuentemente aún, en los familiares de sus pacientes: un marido que perdía a su mujer en un accidente de tráfico, una madre desesperada al perder a su hijo… La conciencia se desconectaba de algún modo, se quitaba de en medio, y su portador, agradecido, perdía el conocimiento.

Lo único que le impedía hacerlo era Dani.

Pero Dani ya no jugaba. Dani ya no se movía…

Dani ya no hacía nada.

El bosque parecía contribuir a intensificar su sopor, y, a medida que avanzaba el día, parecía incrementarse también ese sordo fragor que la rodeaba, monótono, uniforme, recalcitrante. Su cabeza, derrengada, volvía a divagar una y otra vez sin orden ni concierto, evocando ahora a don Bernardino, nada menos, su profesor de primaria.

«Qué cosas nos depara la mente…».

Bajito, encogido de hombros, calvo y con una barba larga como la de un enanito del bosque, don Bernardino irradiaba fuerza,

confianza en sí mismo y autoridad. Nunca había conocido a nadie que hiciera un uso tan eficaz del silencio como aquel hombre. Allí donde otros profesores se desgañitaban tratando de hacerlos callar, don Bernardino se limitaba a mirarlos, uno a uno, y en silencio. Una mirada extrañada, dolida, que preguntaba claramente, tan claramente que casi podía oírse:

«Pero… ¿cómo has podido?».

Ante aquella mirada incrédula el silencio se imponía como una losa, tan pesado y angustioso que se podía oír con toda claridad el tictac del reloj de la clase. Nadie era capaz de soportar esa mirada sobre sí mismo y seguir hablando, ni siquiera los más rebeldes; y, desde luego, nadie osaba interrumpir ese silencio.

Don Bernardino no hacía nada más, solo mirarlos, pero el hecho de hacerlo de forma individual y no a todos a la vez lo cambiaba todo. Si hubiesen estado solos con él, ya habría sido malo. Pero a la vista de los demás… resultaba sencillamente insoportable, como si aquella mirada extrañada sacase a colación lo peor de cada uno de ellos, haciendo aflorar a la superficie lo que tanto deseaban ocultar.

El silencio de aquel bosque era de la misma naturaleza sádica.

Muchas horas más tarde Erika ya se había convencido por completo de haberse equivocado en sus cálculos. Y Dani seguía sin moverse.

Miró una vez más a través del cristal, buscando por enésima vez algo que beber, algo de comida, lo que fuese. Su vista planeó de nuevo sobre el sofá, con su mantita para las películas del sábado noche pulcramente doblada a sus pies, el piano de Alonso, reluciente como un espejo bruñido, el escaso mobiliario de Walden, distribuido por rincones…

Entonces fue cuando vio las flores sobre la mesa de la entradita.

26

Julius Korzeniowski había dedicado la mitad de su vida a desmontar las cosas para entender su funcionamiento, y la otra mitad a volver a montarlas.

Esa había sido su escuela de ingeniería.

Partiendo de ahí había diseñado, fabricado y registrado más de treinta patentes, algunas de ellas realmente exitosas, lo que le había permitido abandonar su anterior oficio como peón de la construcción para dedicarse de lleno a su verdadera pasión: los inventos. Criado en el campo, no habiendo pisado un colegio en su vida y predestinado, en principio, a seguir los pasos de su padre en los huertos de su Cracovia natal, Julius nunca se hubiese imaginado que alguien pudiera ganarse la vida solo con su ingenio. Hasta que una empresa española se interesó por primera vez en su «dispensador mecánico para animales» (cuya autonomía, a diferencia de los eléctricos, no se agotaba nunca, y por lo tanto carecía de coste energético), y el beneficio económico que aquello le reportó superó con creces todo lo que había ganado hasta ese momento trabajando con su padre. Fue entonces cuando decidió trasladarse a España y probar fortuna, comenzando a trabajar como bracero precisamente para Basilio, el marido de la prima segunda de su madre, en espera de nuevas oportunidades. No tuvo que esperar demasiado: su

«educador bovino» —un entramado autónomo de sensores y rieles para el cuidado del ganado— fue un éxito casi inmediato, y en esta ocasión sus ingresos duplicaron los anteriores en pocos meses.

El propio Julius ignoraba cómo se le habían ocurrido aquellos inventos o si sería capaz de repetirlos, y por ese motivo aceptó el que sería su segundo y último empleo estable en España, esta vez en la construcción. Lo que sí notaba era algo fuera de lo común en sí mismo. Las ideas se le agolpaban en la cabeza pugnando por salir, como el agua de una presa a punto de desbordarse, como si estuviese rodeado de un millón de puertas que abrir y no supiese por cuál decidirse. Hasta que abrió la tercera de ellas, un inverosímil economizador de riego, y la presa, por fin, comenzó a desbordarse.

Julius dejó su trabajo en la obra, construyó con sus propias manos un taller a su medida, cerca de Bilbao, y decidió dedicarse de lleno a sus inventos.

Recluido en su estudio, amparado por la tenue luz de su lámpara incandescente de creación propia y dirigido únicamente por su instinto, Julius se sentía liberado y preso al mismo tiempo, como un alcohólico que se hubiese instalado a vivir en su propia bodega. Todo tipo de ideas inverosímiles, aparentemente desconectadas entre sí, se enlazaban en su imaginación insondable, y Julius asistía asombrado a un rutilante desfile de cuyo origen o desenlace, en realidad, no tenía la menor idea. Se limitaba a trascribir cuanto veía, mediante unos dibujos que solo él podía entender, después lo pasaba a un idioma inteligible y seguía trabajando en ello durante meses, hasta el momento en que, por fin, acudía a su oficina de patentes.

Solo entonces descansaba.

Con su quinta patente, Julius Korzeniowski ya se había convertido en Julio, y su verdadera vida acababa de comenzar.

El goteo se convirtió en torrente, y pronto tuvo que contratar un servicio especial en su gestoría que le ahorrase todos esos viajes y papeleos y se ocupase de las constantes actualizaciones y mejoras de sus anteriores patentes. Eso sí, para el sagrado momento de registrar una nueva patente por primera vez, no confiaba en nadie más que en él, y acudía siempre solo al registro.

Con el tiempo terminó familiarizándose con los planos, las leyes (tanto las físicas como las judiciales) y los programas informáticos, que aborrecía con toda el alma. A cambio, sus patentes fueron haciendo de él un hombre rico. Pero el dinero nunca le interesó tanto como el hecho de poder librarse de aquellas ideas que lo acosaban incluso durante el sueño. De hecho, seguía viviendo como un humilde obrero, cenando casi invariablemente los bigos de su Polonia natal cada noche y vistiendo los mismos pantalones raídos. Y trabajando bastante más que en aquellos años, por cierto.

Pero aquel sábado por la tarde decidió que ya no trabajaría más. Llevaba catorce horas seguidas enfrascado en su «generador magnético» —un revolucionario invento que, de ser capaz de terminar, aglutinaría un sorprendente caudal de energía luminosa utilizando la simple dinamo de una bicicleta— y, aunque en verdad le daba igual que fuese sábado o martes, pues para él no había diferencia alguna, llevaba cincuenta días seguidos enfrascado en su generador y sabía cuándo estaba perdiendo el tiempo. La creatividad, por desbordante que fuera, tenía sus exigencias, y obligaba a guardar un mínimo barbecho de cuando en cuando, ese que a veces costaba tanto distinguir de la apatía. Debía parar, un día como mínimo, preferiblemente dos, y esperar a que se posase un poco todo aquello que ahora mismo levitaba a su alrededor como si fuese un brujo abrumado por los espíritus que acaba de convocar.

Entonces se le ocurrió la idea de visitar a su querida sobrina

Erika… y a Alonso, su marido, al que quería como a un hermano. Hacía ya algún tiempo que no sabía nada de ellos, salvo que, desde la muerte de Micaela, se habían recluido en Walden.

Qué terrible había sido lo de Micaela. Por suerte los chicos parecían haberlo encajado bastante bien.

Además, así aprovecharía para atar algunos flecos que había dejado sueltos por allí (Julio era una de esas naturalezas incapaces de ir a visitar a alguien sin aportar algún bien): anclar los muebles a la pared, por ejemplo, no fuese a ser que algún día se le cayesen al niño encima; rematar algunos resquicios que faltaban con masilla para que no entrasen bichos…, y alguna cosa más. Y, en ese momento, aunque derrengado literalmente sobre el sofá de su estudio, en el que dormía más que en su propia cama, le pareció una idea estupenda.

Los llamaría ahora mismo y pasaría a verlos al día siguiente.

Pero antes de eso… se tomaría otra Voll-Damm («por no tomarnos una cerveza no nos va a salir mejor», solía decir su padre, frase que a Julio siempre le había parecido de una sabiduría infinita), se levantaría de aquel sofá, que tenía el imperdonable defecto de ser demasiado cómodo, y le daría una vuelta más al jodido imán del alternador, vaya si lo haría, antes de amodorrarse más de lo que ya estaba.

«Tiene que ser la turbina, como hay Dios, la turbina de los cojones que no está alimentando bien el compresor, ya te pasó aquella vez, acuérdate, si puedes hacer que se retroalimente el impulso inicial, ya valdría para activar por sí solo el eje de la dinamo y hacerla trabajar, como te enseñó el tío Apoloniusz, el bueno del tío Apoloniusz que se murió de cáncer el pobre mientras tú acarreabas barreños de agua de sol a sol como un hijoputa, aquello sí era duro, amigo, y no esto, menos mal que te escapaste de los barreños,

joder, que te dejaban las manos como cuero esponjado, que te ibas a la cama tan cansado que no podías ni pensar, qué bien hiciste en hacer caso al pobre Apoloniusz…».

La imaginación tiene vida propia, la divagación solo es su sombra.

La unión de ambas da lugar al sueño.

Julius Korzeniowski dormía.

A la mañana siguiente se había olvidado por completo de su idea de visitar a Erika, de los muebles de Walden y hasta de su misma existencia, y lo único que habitaba en su mente era cómo hacer funcionar de una vez la turbina de su «generador magnético».

Pasó el domingo entero enfrascado en ello y ese mismo día regresó a la cama despreocupado y feliz por primera vez en los últimos dos meses, convencido de haberlo resuelto y haberse librado, por fin, de aquella obsesión que tanto lo torturaba.

27

Erika permaneció mirando las flores durante largo tiempo, sin comprender.

Alonso solía traerle los ramos que le regalaban en sus conciertos, y, cuando estaban en Walden, los colocaban siempre en ese mismo jarrón, donde permanecían durante cinco o seis días. Después, antes de que las flores se pusiesen feas, ella las sacaba del agua y las clavaba bocabajo en la terraza o en cualquier otro lugar, pues le daba pena tirarlas. No obstante Alonso tenía demasiados conciertos y el espacio en Walden no era ilimitado, así que terminaron limitando su particular «jardín siniestro» (como lo llamaba Alonso) a los apenas dos metros cuadrados de pared que tenían a la izquierda de su piano, entre la puerta corredera y el baño.

Pero hacía más de quince días desde el último concierto de Alonso…, y recordaba perfectamente haber clavado el último ramo ella misma, cuando el agua ya amarilleaba y las flores decaían. Sin contar con que no habían salido de allí para nada en las últimas dos semanas, claro, salvo para hacer alguna que otra compra en el pueblo.

Y esas flores parecían frescas, recientes.

No entendía nada.

¿Podía ser que Alonso las hubiese cogido del bosque antes de

marcharse y ella no las hubiese visto?

No, no podía ser, entre otras cosas porque esa variedad de flores ni siquiera crecían en el Gorbeia. Además, desde donde estaba veía perfectamente la cinta que las rodeaba, y hasta le parecía adivinar en sus letras rojas e inclinadas el nombre de una famosa floristería: L'ART.

No tenía sentido que esas flores estuvieran allí, sencillamente.

Pero ahí estaban.

Una mariposa de ilusión se posó en su estómago.

¿Y si Alonso acababa de regresar y ella no le había oído y hubiese regresado un momento al coche a coger algo?

Erika se precipitó a la barandilla de la terraza como un niño en la mañana de los Reyes Magos. Pero, al mirar hacia su garaje de madroños, no encontró ni rastro de Alonso ni tampoco de su coche.

Su desconcierto aumentó.

¿Podía ser que Alonso hubiese entrado en casa, dejado allí las flores y se hubiese vuelto a marchar al pueblo a hacer cualquier recado *sin llegar a verlos*? Alonso era lo bastante despistado para eso. Podía verlo, repasando mentalmente algún pasaje de su último concierto, sin ver nada, sin oír nada…, quizá dando por hecho que ellos seguían dormidos.

«¿Cómo va a haber entrado y no ver al menos a Dani?».

¿Y si era al revés? Que los hubiese visto y, comprendiendo enseguida la gravedad de la situación, hubiese salido disparado en busca de ayuda.

«¿Ir en busca de ayuda sin socorrernos antes? Sin darnos agua, sin abrirme la puerta… Eso no tiene ningún sentido».

Erika empujó la puerta por acto reflejo, que se mostró tan hermética como siempre.

Cuantas más vueltas le daba, menos entendía el misterio.

Lo único que tenía claro es que Alonso había estado allí.

¿Y si hubiese venido la noche anterior después de todo, llegando tan cansado que se hubiese ido directamente a dormir?

«Pero… se habría extrañado de no encontrarme en la cama, digo yo. Además, en ese caso, ¿dónde estaba su coche?».

No, era imposible que Alonso hubiese regresado ya. De lo contrario estaría allí su coche, eso no tenía vuelta de hoja. Y tampoco podía ser que los hubiera visto y se hubiese marchado otra vez a comprar el pan. Esas flores tenían que estar ahí desde el viernes, no había otra posibilidad, solo que no había reparado en ellas. A veces le ocurría, lo más obvio le pasaba desapercibido. A saber cuántas cosas más no se le estarían escapando estos tres días…

Pisadas.

Pisadas en el suelo.

Erika sintió que se le encogía el estómago.

A pocos metros de la entradita, en el pasillo que se formaba entre la espalda del gran sofá y la mesa del comedor, tres pisadas adultas comparecían con perfecta nitidez a un metro escaso del lugar donde yacía Dani.

«No puede ser…».

Erika se aproximó a la puerta hasta pegar su frente contra el cristal y aguzó su vista al máximo, pero en realidad no hacía ninguna falta. Con la luz oblicua de la tarde aquellas huellas se verían desde el otro extremo de la terraza.

«¿Me vas a decir que esas pisadas también llevan ahí desde el viernes?».

Esas pisadas no podían llevar allí desde el viernes por el sencillo motivo de que, si estaban ahí, era precisamente por el agua que había derramado Dani. Y eso había sucedido *después* de que Alonso

se marchase. De hecho, aún se podía distinguir el sinuoso cerco color pardo que había dejado el agua sobre el entarimado de Walden, a pesar de estar ya casi seco, y las blanquecinas ondas difuminando el curso de la madera en su interior.

Esas ondas desleídas aparecían interrumpidas por las huellas de unos zapatos adultos…, ligeramente embarrados para más señas.

Alonso había estado allí, los había visto… y se había marchado.

«¿Por qué?».

«¿De verdad quieres hacerte esa pregunta?».

La crudeza de aquella voz alienígena la aturdió como un puñetazo.

Sin darse cuenta, Erika se preguntó a sí misma en un susurro:

—Pero… ¿qué estás diciendo?

«Estoy diciendo que esas flores ayer no estaban; estoy diciendo que alguien las ha tenido que poner ahí. Pero, sobre todo, estoy diciendo que esas huellas solo se han podido formar después de que Dani derramase el cubo de la fregona. De hecho, de haber sido al revés se habrían borrado al caer el agua sobre ellas».

«Alonso ha estado aquí, os ha visto y se ha marchado».

Un largo gemido comenzó a brotar del pecho de Erika. Sus ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas.

«¿Por qué…?».

«Por lo mismo que se marcha a Walden a estudiar cada día; por lo mismo que ves en su rostro cada vez que le interrumpes… Porque le sobráis».

«No…, me niego a creerlo. Tiene que haber una explicación lógica para esto, solo que eres tan estúpida que ni siquiera se te ocurre. En cualquier momento aparecerá, y entonces deberás sentirte avergonzada. Ha ido a buscar ayuda, está claro. Alonso no es un monstruo».

«Un monstruo no…, solo un adicto».

«Y los adictos anteponen sus adicciones a cualquier otra cosa».

Con esa última idea Erika sintió de pronto mucho frío, como si tuviese fiebre y se acabase de desnudar. Se abrazó a sí misma y comenzó a escurrirse sobre sus piernas como si se derritiese, hasta quedar sentada de nuevo frente a la puerta corredera.

Miró de nuevo a Dani, inmóvil desde hacía ya muchas horas, y supo que estaban perdidos.

28

La idea de que Alonso, su marido, el padre de su hijo, los hubiese abandonado le resultó tan monstruosa que, durante unos minutos, Erika ni siquiera pudo volver a pensar en ello, como cuando se tapaba la cara con el cojín en las peores escenas de una película de terror. Y permaneció así durante un tiempo, recogida sobre sí misma y aglutinando las escasas fuerzas que aún pudiesen quedarle, aunque sin saber ni siquiera para qué.

Cuando comprendió que la única tabla de salvación que los amparaba acababa de desaparecer, de algún modo, se liberó.

No hay estímulo como el de perder la última esperanza, ni lastre más pesado.

Saldría de allí por sus propios medios.

Había algo de lo que sí estaba segura: su hijo no iba a morir allí, frente a sus ojos, deshidratado o por inanición, sin que ella diese hasta la última gota de su sangre por evitarlo. Porque eso era exactamente lo que estaba sucediendo: que Dani se estaba muriendo. Si había una sola posibilidad de poder entrar, la encontraría, costase lo que costase. No perdería más energías en lamentarse o en pensar en los motivos que pudiese tener Alonso para abandonarlos, sino que concentraría las que aún le quedasen en esa única cuestión: entrar, entrar a toda costa.

Su vida entera se reducía a eso.

La opción de descender de Walden y buscar ayuda quedaba definitivamente descartada. Ya era tarde para eso. Con las energías que le restaban no llegaría muy lejos.

¿Qué le quedaba?

Encontrar una vía de acceso al interior de Walden. Realmente era la única opción.

La puerta, la chimenea…, las ventanas.

Las ventanas.

A diferencia de la puerta corredera, las ventanas no eran blindadas, sino de cristal ordinario. Y lo sabía bien porque la primera noche que pasaron en Walden Alonso rompió una de ellas, la del baño en concreto, al golpearla con la escalera de mano mientras trataba de cambiar una bombilla, lo que los obligó a mantener esa puerta siempre cerrada hasta que pudieron arreglarla. Recordaba lo desagradable que era ir al baño en esos días y lo maravilloso que les pareció cuando, por fin, pudieron volver a hacer uso de él en mitad de la noche sin tener que regresar a la cama con el culo helado. Pero el problema era evidente: su acceso, desde el exterior, resultaba imposible. Por eso precisamente no había sido necesario poner ventanas blindadas. Nadie podría entrar por ahí.

«Nadie… salvo, quizá, una madre desesperada».

En efecto, desde abajo era imposible alcanzarlas.

En cambio desde las alturas…

Al fin y al cabo, esas ventanas *tan frágiles* no dejaban de estar situadas debajo del tejado de Walden, al cual, por cierto, sí que tenía acceso.

Y también tenía una cuerda.

«No puedes estar pensando algo así. Es una locura».

«Por supuesto que es una locura, ¿y qué otra cosa esperabas?».

Y aun así era menos locura que permitir que su hijo muriese allí mismo sin hacer nada. Si tenía que morir, prefería hacerlo intentándolo todo, también lo disparatado, que viendo cómo Dani se iba quedando sin fuerzas, apagando poco a poco… hasta extinguirse del todo.

Porque eso sí que la volvería loca.

«Problemas desesperados exigen decisiones desesperadas».

Ahora era su jefe de residentes quien, al parecer, se animaba a comparecer —«está claro que aquí dejan entrar a cualquiera»—, el gilipollas de su jefe de residentes, con su mismo tono petulante y autosuficiente de siempre incluido. Pero llevaba toda la razón, por cierto. De hecho, su situación era más que desesperada. Dani no resistiría más allá de ese día, sencillamente. Había perdido toda la jornada anterior dando por hecho que llegaría Alonso y los liberaría —una irresponsabilidad más, eso de relegar la vida de su hijo a una sola opción, en una lista ya demasiado larga—, pero eso también daba ya igual. Tenía que actuar de inmediato.

«¿Actuar? ¿Y cuál es el maldito plan? ¿Entrar por la ventana, a lo Indiana Jones? En las películas el cristal es de plástico, Eri, en la vida real no. Te cortarás, te degollarás».

Dejando a un lado lo de degollarse, el hecho de cortarse un poco, incluso el hecho de *cortarse mucho* le parecía un precio perfectamente razonable por entrar. Claro que si se cortaba de verdad de poco le serviría…, pero no se podía prever todo en esta vida.

«Si me descolgase poco a poco, podría romper el cristal de una patada y luego tratar de entrar de algún modo. No parece tan difícil».

Walden tenía muchas ventanas. ¿Cuál era la más accesible? Las dos de las habitaciones se encontraban al otro lado de Walden, en la

cara oculta de la luna, o, menos poéticamente, el culo de Walden. No podía verlas, pero conocía de sobra su tamaño, más que suficiente para poder entrar por ellas. En cambio la diminuta ventana del baño, aunque en apariencia más accesible que las otras dos al estar ubicada en el mismo lateral en el que ella se encontraba, resultaba demasiado pequeña incluso para el tamaño de Dani. Además, esa ventana tampoco se encontraba realmente a su alcance, pues la terraza de Walden se interrumpía poco antes de llegar a su altura.

«¿Por qué se interrumpe?».

Lo recordó antes de mirar en su dirección: por el hueco de la caldera.

Luego estaban los inmensos ventanales del salón, cubriendo casi toda el ala oeste desde el suelo hasta el techo, y que otorgaban a la estancia su espectacular vista. Pero, precisamente por ser tan grandes, le parecía mucho más difícil poder abordarlos. A mayor tamaño mayor cantidad de cristal, y, por lo tanto, más posibilidades de cortarse. Y también parecía más complicado poder agarrarse a algo una vez que los hubiese atravesado. Y con las paredes 3D de la ducha pasaba lo mismo, eran demasiado grandes como para poder maniobrar con un mínimo de seguridad.

Por último estaba la ventana del comedor. *A priori* parecía algo más accesible que las otras, aunque también podía deberse al hecho de que era la única, junto con la del baño, que podía ver desde donde estaba. Pero era demasiado estrecha…, alargada y estrecha. Sería imposible entrar por ahí sin desollarse viva. Y había otro motivo para descartarla: aun siendo la más cercana al lugar en el que ella se encontraba, también era la más distante respecto al previsible punto al que ataría su cuerda, es decir, la chimenea.

Claro…, esa era la clave en realidad. La ubicación en sí de la

ventana no importaba tanto como su distancia respecto al punto de amarre. Por ahí era por donde debía empezar.

Para su sorpresa volvía a sentirse relativamente lúcida, y sabía que debía aprovechar esa nueva e inesperada ola. Había jurado no volver a acercarse a aquel lugar en su vida, pero se encontró encaminándose de nuevo a su ángulo de acceso a las alturas para poder echar un mejor vistazo, aunque sin subir al tejado por el momento. Ascendió por sus improvisados peldaños de madera y, agarrándose bien con ambas manos a su conocido poste, se dedicó a observar la topografía del tejado de Walden con toda atención.

Lo primero que atrajo su vista como un imán fue la chimenea, por supuesto, indiferente y enhiesta, un impasible ídolo de piedra cuya sola visión ya bastaba para acelerar sus pulsaciones. Luego, a unos dos metros de distancia hacia el fondo de Walden —es decir, hacia el lado de las habitaciones—, el propio árbol, Dougli, que asomaba por su abertura como un coloso impasible y obsceno, para terminar prolongándose hacia las alturas. Y un poco más adelante todavía, casi al borde del tejado, el extremo cimbreante de la antena de la televisión, a la que hasta entonces no había prestado ninguna atención.

Erika permaneció un rato valorando sus tres opciones. Aquellos tres baluartes —chimenea, árbol y antena— se encontraban más o menos alineados entre sí sobre el ángulo más elevado de Walden, a orillas del vértice de la V invertida que conformaba el tejado. Y, aunque la ubicación de la antena resultaba estupenda respecto a las ventanas de las habitaciones, su reducido diámetro era, a todas luces, insuficiente para soportar su peso. La verdad es que era una pena, pues su escaso grosor habría resultado óptimo para poder atarse sin desperdiciar cuerda.

Dougli, en cambio, le parecía demasiado grueso, y la chimenea

estaba demasiado lejos.

Su vista continuó descendiendo el tejado en zigzag en busca de cualquier otra opción sin encontrarla, hasta alcanzar el canalón de agua que recorría toda la parte baja del tejado y que ya había descartado por su evidente fragilidad. Tras revisar el conjunto, Erika volvió a contemplar la chimenea y el árbol, en principio sus dos únicas opciones viables, y entonces reparó en un nuevo condicionante: no solo debía elegir el punto de amarre en función de su cercanía, sino que este también debería estar más o menos alineado respecto a la ventana, pues la tensión que se establecería en la cuerda al sostener su peso la haría descender previsiblemente en línea recta. En caso contrario, tendría que balancearse como un péndulo para poder alcanzar las ventanas, a lo *Misión: Imposible*, pero sin ser Ethan Hunt precisamente.

Cuántas dificultades… para alguien que llevaba tres días sin comer y sin beber, y padeciendo como no lo había hecho en toda su vida.

Eso sí, una vez dentro lo tenía todo: agua, comida y, sobre todo, las llaves de la scooter.

Por un momento se imaginó la escena, alimentando e hidratando a Dani precipitadamente y quitándole aquel abominable pañal para tomar a continuación la moto y dirigirse directa a la comisaría de policía más cercana, a denunciar a su marido…

Pero ahora tampoco debía pensar en eso.

Lo que tenía que hacer era actuar ya. No sabía de cuánto tiempo disponía hasta su próximo bajón, y estaba bastante segura de que ese sería el definitivo. Sus energías se habían convertido en un artículo de lujo, un bien escaso e impredecible que podía dejarla tirada en cualquier momento, y el piloto de «gasolina baja» se había encendido hacía ya demasiados kilómetros.

¿Por dónde empezar?

Por elaborar la cuerda, por supuesto, por donde empezaban siempre *Las locas aventuras de la doctora Velasco en Walden*.

Visualizaba su escala como las que usaban los niños de los cuentos para escapar de la casa del ogro, una sucesión de sábanas anudadas unas con otras. Pero en vez de sábanas lo que ella tenía eran hamacas, más original todavía. De hecho esa escala ya estaba lista, o casi lista, pues solo restaría añadir el tramo de la segunda hamaca si lo que pretendía era poder llegar hasta la altura de la ventana. Tendría que asegurar bien la consistencia de sus nudos, eso sí, pues lo que esa escala sostendría ahora sería a una persona y no un saquito de llaves.

Se disponía a bajar de la barandilla para ponerse manos a la obra cuando recordó su odisea anterior, el esfuerzo que le supuso extraer la cadena del columpio o desanudar la hamaca de su soporte para, finalmente, encontrarse con que no podía hacer llegar la cuerda hasta Dani de ningún modo. No cometería el mismo error. Primero echaría un buen vistazo desde ahí arriba y se aseguraría de la viabilidad de su plan antes de actuar. No invertiría tiempo y energías en elaborar esa escala si luego resultaba, por ejemplo, que las ventanas de las habitaciones estaban lejos de su alcance. Ya no tenía margen de error. Esa comprobación le llevaría solo unos minutos, y, si tenía que descartar su plan, prefería hacerlo cuanto antes.

Sin pensarlo más, y sin bajar de su ángulo, se concentró un momento frente al tejado de Walden, flexionó las piernas y, de un solo impulso, emulando con bastante precisión sus movimientos de la vez anterior, se encaramó de un salto sobre el tejado de Walden. Eso sí, una vez arriba tuvo que descansar durante un buen rato, mareada por el esfuerzo que acababa de realizar.

Se incorporó penosamente, y comenzó a ascender desde el ángulo de la terraza hacia la chimenea.

Notaba la cabeza llena de lucecitas, y cada paso le suponía un desgaste enorme, haciéndola sentir cada vez más mareada e indispuesta.

«Si este mínimo esfuerzo ya me hace estar así, ¿cómo voy a poder sostener el peso de mi cuerpo y descolgarme por una cuerda?».

Pero estaba convencida de que lo lograría. Es más, no tenía la menor duda.

Soplaba aire, y Walden se cimbreaba levemente sobre sus árboles. El rumor del viento entre las ramas parecía haberse llevado el mundo entero. Se sentía al mismo tiempo equilibrista de circo, espía secreto y enferma senil, sobre todo porque a su cabeza, que parecía haberse independizado de ella definitivamente, le parecía oportuno comentar cada paso que daba:

«Es increíble lo de esta chica, señoras y señores. Agotada, descalabrada… y sigue caminando. ¡Sigue caminando! ¿De dónde saca sus fuerzas? La mayoría de los expertos coincide en señalar que no lo conseguirá…».

Pero ella tenía muy claro de dónde provenían sus fuerzas: de la imagen de Dani encogido sobre el suelo de Walden. Todo lo demás había desaparecido, particularmente el miedo, que se había convertido en algo indigno de consideración, como la conversación ajena de unos desconocidos.

A nivel físico era otra cosa, eso sí. Las pilas se agotaban, y no tenía otras de repuesto.

A cuatro o cinco pasos de alcanzar la chimenea optó por echarse al suelo y continuar a cuatro patas, temerosa de que sus fuerzas finalmente la abandonasen y se fuese rodando tejado abajo. Y así

continuó aproximándose poco a poco, brazada a brazada como un cauto lagarto, dejando la chimenea a su derecha y ascendiendo, siempre ascendiendo…, hasta alcanzar, por fin, el punto más elevado del tejado de Walden. Una vez allí continuó gateando a lo largo de su vértice, pero esta vez hacia el fondo de la casa, en dirección al árbol y la antena de la televisión.

La grama se escurría bajo sus manos y se sentía más expuesta que nunca a las fuerzas del «otro lado», en especial a las de su perverso emisario, el viento, aunque el hecho de repartir su peso entre ambos lados del tejado también la hacía sentir más afianzada. Cuando alcanzó a Dougli se incorporó lentamente hasta quedar de rodillas y comenzó a rodearlo por el lateral que sobresalía menos, el derecho, abrazándose a él como un desmañado koala. En cuanto pasó al otro lado se echó de nuevo al suelo y siguió reptando hacia el final del tejado, sintiendo cada latido de su corazón a medida que se aproximaba.

Sorteó con facilidad la antena de la televisión (no sin antes comprobar su, en efecto, escasa fiabilidad, haciéndola oscilar hacia un lado y otro como un junco), y, por fin, terminó de cubrir el escaso metro y medio que separaba la antena del final del tejado.

Se aferró a su cortado con ambas manos y asomó la cabeza sobre el abismo de Walden.

La nueva perspectiva resultaba sencillamente aterradora. A pesar de su indiferencia general, no pudo evitar sentir un brusco bandazo en la boca del estómago al pensar en lo que se disponía a hacer. Aunque, a esas alturas —«nunca mejor dicho, jaja»—, ya se sentía una experta en reducir el pánico a su mínima expresión.

En cuanto logró domarlo, volvió a concentrar toda su atención en lo único que realmente importaba: las dos ventanas.

Allí estaban, a escasos dos metros de distancia la una de la otra,

allí… abajo. La de su habitación, a la derecha, quedaba definitivamente demasiado lejos de cualquiera de sus dos puntos de amarre. En cambio la ventana de la habitación de Dani, un poco a su izquierda, comparecía casi en perfecta línea recta respecto a Dougli, y, quizá algo menos, aunque también de un modo viable, de la propia chimenea.

«Bien. Por fin un poco de suerte».

Satisfecha con su inspección, retrocedió con cuidado y se dispuso a volver por donde había venido.

En cierta ocasión, de pequeña, se le había colado su muñeca favorita en la casa abandonada que lindaba con la suya, allí en Carmona, y a su padre no se le ocurrió mejor idea que descolgarla desde el balcón de su habitación hasta el patio de la casa del vecino, atándola por la cintura con una cuerda.

¿Podía hacer más de veinte años de aquello?

Y tanto que podía.

Se rieron mucho aquel día… Su padre le revolvió el pelo y la invitó a una Coca-Cola, cosa que solo hacía en los momentos muy especiales, y, de hecho, ese era uno de los escasísimos recuerdos bonitos que tenía con él, tanto que, más de veinte años después, podía evocarlo con toda nitidez. Incluso recordaba lo que llevaba puesto aquel día: un vestido azul marino, sin mangas, y unas bambas beige de goma. Y también recordaba el modo en que se le clavaba la cuerda bajo las costillas mientras su padre la bajaba, y cómo, a pesar de ello, resistió sin quejarse ni una vez.

Ahora también resistiría.

Cuando descendió del tejado necesitó descansar otro buen rato. Aquel era su último cartucho, de eso no tenía dudas. Las fuerzas ya no daban para más.

En todo ese tiempo había evitado voluntariamente mirar al

interior de Walden para no desperdiciar ni un átomo de energía, pero al alcanzar la terraza compareció Dani desde su umbral, y, ahora sí, Erika sintió que se desmoronaba.

Un niño enfermito la miraba desde el otro lado del cristal; un niño escuálido, triste…, inerte. Parecía una foto antigua de Dani. Su rostro, habitualmente sonrosado y lleno, aparecía flojo y decaído, grisáceo, y unas crueles ojeras moradas, casi negras, enmarcaban unos ojos velados y casi sin vida, hundidos en sus cuencas.

Un círculo blanquecino rodeaba su boca…, y Erika conocía a la perfección el significado de ese círculo.

Pero lo peor de todo era su actitud desganada, decaída…, sin fuerzas.

Tenía poco tiempo, muy poco.

Dani apoyó sus manitas contra el cristal y la miró sin poder hacer nada más, aunque enseguida se dejó caer de culo sobre su pañal.

«Su pañal…, Dios».

Un saco informe, un bolsa grotesca, atestada de inmundicia, con la que llevaba cargando tres días.

Erika dejó de mirar, pero, al girarse y dejarlo de nuevo atrás, sentado en el suelo como un muñeco de trapo, sintió que algo se le rompía por dentro, de una vez y para siempre. Algo íntimo, inmaculado…

Y se maldijo por ello.

Y maldijo a Alonso.

Un cartucho, eso era todo lo que le quedaba.

Y solo dos dianas posibles: entrar o morir.

29

Erika invirtió toda la mañana y gran parte de la tarde en elaborar su escala. Pero es que ya no podía más. Había sobreestimado su resistencia, y eso que, salvo por lo de descolgarse por la pared tipo Spiderman, pensó, había tirado por lo bajo. El mero hecho de mantener los brazos levantados ya le suponía un esfuerzo extraordinario e incrementaba su impresión de malestar, así que se veía obligada a bajarlos y dejarlos descansar con frecuencia. Solo en unir la hamaca de Alonso con la cadena invirtió casi dos horas. Se movía con lentitud y torpeza, como un insecto atontado tras un zapatillazo, y el menor esfuerzo le costaba un acto de voluntad supremo.

«Las células cerebrales, querida. Se contraen por la falta de nutrientes, provocando sensación de cansancio y dificultad para pensar. Segundo de carrera. Profesor don Florián».

Había pensado en unir la hamaca de Alonso con la suya, pero se volvió a encontrar con que no había forma humana de desatar su hamaca de la argolla. Y, si no había sido capaz de desatarla estando descansada y con fuerzas, se dijo, mucho menos lo conseguiría ahora. Aun así lo intentó durante un rato, hasta que tuvo que dejarlo por imposible.

No había más remedio que cortarla.

Pero ¿cómo hacerlo? Las cuerdas de los extremos eran de cáñamo entrecruzado, muy resistente, y ella no tenía nada con lo que cortar, absolutamente nada.

«Problemas, problemas…, siempre problemas. ¿Y ahora qué se supone que voy a hacer?».

Esa pregunta sonaba cada vez más desolada en su cabeza, aunque también se daba cuenta de que a la menor contrariedad se sentía sobrepasada, superada. Realmente sentía haber llegado al límite de sus fuerzas. Aun así, miró hacia la mesa de la terraza, en busca de cualquier cosa que le pudiese servir para cortar. De no haber dividido las porciones de pizza en la cocina ahora podría disponer del rodillo, pero recordaba a la perfección haberlo hecho allí. El vaso de Dani y los dos platos eran de plástico, así que tampoco le servían de nada. Hacía ya mucho que se habían acostumbrado a usar utensilios de plástico, pues Dani los tiraba a menudo.

Entonces vio la lata de Mixta… y se le ocurrió que, si pudiese romperla de algún modo, quizá podría intentar usarla como cuchillo.

Se acercó apesadumbrada a la mesa y tomó la lata con desgana; se sentó con ella sobre el mismo ángulo de la terraza, de espaldas a la puerta corredera, y trató de forzarla directamente con las manos. Por supuesto fue inútil, aunque, si se hubiese tratado de desenroscar una simple botella de agua, pensó, también se habría visto en dificultades. Probó con el extremo suelto de la cadena que tenía forma de gancho, pero, al no ser punzante, tampoco le servía. Al final optó por intentarlo directamente con los dientes, aun a riesgo de cortarse. Tomó la lata de Mixta con la mano derecha, y, tras vacilar un instante, la mordió con todas sus fuerzas en su mitad como si se tratase de una jugosa manzana, pero lo único que consiguió fue arrugar la lata por la mitad. Probó dos veces más con

idéntico resultado. La lata se arrugaba, pero no se rompía, y Erika sentía que sus nervios se desquiciaban de nuevo.

«Qué diferentes son las películas de la realidad. La prota de turno ya habría arrancado esta estúpida hamaca hace tiempo, en cambio yo llevo tres días intentándolo».

«Vamos, joder, es solo una lata».

Se acordó de su padre, que tenía la costumbre de romper en dos con las manos las latas de Voll-Damm que se bebía como si fuese agua (las «Jean Claude Voll-Damm», las llamaba Julio), al tiempo que eructaba estruendosamente, y sintió de nuevo que su ánimo se venía abajo a una velocidad alarmante.

Otra vez estaba perdiendo demasiado tiempo y energías en una tontería.

Con gran dificultad, comenzó a retorcer la lata sobre sí misma, y, por fin, tras varios intentos fallidos, consiguió abrir una diminuta rajita por el lateral de la lata. Poco a poco, siempre poco a poco, consiguió ir ampliando esa diminuta fisura con sus dedos sin cortarse, hasta que logró separar la lata en dos partes desiguales.

«OK, nueva prueba superada».

Se aproximó con su improvisado cuchillo a la cuerda de la hamaca, por el extremo que la unía a la argolla, y comenzó a operar sobre la misma lentamente, casi hilo a hilo, como un cirujano metódico. El cuchillo desempeñaba su función con tosca pero segura eficacia, y, tras insistir durante un buen rato más, Erika consiguió separar la cuerda de su argolla.

Dejó el extremo de la hamaca en el suelo y comenzó a operar en su lado opuesto.

En ese momento la asaltó una certeza terrible: «La hamaca no resistirá sujeta por uno solo de sus extremos. No está diseñada para hacerlo».

Se sentía tan fuera de sí que esa idea bastó para que comenzase a jadear como un pez fuera del agua. Pero enseguida comprendió que daba enteramente igual. Cruzaría los dedos y lo intentaría, vaya si lo intentaría; porque en realidad todo aquello se iba a tratar más de una cuestión de suerte que de cualquier otra cosa.

Cuando terminó de cortar el segundo tramo, descolgó la hamaca de su soporte y se la llevó con ella. Tocaba unir las dos hamacas entre sí, y, aunque se trataba de una operación importante, era la que menos le preocupaba. No se había pasado la infancia y buena parte de su adolescencia en una casona cántabra, atando vacas y asegurando cercas, para que un nudo le preocupase lo más mínimo. Además, era uno de esos conocimientos que no se olvidan nunca, como montar en bici, y ella tenía plena confianza en su as de guía, sabiendo que sería más factible que la cuerda se rompiese a que aquel nudo se desatase. Por otro lado el firme del que disponía era óptimo, tanto por su grosor como por su áspera textura. Aquella cuerda de esparto soldaría como un candado. Igualmente, su padre tuvo a bien comparecer en su cabeza, solícito: «Recuerda que el mejor nudo es el que más se aprieta por sí solo, Eriuca, pero también el que más fácil se desata luego».

—Gracias, papi —respondió Erika en voz alta—, y gracias también por todo lo que me enseñaste antes de cargarte a mamá.

Soltó un ladrido extraterrestre a modo de risa y regresó enseguida a su cuerda, como una devota fanática. La cantinela que acompañaba a su as de guía salió por sí sola, inevitable, a pesar de hacer más de veinte años que no la recitaba:

—La culebra sale del lago; la culebra rodea el árbol, no le gusta lo que ve y la culebra regresa al lago.

Un minuto después su escala estaba terminada. Comprobó su resistencia, tirando negligentemente de sus uniones y recordándose

al mismísimo don Quijote al no querer insistir demasiado en comprobar la solidez de su celada. Se incorporó y se dirigió directa al ángulo de su terraza.

Ascendió los escalones de su particular cadalso, reliada en su escala como una oruga celosa, y supo que aquella sería la última vez que lo haría.

El sol ya había comenzado a declinar, y eso que, con la proximidad del verano, la noche llegaba cada vez más tarde. Los días se estiraban más y más y se hacían cada vez más lánguidos, y dentro de poco, qué duda había, el crepúsculo se uniría con el inicio del día siguiente. Y eso solo pasaría en Walden. Porque en Walden el tiempo no se medía por minutos ni por horas, sino por sensaciones, por estados de ánimo y por vahídos. Por euforias y desmayos. Walden tenía su propia lógica interna, que era inescrutable. Sin ir más lejos, Alonso tenía que haber regresado ya, pero eso no iba a ocurrir, pues su marido había comprendido, había *sentido*, que estaba bastante mejor sin su mujer y sin su hijo de casi tres añitos, que tanto le incordiaban. Y eso solo pasaba en Walden, la casa de la risa, ese universo paralelo y proscrito en el que todas las máscaras caían cuando menos te lo esperabas.

Igual todavía podía darle una sorpresa.

Erika se apoyó sobre la barandilla, sintiendo que apenas podía moverse en el interior de su escala, y, de un solo y derrengado salto, se desplomó más que aterrizó sobre el tejado de Walden. Se incorporó como pudo y comenzó a ascender sin concederse esta vez ni un minuto de descanso. A medio camino dio un traspiés y, por no poder levantar los brazos, estuvo a punto de caerse de boca. Rectificó a tiempo y continuó ascendiendo, impasible.

Su cabeza comenzaba a divagar de nuevo, y en ese momento Erika comprendió la utilidad de aquellas voces, que no era otra que

preservar su cordura, no dejándola a solas consigo misma.

«Qué valor, qué persistencia la de esta chica, amigos. Esto empieza a convertirse en un clamor incontenible, una marea que sube y sube, haciendo tambalear las previsiones de las voces más autorizadas. ¡Lo conseguirá! ¡De pronto todo Walden está con ella! No hay un guion establecido, eso está claro, ni puta falta que hace. Esta chica no sigue el camino, ¡es el camino quien la sigue a ella, con la lengua fuera!».

Erika alcanzó la chimenea, su antiguo centro de operaciones, con la impresión de haber ascendido el Himalaya. Se sentó en su ángulo y se dispuso a inspeccionar por primera y última vez su improvisado equipo de escaladora novel, consistente en una escala trenzada con dos hamacas peruanas y una cadena de columpio. Si uno solo de esos tramos fallaba, si cualquiera de los nudos se desataba, se iría abajo. Pero eso no sucedería, porque en Walden todo funcionaba al revés.

En Walden, lo más disparatado era lo más sensato.

Si pudiese comer algo…, lo que fuera. Miró a su alrededor, y por un desconcertante momento dudó si realmente no se encontraba en el interior de un delirante sueño: sobre la misma grama esparcida por todo el tejado de Walden, a orillas de los ramilletes de hojas verdes y finísimas que tanto se asemejaban a ignotos continentes aislados, varias piñas desperdigadas comparecían solitarias como una imposible alucinación, un rutilante huerto galáctico.

«Piñas».

«¡Piñas, joder! ¡COMIDA!».

«No…, estoy delirando. El clásico oasis después de haber atravesado el desierto…».

Parpadeó y volvió a mirar, y, para su asombro, las piñas no se movieron de su sitio. ¿Cómo no las había visto antes? Un misterio

más, otro hecho inexplicable del sorprendente mundo de Walden. Casi las había pisado en sus incursiones al tejado, en cambio, no había reparado en ellas. Su único pensamiento, su obsesión durante aquellos tres días había sido la de entrar, entrar al precio que fuera y no distraerse con nada, especialmente cuando le había tocado deambular por el tejado. Y vaya si lo había conseguido.

En cierta ocasión le enviaron uno de esos vídeos virales, de base supuestamente científica, en el que un jugador de baloncesto retaba al espectador a ser capaz de contar las veces que botaba su balón sobre el entarimado. Era un vídeo corto y se lo envió su jefe de residentes, así que, aunque rara vez perdía el tiempo con ese tipo de vídeos, aquella vez se dedicó a contar obedientemente las veces que aquel chico botaba su pelota, sintiéndose bastante estúpida. La sorpresa llegaba al final del vídeo, cuando el jugador se dirigía de nuevo al espectador para informarle de que, en realidad, daba del todo igual las veces que había botado su balón, sino que el objetivo del vídeo era comprobar si había sido capaz de ver al mono que salía mientras lo botaba. Erika no sabía ni de lo que le hablaba. ¿Un mono? ¿Qué mono? En ese vídeo no había mono alguno. Entonces el chico la instaba a poner el vídeo de nuevo, y el resultado era poco menos que milagroso: a mitad del vídeo, en efecto, no solo comparecía en medio de la cancha un hombre disfrazado de mono, sino que este se detenía, saludaba a la cámara de un modo bastante grotesco y recorría parsimoniosamente la pista de baloncesto de un lado al otro, antes de marcharse de nuevo por donde había venido.

Y ella *no lo había visto.*

Aquel vídeo pretendía demostrar el millón de estímulos diarios que el cerebro descarta en virtud de aquello a lo que, a cambio, decide centrar su atención.

Esas piñas eran el mono saludando a la cámara. Y no se trataba

del fruto del abeto Douglas que ella tan bien conocía y con el que solían encender la chimenea, esas que en todo el Gorbeia llamaban «conos», pero que no tenían la menor utilidad gastronómica. Sino de auténticas piñas, piñas piñoneras. El modo en que aquellas piñas habían llegado hasta allí constituía un misterio más. Las ardillas seguramente, las ardillas debían ser las culpables. Pero le daba lo mismo. Esas piñas eran justo lo que necesitaba, lo único que necesitaba, de hecho, un poquito de gasolina para recorrer el tramo final de su disparatada carrera. Y llegaban en el preciso momento en que su motor comenzaba a hacer pof, pof, pof.

Erika afianzó su escala en el hueco de la chimenea y, tras pensarlo un momento, colocó la cadena encima por si acaso, pues el viento parecía ir a más. Y comenzó a desplazarse hacia la piña más cercana, sintiendo renacer, casi a su pesar, tanto el movimiento de sus tripas como el de sus minúsculas esperanzas.

«Ahora nada de hacer el tonto ni de desperdiciar energías. Movimientos seguros y económicos».

Se desplazaba a cuatro patas pero bocarriba, apoyando el culo sobre las tejas con cada impulso de sus extremidades, debido a su agotamiento y apoyándose a la vez con las manos y los pies descalzos. Le parecía que de esa forma se cansaba menos, y además la hacía sentir más segura.

Erika alcanzó la piña más cercana, a medio camino entre la chimenea y el árbol, y a un par de metros de bajada del tejado, y se sentó allí mismo a inspeccionarla con entusiasta atención, como un mono con una adquisición valiosa.

«Vacía».

«Mierda… Joder».

La tiró a un lado y se acercó de inmediato a la segunda piña —dos o tres brazadas a su izquierda—, encontrándose con el mismo

resultado. Más que vacías parecían secas. Igualmente la inspeccionó con toda atención, como lo haría un joyero con una gema valiosa, y terminó encontrando tres o cuatro piñones, pero tan retorcidos y empequeñecidos que no le servían de nada.

Tiró la piña con rabia, y esta cayó rodando por el tejado de Walden hasta aterrizar sobre la terraza.

«Ni un poco de suerte. Ni un poco».

Levantó la vista y vio dos piñas más al final del tejado que quizá parecían algo más marroncitas, y comenzó a desplazarse hacia ellas en su particular estilo de artrópodo invertido. A medio camino su mano derecha se apoyó sobre algo blando y viscoso. La retiró de inmediato, espantada, para comprobar que se trataba de una babosa de un tamaño considerable a la que acababa de convertir en un pegote verde amarillento sobre el tejado. Se limpió en el pantalón con asco y prosiguió su andadura hacia el final del tejado, recordando a aquel adolescente británico que se quedó tetrapléjico tras comerse uno de aquellos bichos por una estúpida apuesta…

«Nada de divagar, nada. Solo concéntrate».

Erika alcanzó las dos nuevas piñas en pocas brazadas y, de nuevo, se sentó a inspeccionarlas con toda atención. Y por fin, en la segunda de ellas, encontró, llena de júbilo, doce o catorce piñones reposando generosamente en sus alveolos, un poco cubiertos por su característico polvillo blanco. Se precipitó sobre el primero de ellos, con los dedos temblorosos de pura ansiedad, y le faltó poco para ceder al impulso de tragárselo con cáscara y todo. En cambio se obligó a machacarlo con cuidado con las muelas y extraer más cuidadosamente aún su pequeña semilla, que, para su infinita alegría, se encontraba en perfecto estado. Se introdujo el diminuto fruto en la boca, al tiempo que un doloroso retortijón le comprimía la boca del estómago, y, finalmente, logró deglutir la minúscula papilla

con áspero esfuerzo, sintiéndose a medio camino entre el placer más indescriptible y la insatisfacción más absoluta.

Repitió la operación seis o siete veces más, pero, cuanto más comía, más hambre sentía. Sabía perfectamente que su hambre era de índole patológica, insaciable, como también sabía que el tiempo apremiaba, así que se echó tres piñas más al interior de la camiseta de su pijama y regresó a la chimenea con unas expectativas por completo renovadas.

Dejó las piñas en el hueco de la chimenea y tomó a cambio su escala.

En ese preciso momento decidió que no se anudaría al árbol, sino a la chimenea, operación que realizó en pocos segundos. Iba a necesitar hasta el último centímetro de cuerda, y el diámetro del árbol le parecía sencillamente descomunal. Quizá ello le supusiese tener que balancearse más tarde sobre la vertical de la pared para poder alcanzar la altura de la ventana, pero llegado a ese punto ya lo aceptaba todo. Si tuviese que bailar una sardana sobre el muro de Walden, también lo haría. Es más, ya estaría calculando con qué pie iba a empezar.

«Una sardana no. Lo que te espera ahora es rock and roll del bueno, nena».

En efecto, había llegado el momento, el «final de la cuenta atrás», como decía la canción, la flor y nata de todas las atracciones de Walden, precedida una vez más de esa impresión de miedo y de euforia que la caracterizaba, como si alguien se estuviese entreteniendo en manosearle las entrañas.

«Es una locura. Me voy a matar».

Ignorando su propia voz, como una tirana inflexible, Erika comenzó a avanzar de espaldas hacia el borde del abismo, dejando tras de sí el tramo suelto de cuerda como un escalador experto. Era

la parte fácil y se dedicó a reconocerla sin prisas. De hecho, la sensación era cómoda, casi placentera, dentro del vértigo extremo, que no la abandonaba. La escala parecía bastante resistente, claro que aún no estaba soportando peso alguno, y el tacto de aquella cuerda tan áspera entre sus manos le otorgaba una confianza renovada. Había optado por condenar buena parte de la cadena en torno a la chimenea y reservar así las hamacas para el tramo final, pues suponía que agradecería su tacto a la hora de sostener con sus manos su propio peso. Igualmente, a medida que se aproximaba al borde del tejado, sus pasos se iban ralentizando poco a poco. Desde que había aplastado a la babosa trataba de mirar dónde pisaba, pero era difícil hacerlo caminando de espaldas, y se conformaba con echar fugaces vistazos por encima del hombro. Daba cada paso con extraordinaria cautela, pues la grama del tejado le dañaba los pies…

«Los calcetines…, joder, has olvidado ponerte los calcetines. ¿Cómo se supone ahora que vas a romper la ventana a patadas? Te cortarás. Te desangrarás. Tienes que regresar a la chimenea».

Pero los calcetines no estaban en la chimenea…, sino abajo, en la terraza, uno de ellos reconvertido en un saquito de llaves, por cierto.

Erika se detuvo un momento, indecisa, pero reanudó su andadura casi de inmediato.

«Ni de coña pienso bajar otra vez, ni de coña. Si me tengo que cortar, me cortaré. Es un ahora o nunca de manual».

El interior de la boca se le había convertido en un trapo gastado, y notaba cada uno de sus latidos pulsando sordamente en el pecho y en las sienes. ¿Cuánto podía resistir un cuerpo humano? No tenía ni idea, pero se sentía bastante cerca de poder comprobarlo. No obstante, su subconsciente respondió enseguida por ella:

«Tanto como tu hijo lo necesite».

Si en algún momento Erika tuvo la impresión de que su voluntad rebasaba su albedrío fue precisamente en ese. Pues ella *no quería seguir avanzando*. Pero lo hacía, sin más, como un robot teledirigido, como un condenado a muerte obligado por un orden superior.

No sentía que se desplazase sobre simples piernas, sino que lo hacía sobre raíles de acero.

A menos de un metro de alcanzar el precipicio, Erika comprobó de nuevo la fiabilidad de su escala, dejando caer ligeramente su peso hacia atrás. Comprendió que ya no había motivo alguno para demorar su descenso, así que terminó de cubrir los tres o cuatro pasos que le quedaban, de espaldas al abismo, afianzó los dos pies desnudos sobre el borde del tejado, sintiendo en sus talones el frío desnivel metálico del canalón…

Y comenzó a descender.

«¿Quién hace patín patín por mi puente?».

Trató de proceder igual que había visto hacer a los escaladores por televisión, brazada a brazada, como si estuviese largando cuerda a un zepelín inmenso y difícil de manejar. Se le vino a la cabeza la película *Up*, que había visto hacía poco con Dani, y, por un desconcertante momento, la impresión de estar descolgándose de una casa flotante fue tan enorme que su vértigo adoptó una forma violenta. Miró entre sus piernas instintivamente, en busca de cualquier punto de apoyo, y, al no encontrarlo, se quedó congelada, petrificada en el aire, tan incapaz de subir como de seguir bajando. Comprendió que estaba sucumbiendo al pánico, pero sentía que no podía hacer nada por evitarlo, salvo percibir cómo sus extremidades se agarrotaban. Sus manos parecían cada vez más ajenas a ella, y supo que, si no reaccionaba de algún modo, se aflojarían en cualquier momento y se iría abajo. Así que se limitó a quedarse quieta suspendida sobre el abismo, mecida por un viento que la

hacía oscilar a un lado y a otro como si de verdad se encontrase flotando entre las nubes, y obligándose únicamente a no retirar la vista de la pared, concentrando todas sus energías en sostenerse sobre la cuerda.

En cuanto logró recomponerse mínimamente, continuó descendiendo, diciéndose a sí misma que no había necesidad alguna de volver a mirar abajo. Cuando se quedase sin cuerda buscaría la ventana, sin más. La ventana estaba abajo, y, con saber eso, ahora mismo le bastaba.

La vertical de madera de Walden resultaba mucho más escurridiza que el tejado, lo que la obligaba a mantener una enorme tensión en los brazos, pero, aun así, el hecho de «caminar» sobre la pared amortiguaba el peso de su cuerpo bastante más de lo que había imaginado. El enajenado locutor volvía a comparecer, y su impresión de irrealidad alcanzaba su punto álgido.

«Es increíble lo de esta chica, amigos, increíble. Ella solita está echando por tierra los más razonables pronósticos. Lo va a lograr, nadie entiende cómo, pero lo va a lograr…».

Al mismo tiempo trataba de avanzar lo más rápido posible, consciente de que, cuanto más tiempo invirtiese en llegar hasta la ventana, más se cansaría. No obstante sus movimientos eran cada vez más torpes y envarados, como si se estuviese solidificando de algún modo. El hecho de obligarse a mirar fijamente a la pared incrementaba su sensación de parálisis, pero le parecía que, de no hacerlo, la burbuja al final estallaría y la precipitaría al vacío. El pánico la acechaba sin descanso, como una marea angustiosa, y Erika lo mantenía a raya como buenamente podía.

Y seguía descendiendo.

«Al otro lado de este muro está tu hijo, TU HIJO. No te olvides de eso ni un maldito minuto. La persona por la que darías hasta la

última gota de tu sangre. Y está agonizando. Lo vas a conseguir, hija de puta, vaya si lo vas a conseguir. Vas muy bien. Esta es la buena, Eri, y lo sabes. No estás cansada. No estás nada cansada. Todavía puedes aguantar mucho. No te distraigas con nada. En cuanto alcances la ventana, un golpe seco con el talón del pie y lo quitas enseguida para no cortarte. Y adentro. Un poquito más, Eri, solo un poquito más. Pero tienes que mirar hacia abajo…, tienes que mirar aunque sea un momento si quieres saber dónde está la ventana…

Obedeciéndose a sí misma, Erika comenzó a bajar lentamente su mirada hacia sus pies, tratando de no apartarla demasiado rápido del curso de la pared, su centro de gravedad. Solo que su vista bajaba y bajaba… y la ventana no aparecía.

Hasta que por fin apareció.

Había calculado mal. Pero no por la ubicación de la ventana, sino por la longitud de la cuerda.

«No…, por favor…».

Era insuficiente. No llegaba.

El último tramo de la escala, la hamaca de Alonso, oscilaba a un lado y a otro bajo sus pies descalzos… a casi dos metros de distancia de la ventana. Era imposible llegar.

Erika miró hacia arriba, consciente de que nunca sería capaz de volver a subir. Valoró sus inexistentes opciones… y siguió descendiendo.

Nada desconcierta al destino como lo incongruente.

Sus manos y su vista fueron pasando del amarillo de su hamaca al predominante burdeos de la hamaca de Alonso. Y siguieron descendiendo, descendiendo…

Y cuando sus manos alcanzaron el extremo final de la segunda hamaca tampoco dejó de descender, sino que introdujo las dos manos en el interior de la gaza —«tan similar a una horca»— y

estiró los brazos tanto como pudo. Sus pies descalzos rozaban y golpeaban sobre la superficie del cristal del dormitorio, la puerta de acceso a su hijo; podía tocarla, incluso, quizá, podría romperla. Pero de ningún modo podía entrar.

Ni siquiera entonces se sintió vencida.

Solo engañada, burlada por el destino.

Y durante unos segundos fascinantes, mientras un zorzal inmortalizaba el momento con su contrapunto elocuente y apremiante, y el viento la hacía oscilar levemente a través de unos brazos entumecidos y ajenos…, Erika permaneció suspendida sobre el abismo con perfecta indolencia.

Soberbia, invulnerable…

Invicta.

Ella era Morta, la tercera de las tres Parcas, y aquel era su indeleble muro de bronce. No cortaría ese hilo…, porque ese hilo era la vida de su hijo, y también era la suya, desde que un cordoncito de carne de apenas medio centímetro de diámetro los reuniese de por vida.

Y durante esos delirantes instantes la propia Erika se sintió de verdad inmortal, como si pudiese permanecer así indefinidamente.

Cuando sus pies recuperaron su apoyo contra la pared, Erika comenzó a ascender metódicamente, como un robot. Ni siquiera entonces se sintió vencida. El ascenso, de hecho, le resultó más sencillo que el descenso mientras su rostro permanecía pétreo, inalterable.

La antigua Erika se había extinguido para siempre.

Cuando llegó arriba soltó su escala sin prestarle mayor atención y descendió en diagonal por el tejado hasta alcanzar por última vez el ángulo de la terraza. Bajó de un salto, casi sin mirar, y se dirigió directamente a la puerta corredera.

Allí, donde debía estar.

Lo encontró enseguida…, un diminuto ovillo de rizos, tranquilo, inmóvil desde hacía ya muchas horas, cuando comenzase a sumergirse en aquella misteriosa oscuridad.

Así era como había vivido, sin hacer un solo ruido, durante apenas tres añitos, y así era como se iba a ir.

En silencio.

Se dejó caer como un peso muerto contra la puerta corredera, asegurándose de mantenerse bien a la vista de su hijo. A Dani le daba miedo la oscuridad.

«Ni siquiera he podido despedirme de él».

Entonces le susurró:

—Descansa, mi niño, descansa, pequeñín. Mamá va a estar siempre contigo.

Y se dispuso a morir.

30

Oscuridad…

… quietud…, sombra…

Y, detrás de las sombras,

Walden.

Esta vez no saldría, era mejor no salir. Además, ya no había nadie a quien buscar. Tampoco había golpes. Ya no la reclamaba nadie.

… quietud…, sombra…

y una luz casi imperceptible, comenzando a aumentar gradualmente…

«Qué guay, me voy a morir con túneles y lucecitas al fondo incluidas».

Cuántos pacientes no le habían hablado de esa luz, hacia la cual decían precipitarse. Pero no era así. No era ella la que se precipitaba hacia la luz, sino la luz la que venía hacia ella, a toda velocidad, como, como…, como una bicicleta. Nunca se habría imaginado ser consciente de su propia muerte, pero al parecer era así, aunque la impresión tampoco era exactamente de partida, sino

(«de nacimiento»)

de todo lo contrario.

«No es que tenga nada en contra del sistema, pero podían

haberme ahorrado algo de papeleo, eso sí, y alguna que otra imagen que ahora me llevo allí donde vaya».

… oscuridad…, penumbra…

y, antes de esa luz,

Walden.

«¿Qué significa eso…?».

O encima, más bien, como un barco a la deriva visto desde abajo, cabeceando sobre un mar fuliginoso. Una nave raquítica, abandonada, alejándose de la costa cercana e inaccesible

(«inaccesible, como una puerta corredera»)

cada vez más, como un pez de las profundidades, ciego pero luminoso, creyendo saberlo todo porque le han descrito con precisión la luz del sol.

Un pez que se balancea como un barco en las olas,

y que tiene los pies descalzos,

y que tiene los cabellos largos.

Esa cualidad furtiva pero insolente de la luz, traicionera y excesiva, que se revela cuando te abrasa, dejándote fría por el otro extremo; una cerilla que solo sirve para alumbrar un semblante desencajado; el rutilante instinto de lo sublime, crujiendo bajo el barco como papel de celofán; un metro de nieve sobre cuarenta metros de lava.

O sobre nueve.

«Los sueños de la razón no crean monstruos. El paradigma es erróneo, señor profesor, hay que refutarlo.

»Los encierra.

»Los abandona.

»Y se olvida de ellos».

Más que un túnel, un torrente, capaz de inundar las tinieblas y el universo entero desde el interior de una celda.

La luz

(«la llama»)

finalmente acelerándose, como si se impacientase, comenzando a llenarlo todo, resquebrajando esa oscuridad casi sólida entre crujidos contenidos, ahogados, como

(«caparazones de tortuga fracturados»)

si fuese succionada por ella, arrojada en vilo a través de ese túnel, absorbida por una fuerza irresistible, suprema. Y la propia luz abordándola por fin, inundándola, abrasándola, un brasero lleno de ascuas inflamándole la cara.

Y, en ese brasero,

WALDEN.

De pronto, la luz se interrumpe.

«¿Qué pasa…?

»Pido disculpas si he dicho algo inapropiado, el viajecito me ha cogido con lo puesto…».

Que no hay prisa, eso es lo que pasa. La eternidad es lo que tiene.

Porque

tiene los pies descalzos de un niño que adoras,

y sus cabellos largos son un sol que te abrasa,

un sol que te quema,

un sol que te quema,

un sol que te quema…

Erika despertó.

Y una sola idea la inundó por dentro.

«Quémala. Quema la puta casa. Es de madera. Arde.

»QUÉMALA.

»Porque sus cabellos largos son un sol que te abrasa. Porque tiene los pies descalzos de un niño que adoras.

»Quémala. Destrúyela. Haz arder la tumba de tu hijo».

Erika abrió completamente los ojos.

Y sonrió.

31

El sol comenzaba a filtrarse suavemente entre las copas de los árboles; el arrullo del río volvía a hacerse perceptible, como si el misterioso influjo de la noche también lo adormeciese a él de algún modo y volviese a revivir con la mañana; el canto de los pájaros comenzaba a hacer crepitar el bosque una vez más con su chisporroteo, su sinfonía de vitalidad. Amanecía un nuevo día, el cuarto para ser exactos.

Y seguía viva.

Tenía que haberse ido. Además, lo deseaba. Pero una idea la había hecho regresar, como esos sueños en los que resultaba imposible permanecer al comprender algo esencial.

Una idea es una cerilla encendida sobre la conciencia; cuando no la ilumina, la abrasa. Y su contenido permanecía grabado a fuego en su conciencia.

«Quémala».

Erika contempló Walden como si lo viera por primera vez. Nunca hasta ese momento se había fijado en lo mucho que se asemejaba a un rostro humano. El modo en que el cristal de la puerta corredera penetraba en sus jambas, como los dientes en sus encías; la simetría entre la chimenea y el árbol, como los ojos saltones de un ser amorfo… Escrutó con infinito desprecio aquel aborrecido

semblante de madera y decidió que no se iría de allí sin desfigurarlo un poco.

«Quémala».

«Hazla arder hasta los cimientos».

Se dirigió al armario de la terraza, allí donde guardaban los utensilios de la chimenea, y encontró enseguida la que buscaba. La parte baja del armario estaba repleta de troncos de encina perfectamente apilados hasta la altura de su cintura, la mejor madera, según Alonso, como combustible para la chimenea. La primera balda rebosaba de troncos menudos y astillas para arrancar el fuego, además de algunos conos, todavía muy verdes. La segunda llegaba hasta la altura de su cabeza y contenía diferentes utensilios: un bote cilíndrico de pastillas para encender el fuego, un saco pequeño de briquetas Weber, algunos productos para limpiar chimeneas… y una botella llena de queroseno, de un azul desvaído.

A su lado, una caja de cerillas reposaba como un organismo casi vivo.

No necesitaba más.

Tomó el queroseno y las cerillas de la repisa y se dirigió directamente al centro de la terraza.

Estaba a punto de comenzar a vaciar el contenido de la botella a lo largo y a lo ancho de la terraza, cuando, en el último momento, algo la contuvo.

Se dio media vuelta y contempló de nuevo la puerta corredera.

«La boca».

¿Sonreía?

Desde luego parecía satisfecha con su valioso cargamento.

Se aproximó a la puerta, henchida de odio, y comenzó a rociar su marco derecho de arriba abajo, vertiendo el queroseno generosamente en su base, subiendo hasta la parte más alta de la

puerta e impregnando bien sus contornos hasta dibujar una enorme C invertida. Un fuerte olor a petróleo la invadió mientras el queroseno comenzaba a escurrir lentamente frente a sus ojos, viscoso y transparente, acumulándose en su base como el cráter de un volcán apagado, aunque latente. Tomó de debajo de la mesa las dos piñas que había lanzado en otra vida desde lo alto del tejado y las añadió a aquel delirante lago transparente.

Ejecutaba todas aquellas operaciones con eficacia pero impasible, como un robot ciego y destructivo. Lo único que sentía era odio, un odio infinito. Pero, tras ese odio, también identificó algo más, algo insólito: un evanescente hilo de esperanza.

Tenue, muy tenue aún.

Cuando hubo vaciado el contenido de la botella de queroseno, extrajo de su bolsillo la caja de cerillas y la aproximó a la base de su particular Vesubio.

Y lo encendió.

El fogonazo la tomó por sorpresa. Una bocanada de fuego inundó su cara, quemándole pestañas, frente y buena parte del flequillo. La Erika enajenada —la única que ya existía— aún tuvo tiempo de comentar jocosamente para sí misma: «Mi brecha ya está cauterizada».

Retrocedió un paso y se dispuso a contemplar cómo se desdibujaba aquella odiosa sonrisa.

Por un momento pensó que ni siquiera llegaría a prender. El volcán de queroseno parecía alcanzar su cénit, y la madera no llegaba a arder de verdad, como si el fuego no alcanzase a penetrar más allá de su capa externa. Conociendo a Julio incluso cabía la posibilidad de que hubiese empleado algún tipo de barniz ignífugo o alguna porquería similar. Pero al cabo de unos minutos la madera también comenzó a inflamarse y a crepitar, y a Erika le resultó un

sonido extraordinariamente agradable, terapéutico. Un humo negro y espeso empezó a inundar la terraza como una bituminosa hemorragia, y ahora le pareció que ese humo estaba repleto de connotaciones evocadoras y de matices fragantes, como un buen Ribera del Duero. No obstante, el fuego no parecía extenderse más allá de aquella enorme C invertida, de momento al menos, como un inmenso cartel de neón refulgiendo en mitad del bosque.

«Perfecto».

Erika se acercó al lateral izquierdo de la puerta y miró a través del cristal. El interior de la cabaña permanecía intacto, sin una sola voluta de humo.

«Perfectísimo».

Cuando estimó que el fuego había penetrado lo suficiente en la madera, regresó al armario en busca de un enorme leño de encina en el que ya se había fijado antes.

Tenía un plan, increíblemente tenía un plan. Un plan sencillo, directo, perfecto en su simplicidad. Un plan que había llegado demasiado tarde.

De niña, en su casona en Carmona, había presenciado en primera fila una escena que ya no olvidaría nunca. Era muy temprano, tanto que aún no había amanecido, y ella dormía profundamente en su habitación junto al dormitorio de sus padres, cuando comenzó a escuchar unos golpes terribles en el exterior. Se asomó a la ventana «con el corazón todavía dormido», como decía su madre, y se encontró con una escena que parecía del todo fuera de lugar allí en el pueblo: la casona de Mateo, el panadero, que no distaría de la suya más de veinte o treinta metros, estaba rodeada de policías armados, y en ese momento dos de ellos, protegidos con cascos con visera trasparente (más tarde su padre le explicaría que se llamaban «geos») golpeaban la puerta del panadero con un

artefacto que ella no había visto nunca, una especie de cilindro de metal con asas, de aspecto muy pesado. Alzaban el artefacto hacia atrás tanto como le permitían la longitud de sus brazos, dibujaban con él una especie de media circunferencia a la altura de sus muslos y lo estrellaban finalmente contra la puerta de Mateo, con terrible violencia.

Esos eran los ruidos que la habían despertado.

No tuvieron que insistir mucho. Al segundo o tercer impacto la puerta cedió, y Erika habría jurado que incluso llegó a ver de un modo fugaz al propio Mateo, cómicamente ataviado con su gorro de dormir, aunque también podía ser fruto de todo lo que se habló después en el pueblo, cuando todos los vecinos aseguraron haber visto la escena en sus más mínimos detalles.

El caso fue que Mateo —hombre callado, taciturno, siempre un poco inclinado hacia delante, como si el encorvarse de continuo sobre su horno le hubiese condenado a esa posición permanente— fue detenido y encarcelado, y nadie volvió a saber más de él hasta al cabo de mucho tiempo.

Al parecer, el bueno de Mateo se había dedicado durante años a almacenar en la trastienda de su panadería numerosos cargamentos de hachís. El modo en el que un hombre tan aparentemente «normal» como Mateo podía haber entablado contacto con unos traficantes resultaría incomprensible para todos, hasta que el Isaías les hiciera saber que eso de aprovechar la tranquilidad de los pueblos para camuflar cargamentos ilegales era una práctica relativamente común. Casi todos los carmoninos se desplazaron al día siguiente hasta Torrelavega para hacerse con *El Diario Montañés*, que recogía la noticia en una esquina de su portada junto con una foto de la panadería de Mateo y dos fotografías más de la puerta de su casa destrozada, y, por supuesto, aquello fue la comidilla del

pueblo durante muchos años. De hecho, Carmona ya no conocería un escándalo mayor hasta el día en que su padre decidiera destrozar a su madre a albarcazos.

Y ahora, treinta años después, aquel recuerdo le inspiraba la más estrafalaria de las ideas que hubiese tenido nunca.

Aguardaría a que el fuego debilitase lo suficiente el marco de la puerta y después cargaría contra el cristal, tal y como los geos habían hecho con la puerta de Mateo.

Y aquel tronco sería su ariete.

Erika trató de extraer el enorme leño tirando directamente de él, pero, aprisionado bajo el peso de los demás troncos, le resultaba imposible. Así que comenzó a extraer la leña de encima tirándola a sus espaldas. En cuanto lo hubo liberado, tomó el madero en sus manos y lo inspeccionó. Era tan perfecto que incluso tenía un pequeño saliente a modo de asa.

Tomó su «ariete» con las dos manos y regresó con él a la puerta corredera.

Aguardó todavía un poco más, manteniendo una prudente distancia respecto al humo y las llamas que manaban en oleadas del lateral de la puerta, y, cuando estimó que la estructura estaría lo suficientemente dañada, tomó una bocanada de aire limpio y se acercó al ángulo con rapidez. Agarró su ariete por el asa con su mano izquierda, sosteniendo la mayor parte de su peso con la derecha, al tiempo que lo llevaba hacia atrás tal y como había visto hacer a los geos, tambaleándose tanto por el peso del tronco como por su propia debilidad. Y, en última instancia, lo estrelló con todas sus fuerzas contra el lateral derecho de la puerta corredera, a la altura de sus piernas.

Desde el primer momento supo que lo conseguiría. La puerta entera tembló como si hubiese caído una bomba, trasmitiéndole la

vibración a través del tronco como cuando el malo golpeaba a Superman con una barra de hierro, y Erika sintió, con infinito júbilo, cómo la parte baja de la puerta se desplazaba hacia dentro, al menos cinco centímetros.

«¿Ya no te ríes, pedazo de puta? ¿Ya no te ríes?».

El cristal, en cambio, ni se inmutó. Erika, pletórica, volvió a alzar su ariete hacia atrás y se dispuso a arremeter de nuevo contra el cristal, pero al no apartarse del fuego lo que respiró fue humo, el cual le provocó un ataque de tos que, en el último momento, debilitó su impulso.

Sin darse tiempo a pensar, apartó la cabeza del foco hacia atrás, tomó una bocanada casi limpia de aire y volvió a cargar contra la puerta con todas sus fuerzas, empujando al mismo tiempo con el peso de su cuerpo. Esta vez la puerta cedió al menos cinco centímetros más, aunque, a cambio, se quemó las manos y buena parte de la cara. Se sentía más próxima que nunca a desmayarse y se estaba literalmente asfixiando, así que, ahora sí, se alejó unos pasos hacia atrás, tambaleándose, hasta caer de culo sobre el suelo de la terraza.

Todo le daba vueltas, y el olor a pelo quemado le producía náuseas. No obstante, se sentía bastante bien, casi en paz consigo misma.

En cuanto se recompuso mínimamente se incorporó, tomó su ariete y, tras llenar sus pulmones con todo el aire limpio que pudo, se dirigió con determinación hacia la puerta corredera. En esa carrera Erika comprometió su vida entera, todo cuanto le quedaba, concentrada en un lugar que ya ni siquiera podía ver. Toda su energía, todo su ser se proyectaron contra la puerta corredera, con una fuerza que jamás hubiese sospechado tener.

«¡Ríete ahora, hija de put…!».

El impacto fue tremendo y certero, a unos cuarenta centímetros de altura junto al marco de la puerta corredera, y Erika sintió cómo su ariete penetraba al interior de la casa. Y, junto con su ariete, ella misma se precipitó de cabeza al corazón de las tinieblas, aterrizando directamente sobre la mullida alfombra del salón de Walden.

Ahora sí se había quemado bastante, pero le dio del todo igual. Se levantó de un salto y se precipitó hacia Dani como una criatura salvaje. No sabiendo por dónde empezar, lo atrajo sencillamente hacia sí, sollozando, y trató de salir con él al exterior, por completo desorientada a causa del humo. Se había debido quemar más de lo que imaginaba, pues, aunque tenía los ojos abiertos, no veía absolutamente nada. Sostuvo a Dani con fuerza contra su cuerpo mientras trataba de avanzar a tientas hacia donde creía que podía estar la puerta corredera. Pero no conseguía orientarse ni tampoco abrir los ojos. Desesperada, se tiró al suelo con Dani en brazos y gateó penosamente en busca de cualquier objeto que le sirviese de referencia. Hasta que lo encontró al palpar con su mano derecha la pata de madera de la mesa del comedor.

Abrazó aun con más fuerza a Dani y, tomando como referencia la pata de la mesa, sorteó las llamas y el humo casi por instinto, y logró salir al exterior de Walden por la misma hendidura por la que había entrado. Se alejó cuanto pudo del foco de calor, tratando de respirar y de ver algo al mismo tiempo, hasta alcanzar el extremo más alejado posible de la puerta corredera.

En todo ese tiempo no había dejado de aletear en su pecho un leve hilo de esperanza. No sentía a Dani frío, ni tampoco rígido contra su pecho, tal y como cabía esperar, sino tibio y laxo. Claro que también podía deberse al efecto del calor y las llamas.

Erika dejó cuidadosamente a Dani sobre el suelo de la terraza y aplicó sobre su boca la parte que le pareció más sensible de su

propio cuerpo: el pómulo derecho de su cara, que de hecho se encontraba en carne viva.

Respiraba.

Por el amor de Dios. Respiraba.

Y ya estaba *con ella.*

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y Erika se sintió invadida por una gratitud que nunca antes había experimentado. El agua de la fregona…, el agua de la fregona lo había salvado, estaba segura. Aquellos dos o tres tragos furtivos. En caso contrario no habría podido resistir.

Pero podía quedarle un soplo de vida. No había tiempo que perder.

Lo primero era hidratar a Dani. Acababa de sentir sus labios como papel de lija sobre su mejilla, y, ahora que volvía a recuperar la vista poco a poco, le sorprendió entrever lo acartonados que estaban, contraídos sobre sí mismos como los de un anciano.

Dejó a Dani allí mismo, tomó todo el aire limpio que pudo y se precipitó corriendo hacia la puerta corredera.

Nada más acceder a través de la hendidura se tiró al suelo y continuó desplazándose a cuatro patas, comprobando con satisfacción que, de esa forma, no solo podía respirar, sino también ver. Y se dirigió directamente a la cocina. A pesar de lo aparatoso del humo, el fuego en realidad no había avanzado tanto, y el interior de Walden permanecía casi intacto. Debía serenarse, y sobre todo no hacer ninguna estupidez más. El hecho de que Dani siguiese vivo acababa de cambiar de golpe todas las reglas del juego.

Erika alcanzó la cocina y abrió precipitadamente la puerta de la nevera, siempre a ras de suelo, y recorrió con los ojos entornados lo poco que había. Tomó una lata de Aquarius y un paquete de jamón de york y regresó a la carrera hacia la puerta corredera, esta vez sin

gatear, sino corriendo agachada.

Pero a media carrera su vista se topó con las ansiadas llaves de Walden… tiradas en el suelo junto a la chimenea. Las tomó al vuelo y se las echó al bolsillo del pijama. Lo pensó un momento más y se acercó veloz al cajetín de madera de la entrada, cogió de un manotazo el llavero de los vehículos de Walden —es decir, de la scooter y el Touareg de Alonso— y regresó hacia la puerta corredera.

La traspasó sin dificultad, dado que veía cada vez mejor, y corrió a reunirse con su hijo.

No había debido tardar más de tres o cuatro minutos en entrar y volver a salir, y ya tenía todo lo que necesitaba.

Dani seguía sin moverse, pero continuaba respirando. Se arrodilló junto a él y, abriendo la lata de Aquarius, comenzó a humedecer con su dedo meñique las comisuras de sus labios, áridos como el desierto, mientras las llamas de Walden se redoblaban a sus espaldas. Aunque sentía su propia boca tan contraída y acartonada como la del propio Dani, Erika insistió cuatro o cinco veces más, con infinita paciencia, aplicando cada vez más cantidad de Aquarius sobre los labios de su hijo, hasta que, por fin, y para su infinito regocijo, Dani comenzó a reaccionar y a succionar levemente la bebida por sí solo.

Entonces sí, decidió darle unos instantes para asimilarla, sabiendo lo dañino que podía resultar que ahora bebiese demasiado rápido, y, sin pensar en nada, apuntó directamente la lata hacia sí misma.

Erika nunca antes había experimentado una sensación física parecida, y ya nunca volvería a experimentarla. Fue como si todos los poros de su interior se abriesen, como el terreno cuarteado al recibir las primeras gotas de lluvia. La sedosa humedad se abrió

paso entre las úlceras de sus labios, reptó sobre el áspero esparto de su lengua, como un ser vivo y escurridizo —penetrando, hidratando, empapando— y Erika succionó ávidamente de aquella lata convencida de no haber probado jamás un néctar semejante. La dulzura se amplió al alcanzar su garganta abrasada, onduló sobre el cielo correoso de su paladar y se proyectó finalmente sobre sus papilas gustativas y, por lo tanto, sobre su ser entero.

Sus ojos se entrecerraron solos, su interior marchito se estremeció, y una impresión de infinita voluptuosidad se expandió por todo su cuerpo con el violento temblor de un orgasmo incomparable. Era el sabor del amor, era el sabor de la vida…, y Erika sintió cómo todas las células de su interior se regeneraban en ese preciso instante.

A su vez, Dani también comenzaba a reaccionar. Los pequeños traguitos debían de estar provocando en él una impresión semejante, y ella tenía la suficiente experiencia médica como para saber que saldría de esta, por muy cerca que hubiese estado de no lograrlo. Entonces se atrevió también a introducir en su boca un trocito minúsculo de jamón, y tomó otro poquito para sí misma, pero el placer que sintió ahora no fue ni parecido al que experimentó viendo comer a Dani.

Entretanto el fuego seguía avanzando y comenzaba a alcanzar ya los laterales de la cabaña. Debían salir de allí cuanto antes, pero había tiempo de sobra. No tenían más que atravesar el interior de Walden con cuidado de no quemarse, bajar por su escalera, que permanecería intacta, y tomar la scooter del trastero.

Todo iba a salir bien.

En ese momento Erika escuchó un sonido ajeno…, un sonido diferente a todos los que la habían acompañado durante esos cuatro días, y que tan bien conocía a esas alturas. Un sonido *forastero.*

Un murmullo sordo, ronroneante…

Un coche. Un coche aproximándose.

Su sonrisa se congeló en el acto, y una voz siniestra le preguntó al oído, como un soplo funesto:

«¿Quién cabalga a estas horas entre el viento y el bosque?».

Erika no necesitaba mirar para saberlo.

Alonso.

32

El tono macabro con el que su cabeza había parafraseado a Goethe la hizo dudar sobre si, al fin y al cabo, no habría perdido ya el juicio.

Erika se incorporó, y, en efecto, su vista se encontró enseguida con el Touareg de Alonso, oscilando a un lado y a otro sobre el terreno desigual del bosque.

Llevaba cuatro días soñando con ese momento… En cambio ahora se sentía paralizada por el terror.

Alonso aparcó descuidadamente entre los madroños, descendió del coche y comenzó a caminar hacia Walden, distraído, como siempre, tanto que, por lo pronto, ni siquiera reparó en ella. Erika, por su parte, se sentía sencillamente incapaz de moverse. Nunca hubiese imaginado que una persona pudiese quedarse literalmente paralizada en la vida real, tal y como sucedía a veces en los sueños, pero era justo lo que le pasaba, como si se hubiesen interrumpido las conexiones entre su corteza cerebral y sus extremidades.

Aquel hombre era su marido.

Su marido.

Caminaba como su marido, mostraba la fisonomía de su marido y llevaba puesta la camisa de rayas que le compró ella misma en el Zara Man hacía solo un par de semanas. En cambio le parecía tener frente a ella a un perfecto desconocido, a un extraño.

Y su mera contemplación le helaba la sangre.

En ese preciso instante Alonso levantó la cabeza, y sus miradas se encontraron. Si a Erika le quedaba algún atisbo de duda sobre la inocencia de Alonso, se disipó ante aquella mirada, una mirada llena de extraordinaria sorpresa, de infinita perplejidad. Alonso, de hecho, se detuvo en seco, como si lo hubiese alcanzado un rayo, y permaneció mirándola atónito, igual que si contemplase un fantasma.

Y habitaba algo más en esa mirada…, algo ingenuo y desolador a un tiempo: era la expresión de un niño al que habían cogido haciendo algo que no debía.

Era verdad…, era todo verdad, era todo tal y como lo había imaginado. Alonso había estado allí, los había visto, y se había marchado.

Y había aguardado pacientemente a que muriesen antes de regresar.

Ante aquella mirada Erika sintió nacer algo menos visceral que el odio pero más poderoso, y también más útil dadas sus actuales circunstancias: desprecio.

La mirada perpleja de Alonso se alzó un poco más, y, al contemplar la nube de humo negro que salía de Walden, su terror cambió de forma, lo que incrementó el desdén de Erika. Tenía frente a ella a un insecto moral. Y fue precisamente ese desprecio lo que le insufló las fuerzas que tanto necesitaba.

Aun así sentía sus miembros como envarados, entumecidos. El terror la hacía desenvolverse con torpeza, y no sabía por dónde empezar. Se encontraba acorralada entre dos fuegos e ignoraba cuál de los dos sería más factible esquivar, ni cómo hacerlo.

Lo único que tenía claro era que aquel hombre no podía volver a acercarse a su hijo.

Se dio media vuelta y regresó al interior de la terraza sin decir ni una sola palabra.

Alonso, por su parte, permanecía atónito, como si lo hubiesen clavado en mitad del bosque. Esperaba encontrar un remanso de paz y dos tumbas, y se encontraba con Erika viva y Walden en llamas. En esos días se había informado discretamente y había llegado a la conclusión de que, con aquel tiempo tan caluroso, no resistirían más de dos días. Él les había dado cuatro en total, pero era bastante obvio que se había equivocado.

También estaba impresionado por lo que había encontrado en la mirada de Erika… Lo sabía. No entendía cómo, pero lo sabía. Sabía que él había estado allí. Y, al verla retirarse de nuevo al interior de Walden, sin decirle nada, constató algo aún más increíble: no necesitaba su ayuda.

Debía pensar con rapidez, pero le costaba un mundo hacerlo frente a la columna de humo negro que veía salir de Walden. Pensó en marcharse directamente por donde había venido, aunque enseguida reparó en lo absurdo de aquella idea.

Él no había hecho nada en realidad…, salvo retrasarse en su llegada.

«No seas idiota. Estaban dormidos cuando estuviste. No puede saber nada».

No tenía más que poner una excusa cualquiera. Un compromiso inesperado, una avería del coche…, un «intenté llamarte, pero me quedé sin batería». Lo que fuese, cualquier cosa. En cambio, si se marchaba ahora, no habría duda de su culpabilidad.

También pensó en llamar a los bomberos, pero lo descartó enseguida. Nunca llegarían a tiempo.

Además, arriba había un extintor…

«Claro, estúpido, por eso ha entrado Erika. Ese incendio puede

haberse formado ahora mismo, y no ha querido perder tiempo en ponerse a explicarte algo tan obvio. No debes precipitarte, ni mucho menos delatarte tú mismo. Es imposible que sepa nada. Igual sí que encontró el modo de salir de la terraza por sus propios medios después de todo…».

«En tal caso, ¿por qué no te ha llamado en estos cuatro días?».

Sin tener ni idea de lo que se iba a encontrar, Alonso echó a correr hacia la escalera de Walden.

En el interior el calor ya era sofocante. Las paredes cambiaban de color por momentos, y era evidente que en pocos minutos también comenzarían a arder. Lo primero que hizo Erika fue dirigirse corriendo a la puerta de entrada y echar el pestillo, uno de esos cerrojos con cadena que Alonso insistió en poner más por simple capricho que por verdadera necesidad, pues en una puerta acorazada como aquella, le explicó, un cerrojo con cadena carecía de todo sentido.

«Le dará un toque tradicional —añadió—. Además, me recuerda a la casa de mi infancia».

Aun habiéndose activado físicamente, Erika seguía sintiéndose embotada. Era como si todo aquel humo se hubiese introducido también en su cabeza, y un hormigueo de nervios la carcomía por dentro ante la inminencia de la llegada de Alonso. Le costaba mucho pensar y le costaba moverse, como en una de esas pesadillas en las que la propia autonomía parece volverse un asunto complicado. Su cabeza se dedicaba a repetir una y otra vez la misma cantinela, como si pudiese alejar a Alonso recitando aquel extraño conjuro:

«… nos dejó para que muriésemos…, nos dejó para que muriésemos…».

Su subconsciente trataba de advertirle de que nada de todo aquello había sido casual, pero no hacía ninguna falta. Su parte más

racional, aquella que mejor conocía a su marido y que mejor sabía las vueltas que daba Alonso a cualquier cosa antes de actuar, permanecía intacta.

Por supuesto que aquello no había sido casual…, sino calculado, premeditado.

No podía permitir que aquel hombre se acercase a su hijo.

Además, le infundía pavor.

Se dio media vuelta en busca de cualquier objeto que usar como arma, y su vista se topó enseguida con la pequeña hacha de mano que Alonso usaba para partir los troncos demasiado grandes y que descansaba justo encima del extintor, en su soporte. Tomó el hacha sin dudar y se giró hacia la puerta de entrada en el preciso momento en que Alonso comenzaba a subir precipitadamente las escaleras de madera.

Erika cerró los ojos… y se esforzó por tratar de regularizar su respiración mientras sentía sus puños abriéndose y cerrándose una y otra vez sobre el hacha de mano, al compás de su machacón estribillo interior.

«… nos dejó para que muriésemos…, nos dejó para que muriésemos…».

Pero enseguida volvió a abrirlos y dirigió su mirada hacia la terraza. Y, al contemplar a Dani a través del humo al otro lado del cristal, recogido sobre sí mismo, aturdido, desnutrido…, afianzó sus piernas frente a la puerta principal de Walden y le esperó.

Un instante después, la puerta retumbaba frenéticamente.

—¡Erika! ¡Ábreme! Tenéis que salir de ahí. ¡Se está quemando la casa! ¡SE ESTÁ QUEMANDO WALDEN!

Erika volvió a entornar los ojos, despacio, muy despacio, sintiéndose cada vez más ausente, casi somnolienta, y su mirada se encontró ahora con el cerrojo con cadena de Walden. Permaneció

mirando el contorno de aquel cerrojo, abstraída y entregada, sintiéndose por momentos tan herméticamente cerrada como esa puerta, insensible, aislada…, como si continuase recluida en aquella terraza, allí donde la habían recluido durante cuatro días para contemplar cómo su hijo moría.

Allí donde *aquel hombre* la había recluido.

Una pieza tenebrosa terminó de encajar en su cabeza, y, por un instante, Erika casi sintió compasión por Alonso.

Casi.

Al otro lado de la puerta el alboroto cambió de forma, convirtiéndose ahora en un sordo balbuceo y un tintineante y frenético registro agudo. Las llaves, por supuesto, seguido por el sonido precipitado del pequeño metal introduciéndose a trompicones en su cerradura.

El robusto cerrojo de la puerta acorazada de Walden se deslizó con su solvencia habitual, la pesada eficiencia de las cosas buenas, esa que tanto satisfacía a su marido cuando, cada noche, lo echaba justo antes de irse a dormir para asegurarse de que su familia estaba a salvo…

El cerrojo se descorrió, y la puerta se abrió.

Pero, a los diez centímetros exactos, se detuvo de nuevo, frenada por la cadena del cerrojo.

Erika seguía sin ser capaz de apartar su vista de aquel cerrojo. Toda su voluntad, todo su albedrío, parecía concentrarse en desentrañar el misterioso enigma que representaban esas tres letras inscritas en su lacrado relieve dorado.

FAC.

Hasta que una mano alienígena comenzó a trastear sobre su superficie; una mano entrometida, escurridiza…, nerviosa como una sabandija. Aquella mano le transmitía algo casi impúdico, como de

obscena intimidad, y, su simple visión, le resultaba sumamente desagradable.

Entonces el dueño de esa mano comenzó a espetarle con desconcertante proximidad, entre jadeos:

—Erika…, pero ¿qué estás haciendo…? Haz el favor de abrirme. El cerrojo está echado. Quítalo y ábreme. ¡Te digo que se está quemando Walden! ¡Se quema mi piano, joder!

Erika sonrió solo con los ojos, sin mover la boca.

«Su piano. Su hijo no, su piano».

Siempre concentrada en el cerrojo, Erika entreabrió las pesadas compuertas de su boca sin tener la menor idea de lo que iba a salir de ahí:

—Nos abandonaste… para que muriésemos.

Su mandíbula volvió a cerrarse bruscamente, y Erika estuvo segura de que ya no se volvería a abrir más.

Un elocuente silencio se interpuso entre los dos como un telón de acero. Al cabo de un tiempo indefinido, Alonso comenzó a balbucear penosamente:

—Pero… ¿qué estás diciendo? ¿Recuerdas que… tenía concierto? ¿Acaso te has olvidado de que tenía concierto? ¿Por qué dices eso?

Y añadió, con asombrosa, admirable condescendencia:

—Eri…, ¿te encuentras bien?

Erika volvió a sonreír del mismo modo pétreo, y, para su sorpresa, la plataforma articulada de su boca volvió a abrirse toscamente.

Su tono era inexpresivo, inerte:

—Porque te dejaste las flores.

Nuevo silencio elocuente; nueva cavilación.

Entretanto, Walden se consumía.

Entonces Alonso comenzó a hablar, y lo hizo en un tono de

profunda sinceridad, de inequívoca franqueza, lleno de integridad y de sencilla humildad. Era el sonido de la verdad, era su sonido pianístico, y Erika conocía bien cómo de convincente podía llegar a ser ese sonido. Su resonancia se introducía en el albedrío de quien lo escuchaba modificándolo a su antojo, como el canto de las sirenas sobre el temperamento de los marinos.

Pero ella se sentía invulnerable a esa voz…

Ella se sentía… *hermética*.

Y contemplaba caer las palabras de su marido como la lluvia cae sobre la superficie del océano.

—Erika, si lo que dices es cierto, yo no tengo ni idea de lo que estás hablando. No tengo constancia de ello, no recuerdo nada. Lo que sí sé es que el final de temporada ha sido una locura. Quizá tenga algo que ver, no lo sé, o hasta puede que ese sea el único motivo, y yo ni siquiera sea consciente de él. Pero es que no te haces a la idea de la presión que he tenido que soportar…

«Si quieres saber lo que es presión, deberías probar a descolgarte desde un tejado a nueve metros del suelo, agarrado a una hamaca peruana».

Pero su conciencia regresaba enseguida a su cantinela, por pura inercia.

«… nos dejó para que muriésemos…, nos dejó para que muriésemos…».

Alonso hizo una ligerísima pausa, llena de honestidad, de bonhomía. Y continuó:

—Lo que pasó con tu padre… quizá fue demasiado para todos. Ya sabes cómo es la sensibilidad de los artistas. Tal vez trastocó mi equilibrio más de lo que me había imaginado…

En realidad aquel sonido no era del todo desagradable…, solo que, en lugar de relajarla, la tensaba más. Y sus manos se cerraban

cada vez con más fuerza sobre el mango del hacha.

—… una presión insoportable, inhumana. Para un artista todo eso es terrible, demoledor. Así es como me siento desde hace ya muchos días…

«Ahora que lo dices, yo también llevo unos días algo traspuesta».

«… nos dejó para que muriésemos…, nos dejó para que muriésemos…».

El tono de voz de su marido se hacía cada vez más suave, más tenue, y parecía zumbar como un enjambre de avispas bajo su meloso matiz de humanidad.

—Esa es la verdad, Eri…, yo no recuerdo nada. Si dices que las flores estaban ahí, pues será que estuve. Supongo que no hay otra explicación. Pero yo no recuerdo nada. Mi cabeza está en blanco. Pero necesito que me abras, cariño. Lo necesitamos *los dos.*

«En blanco…, hermética…, como una puerta corredera».

La sabandija seguía trasteando frente a ella, afanándose por abrir el cerrojo a través del hueco de la puerta, y ella supo que lo conseguiría. La habilidad de esa mano era extraordinaria, prodigiosa. Eran dos entes perfectamente diferenciados, su marido y sus manos, pero juntos formaban un buen equipo. Un equipazo.

Quizá fuese su tono de voz, solícito y lleno de compasión hacia sí mismo, dando a entender en todo momento que, aunque estuviese siendo tratado con sorprendente injusticia, estaba dispuesto a poner la otra mejilla; o la avidez de aquella mano trasteando sobre su cerrojo, aquella mano atrevida, impúdica, que ya casi había logrado separar el pivote del pestillo de su tirador, esa mano hábil y ladina, de uñas impecables, que había sido capaz de cerrar esa misma puerta hacía solo un par de días, dejando a su mujer y a su hijo pequeño agonizando sobre el suelo… Quizá fuese todo eso al mismo

tiempo o nada en absoluto, salvo el infalible instinto de una madre que percibía a su cría en peligro, junto con el infinito desprecio que sentía hacia el asesino que imploraba al otro lado de la puerta…, lo que finalmente indujo a Erika a levantar el hacha por encima de su cabeza.

«… nos dejó para que muriésemos…, nos dejó para que muriésemos…».

—Por favor, cariño, apaguemos ese fuego lo primero y luego hablamos de todo esto. Está claro que no te encuentras bien…

Erika descargó el hacha sobre la mano de Alonso en el preciso momento en que esta conseguía separar la cadena de su tirador, y lo hizo con deliberada pulcritud, casi cuidadosamente, como cuando cortaba un ligamento en sus clases de prácticas de la universidad, pero aplicando al mismo tiempo toda la fuerza de su brazo.

El displicente sonido que siguió a su gesto le evocó con sorprendente precisión al pollero de su barrio, cuando le separaba las alitas.

Whousssh…

TAC.

El hacha se clavó con solidez sobre el marco de la puerta… justo después de amputar limpiamente media mano de Alonso, a la altura de los nudillos.

El interior de la mano de Alonso, de un blanco sorprendente, se tiñó de rojo de inmediato, como esos neones de Navidad que cambiaban de color en un segundo. El tiempo pareció congelarse, y Erika creyó identificar muchas cosas al otro lado de la puerta en ese breve intervalo de tiempo: sorpresa, incredulidad… y, finalmente, comprensión, una comprensión abominable.

El grito que siguió a aquel silencio fue descomunal, inhumano, y a Erika le pareció que, con él, todos los cimientos de Walden se

estremecían bajo sus pies.

—¡¡¡¡¡¡NOOOOOOOO!!!!!!

El extremo correspondiente a sus dedos quedó colgando de una sola tira blanquecina de músculo, a la altura del meñique, como una suerte de mano bífida, y se escurrió por el mismo lugar por el que había entrado *seguida de sus dedos*, como en esos vídeos retardados de los ochenta en los que la rapidez de los movimientos parecía crear un halo difuminado detrás, una estela.

«"Beat it", nena. Michael Jackson. Pedazo de tema».

—¡¡¡¡¡¡ME HAS CORTADO LA MANO!!!!!! ¡¡¡¡¡¡ME HAS CORTADO LA MANO, HIJA DE PUTA!!!!!!

Erika nunca había oído gritar a su marido y aun menos insultarla, y el incontrolado terror que sintió en ese momento la dejó por unos instantes completamente inutilizada. Sus brazos se desmayaron y sus piernas se aflojaron, y comenzó a encogerse sobre sí misma, como si se desmoronase. Pero, antes de derretirse allí mismo, logró cargar con su hombro sobre la puerta de Walden y cerrarla.

Al otro lado, Alonso comenzó a aullar y a intercalar palabras incoherentes, lo que llevó el terror de Erika al borde del paroxismo. Aunque aún tuvo tiempo de preguntarse a sí misma: «¿Y ahora cómo vamos a salir de aquí?».

Erika comenzó a retroceder paso a paso de aquella voz, haciendo un infinito esfuerzo para no desparramarse allí mismo como un flan demasiado cocido. Hasta que su espalda se topó con algo, algo duro y metálico: el extintor. Una nueva idea relampagueó en su cabeza y se aferró a ella como buenamente pudo, mientras que Alonso, redoblando sus aullidos, comenzaba a cargar contra la puerta como un bisonte enloquecido. Estaba tan fuera de sí que no se daba cuenta de que lo único que tenía que hacer era volver a girar la llave en su cerradura, pero Erika sabía que en cualquier

momento lo haría. Así que se apresuró a descolgar el extintor y, a trompicones, consiguió llevarlo con ella hasta la hendidura de la puerta corredera y salir al exterior.

Walden ya estaba decididamente en llamas, y ni un escuadrón de bomberos podría apagarlo.

Erika se aproximó a toda velocidad a su ángulo de la terraza, apoyó el extintor sobre el suelo y, tras retirar su argolla de seguridad, apuntó directamente a la base del fuego. Una nube de polvo blanco la cegó durante unos instantes, pero soportó estoicamente el retroceso de la manguera apuntando arriba y abajo y a los dos lados del ángulo, hasta vaciar por completo el contenido del extintor. Las llamas se apagaron, y, antes de que el humo invadiese de nuevo su campo de visión, Erika pudo ver que la pared de Walden estaba prácticamente derruida.

Alonso había dejado de gritar, y ese silencio la inquietaba mucho más que sus gritos. Dejó el extintor allí mismo y corrió a por su hijo sin perder un solo segundo.

Dani no se había movido del lugar en el que lo había dejado. Permanecía ausente y desorientado pero aparentemente estable. Le asustó que no mostrase reacción alguna al verla, pero ahora no podía ocuparse de eso.

—Tranquilo, mi niño. Nos vamos. Nos vamos a casa.

Lo tomó en brazos y se dirigió directamente al ángulo de la terraza.

Alonso había perdido el juicio.

En el transcurso de unos pocos minutos había visto desaparecer todo lo que tenía algún valor para él: Walden, su piano y su carrera entera. Contemplaba sus dedos, blancos como la cera, colgando grotescamente a un lado de su mano, su muñón chorreante…, y no daba crédito.

El dolor era insoportable.

Agarró con su otra mano el grotesco trozo de carne, aún parcialmente unido a su mano izquierda por una cuerda de tendones, y, sin pensar en lo que hacía, tiró de él con todas sus fuerzas. Existe un límite, un umbral de coherencia respecto al dolor que una persona puede experimentar, y, en ese momento, Alonso sintió que sobrepasaba ampliamente ese umbral. Su consciencia cedió, su lucidez se apagó y una impresión casi voluptuosa explotó en su interior, inundándolo por completo.

Después de eso, se sintió liberado.

Se quitó la camisa como pudo, la relió toscamente en torno al muñón, entremetiéndola sobre sí misma al tiempo que mugía como un animal torturado, y la apretó contra su pecho para detener de algún modo la hemorragia; contrajo la barbilla sobre su torso y durante unos minutos no pudo hacer nada más que tratar de resistir el dolor mientras las lágrimas manaban profusamente por sus mejillas. Cuando los volvió a abrir, su vista se encontró con el fragmento de carne blanca que había sido su mano, tirada sobre el felpudo de la puerta. Tres dedos y medio se alzaban levemente del suelo —el anular, algo más erguido que el resto, el dedo «tonto» del piano, comparecía rematado en su base por su alianza de boda—, y una sola idea se introdujo en su desquiciada conciencia: no tenían donde esconderse.

Entre lágrimas, Alonso comenzó a sonreír.

Las llaves de Walden seguían colgadas en la cerradura junto con la clave de sol de su llavero, regalo de Erika.

Sin dejar de sonreír y llorar a la vez, Alonso las hizo girar con suavidad. Y entró.

Una columna de humo negro salió a recibirle, obligándole a retroceder un paso y aguardar unos instantes. No veía nada, y no

tenía la menor idea de dónde podían haberse escondido, pero se le ocurrió que podían estar aguardando a que entrase un poco más para escapar a sus espaldas. Así que, antes de avanzar un paso más, se giró y volvió a cerrar la puerta de Walden con llave. Y se guardó el llavero en el bolsillo.

Al cerrar la puerta, su vista se encontró con el hacha clavada en el marco de la puerta, y su sonrisa se ensanchó. Arrancó con facilidad el hacha de su marco y comenzó a llamar quedamente a su mujer y a su hijo.

Las llamas volvían a acechar el ángulo de la terraza, como alimañas refulgentes que hubiese conseguido espantar solo brevemente. Erika ascendió por su particular escalera con Dani en brazos y alzó a su hijo sobre el tejado con lo que consideró que sería, por enésima vez, su último reducto de energía. No fue así, pues un instante después lograba encaramarse ella misma a su lado.

Tomó a Dani de la mano y trató de hacerlo caminar, pues ya no era capaz de cargar con él.

—Vamos, mi niño…, mira qué chuli…, estamos sobre el tejado de Walden.

Despacio, muy despacio, Dani comenzó a dar un pasito detrás de otro.

Era como estar en uno de los círculos de Dante. Las llamas circundaban los laterales de todo el tejado, y resultaba evidente que el techo no resistiría mucho más. Pasito a pasito, Erika logró alcanzar la chimenea de la mano de su hijo. Le sentó en el hueco y le pidió que no se moviese de allí, aunque era innecesario. Dani seguía desconectado de la realidad, y, allí donde lo dejaba, se quedaba quieto.

Erika comenzó a desanudar precipitadamente la escala de la chimenea al tiempo que lanzaba miradas furtivas hacia el fondo del

tejado. Había descartado la antena de la televisión desde un principio, convencida de que no aguantaría su peso, y aún menos su peso y el de Dani. Pero su particular ubicación, al mismo borde del tejado, más los metros que ganaría atando la escala a un diámetro mucho menor que el de la chimenea, resultaban ideales.

Quizá si se descolgase lo más rápido posible en rapel para ofrecer la menor resistencia a la antena…, aún podrían tener una oportunidad.

Desató en un momento la escala de la chimenea gracias a su apreciado as de guía, caminó con toda la rapidez que pudo sobre el vértice del tejado, sorteando con habilidad el inmenso abeto, y volvió a atar su escala a la antena de la televisión empleando el mismo nudo. Asomó la vista brevemente al vacío y contempló el otro extremo de su escala oscilando con suavidad a unos dos o tres metros del suelo. Y se giró corriendo para volver a por Dani.

En ese momento Alonso asomó la cabeza por el ángulo de la terraza.

Erika lo vio a él primero y, por un fugaz instante, contempló al verdadero hombre que habitaba bajo la apariencia de Alonso, despojado de todas sus máscaras, por así decir, liberado también de todo… autocontrol. No había el menor atisbo de piedad en su rostro ni en su ademán, solo el ferviente deseo de destruir, de *dañar*. Había perdido la mano, pero toda su persona seguía irradiando una poderosa energía, la misma determinación resuelta que reflejaba en sus conciertos. Solo que ahora lo hacía en una sola dirección: la de ellos.

Entonces sus ojos se encontraron…, y Alonso se detuvo en seco, mirándola muy serio. Pero, de pronto, su rostro entero restalló en una inmensa sonrisa, como un latigazo dichoso y eufórico, y una criatura soez y depravada rebosó jubilosamente en el semblante de

su marido. Era como contemplar una casa vacía pero iluminada, y Erika sintió cómo los pelos de la nuca se le erizaban de puro espanto.

Aquel ser abominable no podía acercase a su hijo de ningún modo.

Alonso trató de alzarse sobre el ángulo con rapidez, pero su sonrisa se trocó en una mueca de dolor al apoyar su muñón sobre el tejado.

Erika decidió que ya había visto demasiado y aprovechó para precipitarse sobre Dani, diciéndose que le daba enteramente igual si la antena resistía o no. Cualquier cosa era preferible a esa sonrisa. Tomó a Dani de la mano y se dirigió a la carrera hacia el precipicio de Walden.

Alonso continuaba haciendo esfuerzos inútiles por encaramarse al tejado de Walden, pero le resultaba imposible al no poder apoyar su peso sobre ambas manos. Su muñón, un foco de tormento palpitante en el extremo de su brazo, emitía atroces descargas de dolor con cada latido y había teñido ya completamente su camisa de sangre. No obstante, al ver a Erika precipitarse con determinación hacia el final del tejado, lanzó el hacha sobre el tejado, se apoyó con ambos brazos, ignorando el dolor deliberadamente, y logró alzarse como pudo. Pero Erika no dejó de correr, sino que se pasó a Dani al lado izquierdo de su cuerpo, liberando así su mano derecha, tomó al vuelo la escala y sorteó el árbol en un mismo gesto, permitiendo que la escala pasase por debajo de su brazo derecho. Y, sin dudar, saltó al vacío con Dani en brazos.

En el último instante decidió que no se dejaría caer hasta abajo del todo, como era su intención inicial, pues nunca lograría detener su caída con la simple fuerza de sus brazos. Así que según comenzó a caer empezó ya a frenar su caída. Para su infinita sorpresa, la

antena resistió, al menos por el momento.

El lateral elegido, el más alejado del foco al fin y al cabo, era el único que aún no se encontraba en llamas. Pasó por delante de las anheladas ventanas de las habitaciones a toda velocidad y siempre con Dani aferrado a su cuello como un monito, y aún tuvo tiempo de lamentarse de lo sencillo que habría resultado su plan anterior de haber sabido que la antena resistiría. Además, Dani colaboraba a la perfección, aferrado a su cuello con todas sus fuerzas y permitiéndole usar las dos manos con libertad.

Entonces pensó que todo aquel esfuerzo daba exactamente igual…, en cualquier momento aparecería Alonso sobre sus cabezas y les arrojaría un bloque de la chimenea, por ejemplo, o les cortaría la escala con su hacha, y ella no podría hacer nada para evitarlo. Y tampoco podía avanzar más rápido, sencillamente no podía.

Pero seguía descendiendo, descendiendo, y Alonso continuaba sin aparecer.

Cuando sus pies dejaron de apoyarse sobre la pared de Walden, Erika continuó descolgándose sobre el vacío como un peso muerto, sollozando de desesperación por el esfuerzo. Con cada brazada se convencía de que sus manos no resistirían más o que la antena se doblaría finalmente, precipitándolos al vacío. Pero ambas cosas seguían sin suceder. Y llegó un momento en que comenzó a entrever el anhelado tapiz del bosque oscilando bajo sus piernas, a escasos metros de distancia.

Abrazó a Dani con todas sus fuerzas y se soltó.

Cuando se vio sobre el bosque de Walden, maltrecha, derrengada pero viva, apenas pudo creerlo. Miró de nuevo hacia arriba y le pareció sencillamente imposible lo que acababa de hacer. Y Alonso seguía sin aparecer.

«Claro, estúpida…, está bajando con tranquilidad por las

escaleras».

Se incorporó como pudo y comprendió que tampoco era ya capaz de correr, y aun menos de internarse en el bosque.

Entonces sintió un tintineo en el bolsillo derecho de su pijama… Las llaves de Walden. Y, junto con ellas, las llaves del Touareg.

Sin pensar en nada, Erika se dirigió renqueante hacia el coche, convencida con cada paso de que en cualquier momento sentiría una mano agarrándola por el cuello.

Pero no sucedió nada de eso.

Alcanzó el Touareg, introdujo a Dani en el asiento de atrás mirando de reojo el final de Walden, una descomunal bola de fuego en mitad del bosque, se instaló en su asiento de conductor y arrancó.

Alonso había sucumbido al dolor. A los dos pasos de encaramarse sobre el tejado de Walden había caído cuan largo era, quedando postrado en ese mismo lugar, semiinconsciente.

Cuando volvió en sí, Walden ardía por sus cuatro costados.

Había perdido mucha sangre y se encontraba peor de lo que se había sentido en su vida. No obstante, aun así, logró incorporarse.

Los encontraría…, vaya si los encontraría.

Pero en ese momento el tejado cedió, y quiso la casualidad que fuese a caer justo encima de su piano, su confidente, su mejor amigo, vestigio de un tiempo en que su vida tenía todo el sentido del mundo, sostenida sobre el pilar más consistente y también el más civilizado: el de lo imaginario.

Su piano fue su tumba.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a Virginia Llera, quien, entre toma y toma del rodaje de *Los protegidos*, me indicó la puerta a la que debía llamar para poder estar ahora agradeciendo este libro.

Gracias a Ana Lozano, por abrirme esa puerta de par en par y hasta invitarme a quedarme, con *suma* hospitalidad. Gracias a Silvia García, por su paciencia con el nuevo miembro de la familia y por su inmensa profesionalidad. Y gracias a todo el equipo de Suma de Letras.

Gracias a Miryam Gallego, que se leyó mi *Casa del árbol* de un tirón, me llamó entusiasmada y me regaló uno de los momentos más inolvidables de mi vida. Gracias por su reseña, que acompaña este libro, pero también por su inteligencia, su elegancia y su bondad.

Gracias a mi querido y admiradísimo Eduardo Noriega, ejemplo permanente de honestidad e integridad, quien no dudó en leer y reseñar mi *Casa del árbol* aun estando inmerso en el rodaje de su nueva película.

Gracias a Mayte Navales, que me dio luz cuando más perdido estaba. Gracias por su generosidad, su amistad y su *Ahorcada*.

Gracias a Jenny, mi mujer, mi primera lectora habitual, por aguantar tanto mis arranques de euforia como mi humor de perros

cuando critica lo que escribo (casi siempre con razón, pero no siempre). Gracias por escucharme, no solo en persona sino también a través de mis monólogos interminables de WhatsApp (poniéndome al 2×, eso sí, y porque no se puede más rápido), y gracias también por no hacerme caso cuando no se me puede ni hablar. Pero, sobre todo, gracias por recordarme, en esos sublimes momentos de inspiración galáctica, que el fregadero de la cocina está atascado y no se va a arreglar solo, o que la basura me está esperando. Sin ella saberlo (creo), es la conexión que más necesito cuando permanezco abstraído mirando un punto perdido de la pared y respirando el aire de un mundo paralelo y ficticio.

Gracias a mis hijos, por existir y por querer jugar siempre conmigo. Y gracias al resto de los artistas del mundo.

Gracias a mi padre y a Loli, por alegrarse más que yo de todo lo bueno que me pasa, que es mucho.

Gracias a mis suegros, por haber apuntado a su hija a clases de piano.

Gracias a Penique, mi perro, por mostrarme su apoyo silencioso (y, juraría, condescendiente), recostándose cada mañana sobre mi pierna mientras escribo en el chaise longue de mi sofá.

Gracias a mi maestro, Anatoli Povzun, por su sabiduría y su inspiración.

Gracias a mis alumnos, por enseñarme más que yo a ellos.

Gracias a mis amigos del barrio, balas perdidas como yo, por haber puesto en peligro mi vida varias veces, y que tanto tienen que ver con las salidas que se me ocurren en mis escritos cuando ya no hay salida.

Gracias a mis enemigos, por mantenerme alerta y hacerme mejor. Para ellos mi saludo más cariñoso.

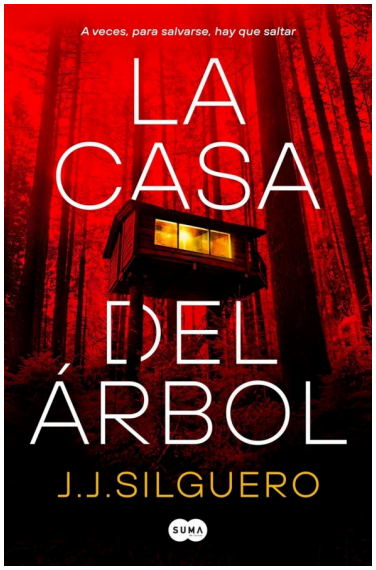
Y, por último, gracias al funcionario anónimo de Castilla-La

Mancha que cometió un error administrativo y me destinó un curso completo al conservatorio de Almansa, nada menos, donde me encontré de pronto con un océano de tiempo libre y no se me ocurrió nada mejor que hacer que ponerme a escribir.

Cómo iba yo a imaginar que tenía tanto que decir… si lo mío era la música.

Así de misteriosos son los senderos de la creación artística.

Una casa en un árbol.
Un refugio para empezar de nuevo.
Un error del que no podrán escapar.



Cuando Erika y Alonso deciden construir una casa en lo alto de un árbol con el propósito de pasar más tiempo en familia y dejar atrás fantasmas del pasado, no imaginan lo difícil que puede resultar escapar de ellos cuando comparece lo casual, lo extraordinario. Lo habían previsto todo..., menos la imprevisibilidad de un niño. Lo que comienza como un proyecto ilusionante desembocará en una situación desesperada, límite, en la que la naturaleza, el aislamiento y el instinto de supervivencia revelarán a cada uno de ellos sus propios umbrales.

Gracias a un estilo magnético y a una fuerza arrolladora que oprime y atenaza, J. J. Silguero explora en su debut literario la obsesión, el

genio y la locura. A la tensión que aumenta en cada página se añade una dimensión simbólica, un auténtico mano a mano entre refugio e infierno, entre la vida apartada y la ciudad, entre el artista y la familia, la pareja, la crianza y la oscuridad que nos habita. *La casa del árbol* es un thriller psicológico de primer nivel, inquietante y adictivo, que analiza los límites del amor, los tentáculos de la violencia y la fuerza que emerge cuando no hay salida e incluso el abismo se valora como un precio asumible.

J. J. Silguero, ganador de la XII edición del premio internacional Paco Rabal de Periodismo Cultural, compagina su actividad de investigación artística con sus múltiples (y dispares) ocupaciones: profesor superior de piano, articulista y ensayista, colaborador habitual de la revista *Codalario*, viajero empedernido, concertista de piano, patrón de embarcaciones de recreo… Su novela *La casa del árbol* supone su presentación en el mundo de la narrativa de ficción.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, J. J. Silguero
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Frase de la cubierta: Miryam Gallego

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: composición fotográfica de Leo Flores a partir de las imágenes de © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87845-30-8

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La casa del árbol

Primera parte. Walden

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segunda parte. Erika

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Tercera parte. Alonso
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre J. J. Silguero
Créditos